

Selecta

Noches sin Luna



*Cristina
Rodríguez*

Noches sin luna

Cristina Rodríguez

Selecta

Índice

Noches sin luna

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Parte II

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Parte III

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Cristina Rodríguez

Créditos

¿Hasta dónde llegarías para encontrar la llave de tu pasado?



Diana ha decidido celebrar su boda en La Paloma, la finca familiar situada en la sierra andaluza, Paula, su madre, ha accedido a ello a pesar de que lleva treinta años sin volver a casa y sin ver a su familia. Desde el momento en que ambas ponen un pie en el lugar la tristeza se instala en los ojos de Paula, que no tarda en sentir a los fantasmas del pasado merodeando a su alrededor. ¿Por qué se fue Paula de La Paloma? ¿Por qué le afecta tanto ese lugar?, son las preguntas que deberá responder Diana, que no dudará en llamar a las puertas del pasado para descubrir la verdad.

Noches sin luna es una saga familiar sobre mujeres que deberán romper los lazos que las atan y luchar por encontrar su lugar en la vida.

Una historia de amor y secretos que deben salir a la luz.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi padre,
por ser el mejor padre del mundo
y por enseñarme que la vida siempre tiene una parte divertida.*

PARTE I

Capítulo 1

*La calidad de un pintor depende de la cantidad
de pasado que lleve consigo.*

Pablo Picasso

El sol de primera hora de la mañana se colaba por la ventana mientras Diana permanecía despierta con las sábanas revueltas y miraba el reloj de pulsera que la noche anterior había dejado sobre la mesita de noche. Los segundos avanzaban cada vez más despacio y, en su desesperación, parecía que la aguja del minuterero nunca acabaría de posicionarse sobre el plateado doce que coronaba la esfera. Cada mañana comenzaba un recuento en el que lentamente recordaba de memoria los detalles que aún le quedaban por organizar. Todavía no había recibido el vestido ni tenía claras las flores que decorarían la capilla. El menú aún no estaba decidido y la lista de invitados no estaba cerrada, ya que a tres semanas de la boda, algunos conocidos todavía ni habían confirmado ni declinado su asistencia. Esto le dejaba pendiente la ardua tarea de distribuir a las personas en las mesas, en la que trataría de separar a familiares con antiguas rencillas que en estas ocasiones, siempre, acaban por salir gracias al vino. Llegada a este punto de la lista, Diana sentía que todo se le desmoronaba encima, por lo que siempre decidía dejar de enumerar lo que aún faltaba por hacer para acercarse a la ventana y abrirla para respirar hondo. Justo en ese momento, abrió los ojos para contemplar lo que tenía ante sí y que le recordaba por qué estaba allí: una de las vistas más bellas de toda la sierra, pues

millares de olivos se abrían paso ante ella como un regio desfile de soldados que la escoltarían hasta el altar.

Hacía ya varios días que Diana era la primera en bajar a desayunar a la cocina de La Paloma y siempre encontraba a su tío Pedro que trajinaba entre papeles junto a una gran taza de café y un buen trozo de bizcocho. Pedro parecía hecho a la antigua usanza: hombre calmado de trato distante. Sin embargo, la felicidad de tener a su sobrina y a su hermana en La Paloma provocaba en él una sonrisa constante y palabras amables para ambas.

—Buenos días, sobrina. A este paso voy a tener que madrugar para tenerte el café preparado, hija. Cada día se te pegan menos las sábanas.

—No hace falta que te molestes por mí, tío. A pesar de ser una chica de ciudad, sé preparar una cafetera. —Diana cogió la taza de café recién preparado que le tendió su tío. Era cierto que dormía poco y en ocasiones mal, pero no sentía cansancio, era más bien una presión que comenzaba en el estómago y que la oprimía poco a poco.

—Era broma, mujer, si yo me levanto a las seis. Además me alegra no ser el único que anda por aquí a estas horas. La soledad matutina nunca me ha gustado. —Pedro soltó un suspiro antes de continuar con sus papeles—. Me alegra mucho que tu madre y tú estéis aquí. Se siente bien tener a la familia cerca.

Sus tíos, Pedro y Adela, habían sido muy amables al dejarla celebrar allí la boda. El mes de mayo era bueno para el turismo por aquella zona. Excursionistas, algunas familias con críos y mucha gente de la comarca acudían a La Paloma a pasar unos días tranquilos. Desde hacía años, la finca se había convertido en un lugar de reclamo. La boda de Diana había ocasionado que sus tíos aceptaran menos clientes de los habituales para poder organizar los preparativos con comodidad, si bien era cierto que aquel sacrificio

era lo mínimo que podía hacer Pedro ante la petición de su única sobrina. Cuando los abuelos Paco y Paloma Rivera murieron, Paula — la madre de Diana— renunció a todo lo que tenía que ver con la herencia de sus padres y se lo entregó todo su hermano que era el que realmente amaba aquella tierra. Gracias a su hermana, Pedro se había convertido en uno de los hacendados más prósperos de la región. El trabajo no había sido fácil, pues la finca era muy grande y su padre no le había dejado nunca tomar las decisiones importantes. Paco Rivera era un hombre de gran carácter al que no gustaba esperar que los demás trataran de solucionar los problemas. Él era el único que los veía con suficiente antelación como para poder solucionarlos. No solo controlaba los campos de cultivo de olivos y los conocía como la palma de su mano, sino que había logrado un fructífero negocio con la cría de caballos. Además, llevaba él solo toda la contabilidad de la finca, se encargaba del personal y de velar por su familia. Por lo tanto, cuando Pedro, tras la repentina muerte de su padre, se vio al frente de La Paloma, decidió pasar por el bar y emborracharse. Después contrató al mejor contable que pudo encontrar y, por último, pidió consejo a su mujer de todas y cada una de las decisiones que se le presentaban. Con ese método, logró hacer de La Paloma un lugar próspero que si bien le daba algunos quebraderos de cabeza y mucho trabajo, también le proporcionaba importantísimos beneficios. Por lo tanto, cuando su hermana, después de años de silencio y desapego con la familia, descolgó el teléfono y le pidió permiso para celebrar la boda de su hija en la capilla de la finca, no pudo sino aceptar rápidamente.

—Buenos días, hija. —Paula miró a Diana, que escondía media cara tras la taza de café para que su madre no reparara en ella—. ¡Ay, Jesús! ¡Qué cara! Cariño, vas a tener que empezar a tomar algo más que tila para controlar los nervios. No vamos a encontrar a la

maquilladora que te tape esas ojeras.

—Lo sé, mamá, pero es que aún quedan tantas cosas que, solo de pensarlo, se me hace un nudo...

—Pues no lo pienses, que tampoco es para tanto —interrumpió su madre, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Ya que has sacado el tema, sobrina, mañana llegarán los camareros de refuerzo que hemos contratado para estos días. Además, los cocineros esperan a que les digamos algo para comenzar a preparar los menús.

—Gracias, tío, no sé cómo voy a pagarte tanta generosidad.

—Al contrario, niña. Gracias a ti, por hacer que tu madre volviera a aquí después de tantos años. —Una sombra cruzó la mirada de Paula que había evitado hablar del pasado desde que había puesto un pie en La Paloma. Hasta ese momento, parecía que nadie estaba dispuesto a contrariarla al revivir viejos recuerdos—. Y hazle caso. Una boda es algo para celebrar. No permitas que se convierta en un sufrimiento para ti.

Pedro se excusó para continuar con sus obligaciones y dejó a solas a madre e hija en la cocina. Diana sumó mentalmente las nuevas decisiones de organización que acababan de surgir. Debía seguir el consejo de su familia y tratar de pensar que solo era una boda y que no valía la pena tanto sacrificio. A pesar de los consejos, una de las cosas que más frustración provocaba a Diana era tener que tomar las decisiones ella sola, pues su futuro marido permanecía en la ciudad ocupado con su trabajo. Fernando era notario, hijo de notario, nieto de notario y trabajaba en la notaría de su familia, motivo por el cual Diana no entendía que no pudiera tomarse ni unos días antes de la boda. Él había argumentado que ya había cogido dos semanas para la luna de miel y que no podía pedir más. Según Fernando, el hijo del jefe debía dar el ejemplo. «Maldito ejemplo» se quejaba Diana cada

vez que tenía que tomar una decisión y su futuro marido no estaba allí para ayudar. «De todas formas, si hubiera estado, tampoco hubiese ayudado mucho», se consolaba la joven, pues sabía que su futuro marido estaba más preparado para contabilizar los gastos y los beneficios obtenidos por el enlace que para escoger las flores para la iglesia. Desde que Fernando había tomado la decisión de no acompañarla al pueblo, ella había tratado de aparentar una indiferencia fingida, pero en el fondo era consciente de que estaba molesta por la situación.

Situado entre dos colinas, el pueblo descansaba desparramado en el hueco que dejaban las lomas. A cierta distancia, por la carretera del norte, cualquier observador podía ver las casas blancas como una cascada entre las colinas, similares a una lengua de hielo entre glaciares. A la espalda, tenía la imponente sombra de Sierra Morena. Solo era necesario adentrarse unos pocos kilómetros en la sierra para disfrutar de un paisaje verde, escarpado y precioso. En medio de aquella belleza natural, estaba ubicada La Paloma, construida por el bisabuelo de Diana, que había capeado la guerra, algunas crisis y varios desastres climatológicos en temporada de recolección. La Paloma había terminado por convertirse en una de las fincas más productivas de la zona. Además de la recogida de aceituna y de la cría de caballos, se había convertido en una casa rural que incluso había obtenido algún premio gracias a su imponente emplazamiento a la tranquilidad del entorno y al buen hacer de Pedro y Adela, que se desvivían por aquel lugar.

Fue Paco, el abuelo de Diana, el que decidió poner nombre a la casa y ofreció el gesto como una parte más del cuantioso regalo de bodas que hizo a su, entonces, futura esposa Paloma, a la que amaba tanto como a su finca y a su trabajo. Dijeron, sin embargo, las malas lenguas que con el bautizo de la finca, Paco no solo conquistó a su

mujer, sino las tierras de la herencia de la misma que pasarían a manos de la familia Rivera, una vez que sus suegros fallecieran.

El tiempo pasaba despacio en aquella sierra, lo cual resultaba frustrante. Las horas parecían tener más de sesenta minutos, la gente se movía más despacio, daba la sensación de que los pies de aquellas personas pesaban más o, quizás, sabían aprovechar más los segundos del día y tenían tiempo de pararse a preguntar «qué tal» y a esperar una respuesta. La estampa de aquel pueblo era la de un lugar viejo sin avances tecnológicos, pero a la vez poblado de gente auténtica. Se oían risas por las calles y se veía a los niños jugar en las aceras y a las viejas tomar el fresco en la puerta al ponerse el sol. Una tranquilidad que exasperaba a Paula, ya que ella conocía el trasfondo de esas risas y las miradas de la gente al verla pasar. Da igual cuánta cal tengan las paredes de las casas o los rojos que sean los tejados, bajo ellos siempre habrá secretos y se tratarán de esconder los rumores.

Paula y Diana habían sido alojadas en la zona de huéspedes ante la insistencia de Pedro de que su hermana durmiera en su habitación de toda la vida, orientada al jardín de atrás. Desde que el caserío familiar había pasado a ser una casa rural, se habían producido varios cambios en su distribución. El piso superior —antes compuesto por varios salones, el despacho del abuelo y las habitaciones de la familia—, había pasado a tener diez habitaciones de diversos tamaños, algunas con aseo y otras no, lo que había obligado a reformar el despacho del abuelo en un baño común para varias habitaciones. En la parte baja de la casa —que antes constaba de un gran salón, la cocina y la sala de las mujeres, donde se cosía y bordaba en tiempos de la abuela—, estaba formada por un pequeño apartado de dos habitaciones y un salita, situados junto a la cocina, donde vivían Pedro y Adela con sus dos hijos. También se había

reformado el comedor, para darle más amplitud, desde sus ventanales los huéspedes tenían unas vistas privilegiadas de la sierra. La cocina seguía siendo la misma, aunque se había modernizado y habían instalado más quemadores; los hornos y las ollas eran de un tamaño casi industrial. Todo ello tenía como punto de encuentro un precioso patio interior rodeado de soportales en el piso de arriba y abajo, desde los cuales se podían admirar la belleza de los azulejos azules y blancos de formas geométricas, típicos de la región, que cubrían las paredes hasta la mitad. También se podía apreciar el verde de las plantas y el leve y relajante murmullo del agua de la fuente central.

La zona en la que antiguamente se habían alojado los jornaleros, situada junto a la capilla, eran en ese entonces apartamentos de varios dormitorios donde se alojaba el servicio; la mayoría solo vivían allí en temporada alta. Al otro lado de la capilla, estaba la piscina, que en ese momento tenía varios toboganes y un trampolín. Era la principal atracción para los más pequeños en los meses de verano y muy cerca había una cabañita de paja donde se podía tomar bebidas frías. La Paloma había pasado de ser el gran caserío familiar a convertirse en un hotelito de lo más cuco para pasar un fin de semana.

En cuanto a la habitación de Paula, pese a estar situada en el mismo sitio, había cambiado por completo en mobiliario y distribución, pero, aun así, se sentía confortable y familiar. Seguían en la pared las profundas marcas que Lucía había hecho para seguir el crecimiento de la niña, la puerta del baño seguía sin encajar del todo por la humedad y había que domarla un poco hacia arriba para que cerrara a la perfección. El baño que ella recordaba, con las paredes cubiertas hasta la mitad de madera y pintado la otra mitad en color verde, estaba alicatado hasta el techo con azulejos blancos y

flores azules. Los sanitarios, todos de cerámica, habían sido sustituidos por otros de menor calidad y más pobres en líneas. Más modernos, sin duda, pero igualmente impersonales. La bañera con patas, en la que se bañaba todas las noches hasta que cumplió los quince años, había desaparecido como otras tantas cosas que le resultaban familiares. Sin embargo, la esencia del lugar estaba allí, suspendida como el polvo en el aire.

Antes de que sus padres murieran, Paula enviaba a sus hijos, Diana y Nacho, casi todos los veranos para que pasaran las vacaciones con sus abuelos. El aire puro de la zona, jugar, correr y montar a caballo eran buenos para los niños. Ella, en cambio, no había vuelto desde que se marchó con quince años. Ricardo, su marido, nunca había conocido a sus suegros ni a su cuñado, y ella nunca le había explicado el motivo de su negativa a volver al pueblo. Desde luego, él le había preguntado en varias ocasiones. Sacó el tema delicadamente, pero como respuesta siempre obtuvo evasivas. Con el tiempo dejó de preguntar e, incluso, de pensar en ello. Paula era una mujer con temperamento, pues había sido educada para ser una buena esposa y madre, papel que cumplía a la perfección y sin queja por parte de su marido, pero hasta la mejor esposa escondía secretos. Ricardo lo sabía y era consciente de que había matices en el pasado de su mujer, aunque cada vez que la miraba sentía que no eran importantes. Estaba enamorado de ella y lo estuvo hasta el último día de su vida. Durante sus últimos meses, ya postrado en la cama, la miraba de reojo y veía en sus ojos la vida que a él se le consumía. Era hermosa, rubia y con los ojos verdes más intensos que jamás hubiera visto. Tenían un color indefinido que, en ocasiones, podía semejarse al de una esmeralda y un brillo que los hacía sobresalir entre todos los demás. Los mismos ojos había heredado su pequeña Diana, con la misma vivacidad y el mismo abismo al que parecía caerse cuando

se las miraba fijamente. Sin embargo, en los ojos de Paula siempre aparecía una sombra cuando sus hijos recordaban alguna anécdota de las vacaciones en La Paloma o cuando inocentemente le preguntaban a su madre cuándo invitarían a los abuelos para que fueran a visitarlos a la ciudad.

Sus deseos de permanecer alejada del lugar se truncaron cuando su hija le comentó ilusionada, aunque prudente, que le apetecía celebrar la boda en la capilla de La Paloma, y ella no tuvo el aplomo para pedirle que no lo hiciera. Hablaron con el párroco del lugar, que no puso impedimentos en celebrar la ceremonia en el caserío familiar. Y así, un mes después de que la decisión fuera tomada, ambas, madre e hija cogieron el coche con pesadas maletas rumbo al sur, a la sierra, a los recuerdos que Paula llevaba tanto tiempo intentando olvidar. Pero es imposible borrar un recuerdo cuando se ha marcado a fuego en el alma de una persona. Paula conocía rincones de aquella sierra que escapaban a los ojos de los visitantes esporádicos. Sabía distinguir el canto de los pájaros y dónde había árboles frutales de los que poder comer higos o nísperos hasta hartarse. Sabía recorrer los caminos, acortar por trechos no señalizados y en qué remanso del río no era peligroso nadar porque no había demasiada profundidad. Conocía los árboles y de niña sabía trepar a ellos, aunque su madre corrigió aquella costumbre con horas y horas de sentarla a la luz de la lumbre con un trozo de tela y la aguja entre las manos con los que, a base de castigos, aprendió a bordar. Lucía, su niñera, siempre la miraba desde la cocina mientras su madre le indicaba la postura correcta en la mesa. Y si no la mantenía, le pegaba con una vara en las rodillas. Después era la propia Lucía la que curaba aquellos rasguños con cariño y canciones. Lucía siempre la había ayudado a sobrellevar los castigos de los primeros años de niñez y después había convencido a una Paula ya

adolescente de que era mejor no importunar a sus padres con su desobediencia, mientras que en la intimidad de su habitación animaba a la niña a tener ideas propias para no dejarse gobernar por ningún hombre que se creyera dueño de ella. Unas ideas que siempre habían calado hondo en la pequeña Paula que, con una inteligencia y madurez superior a las niñas de su edad, era capaz de mantener largas conversaciones con cualquiera que quisiera escucharla, lástima que en aquella época nadie estuvo dispuesto a hacerlo hasta que fue demasiado tarde.

Habían pasado treinta años desde la última vez, pero cuando entró por los grandes portones de madera maciza de La Paloma, los recuerdos olvidados entraron como un huracán en su mente; no pidieron permiso, allí estaban. Había pasado la primera parte de su vida entre aquellas paredes que, aunque estaban cambiadas, mantenían un aire a casa de campo simulado para el gusto de los clientes que se hospedaban allí. Las cacerolas de hierro, colgadas de las paredes, no eran las que habían usado Lucía y su madre durante su niñez. Estas eran de decoración, los botijos no tenían debajo el platillo para sudar porque no estaban llenos. La galería del patio interior, por la que se accedía al jardín de atrás, tenía bancos nuevos que siempre parecían recién barnizados y los geranios que colgaban de las macetas y las flores del jardín no eran las que Lucía había plantado. Todo era igual, a la vez que diferente, solo el olor de la sierra seguía siendo el mismo: intenso, penetrante y capaz de desenterrar los recuerdos mejor protegidos por la memoria. Desde que había vuelto, había podido ver, sin necesidad de cerrar los ojos, a su madre salir de la capilla a primera hora de la mañana, con la cabeza baja después de haber rezado durante una hora antes de comenzar sus tareas. Vio a Lucía sentada entre los rosales, que los podaba para que no crecieran torcidos y vio a su padre llegar con su

caballo después de un día de caza con el rostro torcido de satisfacción por el buen resultado de la jornada. De entre todos los recuerdos, que como fantasmas vívidos se colaron en su mente, hubo uno que le sobrecogió especialmente el corazón: verse a sí misma, sentada en la grava del suelo, oír como detrás de ella su padre le cerraba para siempre las puertas de La Paloma.

Capítulo 2

Los amantes

René Magritte -1928

Al contrario que su madre, Diana se sintió emocionada por los cambios que se habían producido en La Paloma. La capilla había sido rehabilitada y unos frescos preciosos decoraban las paredes con escenas coloridas de la vida de Jesús. El jardín estaba arreglado e incluso los naranjos habían colaborado al lucir espléndidos sus flores. Fue con el paso de los días y por la paz que otorgaba el lugar que, en ocasiones, se podía confundir con soledad, lo que comenzó a desesperar los nervios de Diana, que no solo estaba preocupada por su boda sino por la actitud taciturna que se apoderaba de su madre desde que se habían instalado allí.

Como el día anterior y el anterior a este, Diana se levantó muy temprano y fue la primera en pasar por el comedor; únicamente había un camarero que preparaba las mesas para el desayuno. El olor a madalenas recién horneadas se colaba por casi todos los rincones del comedor y comenzaba a mezclarse con el olor amargo del café.

—¿Diana? ¿Rubia? ¿Eres tú? —No fue su nombre lo que la sobresaltó, fue el apodo lo que la hizo pararse en seco, pues hacía años que nadie la llamaba así. Concretamente desde la última vez que estuvo en La Paloma.

—¿Mario? —El camarero que preparaba las mesas se acercó a ella. Sí, era Mario. Un escalofrío le recorrió la espalda y se quedó totalmente inmóvil—. No imaginé que te vería aquí, hace tantos

años...

—Sí, rubia, unos pocos... y más cuando uno se queda a esperarte.

—Diana permaneció inmóvil y sin habla mientras miraba atentamente al joven que no había cambiado nada en esos años. Era bastante más alto que ella y su piel parecía bronceada por el sol del campo. Su sonrisa era la misma y le daba un aire pícaro por el hoyuelo que se le formaba en una de sus mejillas—. No me mires así, era broma... Hace varios años que trabajo aquí de camarero en temporada alta. Este año nos han llamado antes porque parece que se celebra una boda. Pero mírate, estás igual de guapa. ¿Cómo es que estás aquí después de tanto tiempo?

—Gracias, tú también estas igual. —Diana respiró hondo antes de seguir—. Esa boda es la mía, por eso he venido.

—¡En serio! Vaya, no me habían dicho que eras tú. ¡Felicidades! —Dudó—. Tú te casas y yo soy el camarero, rubia. Cualquier cosa que necesites, avísame, que si hace falta te llevo la cola... —Hubo un segundo de pausa antes de que Diana comenzara a reír a carcajadas. Por primera vez, desde hacía días, notó cómo se relajaba la tensión en sus músculos.

—Buenos días, hija. Veo que hoy estás de buen humor. ¿A qué debemos este cambio? —Paula había entrado en el comedor mientras los dos jóvenes hablaban y había tenido tiempo de ver la reacción de su hija con Mario.

—Buenos días, mamá. Este es Mario, un viejo conocido de la época de mis veranos en La Paloma.

En realidad, era algo más que un viejo conocido. Diana y Mario habían pasado juntos un verano cuando ella, a los dieciséis años, aún pasaba el tiempo de vacaciones en La Paloma con sus abuelos. Mario era el hijo de Luis, la mano derecha de su abuelo, y siempre que iba a trabajar se llevaba al joven para que empezara aprender el oficio de

capataz para que en el futuro pudiera sustituirlo. Lo que comenzó como una amistad con Nacho, el hermano de Diana, varió hasta una relación a escondidas con ella, fugitiva de la luz y de la gente. Nadie hubiera dicho nada si cualquier día los hubieran pillado besándose en la piscina, pero en secreto todo parecía más emocionante. Diana se enamoró de él en los dos meses que pasaron juntos y cuando llegó el 1 de septiembre y tuvieron que separarse, ambos prometieron esperarse para volver a verse el siguiente verano. La fatalidad del accidente de sus abuelos y la negativa de su madre para permitir a sus hijos volver a La Paloma obligó a Diana a incumplir su promesa. Lloró y suplicó a su madre para que la dejara volver, escribió cartas a Mario e incluso pensó en escaparse de casa, pero nunca llegó a hacerlo. Un tiempo después, conoció a Raúl y se olvidó de Mario, y más tarde conoció a Fernando que la hizo olvidarse de Raúl. Así fue como ese primer amor adolescente cayó en el olvido hasta la mañana en que Diana bajó a desayunar y se lo encontró de frente mientras servía las mesas.

Diana estaba convencida de que su amor por Fernando era verdadero y único. Se habían conocido en el cumpleaños de la mejor amiga de ella. Fernando era un tipo tímido y poco amante de las fiestas y solo había accedido a ir porque la chica era la hija de un buen amigo de su padre. Mientras conducía su coche camino a la fiesta había decidido tomarse una Coca-Cola, felicitar por el cumpleaños a la homenajeada y salir de allí pitando. Pero todos sus planes se fueron al traste cuando a punto de pulsar el timbre de la puerta, una chica rubita con el pelo rizado y de poco más de metro y medio apareció en su campo de visión cargada con dos enormes bolsas de hielo, con las llaves del coche en la boca y la bufanda a medio poner.

—Gracias —dijo Diana cuando Fernando le cogió una de las

bolsas, lo que le permitió quitarse las llaves de la boca con la mano libre—. Nos hemos quedado sin cubitos. En realidad, la nevera se ha roto esta tarde y se ha descongelado todo el hielo y lo que no es hielo también. Es un desastre. —Fernando la miraba estupefacto y sin abrir la boca.

Ambos entraron en el piso y llegaron a la cocina tras abrirse paso por la multitud que bebía, reía y bailaba distribuidos por todas partes. Él caminaba detrás de ella y la veía saludar con soltura a los invitados. Parecía un pececillo en medio de un mar hecho especialmente para ella.

—¿De qué conoces a Ana? —Se movía por la cocina y colocaba cosas aquí y allí. Todo estaba revuelto y era difícil ver un hueco libre en la encimera, convertida en barra de bar por una noche.

—¿A quién? —Fernando permanecía quieto, atento a ella y a sus movimientos.

—A Ana. Esta es su fiesta. Oye, tú no te habrás colado aquí para robar algo, ¿no? —Paró en seco y miró a Fernando, tratando de averiguar si tenía pinta de ladrón. No, definitivamente no la tenía.

—No, por Dios. —Fernando se ruborizó hasta las orejas—. Es que no la conozco demasiado. Mi padre conoce a su padre y me han invitado por cortesía, solo es eso —explicó, intentando que no pareciera la excusa de un ladronzuelo profesional.

—¡Anda! Tú eres Fernando.

—¿Sabes quién soy? —preguntó extrañado. Nunca hubiera imaginado que alguien de aquel lugar lo conociera, ni siquiera hubiera apostado porque Ana lo reconociera al verlo.

En realidad, si sabía quién era. Ana llevaba toda la semana quejándose porque su padre había insistido, más bien obligado bajo amenaza de prohibir la fiesta, a que lo invitara con la esperanza de que entre ellos surgiera el amor o la chispa o lo que fuera necesario

para que la cosa acabara en boda. Además, Ana lo describía como «Un chico un poco rarito, un niño de papá, sin conversación ni amigos con los que salir». Y este era el motivo por el que ella debía invitarlo a su cumpleaños y, aunque no le quedaba más remedio que hacerlo, estaba dispuesta a ignorarlo toda la noche.

—Más o menos. —Diana no quería que su cara reflejara los prejuicios que había oído sobre él—. Ana dijo que vendrías. —Vacío las bolsas de hielo en los cubos que hacían de improvisadas neveras. Después le pasó una cerveza a Fernando y abrió otra para ella—. Aunque yo personalmente tenía dudas de que vinieras, sin conocer a nadie, quiero decir. A mí tampoco me gustan demasiado las fiestas, por eso me he escapado a por el hielo.

—Para no gustarte, se te veía muy a gusto ahí dentro. —Fernando señaló el salón de donde procedía un gran murmullo de voces solapadas.

—Son amigos de Ana. Es ella a la que le gustan estos eventos. Yo normalmente trato de evitarlos, llevo muchos años de fiesta en fiesta, siempre con las mismas personas y las mismas caras, las mismas conversaciones vacías y aderezadas de alcohol —confesó al darse cuenta de que aquel chico le inspiraba mucha confianza—. Al principio era divertido, pero creo que ya me he cansado. No estaría aquí si no fuera su cumpleaños, pues no me lo hubiera perdonado nunca.

—Te entiendo. Para mí este ambiente es como eso que dicen de la soledad.

—¿Qué dicen? —Diana le dio un trago a su cerveza.

—Que puedes estar rodeado de personas y aun así sentirte solo porque no tienes cerca a la persona con la que realmente quieres estar.

—Vaya, ¿tienes novia? Me había parecido entender... por lo que

me dijo Ana, pensaba...

—No, no tengo. Quiero decir, ya sabes, es solo lo que dice la gente. —Tragó saliva antes de continuar—. No es lo que me pasa a mí, es decir, no pienso en nadie exactamente. —Fernando trató de calmarse para evitar volver a ruborizarse.

—¿Sabes la verdad? —Volvió a coger su bolso y su abrigo—. No me apetece estar aquí y además tengo hambre. ¿Quieres venir a comer algo conmigo?

Diana nunca tuvo clara su reacción de aquella noche con Fernando. Realmente le parecía un chico tímido, pero para nada raro. Tampoco había pensado en salir de la fiesta antes de que acabara. En realidad, ni siquiera tenía hambre. Algo dentro de ella la animó a seguir un instinto. En ningún momento pensó que aquella decisión iba a cambiar su vida y su futuro. Pero había sentido una paz extraña al estar con Fernando, una calma y una especie de luz interior que fue más intensa cada vez que él la había mirado. Ese chico alto, moreno y tímido le daba seguridad y realmente tenía ganas de salir de aquella fiesta en la que nadie notó su ausencia.

Pasearon calle abajo con los botellines aún en la mano. Fernando pensó que si un cliente de la notaría lo hubiera visto, hubiese dado mal ejemplo o incluso que hubiera podido contárselo a su padre, por lo que trataba de ocultarlo entre su mano y su cuerpo. Diana, en cambio, no pensó nada. Terminó la cerveza y la tiró a una papelera, la misma a la que Fernando tiró la suya prácticamente llena.

Hablaron de sus vidas que se contaron en un breve resumen. Ella estudiaba magisterio, era su primer año y estaba entusiasmada con la carrera. Había conocido a gente interesante, incluida Ana, y sentía que era a lo que quería dedicarse en el futuro. Su padre era médico y llevaba años que impartía clases en la facultad, pues dar clase era la pasión de Ricardo, y su hija estaba contenta de seguir su ejemplo de

alguna manera. Quería inspirar a los jóvenes para que llegaran a ser lo que quisieran ser en la vida. Su padre era muy importante para ella y quería que se sintiese orgulloso. Fernando, por su parte, había estudiado derecho por obligación familiar. Procedía de una antigua estirpe de notarios y él no había podido saltarse la tradición, aunque en el fondo tampoco se había planteado si quería hacerlo. Si por algo se caracterizaba Fernando, era por estar siempre en el lugar que le correspondía y trataba de no destacar demasiado, para él era más sencillo simplemente no dar la nota. Hablaron de cine y de literatura, de música y de sueños que esperaban hacer realidad algún día. Mientras hablaban Fernando pensó que había algo en aquella chica que lo hacía sentirse bien. Andaban uno al lado del otro, pero no juntos. Ella miraba al suelo y a él intermitentemente, pero su mirada no lo hacía sentir incómodo. Fernando era tímido, pero había aprendido a superar su timidez o, por lo menos, a disimularla cuando trataba con clientes. Dominaba su campo de trabajo, podía contestar a cualquier pregunta sin dudar. Así vencía a la timidez y daba una imagen segura, pero al hablar con una chica, no conocía las respuestas. A pesar de todo, con Diana se sentía levemente más tranquilo, aquella chica de intensos ojos verdes en los que, si te fijabas con atención, se podía ver cierta niñez aún no abandonada del todo en su mirada. Ese último remanso del camino hacia la madurez del que no queremos salir del todo por miedo a lo que nos encontraremos después. La chica le despertaba, sin duda, mucha ternura. Diana por su parte, vio en Fernando el chico tímido que era, sí, pero también al hombre culto e interesante que se escondía debajo de aquella capa de timidez y que salía solamente cuando estaba en una situación muy cómoda.

Cuando por fin miraron el reloj, faltaba poco para las siete de la mañana. Caminaron de vuelta, en silencio, mientras veían cómo los

tonos grises de la noche daban paso a los rojos y posteriormente a los azules, para que al final todo fuera luz y color en un frío día de invierno en el que aquellos dos jóvenes, aún sin saberlo, habían cambiado el curso de sus vidas.

—Quiero ir a Florencia —confesó Fernando poco antes de llegar al coche de Diana.

—Y yo. Siempre he soñado con poder perderme entre todo ese arte, toda esa cultura plasmada en los lienzos. —Fernando miró extrañado a Diana—. Mi madre trabajaba en una galería de arte y es una apasionada. Me lo ha inculcado desde niña.

—Pues vámonos, hoy mismo. ¿Para qué esperar? —No supo qué había dicho ni por qué lo había dicho, pero en el fondo sintió que era lo que quería.

—Ya, claro. Voy a casa, cojo un par de vaqueros y una camiseta, y tú me esperas en el aeropuerto. —Se burló Diana en tono irónico.

—No, esta noche no. Tienes razón, mejor mañana.

—Estas de broma, ¿verdad? —Diana no tuvo claro si estaba loco o si deliraba de puro cansancio.

—No. —Y no lo estaba. Deseaba irse con ella, que aquella noche no hubiera acabado nunca, que aquella chica de ojos verdes y pelo en tirabuzones, que tenía la cara de una muñequita, le hubiera hablado eternamente. Pero llegaron al coche y ella se despidió. Diana se quedó mirándolo a la espera de algo más, pero él no supo que esperaba, así que no se movió. Se quedó en silencio y, tras unos segundos, ella le dio dos besos y subió al coche. La vio desaparecer calle abajo y torcer la esquina, y entonces supo lo que ella había esperado.

—¡Mierda! ¡No le he pedido el número de teléfono!

Dio la vuelta en redondo y corrió a casa de Ana; la portería estaba abierta. Subió los escalones de dos en dos y cuando llegó al cuarto

piso le faltaba el aliento. Llamó al timbre y esperó. Después pensó que eran las ocho de la mañana y que Ana dormiría, pero la chica abrió la puerta aún maquillada, aunque un poco despeinada y con cara de mala leche.

—¿Tú? ¿Se puede saber qué haces aquí? Hace horas que se terminó la fiesta. —Hizo un ademán de cerrarle la puerta en las narices, pero Fernando se lo impidió.

—Necesito el teléfono de tu amiga. Es urgente.

—¿Pero qué dices? ¿Qué amiga?

—La verdad, es que no sé cómo se llama.

En ese momento Fernando se sintió muy tonto, pues había hablado toda la noche con ella y no le había preguntado ni siquiera su nombre. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Comenzó a ruborizarse muy rápido, tanto que, en décimas de segundo, sintió cómo se le calentaban las orejas.

—No me lo puedo creer. Apareces en mi casa a las ocho de la mañana, llamas al timbre como un loco... —La falsa indignación de Ana por la hora se venía venir desde lejos. Le molestaba más que hubiese sido aquel rarito el que la molestara—. Y para pedirme el teléfono de alguien que ni siquiera sabes cómo narices se llama... ¿Sabes qué te digo?

Ana intentó cerrar la puerta, pero Fernando se lo impidió al colocarse en medio del recorrido.

—Ella sabía quién era yo, por eso se me olvidó preguntarle el nombre... —se justificó Fernando.

—Y por lo que veo, también el teléfono. Lárgate, anda. —Ana intentó, de nuevo, cerrar la puerta.

—Espera, yo no te gusto. Eso se ve venir desde lejos. Ayúdame a localizar a esa chica y conseguiré que nuestros padres nunca vuelvan a pensar en nosotros como una posible pareja. —Ana dudó un

segundo, pero era cierto que estaba cansada de que su padre insistiera en que quedara con Fernando, así que no perdía nada al intentarlo—. Es rubia, bajita y trajo el hielo. Eso es, es la chica que trajo el hielo, estudia contigo...

—¡Eh! Espera un momento, ¿para qué quieres tú el teléfono de Diana?

«Diana, que nombre tan bonito», pensó Fernando. Ana se resistió un poco, le hizo varias preguntas estúpidas a las que él contestó estúpidamente y, al final, le dio el teléfono, al pensar que nunca lo usaría y que si lo utilizaba, Diana nunca respondería a la llamada.

Contra todo pronóstico, Fernando bajó a la calle a buscar un bar, preguntó por el teléfono público que, como siempre, estaba al final de la barra, marcó el número que le había dado Ana y rezó porque la chica no le hubiera gastado una broma o no le hubiera dado el número equivocado. Pero una voz conocida respondió casi en susurros.

—Diana, te llamas Diana. Había olvidado preguntarlo y también había olvidado pedirte el teléfono. Perdona, falta de práctica, pero ya lo tengo. Y te he llamado para decirte que ya lo tengo. —La voz de Fernando era triunfal, por fin una cosa bien hecha esa mañana.

—Me alegro, hijo, pero Diana acaba de llegar y se ha ido a la cama. Si quieres, la llamo para que sepa que ya sabes su nombre y cómo llamar a una casa a las ocho de la mañana de un domingo. —La voz sonó risueña.

—¿Perdón? —Fernando se puso rojo como un tomate y, aquella vez, agradeció la confidencialidad que le daba el estar al otro lado de la línea.

—Soy Paula, la madre de Diana, tenemos una voz muy parecida. Si quieres, la llamo.

—No. No hace falta, la llamaré más tarde. Gracias. —Y colgó.

A pesar de la metedura de pata, se sentía triunfal. Y tan contento que apenas notó que había pasado su primera noche de juerga y que le había dado la hora del desayuno.

Fernando volvió a llamar a Diana como había prometido a una hora más decente para dar un paseo por el parque, aunque esperaba a que ella le dijera que no. También, la llamó la semana siguiente para ir al cine y esperó a que le dijera que no. Otro día la invitó a comer, a la espera de que ella dijera que no. Un tiempo después le propuso ir a Florencia y esperó que ella dijera que no. Y el día que le propuso matrimonio también esperó que ella dijera que no, pero como todas las veces anteriores ella dijo «sí».

Diana salió de la ducha al oír golpecitos en la puerta, pensó que sería su madre y abrió envuelta en una toalla blanca.

—¡Vaya, rubia! Estás increíble. —La miró de arriba abajo con ojos pícaros.

—¿Mario? ¿Qué haces aquí? No he pedido nada del servicio de habitaciones.

—Ya lo sé, rubia, he venido a ver a una amiga. —Diana se sintió ridícula por haber pensado en él únicamente como un camarero y, entrecortadamente, se excusó para cerrar la puerta y ponerse algo de ropa. Ya con la puerta cerrada, oyó al muchacho decir—: Te espero aquí.

Diana abrió el armario y pensó en qué ponerse. Se dio cuenta de que buscaba algo con lo que estuviera guapa, igual que cuando se vestía para quedar con Fernando. ¿Quería que Mario la viera guapa? Se miró al espejo y negó con la cabeza; buscó unos vaqueros y una camiseta blanca. Se echó el pelo húmedo hacia atrás y volvió a abrir la puerta.

—Sinceramente, me gustaba más la toalla. —Mario la miró, simulando una mirada provocativa.

—Cállate, soy una mujer comprometida, tengo que comportarme.
—Diana mostró la mano con el anillo de pedida que Fernando le había dado unos meses antes.

—¿Solo porque estás prometida?

—¿Cómo?

Mario se sentó a los pies de la cama de Diana mientras ella, dubitativa, dio un par de vueltas por la habitación sin saber bien dónde ponerse. Finalmente, y antes de que contestara, se sentó junto a Mario.

—Que si solo te comportas bien porque estás prometida y no por amor a tu novio, prometido o como te guste llamarlo.

—Se llama Fernando, y claro que lo hago por él. Es una forma de hablar, tontaina. —Trató de que su voz sonara segura. Mario comenzó a reír con una sonrisa amplia.

—Hacía mucho que nadie me llamaba así. Te estuve esperando, ¿sabes? —Había verdadera nostalgia en el ambiente y, como si hubiera sido una nube de humo, los envolvió en un momento, lo que abrió paso a los recuerdos de años olvidados.

—Mi madre no me dejó volver. —Realmente lo había intentado, se había peleado con su madre durante días y ambas estuvieron sin dirigirse la palabra durante semanas. Según Ricardo, las dos eran tan iguales y con un carácter tan similar que podían mantener una discusión infinita sin que ninguna de las dos cediera y al mismo tiempo sentirse horriblemente culpables porque, por mucho que discutieran, ambas se adoraban. Por lo que durante esos días la tensión en la casa no solo podía cortarse con tijeras, sino que también estaba cargada de tristeza.

—¿Tampoco al entierro? —Una sombra gris se cruzó por la mirada de Diana. Nunca había perdonado del todo a su madre por no permitirle despedirse de sus abuelos y de Lucía.

—No, ella no quiso venir, y tampoco nos dejó a Nacho y a mí.

—Vaya, es verdad. ¿Cómo está Nacho?

Nacho era dos años más joven que Diana y, desde que tuvo edad para andar, siempre había seguido a su hermana a todos lados. A ella nunca le importó, incluso lo sacaba de paseo o lo llevaba a la playa con sus amigas. Como todos los hermanos, en ocasiones tenían rabietas y discutían por tonterías, pero con el paso de los años su relación se había fortalecido aún más. Después de la muerte de sus abuelos, Nacho se posicionó del lado de su hermana y suplicó a su madre que los dejara ir. Y fue él mismo el que una tarde, después de varias semanas de oírlas discutir, entró en la habitación de Diana para pedirle que acabara con aquella bronca. El entierro ya se había celebrado, no había nada que pudieran hacer en ese entonces. Resignada y abatida, Diana había asentido y, esa noche en la cena, pidió perdón a su madre que la abrazó con ternura y dio por zanjada la discusión.

—La verdad es que está enorme —afirmó Diana—. No sé si lo reconocerías, pegó un estirón. Además, estudia medicina y tiene un aire intelectual por la falta de sueño y el exceso de cafeína. Lo verás al final del mes. Es mi padrino.

Hablaron durante largo rato de su vida, del tiempo que no se habían visto. Diana le contó que trabajaba en un colegio con niños de ocho años y que era feliz al dar clases. Le explicó también que había pedido una excedencia cuando su padre se puso enfermo y que volvería tras la luna de miel. Él le habló de su padre que, aunque ya jubilado, hacía chapuzas por los campos de la zona. De su madre, que había tenido otro hijo hacía apenas un par de años: «de rebote, incluso pensó que era la menopausia. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, se puso a gritar como una loca mientras golpeaba a mi padre en el brazo y lo culpaba del desliz». Ambos

rieron al imaginar la escena. Después se pusieron más tristes cuando Diana le habló de su padre y de su enfermedad, de cómo lo habían perdido día a día y de cuánto le había dolido. Le contó también que Fernando había sido su mayor apoyo durante todo el proceso, la mano que apretaba por las noches y el hombro en el que ahogaba los gemidos cuando las lágrimas la asaltaban en casa y no quería que nadie la escuchara. Fernando estuvo ahí, cada hora de cada día.

Eran casi las once de la noche cuando Mario salió de la habitación de Diana. Habían pasado más de cuatro horas hablando y la melancolía de los primeros momentos, que siempre viene acompañada de esos recuerdos más profundos, dejó paso a las anécdotas de viejos tiempos en los que la ignorancia de la juventud les había hecho pasar muy buenos momentos. Diana se sacudió la pena que aún le provocaba el hablar de su padre al recordar cómo ayudaron a una oveja a dar a luz. La habían encontrado en medio de la sierra, probablemente despistada del resto del rebaño por los dolores del parto y juntos la habían ayudado a tener un corderito. El bicho salió rojo y envuelto en una membrana grisácea y muy viscosa, pero Diana se sintió emocionada. También recordaba una excursión a un claro donde se sacaron fotos con la vieja polaroid de Diana. Algunas de aquellas instantáneas aún andaban por su casa, entre recuerdos y trastos viejos. Y allí estaban Mario, su primer amor, y ella sentados en una habitación de La Paloma, el lugar donde se habían conocido y besado por primera vez. Justamente eso era lo que recordaba Mario de sus días con Diana: los besos a escondidas, colarse por las noches en la piscina y nadar con ella. Todo ello tan lejos en el tiempo y a la vez tan cerca en ese momento.

Capítulo 3

*Por mucho que crea olvidado al ser querido,
no hay amante que no ame todavía,
no hay amante que no siga amando siempre.*

Las Troyanas de Eurípides, versión Jean Paul Sartre

Paula iba muy callada mientras conducía. Durante el desayuno, apenas había pronunciado una palabra y ahora fijaba la vista en la carretera apartándola de su hija. Diana conocía bien a su madre y sabía que había algo que le molestaba. Había esperado a estar solas para preguntarle. Desde que habían llegado a La Paloma, su madre había experimentado un cambio de humor que trataba de disimular, pero aquel día, sin embargo, parecía ser el peor de todos.

La joven recordaba el día en que le comentó que pensaba que sería buena idea celebrar la boda en la finca familiar. Diana incluso había dormido mal aquella noche; en medio de su insomnio, incluso pensó que sería mejor olvidar la idea y casarse en la iglesia del barrio. Le daba pánico enfrentarse a su madre con esa pregunta. Siempre habían estado muy unidas y en los últimos años, en los que Diana había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer, no solo se llevaban bien, sino que Diana consideraba a su madre su mejor amiga y su confidente. Por eso pensó que únicamente ella entendería su deseo de celebrar la boda lejos de Barcelona, en un lugar conocido y familiar. La mitad de su familia no estaría ese día con ella, quizás les sería más fácil llegar desde el cielo a aquella iglesia que a cualquier otra. A pesar de ello, también era consciente de que su

madre tenía un pasado irreconciliable con aquel lugar. Se dio todos los ánimos que pudo tras el desayuno, aprovechó que Nacho había ido a clase y entró en el dormitorio de su madre. La reacción de Paula no se hizo esperar: un «no», rotundo y salido desde muy adentro, fue lo único que se escuchó en aquella habitación. Diana esperaba aquello y, con toda la calma del mundo, trató de llegar a su madre con sus razones. Paula se paseaba lentamente de un lado a otro. De la ventana iluminada al espejo de la cómoda y nuevamente de vuelta. Andaba despacio y buscaba, en algún lugar de su interior, el coraje para enfrentarse a lo que su hija le pedía. La idea no era descabellada, al revés, incluso le pareció preciosa. Sus hijos habían sufrido mucho en los últimos años, se merecían ese esfuerzo por su parte. Diana se lo merecía y, si lo pensaba fríamente, habían pasado treinta años desde que había salido de La Paloma. Nada de lo que había dejado atrás seguía allí o eso pensaba ella. Realmente hubo un momento, mientras preparaba las maletas, en que Paula pensó que aquel viaje no la removería por dentro, que simplemente pensaría en los preparativos de la boda y que el resto se quedaría al margen.

Aquella mañana y, tras ver cómo aquel lugar afectaba a su madre, Diana, volvió a sentir que necesitaría armarse de valor y paciencia para llegar hasta ella. Y, en el fondo, también se sentía ciertamente culpable de aquella situación. No sabía que le sucedía. Estaba claro que algo había pasado para que Paula se hubiera marchado de casa de sus padres al ser apenas una niña, pero ella nunca había hablado de ello, y ellos nunca le dieron demasiada importancia, total, en aquel momento, eran niños. Pero para entonces, que la veía deambular por La Paloma, notaba que quizás debió haberse preocupado por aquella situación mucho antes. Paula al fin cedió a la insistencia de su hija.

—Anoche vi salir a ese chico de tu habitación. —Diana hizo un

ademán de justificarse, pero su madre se le adelantó—. Ya sé, ya sé, no ha pasado nada, me lo imagino, pero quiero que sepas que el paso que vas a dar en unas semanas es muy difícil desandarlos una vez recorrido. El matrimonio no es algo fácil, hija, y tú eres tan joven, has vivido tan poco. ¿Estás enamorada, Diana? ¿Tan enamorada que parece que te falta el aire si Fernando no respira a tu lado? ¿Tan enamorada que lo dejarías todo por él?

—Mamá, ¿qué te pasa? Sabes que quiero a Fernando. Además, no tengo que dejar nada por él. Por qué no me cuentas lo que pasa realmente. ¿Tiene que ver con que te fuiste hace tantos años? ¿Con qué nunca vinieras con nosotros en verano? Te noto diferente desde que estamos aquí.

—Eso es algo que ya no importa. —El gesto de Paula no varió ni un poco, pero Diana notó que había traspasado el límite—. Nunca he hablado de eso con nadie, ni siquiera con tu padre. No me preguntes, ese tema ya está olvidado.

Paula acababa de aparcar el coche en la plaza del ayuntamiento y bajó del automóvil para dar por zanjado el tema y para aliviar la tensión que se generaba entre ambas. A pesar del intento de Paula por relajar el ambiente, Diana podía sentir que el secreto de su madre comenzaba a enquistarse y que, en algún momento, le estallaría en las manos. Paula siempre había sido una mujer paciente y templada, siempre en su sitio, procuraba no llamar la atención y ser amable, por lo que Diana no entendía aquellos cambios de humor o su comportamiento extraño. Realmente empezaba a preocuparse. Miró a su madre caminar delante de ella por las calles del pueblo e, inconscientemente, decidió averiguar qué pasaba.

Paula, por su parte, sabía que su hija era curiosa e intuitiva y que en ningún momento su silencio le impediría volver a preguntarle. Sabía que si Diana elegía otro momento en el que ella quizás

estuviera más sensible, o perdida en sus recuerdos, quizás al fin lograría contarle a su hija lo que se ocultaba tan dentro de su memoria y de su corazón. Mientas andaba por la calle, oyó las campanas de la iglesia llamar a misa de doce y rezó en silencio porque lo olvidado permaneciera así para siempre.

La mañana terminó sin más discusiones entre madre e hija, que volvieron a La Paloma al mediodía. Paula apenas probó la comida y se excusó, antes del café, con un fuerte dolor de cabeza. Diana, por su parte, dejó pasar un par de horas antes de reunir el valor necesario para bajar a buscar a su tía Adela. La encontró cerca de la piscina jugando con un cachorro de un par de meses al que le tiraba una pelota.

—Hola, sobrina. ¿Cómo llevas los preparativos de la boda? Me ha dicho Pedro que ya has hecho el encargo de las flores y que el menú está casi listo.

Adela era una mujer guapa y aún bastante joven. Llevaba en La Paloma desde que se casó con Pedro. Adela y Diana se habían conocido durante los veranos que la joven pasaba en La Paloma, pero hacía ya mucho tiempo que se habían distanciado. Aun así, Diana la recordaba como una buena mujer, discreta y amable.

—Sí, ya casi están todos los preparativos. Cuando llegue el vestido, y sobre todo el novio, todo estará listo. —Rieron ampliamente mientras el cachorro las miraba a la espera de que le lanzaran la pelota—. Adela, ¿puedo hacerte una pregunta? Mi madre está muy rara desde que llegamos aquí y no me cuenta nada, se encierra en sí misma y estoy muy preocupada. —Adela asintió. Ella apenas había tenido relación con Paula, ya que se fue de La Paloma cuando ella apenas había entrado—. Creo que podría tener algo que ver con el porqué se fue hace tantos años. Tú ya vivías aquí en aquella época. ¿Sabes qué pasó?

—Sí, es cierto, yo ya vivía aquí en aquella época. Hacía poco que tu tío y yo nos habíamos casado, aún no llegaba al año y la verdad es que yo tenía poca relación con tu madre, a pesar de que apenas nos llevábamos unos años. Pero si te soy sincera, no sé qué fue lo que hizo que tu madre se fuera. Nosotros estábamos de viaje por los negocios de tu abuelo con los caballos y cuando volvimos, nadie dijo nada. Tu tío le reclamó información a tu abuelo, pero tú no te puedes hacer una idea de cómo era don Paco. Y aunque soy consciente de que Pedro sabe algo de lo sucedido, a mí nunca me lo contó. Se nos prohibió a todos hablar de Paula, a Lucía, en especial; y, sobre todo, comentar chismes en el pueblo. Paloma, por su parte, pasó unos meses horribles después de que tu madre se fue. Parecía otra, su relación con don Paco nunca volvió a ser igual, ella nunca volvió a ser la misma. Se pasaba el día bordando y rezando, más solitaria que nunca. Siempre pensé que con el tiempo las cosas se calmarían, que Paula volvería, pero los años pasaron y el silencio sobre tu madre, sobre su sola existencia hizo que en alguna ocasión llegara a preguntarme si realmente alguna vez una niña vivió en esta casa. Lo siento, Diana. Creo que no soy la mejor fuente de información para saber que pasó aquellos días con tu madre. —Adela suspiró y se volvió hacia Diana—. Aunque la verdad, sobrina, hay cosas que es mejor dejarlas cómo están. Faltan tres semanas para tu boda... Cuando pase, regresaréis a Barcelona y todo volverá a la normalidad para Paula. Deja las cosas estar y disfruta del momento.

Diana se alejó de la piscina, pensativa. Algo le decía que Adela sabía más de lo que le contaba, pues ella había vivido toda la vida en aquel pueblo, conocía a la gente y además era la nuera de don Paco Rivera, dueño de La Paloma. No podía ser que, precisamente a ella, no le hubieran llegado ciertos rumores. Aquel pueblo, perdido en la sierra, era un lugar parado en el tiempo, parecía que los años y la

tecnología no hubieran llegado allí. Las gentes de aquel lugar todavía vivían con un sereno que vigilaba las calles nocturnas. Aún acudían a misa los domingos y velaban a los muertos en las casas. Todos se conocían, era imposible encerrar los secretos tras las puertas de las casas. Por las noches, al fresco, los secretos mejor guardados corrían como la pólvora de tranco en tranco. ¿Cómo era posible que Adela no supiera nada del motivo por el que Paula se había ido de La Paloma para no volver? Aquello, en vez de calmarla, despertaba aún más su curiosidad.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no sintió cómo Mario se acercaba a ella por detrás.

—Rubia. —Al girarse, Diana vio la amplia sonrisa de Mario con su único hoyuelo—. Hay una cosa que quiero enseñarte.

La cogió del brazo y tiró de ella en dirección a la piscina. Adela ya no estaba donde Diana la había dejado y el cachorro jugaba y corría detrás de una pelota a la que empujaba con el hocico. Diana tardó un momento en darse cuenta hacia dónde se dirigían.

—Mario, ¿aún están los establos cerca de la alberca de las olivas? —No podía creer que, después de llevar más de una semana en La Paloma, no se hubiera acordado hasta ese momento de los establos.

—Están, rubia, están. Y hay alguien que seguramente se pondrá muy contento al verte. Lleva muchos años echándote de menos. Bueno, más o menos los mismos que yo. —Diana hizo un ademán risueño para quitarle importancia a la insinuación de Mario y aceleró el paso al saber que un buen amigo la esperaba.

Los establos, al igual que el resto de la finca, habían sufrido una reforma. El antiguo techo de hojalata había sido cambiado por uno de tejas. Las puertas y ventanas eran nuevas. Además, las paredes estaban más blancas de lo que Diana jamás las había visto. De pequeña, le encantaba acompañar a su abuelo en sus negocios con

los tratantes de caballos. Acudía solícita a ayudar al veterinario, siempre como una sombra con el maletín de este en las manos. Colaboraba limpiando los establos y cepillando a los caballos. Cuando cumplió los quince años, su abuelo le regaló un precioso potro color canela. Lo había llamado Sansón, por sugerencia de su abuelo, que le prometió que el pequeño animal tendría una fuerza y una robustez propia de los mejores de su raza. Durante el primer verano del animal en La Paloma, Diana no pudo montarlo porque las patas del caballo, finas como alambres, no hubieran soportado su peso, pero ayudó todo lo que pudo en su cuidado y su doma. El segundo año, cuando Diana llegó a la finca, lo primero que hizo fue correr a los establos. Le costó trabajo reconocer al joven caballo que descansaba en su cajón, pues era casi tres cabezas más alto que ella, robusto y brillante. Sus patas se habían musculado y eran tan fuertes como los pilares de una casa. En el establo también había un joven, apenas un par de años mayor que ella, que no tuvo más remedio que apartarse cuando un rayo rubio corrió como una loca a buscar a Sansón. La joven besaba y daba pienso al animal mientras le contaba cuánto lo había echado de menos durante ese año. Minutos después entró don Paco. El joven prefirió escabullirse de allí y buscar un sitio donde el carácter autoritario de su jefe no lo alcanzara y permanecer a la espera de una mejor ocasión de descubrir quién era aquella chica que ni lo había visto al pasar. De camino a la finca, encontró a un chico también rubio que daba patadas a una piedra y debía de tener trece años. Mario se paró a hablar con él. «Soy Nacho», le dijo. «Mi hermana y yo pasamos los veranos aquí, con nuestros abuelos». Hablaron un rato y, pronto, se cayeron bien; no había nadie más de su edad en varios kilómetros a la redonda. Los jóvenes cada vez pasaban más tiempo juntos y a sus ratos de ocio se unió la bella Diana que, con dieciséis años, solo tenía tres intereses: tener la nariz

metida en revistas sobre los cantantes y actores del momento —solía bajar una vez a la semana al pueblo con sus abuelos, generalmente los domingos en la misa de doce, para abastecerse para toda la semana restante—; montar a caballo todo el día y hacerse la interesante delante de Mario.

Con el paso de las semanas, el triángulo juvenil pasó a convertirse en un dueto entre Diana y Mario, que cada vez se escabullía más de sus obligaciones como aprendiz para buscar a la joven. Sus mayores distracciones aquellos días de verano eran organizar excursiones con los caballos, adentrarse lo más posible en la sierra y besarse hasta que les dolieran los labios o se pusiera el sol, por lo que debían volver. Nacho, nunca se sintió desplazado y en varias ocasiones, incluso, cubrió a los jóvenes amantes de ser descubiertos mientras nadaban en la piscina entre juegos y besos.

—Está igual. —Diana acariciaba la cabeza del caballo mientras le daba pienso—. Parece que fue ayer la última vez que lo vi. Amiguito, caballito precioso, ¿cómo no me he acordado de ti en estos días? Soy muy despistada, lo sé. Te he echado de menos, pero en los pisos de la ciudad no se pueden tener caballos, ¿sabes? —Sansón miraba a Diana como si hubiera entendido su disculpa.

—El año pasado enfermó bastante, aún no tenemos claro qué pudo ser lo que le pasó, pero lo superó como un campeón. Hace años que tu tío lo usa de semental y la verdad, es que ha dado unos potrillos fuertes y preciosos —explicó Mario mientras preparaba los arreos para ensillarlo—. Venga, rubia, que no se diga que ahora eres una señorita de ciudad que no recuerda nada de sus orígenes. Ensíllalo y vamos a dar un paseo.

Diana tomó aquello como un reto. Era cierto que en otra época era capaz de ensillar a un caballo con los ojos cerrados, pero también era verdad que hacía muchos años que no lo hacía. La silla pesaba más

de lo que recordaba, pero se hizo la fuerte y trató de ponerla sin ayuda... ¿Cómo era posible que a los dieciséis años hubiera tenido más fuerza que en ese momento? Con un arrojito extra de energía, consiguió ensillar a Sansón y se aseguró de que la correa quedara lo suficientemente tensa alrededor de la barriga del animal como para no correr el peligro de caerse del caballo al primer trote. Después puso un pie en el estribo y se dio impulso varias veces para lograr montar. Deseaba con todas sus fuerzas que lo de montar a caballo fuera como lo de conducir en bici... que nunca se olvida. Al notar su peso, el caballo comenzó a moverse inquieto, como si hubiera llevado toda la vida haciéndolo. Diana cogió las riendas y lo tranquilizó al darle unas palmadas en la cabeza. El cielo se cernía ya oscuro y un leve rojizo tocaba la cumbre de las montañas cuando Diana pateó suavemente el costado de Sansón que respondió al salir al paso en dirección a las olivas que había detrás del establo. Cuando se sintió segura, volvió a dar al animal que comenzó a trotar cada vez más rápido. Se puso de pie sobre los estribos para no destrozarse las posaderas y juntó las rodillas para mantener el equilibrio. Con las riendas bien sujetas y la espalda lo más inclinada posible hacia delante, comenzó a sentir cómo el animal y ella eran dos en uno. Le dolían todas las articulaciones del cuerpo por el movimiento del caballo, pero aguantó y se dejó llevar al galope entre los olivos con el atardecer de fondo, lo que la hizo sentirse viva y plena. En un leve vistazo, vio que Mario la seguía con otro de los caballos. Le gritaba que parara, pero ella no quería. Deseaba correr más, sentir el aire en la cara y despejar todas las malas sensaciones, todos los malos recuerdos de los meses pasados, de los años pasados. Volvió a sentirse con dieciséis años, sin preocupaciones, ignorante del sufrimiento, con toda una vida de proyectos y felicidad por delante. Inocente e ingenua juventud cuando aún no se conoce el dolor que la

vida gratuitamente puede proporcionar. Mario la alcanzó al llegar a la alberca y le pidió que parara. Diana tiró de las riendas, poco a poco, para no hacer daño a Sansón y paró.

—¡Tú estás loca! Baja ahora mismo. —Mario tenía la cara roja del enfado y del esfuerzo por seguir el ritmo de Sansón y Diana—. Me has dado un susto de muerte. ¿Y si te hubiera tirado?

—Pero no lo ha hecho. —Diana usó su tono más dulce mientras bajaba del caballo obediente—. Y ha sido una de las mejores cosas que he hecho en los últimos años. Gracias por traerme. Esto era justo lo que necesitaba.

—De nada, preciosa. Estoy para lo que necesites. —Mario hizo una reverencia servicial que dio a entender que su enfado se había esfumado y ambos comenzaron a reír a carcajadas. Diana giró la cabeza y miró un claro entre los olivos, que estaba totalmente oculto y solo podía verse si se acercaba lo suficiente—. ¿Te acuerdas de ese lugar?

—Cómo iba a olvidarlo... Fue mi última noche en La Paloma. Nunca me hubiera imaginado que tardaría tanto tiempo en volver aquí.

Habían pasado ocho años, pero lo recordaba como si aún lo estuviera viviendo. Había salido a escondidas de la casa y había llegado hasta allí en medio de la noche iluminada únicamente por la luna llena. Había tenido miedo de perderse y no llegar, de que en casa notaran su falta, de no saber qué iba a pasar aquella noche. Pero cuando vio las velas que rodeaban la acequia e iluminaban el agua con el color del fuego y las mantas cubiertas de pétalos de rosas, todo el miedo se disipó. Hicieron el amor aquella noche. Fue la primera vez para Diana, pero nunca le preguntó a Mario si también había sido su primera vez. Todo fue despacio y tierno. Se sintió fuera del mundo, incapaz de recordar con exactitud todos los detalles, todas

las sensaciones. Cada roce de piel era una corriente eléctrica que le bajaba por la columna y que hizo que se estremeciera. Fue incapaz de identificar las caricias y los besos con los que Mario cubrió todo su cuerpo. Incluso, años después, recordaba aquella noche como la expresión máxima de la felicidad. Se quedaron desnudos y abrazados sobre las mantas hasta que las primeras luces del alba comenzaron a romper sobre las colinas. Se vistieron en silencio, sin dejar de besarse, y robaron cada segundo a aquella noche que ya no existía. Con un último abrazo, se despidieron y cada uno se fue por su lado de vuelta a La Paloma. Fue la última vez que estuvieron juntos.

Cuando Diana entró en la casa, oyó a su abuela y a Lucía en la cocina, que le preguntaron con interés de dónde venía a esas horas.

—He visto el amanecer sobre las montañas de la sierra y es precioso, abuela. Todo en este lugar es precioso. Desearía no tener que irme nunca.

Diana se sentía en una especie de hechizo del que no quería despertar. Necesitaba que aquella felicidad le durara lo suficiente como para poder aguantar un año sin volver a La Paloma. Subió a su habitación a preparar la maleta, con los pies pesados porque no deseaba marcharse y, a la vez, sentía que flotaba en el aire. Su abuelo los llevó a la estación a media mañana. Diana iba callada, pensativa, pues trataba de recordar cada imagen, cada sonido y olor para llevárselos a la ciudad. Ya en viaje y en el camino, vio a Mario detrás de un árbol. Le decía «adiós» con la mano y con su gran sonrisa de un solo hoyuelo. Durante meses, alimentó ese sentimiento con los recuerdos de aquel verano. Fue únicamente cuando ocurrió la tragedia y su madre se negó a dejarlos ir a los funerales, cuando Diana empezó a comprender que los sueños de futuro de aquel verano quizás no se cumplirían.

Capítulo 4

El sueño de la razón produce monstruos

Francisco de Goya (Grabado), 1799

Los golpes, primero apagados y luego más fuertes, se colaron en su sueño. No entendía qué pasaba. Sacó la cabeza de entre las sábanas y, al incorporarse, notó un dolor intenso en todas las vértebras de la espalda. Los golpes en la puerta seguían con intensidad. ¿Quién la molestaría a esas horas? Se incorporó y sintió también un ligero dolor en las piernas. Fue, poco a poco, hasta la puerta mientras oía cada vez más clara la voz de su madre al otro lado que daba golpes a la vez que la llamaba con apremio.

—¡Jesús! Hija, menos mal. Hace más de media hora que llamo a la puerta. Tu tío ya buscaba la copia de la llave. —Paula estaba claramente preocupada.

—¿Y se puede saber a qué vienen tantas prisas? No huelo a humo ni nada por el estilo. —Notó que la ironía no había hecho ninguna gracia a su madre.

Diana volvió a la cama contrariada y agotada, pero por algún extraño motivo se sentía feliz y plena. De pronto, se sintió estúpida por los nervios acumulados por una simple boda, como si no hubiera cosas más importantes por las que preocuparse. Sentía menos peso sobre los hombros.

—Fuego no, hija, pero siempre te despiertas primera. Son más de las once y aún no has bajado a desayunar. —Diana miró su reloj de pulsera que la noche anterior había dejado en la mesita de noche—.

Comprenderás que me preocupe. Además, hacía un buen rato que daba golpes en la puerta. ¿Estás bien? —La mano experta de Paula retiró los mechones rizados de la frente de Diana y le tomó la temperatura. La joven apartó la mano de su madre sin darle mucha importancia mientras contemplaba el reloj.

—No me había dado cuenta de la hora. He dormido como un bebé toda la noche, pero la verdad es que estoy rendida.

—¿Y se puede saber el porqué de tanto cansancio? —Paula lanzó una mirada de desconfianza a su hija. Las primeras sospechas comenzaban a colarse en su mente como un ligero susurro que con el paso de los días se hacía más intenso.

—¡Oh! Mamá, ayer monté a caballo. El abuelo me regaló uno hace años, ¿te acuerdas? Y sigue aquí. Mario me llevó ayer a los establos y cabalgué entre los olivos, como cuando era una niña. Fue maravilloso. La sensación de libertad, el aire en la cara, la fuerza del caballo. Es una sensación tan intensa... No sé cómo pude haberla olvidado.

—Diana, cariño, me alegro mucho de que te sientas tan bien, pero me preocupa tu relación con Mario. Los recuerdos y la exaltación de ellos son peligrosos, hija. Las cosas no siempre son como las recordamos y, aunque lo sean, no permanecen impasibles en el tiempo como nos gustaría. La gente cambia, nosotros cambiamos.

—Mario es solo un buen amigo, no tienes por qué preocuparte. —Diana miró a su madre a los ojos con toda la sinceridad que pudo—. Mamá, ha pasado el tiempo de las evasivas. Te conozco y este lugar te afecta de un modo extraño. Quizás debí preocuparme por esto antes de pedirte que viniéramos. Tal vez no debí pedirlo, pero estamos aquí y creo que sería bueno para ti también compartirlo conmigo.

Paula guardó silencio un segundo y después se levantó hacia la

ventana desde donde se podía ver el jardín de atrás y los primeros olivos de la finca. El sol ya estaba alto en el cielo y su luz pintaba al día de colores muy brillantes, tal y como ella recordaba. La luz en la sierra era mucho más intensa que en la ciudad.

Desde el momento en que accedió a que la boda se celebrase en La Paloma, había tenido miedo a dos cosas, sus propios recuerdos y a que su hija le hiciese esa misma pregunta que le estaba haciendo. ¿Por qué se había ido? No podía contarle aún. Se dio cuenta, en ese mismo momento, que todavía no estaba preparada para dar ese paso. Desde que sus hijos nacieron, Paula había decidido que siempre estaría ahí para ellos, para lo que necesitaran, que los apoyaría en todo y que sería además de madre, amiga y confidente. Después de muchos años y de alguna que otra beta de rebeldía, lo había conseguido. Sus hijos acudían a ella, se desahogaban con ella y lo compartían prácticamente todo. Sabía que había logrado su propósito a base de ser sincera con ellos y de hablarles claramente sobre la vida. Ellos la habían recompensado al ser igual de honestos con ella. Tenía dos buenos hijos, nobles y cariñosos. Eran lo que más amaba en la vida y por eso a Paula se le oscureció un poco el corazón cuando por fin habló, mientras miraba aún por la ventana y sin volverse hacia su hija.

—No fue nada cariño. Tus abuelos y yo teníamos diferentes formas de ver la vida. Ellos se desvivían por estas tierras, por hacerlas grandes y prósperas. Su idea era buscarme un buen marido y que permaneciera aquí para siempre, pero tú me conoces, Diana. Yo no soy así. Tuvimos una fuerte discusión y la cosa se nos fue de las manos. Dijimos cosas que no sentíamos y tu abuelo tuvo a bien echarme de aquí. Era demasiado orgulloso y, una vez dicho algo, jamás se retractaba de ello. Yo, por desgracia, soy igual que él. Y justo cuando salí por las puertas, me prometí a mí misma que, pasara lo

que pasara, nunca volvería. Transcurrieron los años, conocí a tu padre y la herida cada vez se hizo más pequeña. Como casi siempre pasa en estas situaciones, pensé que algún día volvería para pedir perdón y empezar de nuevo con ellos. Con las asperezas limadas por el paso del tiempo, todo hubiera sido mucho más fácil, pero el destino no estuvo dispuesto a complacerme. —La voz de Paula se quebró.

—¿Por eso estás tan triste estos días? ¿Porque piensas que se fueron creyendo que aún estabas enfadada?

—Sí, cariño, justo por eso. Volver me ha hecho darme cuenta del gran error que cometí al no haber pedido perdón a tiempo.

Diana pareció conforme con la respuesta de su madre.

Paula salió de la habitación a tiempo de enjugarse una de las lágrimas que había estado conteniendo en presencia de su hija. Al llegar a su habitación, una presión en el pecho hacía que le costara respirar. Se sentó en la cama y miró a todos lados en busca de una respuesta a ese desasosiego hasta que al ver su reflejo en el espejo lo entendió.

—Por primera vez en mi vida, le he mentado.

Lo dijo muy despacio, casi en un susurro, pero el mal ya estaba hecho. Había roto la promesa que les había hecho a sus hijos, pues le había mentado a Diana y no se lo perdonaría nunca.

En cierto modo, la jugarreta del destino había sido real. Nadie hubiera podido precisar que, aquel frío día del mes de enero, la muerte se iba a cebar con La Paloma de esa manera tan cruel. Los días fríos eran cada vez más intensos. A pesar de que la despensa y la leñera estaban llenas hasta los topes para hacer frente al invierno, don Paco tuvo la necesidad de conducir aquella fatídica mañana hasta el pueblo para comprar algunas herramientas que necesitaba para unos arreglos en los establos. Paloma, por su parte, decidió aprovechar el viaje de su marido para comprar hilos y telas en la

mercería. Para la madre de Paula, el invierno siempre había sido de las épocas del año más productivas en cuanto a labores de costura. Adoraba pasar las tardes junto al fuego. Bordaba hasta que los puntos se le juntaban ante los ojos cansados por la vejez. Paloma odiaba ir sola de compras, por lo que en el desayuno le había pedido a Lucía que los acompañara en su viaje al pueblo. Había, entre las dos mujeres, una especie de amor-odio infundido por muchos años de compartir techo sin haber compartido nunca una conversación ajena al manejo de los hijos o de la casa. Lucía era la empleada más antigua de Paloma. A ella le había confiado el cuidado de sus hijos y las tareas más arduas de una buena ama de casa, pero jamás le confió su amistad. Severa en su trato, Paloma siempre había mantenido las distancias con la mujer que hacía más de treinta años que trabajaba para ella. Lucía, por su parte, hacía años que compadecía a su señora, aunque no por ello la trataba con algún tipo de dulzura o condescendencia. Paloma había permitido que le quitaran a su pequeña Paula, lo que dejó a la niña sola y sin amparo. Y a pesar del trato distante entre las dos mujeres, había una cosa cierta: los secretos podían llegar a unir mucho más que las palabras, y las dos mujeres conocían demasiados de los albergados en las paredes de La Paloma. Aquel frío día, además compartieron el cruel destino del que la siempre prudente conducción de don Paco no los pudo librar. La Guardia Civil constató que hubiera sido imposible que el coche no derrapara en aquella placa de hielo provocada por el rocío de la mañana. Era demasiado temprano y el hielo aún no se había derretido. El coche saltó por un terraplén y cayó varios metros antes de detenerse en un llano. Cuando lo encontraron horas más tarde, no se pudo hacer nada por ninguno de sus tres ocupantes que aquella mañana dejaron huérfana a La Paloma.

El día transcurrió como el resto. El calor del mes de mayo

empezaba sofocar a los que no estaban acostumbrados. Se dejaba sentir mucho más en el pueblo que en la sierra. Madre e hija paseaban por las calles encaladas en busca de la sombra de los balcones y los árboles. Habían estado en el bar de la plaza desde donde Diana había llamado a Fernando. Iba cada dos días desde que llegaron. En La Paloma había teléfono, pero les parecía abusivo que sus familiares también corrieran con los gastos de las llamadas románticas del futuro matrimonio. Durante la conversación, las preguntas eran las de rigor: «¿Cómo estás?», «¿Me echas de menos?», «¿Te han confirmado alguna invitación más?». También preguntas sobre los pormenores de la boda y sobre el sabor de la tarta, por el que llevaban semanas sin ponerse de acuerdo. Cierto era que tenían una relación estable y basada en el amor y la complicidad, pero Diana siempre se salía con la suya al poner cara de niña buena. Era consciente de ser la mayor debilidad de Fernando y este, que era poco amigo de las confrontaciones, siempre prefería ceder que imponer su opinión. Desde pequeño siempre lo habían manejado debido a su débil carácter. Su padre había hecho de él lo que deseaba: un hijo notario. Su madre estaba orgullosa de que hubiera encontrado una novia tan guapa, inteligente y complaciente con su suegra como era Diana. Y por la conformidad de todos, Fernando siempre consentía. Cedió a la boda en el campo y a la luna de miel en el Caribe, tan de moda en aquel momento. A pesar de no terminar de entender por qué Diana se había encaprichado con aquel destino, la idea de pasar quince días en bañador achicharrado al sol para tomar combinados no era su mayor aspiración. Aunque la falta de actividades lúdicas también tenía una única ventaja y que era pasarse el día haciendo el amor con su mujer, sin tener que estar pendiente de horarios o llegadas antes de tiempo de los padres o posturas incómodas en el coche.

Tras veinte minutos de conversación irrelevante, Diana se quedó sin monedas con las que alimentar al teléfono y se despidió apresuradamente sin contarle nada de Mario ni de su pequeña excursión a caballo ni del mal humor de su madre. Cuando colgó el teléfono, sintió que había engañado en algo a Fernando. No sabía demasiado bien el porqué. Eran detalles insignificantes, pero el hecho de no habérselos contado era en realidad lo que les daba la importancia que Diana aún no estaba dispuesta a reconocer.

Cuando llegaron de vuelta al caserío, Adela salió a recibirlas emocionada y alterada. Las había esperado desde hacía rato, en concreto, desde que el mensajero le había dejado el vestido de Diana que por fin había llegado desde Barcelona. Adela, sin ningún tipo de curiosidad o más bien toda ella, había sacado el vestido de la funda y lo había planchado con delicadeza, observando cada detalle, cada bordado y cada engarce de pedrería. Era el vestido más bonito que había visto nunca, muchísimo más bonito que el suyo. «Eso seguro», pensó con cierta nostalgia. Cuando madre e hija llegaron, el vestido estaba planchado y colgado de la barra de la cortina de la habitación de Diana.

—Es precioso, niña. Los encajes son una maravilla y la caída de la tela y la cola... Vas a parecer una princesa. —Diana miró agradecida a Adela, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Únicamente miraba el vestido.

—Sí, va a ser la novia más bonita del mundo —afirmó Paula que, como las otras dos mujeres, no podía quitar los ojos del vestido—. Los encajes son los del vestido que yo llevé el día de mi boda. Nos hubiera gustado que llevara el mismo, pero yo era más menuda y el modelo demasiado antiguo. Así que descosimos el mío y usamos los encajes para el suyo.

—Es un detalle precioso. —La mirada de Adela comenzaba a

tener un brillo un tanto sentimental.

—Me alegra que te lo parezca. —Paula miró nuevamente el vestido—. Por cierto, al mirar el vestido y cómo los encajes son más o menos antiguos, había pensado que quizás la peineta de plata de mi madre sería un complemento ideal para Diana. ¿Sabes dónde está?

—Es una idea maravillosa. Tu madre se sentiría muy feliz de que la niña llevara su peineta. Era la pieza que más le gustaba de su tocador. Debe de estar en el ático, pues subimos todas las cosas de tus padres allí cuando reformamos. Supongo que la peineta estará en el joyero del tocador. Tu madre siempre quiso que sus joyas fueran para ti y para la niña, por eso no tocamos nada. Pedro dijo que algún día volverías. —Paula cogió agradecida las manos de Adela entre las suyas con mucha emoción. Recordar a su madre había comenzado a resultarle doloroso. Las heridas del pasado empezaban a abrirse—. Si quieres, después podemos subir las tres y las buscamos. Seguramente encontraremos también algo para ti. Paloma estaría muy feliz si estuviera aquí.

Diana miraba por la ventana. Había prestado atención a la conversación, pero prefirió simular que las ignoraba mientras miraba a Mario que regaba las flores del jardín de atrás. Sonrió a su madre y a su tía y bajó guiada por un impulso. Mario estaba metido en el seto para llegar a las flores centrales. No llevaba camisa y tenía empapados los bajos de los vaqueros. Se había mojado el pelo que peinó hacia atrás con la mano. El agua de la manguera dibujaba un arcoíris gracias a los últimos rayos de sol del atardecer. Diana lo observaba desde los soportales cercanos al jardín, resguardada en las sombras como una niña que desea un juguete que no puede tener. Se ruborizó al mismo tiempo que pensaba en Fernando y en por qué no le había contado nada sobre Mario. A su nariz, llegó el olor del jazmín y vio cómo la luna se abría paso en el cielo que aún

conservaba ciertos colores rojizos de la puesta del sol. Mario había terminado de regar y recogía la manguera. Oyó ruidos dentro de la casa, pues se preparaban para la cena. Cuando levantó la vista hacia donde estaba Diana, ya no había nadie.

Después de cenar, Paula subió a la habitación de Diana a darle las buenas noches. Había sido un día muy intenso y emocionante. La encontró vestida de novia delante del espejo.

—Estás preciosa.

El vestido con escote barco dejaba los hombros al descubierto. Diana se había recogido el pelo en un moño despeinado que dejaba al aire su cuello.

—¿Sabes qué iría muy bien con este vestido? Los pendientes de Florencia. —En su voz había un tono nostálgico.

—Diana, cariño, tú no tienes ningunos pendientes de Florencia.

—Lo sé. Los descubrimos en una joyería en el puente Vecchio. Era nuestro último día en Florencia y la joyería estaba cerrada. Fernando quería que esperáramos a que abrieran y estaba dispuesto a perder el vuelo, así que nos quedamos mucho rato mirándolos, pero al final decidimos marcharnos sin ellos. Y ahora, así vestida, me acuerdo de ellos. Eran de oro blanco y, en vez de diamantes, estaban engarzados con cristal de Murano. Tenía motitas verdes y... —Un nudo en la garganta le impidió continuar. ¿Qué le pasaba?

—Dime, cariño, cuéntame.

—Hoy, cuando he hablado con Fernando no le he contado nada sobre Mario. En realidad, no hay nada que no se pueda contar, pero me ha dado la sensación de que si se lo contaba notaría lo que yo siento.

—¿Y que sientes?

—Que no he hecho nada malo, aún.

Paula creía saber qué era lo que afectaba tanto a su hija. Fernando

era un buen chico, trabajador y adoraba a su hija, eso se veía a simple vista. Pero ella sabía bien que la adoración por parte de uno no era suficiente para mantener un matrimonio. Ricardo la había adorado a ella desde el primer día y ella, Dios lo sabía bien, había querido a Ricardo con todo el corazón. Pero hay cariños profundos que se asemejan al amor y nunca llegan a serlo. En su matrimonio faltó pasión, faltó fuerza y, con el paso de los años, se dieron cuenta de que estaba cimentado en una amistad que les permitía estar juntos y convivir; eso añadido a las alegrías y desventuras que compartían por medio de los hijos, los había hecho parecer un matrimonio modelo carente del amor que creyeron tener en un principio. Ricardo nunca hubiera dejado a Paula y Paula no hubiera tenido fuerzas para soportar el verdadero amor otra vez. Por eso se conformó con esa vida relajada y feliz. Por desgracia, sus miedos se vieron acrecentados cuando vio su reflejo, veinte años más joven, en la cara de Diana vestida de novia. ¿Cometía su hija sus mismos errores? ¿Se conformaba con Fernando, el que la adoraba y le cumplía todos sus caprichos, la mimaba y cuidaba?

—Cariño, ¿estás segura de esta boda? Hemos pasado tantas cosas malas últimamente que me preocupa que te conformes con lo único bueno que te ha pasado y que te aferres a eso. La vida es muy larga, Diana, y tú eres tan joven. ¿Te has planteado posponer la boda?

—¡No! ¡Por Dios! ¿Qué pensarían Fernando y su familia? Las invitaciones, todo está listo. —Diana suspiró muy alto y se serenó—. Yo quiero casarme. Quiero a Fernando. Estoy un poco emocionada y creo que los preparativos me están alterando. Ayúdame a quitarme el vestido, mamá. Mañana estaré mejor.

Ambas guardaron silencio mientras Diana se desnudaba. Paula la ayudó a meterse en la cama y le dio las buenas noches con un beso en la frente como hacía cuando era pequeña. Fue hasta la puerta y

apagó la luz.

—Mamá, alguna vez, en todos los años que estuvisteis juntos, ¿te arrepentiste de haberte casado con papá?

—No, nunca. —Paula agradeció la oscuridad de la habitación porque su cara había reflejado algo que no quería que su hija viera: otra mentira. Y ya iban dos. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? Aquella pregunta comenzaba a darle mucho miedo. Diana debía tomar sus propias decisiones. Esa era la única verdad.

Diana volvió a sentir una gran presión en el estómago que le subía por el pecho. Se sentía culpable por preocupar a su madre y lo peor de todo es que sentía que engañaba a Fernando. Pero lo que era peor: a ella misma. Los malos pensamientos comenzaban a apoderarse de ella. Se levantó, se acercó al baño, abrió el agua fría en el lavabo y la dejó correr durante unos segundos. Después, con sus manos en forma de cuenco, la recogió y se humedeció la cara y el pelo, en un intento de alejar las malas ideas que no dejaban de acumularse en su cabeza. Volvió a la cama y trató de no pensar en nada relacionado con la boda ni con Fernando ni con Mario aquella noche. Pensó en corderitos y en cómo crecían las flores del jardín. Pensó en los títulos de la biblioteca de su padre, que aún no había leído, y en los bikinis que había olvidado meter en la maleta para su luna de miel. Debería comprarlos todos cuando llegaran a su destino. Pensó que quería aprender a bailar algo o a cantar y que, desde que había dejado las clases de inglés, no había vuelto a usar el idioma. Así, mientras pensaba en cosas inconexas, la venció el sueño.

Capítulo 5

*Los colores de la pintura están
para persuadir a los ojos.*

Nicolas Poussin

El sol aún no había salido cuando Diana atravesó el jardín para dirigirse a las habitaciones de los empleados. Los primeros rayos se filtraban entre las nubes más bajas y el suelo del patio estaba húmedo por el rocío de la mañana. Diana andaba descalza y notaba las piedras del suelo en las plantas de los pies. Había tenido pesadillas toda la noche, pues había soñado que sus padres discutían, y también con sus abuelos. Había soñado con Lucía que le pedía que escuchara todo lo que su madre aún tenía por contarle. Ella gritaba, una y otra vez, que su madre no quería hablarle, y Lucía contestaba automáticamente que no hacía las preguntas correctas. Después, sus abuelos y sus padres se volvían hacia ellas y les gritaban que era mejor guardar silencio y respetar a los muertos. En medio de todos los gritos, Diana vio a su madre callada al fondo, que miraba hacia una ventana con la misma cara con la que ella había mirado a Mario la noche anterior en el jardín.

Envuelta en sudor frío, se había levantado y se había puesto una chaqueta larga sobre la camiseta. Sin zapatos, había bajado las escaleras y atravesado el jardín de atrás hasta la zona habitada por los empleados cerca de la iglesia. Tenía los pies doloridos mientras llamaba insistentemente a la puerta de la habitación de Mario. Eran poco más de las seis de la mañana.

—¿Rubia? ¡Por Dios! ¿Tú sabes qué hora es? —Tenía los ojos cerrados y doloridos por la luz que se colaba por la puerta medio abierta.

—Sí, bueno, en realidad, no sé qué hora es, pero necesito tu ayuda. —En su voz se percibía un timbre de desesperación.

—Mi ayuda... y ¿no podías esperar a que fueran las ocho para pedirla? —Mario había subido la persiana de la habitación y la luz le dejó ver a Diana con la chaqueta a medio abotonar, las piernas desnudas, el cabello rubio revuelto y los pies mojados uno sobre el otro—. A ver, preciosa, ¿qué pasa? —En realidad no estaba demasiado dispuesto a escucharla, ya que creía suponer por qué aquella belleza rubia se había colado en su habitación a aquellas horas y a él le daba igual su boda o su novio. La había esperado demasiado tiempo.

—Tenemos que averiguar por qué se marchó mi madre de La Paloma hace treinta años.

—¿Qué? —Diana lo había dejado totalmente descolocado—. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Ya se lo he preguntado, pero no me lo dice y yo tengo que saberlo.

Desde luego no era la excusa que él hubiera esperado escuchar, pero era tan buena como cualquier otra, por lo que obvió las palabras de Diana y se concentró en lo que él creía que pasaba realmente.

—Vale. —Se acercó a ella, haciéndola retroceder los dos pasos que la separaban de la pared—. ¿Y cómo quieres que lo averigüemos?

—Pues preguntando en el pueblo, alguien sabrá algo, ¿no crees? Quizás les puedas preguntar a tus padres...

Mario ya estaba a diez centímetros de su cara y ella no podía retroceder más. Su aliento enrarecido le llegó a la nariz y notó sus manos en la cintura. Lo vio cerrar los ojos y aproximarse para besarla.

—Mario, no he venido para esto. —Diana se dio cuenta de que había cometido un error al aparecer allí a aquella hora. Mario había sentido lo mismo que ella durante esos días y aquella reacción era la confirmación. El pánico se apoderó de ella.

—Vamos, rubia, no digas nada, no estropees el momento.

—En serio, apártate. —Mario la sujetó con más fuerza—. ¡Mario!

Él la soltó sobresaltado por el grito y ella aprovechó para escabullirse por el hueco abierto de la puerta. Corrió por todo el jardín y llegó a su habitación antes de pararse a pensar en lo que había pasado. Se metió en la ducha y apartó la imagen de Mario de su mente. Dejó que el agua caliente ahuyentara todos los malos momentos y decidió que no volvería a acercarse a él. ¿Cómo había sido tan estúpida al no darse cuenta de que se metía directamente en la boca del lobo? Los preparativos, las dudas, la incertidumbre por lo que le ocurría a su madre se estaban apoderando de ella y había cometido un error aquella mañana. Debía tranquilizarse, en cuanto la boda pasara se iría de allí y no volvería a ver a Mario en la vida. Solo debía mantenerse alejada de él.

Procuró no comportarse de forma extraña delante de la familia y evitó la mirada de Mario, que entró en la cocina mientras desayunaban. El muchacho esperó un segundo a que ella se volviera para mirarlo, pero se esforzó en mantener la cabeza fija en la taza de café. Cuando él salió por la puerta, Diana sintió una sensación desesperada de seguirlo. Dejó el desayuno sin apenas haberlo tocado, se excusó con su familia y salió al comedor donde esperaba encontrar a Mario. Allí estaba, como el primer día, sirviendo las mesas de los escasos clientes que había aquellos días en La Paloma. Diana se quedó inmóvil en medio del salón a la espera de que Mario la mirara. El chico la ignoró deliberadamente durante unos segundos para pasar de largo por su lado de camino a la cocina. Diana sentía

un desasosiego que le oprimía el pecho hasta que oyó la voz de él susurrándole al oído y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Esta mañana eras la mujer más bonita que he visto en mi vida.

El joven continuó su marcha y la dejó en medio del comedor, totalmente perdida en sus sentimientos y su culpabilidad. Diana supo, en ese momento, que había entrado en un punto de no retorno que ella misma acababa de provocar y del que, a pesar de todos los esfuerzos, no quería alejarse. Aunque no todo era culpa suya, pensó, pues si Fernando hubiera estado ahí con ella, que era donde debía estar, las cosas hubieran sido diferentes. De hecho, había mil y una situaciones que pudieron evitar aquello. Si Fernando hubiera estado con ella, si nunca hubiera vuelto a La Paloma, si Mario ya no trabajara allí... Pero la verdad de todo aquello, y Diana lo sabía, era que ella estaba allí y no podía borrar ese desasosiego que le empezaba a quemar muy dentro.

Paula la encontró en medio del salón perdida en sus pensamientos y le comentó de pasada que iba al pueblo a llamar Nacho, que llevaba varios días sin saber de él. Le ofreció que la acompañara, pero Diana prefería estar sola. La joven vio dibujada una media sonrisa en la boca de su madre al alejarse, pero no le dio importancia. Esperó unos minutos hasta que oyó el coche de Paula alejarse por el camino de grava y después subió decidida las escaleras hasta el piso de arriba, donde buscó la puerta de entrada al ático. Había escuchado la conversación del día anterior entre su madre y Adela. Pensó que estar en contacto con las antiguas cosas de sus abuelos la ayudarían a despejar un poco la mente.

El ático era una estancia abuhardillada y sombría. Durante sus veranos en La Paloma, había subido muy pocas veces a aquel lugar. Buscó a tientas un cable que colgaba del techo y, tras varios intentos, logró encender la única bombilla que dotaba al lugar de una luz

tenue que iluminaba la parte central de la estancia y dejaba en penumbra el resto. Había cientos de cajas y trastos viejos amontonados a su alrededor. Con un gran esfuerzo, logró vislumbrar a su abuela que esquivaba los obstáculos que se amontonaban allí arriba, vestida de negro, con el moño gris y el delantal siempre puesto. Diana recordó a su abuela como una mujer mayor con el porte de la juventud perdido y complaciente de sus nietos, sobre todo de Diana, tan igual a la hija perdida años atrás. Absorta en sus recuerdos, consiguió darse cuenta de que la escasa luz de la bombilla no sería suficiente para iluminar los rincones más alejados. Con esfuerzo, logró abrir los ventanucos altos del techo. El polvo suspendido en el ambiente por los años de encierro se veía claramente con los rayos del sol de media mañana que se colaban por las ventanas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la nueva luz, Diana comenzó a ver objetos conocidos como las bicicletas que Nacho y ella habían usado durante los veranos pasados. También cuadros que años atrás habían adornado las paredes de la finca y que habían sido sustituidos tras la reforma. Muebles viejos, mantas, ropa, cualquier cosa tenía cabida en aquel ático que parecía ser un viaje al pasado de La Paloma. Diana no tardó en localizar los muebles de la que había sido la habitación de sus abuelos. La cama estaba desmontada y descansaba sobre una pared, el armario y la cómoda permanecían como Diana las recordaba: de madera de roble perfectamente labrada con tiradores de hierro forjado para puertas y cajones. El gran espejo de cuerpo entero, que siempre había visto junto al armario y donde su abuelo se ajustaba el nudo de la corbata antes de salir de la habitación, estaba tapado con una manta. Diana tiró de ella con fuerza. El espejo picado por el tiempo le devolvió su imagen borrosa. Habían pasado muchos años, pero allí en aquel reflejo aún estaba la niña que una vez sintió todo aquello como parte

de su vida y que convirtió La Paloma en un su hogar, un hogar en el que, en ese momento, se estaba totalmente perdida.

Diana se acercó tímidamente a la cómoda de su abuela. Abrió despacio los cajones, pero todos estaban vacíos. La ropa de cama, que en otro tiempo estuvo allí perfectamente planchada y doblada, ya no estaba, lo que evitaba un festín para las polillas. Finalmente, en el último de los cajones, la joven encontró el joyero que había pertenecido a su abuela. La mayoría de las joyas le resultaban conocidas, pues muchas veces había jugado a ponérselas, lo que obligaba a Lucía a correr detrás de ella al tratar de quitárselas para que no se perdieran. Al fondo del joyero, debajo de collares de perlas, pendientes y anillos, vio el reflejo de plata de la peineta que buscaba. Labrada en plata especialmente para su abuela, la joya dibujaba la silueta de un precioso clavel formado hoja a hoja con fino hilo de plata. Engarzados en la base de la flor destacaba el brillo de tres grandes diamantes. Diana recordaba que en varias ocasiones había oído decir que su abuelo Paco le había regalado a Paloma aquella peineta por su compromiso y que la joven había quedado tan impresionada que se enamoró al momento de su apuesto pretendiente. Diana nunca vio nada romántico en aquella historia de amor a cambio de joyas, pero debía reconocer que la peineta era espectacular. Después de unos minutos observándola, decidió bajar para ver si su madre ya había regresado y enseñarle su hallazgo. Se sentía reconfortada con los recuerdos y un poco más tranquila que a primera hora de la mañana. En el fondo, pensó que no había sucedido nada tan grave, nada que evitara que los acontecimientos siguieran el curso que debían seguir. No faltaba tanto para la boda y nuevamente se sintió capaz de sobrellevar la presión para mantenerse alejada de Mario.

Al acercarse a uno de los ventanucos, tropezó con algo duro y

robusto que la hizo trastabillar y abrir los brazos para volver a recuperar el equilibrio. Al volver la vista para ver con qué había tropezado, vio un baúl de madera maciza que había pertenecido a su madre. Lo recordaba de haberlo visto a los pies de la antigua cama de Paula. Intentó abrirlo, pero estaba cerrado con llave. Le pudo la curiosidad y buscó algo con que forzar la cerradura. Cerca de un montón de muebles desmontados, encontró una barra de hierro plana, que debía de haber servido para el montaje de alguno de ellos. Diana usó todas sus fuerzas para forzar la cerradura con la palanca hasta que finalmente esta cedió.

A diferencia de la cómoda de su abuela, el baúl no había sido vaciado y un olor marchito invadió el ambiente. Había sábanas bordadas, camisones blancos y varias docenas de pañuelos de batista con las iniciales de Paula. Probablemente todo ello pertenecía al ajuar de su madre, que debió de haber pasado muchas horas sentada para bordar todo aquello. Había prendas realmente preciosas, era una lástima que nunca hubieran sido usadas por nadie. Diana retiró las telas con cuidado para ver que había más abajo y encontró una caja de metal un poco abollada, raspada por los años y por el uso. La abrió con cuidado. Dentro encontró varios recortes de diarios, algunos bocetos a carboncillo de diferentes paisajes y una cajita de madera. Diana dejó a un lado los papeles y centró su atención en la caja que tenía en las manos. Era de madera fina, lijada pero sin barnizar. Estaba encolada con poco acierto, incluso se podía decir que estaba un poco torcida. En la tapa tenía talladas varias estrellas con rayas para describir el movimiento, lo que parecía significar que eran estrellas fugaces. A pesar de lo malogrado de la construcción de la caja, el tallado era muy preciso y detallado; sin duda, hecho por unas manos expertas. En una esquina de la caja, casi imperceptibles, Diana consiguió distinguir las iniciales A.C. La joven trató de pensar a qué

o a quién podrían pertenecer esas iniciales, pero no logró ubicarlas y cada vez se sentía más intrigada. Un ligero tintineo salió de dentro de la caja, como si hubiera algo metálico en su interior. La abrió y descubrió un colgante con forma de corazón. Era la silueta de un corazón de plata sujeto por cada uno de sus extremos superiores por una cadena larga. Diana se pasó el colgante por la cabeza y comprobó que el corazón quedaba justo dentro del escote de su camiseta, entre sus pechos. Le pareció raro porque era imposible que el colgante quedara visible con cualquier tipo de prenda por muy escotada que fuera.

Desconcertada y con el colgante aún puesto, decidió revisar el resto de los papeles. Echó un rápido vistazo a los bocetos, todos ellos de paisajes de la sierra. El trazo era bastante preciso, a pesar de ser un primer diseño dibujado rápido y a mano alzada, pero se podía adivinar una gran calidad en los dibujos. Le pareció raro, ya que a pesar del amor de su madre por el arte, nunca la había visto dibujar. Dejó los bocetos y se centró en los recortes de periódico. Todos ellos de la sección de cultura y sociedad del diario Jaén, y unos cuadernillos que parecían un intento de gaceta o información del pueblo. Todos ellos databan del año 1969. Diana hizo un rápido cálculo: su madre debía tener quince años en aquella fecha, además ese fue el año en que Paula se marchó de La Paloma. Había algo extraño en la coincidencia y el corazón de Diana latía cada vez con más fuerza, cómo si no hubiera debido encontrar lo que tenía en las manos. Aun así, no pudo evitar mirar con más atención los recortes. Eran noticias sobre exposiciones de un pintor novel que residía en el pueblo. Por los textos, dedujo que había realizado exposiciones con cierto éxito por la comarca e incluso en la capital. La mayoría de los recortes hablaban del estilo del artista, de su trazo fino y seguro, de su pincelada suelta, de sus modulaciones cromáticas y del brillo que

conseguía en sus pinturas. También de la vitalidad y la frescura de la luz que lograban que no se pudieran apartar los ojos de sus cuadros. Algunos de los textos lo comparaban con Delacroix, que en sus principios había hecho uso de las técnicas de color que había perfeccionado en su viaje por África, y que el joven pintor había usado en su favor los colores de la magnífica sierra que lo rodeaba. Todos los textos alababan su trazo y las nuevas técnicas que usaba para renovar la pintura de la época. A pesar de que se notaba que los autores de los textos tenían unas nociones de arte un tanto limitadas, se notaba un gran esfuerzo por otorgarle una buena imagen al joven pintor. Al hojear recorte tras recorte, encontró uno en el que se anunciaba una exposición en el pueblo el 3 de julio del año 1969. Encontró también, entre las noticias, un libretto guía de dicha exposición con fotografías en blanco y negro y muy borrosas de varios de los cuadros del pintor, un tal Alejandro Casado. Diana sintió una punzada en el estómago al ver las iniciales del artista. Volvió a coger la cajita de madera y comprobó entonces, sin apenas dudas, que las iniciales correspondían al pintor.

Diana conocía la pasión que sentía su madre por la pintura. Durante muchos años, había trabajado en una galería de arte y compartía con sus hijos todo lo relacionado a ello. Desde pequeños, siempre los había llevado a museos, les había hablado de técnicas, de trazos, de luces y de sombras. Se le iluminaba la cara al hablar de Sorolla y Degas de su técnica para aportar luz a sus pinturas, que la convertían en la gran protagonista de las obras. Diana había visto a su madre permanecer hasta veinte minutos para disfrutar de un solo cuadro mientras captaba todos los matices y se empapaba de todas las sensaciones que le transmitía, pero, a pesar de ello, nunca la había oído hablar de un pintor llamado Alejandro Casado. Mientras se perdía entre sus pensamientos y recuerdos, al tratar de atar cabos

se dio cuenta de que entre los recortes también había una carta enviada a Lucía con la dirección de La Paloma y sin remitente, pero no le resultó difícil reconocer la letra de su madre en el sobre. La sacó con mucho cuidado, al tiempo que se dio cuenta de que vulneraba realmente la intimidad de Paula. Pero la curiosidad pudo más que la razón. La carta era escueta, apenas unas líneas poco aclaratorias:

Barcelona, 13 de Febrero de 1977

Querida tata:

El amor, como bien me dijiste un día, puede ser el sentimiento más maravillo del mundo, pero también uno de los más tristes. En mi caso, puedo decir que he vivido ambos. Pero ya no hay tiempo para volver al pasado, las cosas suceden por diversos motivos y hay que aceptar las consecuencias de nuestros actos.

Haber vuelto a ver a Alejandro y saber que está bien es la mayor alegría que pudo haberme dado la vida, pero nuestro amor debe quedar en el olvido. Lo que ha pasado estos días debo ocultarlo en lo más profundo de mi memoria, como ocultos quedaron los momentos vividos en la sierra.

No puedo permitirme olvidar mis obligaciones con mi marido, y menos ahora que los hechos me obligan a enfrentarme a nuevos retos como mujer. Ocultarle a Ricardo la verdad es algo que sé que me atormentará toda la vida. Te pido, por favor, que guardes celosamente este colgante que tantas fuerzas para seguir luchando me ha dado. Ha sido mi amuleto durante los años de oscuridad en los que me he encontrado. Guárdalo con cuidado. Algún día será un bonito recuerdo del pasado. Te necesito y necesito más que nunca tus consejos. Ojalá pudiéramos estar juntas en estos momentos...

Te quiere mucho.

Paula

Diana releyó la carta un par de veces sin dar crédito a las palabras

de su madre. Hablaba de años oscuros y de un gran amor que le había dado fuerzas. Sin duda, el colgante al que hacía referencia era el que ella misma llevaba colgado al cuello en ese instante. Por lo tanto, y sin ser muy rebuscada, la joya debió de habérsela regalado el pintor. Pero la pregunta real que rebotaba en su cabeza era a qué se refería Paula con los años de oscuridad. Hasta donde ella sabía, su madre siempre había tenido una buena vida, acomodada y relativamente feliz. Por otro lado, y aún más importante, estaba la confesión de un engaño a su padre con ese hombre. Por mucho que se esforzara no podía siquiera imaginar a Paula engañando a Ricardo. Los había visto felices durante toda su vida, la había visto desvivirse por su marido durante años. La había visto perder la vida mientras la enfermedad le quitaba al que, ella creía, había sido el hombre de su vida. No había nada en la actitud de su madre que la hubiera podido hacer sospechar algo así. Un tornado de pensamientos comenzó a dar vueltas en su cabeza.

La joven sabía que para sonsacar información a su madre necesitaba algo más que el nombre del pintor. Además aún no estaba segura de querer mantener una conversación de ese calibre con ella. Por el contenido de la carta, era evidente que su madre había tenido una relación con ese hombre cuando ya estaba casada. Por primera vez desde que empezó a notar extraño el comportamiento de Paula, pensó que quizás no quería saber la verdad de todo aquello. Sobre todo porque había algo más en esa historia que empezaba a destacar entre todos los demás pensamientos, iluminado como una sirena de policía con su sonido y sus luces clamando atención. Pero Diana trató de ignorarlo, pues aún no estaba preparada para ello.

Decidió hacer algo más que preguntar a la familia por años que parecían que nadie quería recordar. Se escabulló para que nadie la viera y cogió un coche para ir al pueblo a buscar información sobre

ese misterioso pintor. No tenía demasiada confianza con nadie del pueblo y debía evitar que su madre la viera, así que se dirigió al lugar donde pensaba que podrían darle una información más fiable y que provocaría menos rumores.

Capítulo 6

*Cada mujer contiene un secreto:
un acento, un gesto, un silencio.*

Antoine De Saint Exupery

La galería, donde se suponía que había expuesto el joven artista, no era una propiamente dicha, ya que usaba su espacio para exponer cuadros de escaso valor artístico y también vendía recuerdos y *souvenires* del pueblo, probablemente, a los huéspedes de sus tíos. Detrás de un pequeño mostrador situado cerca de la puerta de entrada, vio a un señor sin pinta de esperar visitas a esas horas y que daba buena cuenta del bocadillo de media mañana. Diana dedujo que debía ser la persona encargada de la galería y se dirigió a él con su mejor sonrisa.

—¡Buenos días, joven! ¿En qué puedo ayudarla? —El señor dejó su bocadillo a un lado y se centró en ella con mucho entusiasmo.

—Estaba dando una vuelta por el pueblo y he visto que esto es una galería. Y como me gusta mucho el arte, he entrado a curiosear un poco.

—Ah, sí, claro, perfecto, perfecto. Debe estar usted hospedada en La Paloma, ¿no es así? —El señor sonreía abiertamente mientras miraba de reojo el bocadillo abandonado.

—Exacto. —Era una verdad a medias—. Y bien, ¿tienen alguna obra del lugar que valga la pena admirar?

—Pues qué quiere que le diga señorita... El arte que hay expuesto en esta galería es de poca calidad. —Parecía realmente apenado de no

poder satisfacer mejor a su joven visita.

—Vaya, qué lástima. Me hubiera gustado disfrutar de una buena exposición. —Diana usó esa cara suya de niña buena que lograba que se obraran milagros cuando pedía algo.

—Hace tiempo sí hubo. —El hombre se vio en la necesidad de exaltar el valor de aquel lugar para que aquella chica rubia con carita de ángel no se fuera desilusionada de su galería—. Allá por la década de los 60 y 70 había algunos buenos artistas locales, pero después todos se fueron a las ciudades y aquí no quedó más que este pobre viejo.

—Pero qué dice usted, aquí solo veo a una persona llena de conocimientos... —La mirada del hombre se iluminó. Diana había logrado llamar su atención y, como si sus palabras hubieran sido un reclamo para caer en la trampa, el hombre comenzó a enumerar todas las exposiciones y todos los artistas que allí habían expuesto en años pasados.

Olvidando su bocadillo, el señor cerró la puerta de la galería para evitar distracciones y guio a Diana a un rincón de la sala de exposiciones donde había una mesa con un par de sillas. La dejó allí sentada durante casi un cuarto de hora y después volvió con una especie de álbum de fotos muy grande que, según le explicó, era un archivo, un poco deteriorado por el tiempo, de los mejores cuadros que habían pasado por aquella sala de exposiciones. Y así, uno por uno, le mostró a Diana todo el esplendor de aquella galería años atrás. Tardó más de media hora y Diana debió aguantar con cara de interés y sonrisa de niña tonta para que él hombre hablara hasta que, por fin, apareció el nombre «Alejandro Casado».

—Este joven fue uno de los mejores artistas que han pasado por estas paredes. Su trazo, sus colores, su luz. Todos pensamos que alcanzaría el éxito. —De entre las fotos de los cuadros, salió una

imagen del joven que posaba delante de un gran cuadro—. Está fotografía se la hicieron el día que hizo su primera exposición en el pueblo. Se ha debido colar con las demás.

Diana observó la foto. Era más joven de lo que ella había supuesto en un principio, pues apenas debía llegar a los treinta. Era alto y muy moreno con el pelo rizado que le caía despeinado por la frente. Realmente era muy guapo, aunque su mirada era triste; sus ojos miraban hacia algún punto difuso tras el objetivo del fotógrafo. Aun así, era imposible dejar de apreciar sus rasgos perfectos y simétricos; la mandíbula cuadrada y los labios finos. Diana miraba fijamente la foto. Tras el joven artista había un gran cuadro que representaba una cascada sobre un estanque en medio de un bosque. Cerca del agua había una joven de rasgos limpios y mirada penetrante, que corría al lado de un gran ciervo, aunque era fácil notar que la muchacha estaba tranquila en compañía del animal. Había un cierto halo de calma, de felicidad y libertad en aquella imagen. Ella sabía que para los pintores lo más difícil era representar cuerpos en movimiento, y allí estaba aquella joven que parecía correr por el bosque junto a un ciervo. Pensó que el artista debía de ser muy bueno. Si únicamente con aquella fotografía de colores apagados y tristes le hacía sentir aquellas emociones, cómo sería admirar la obra en persona. Casi sin notarlo, Diana acariciaba la superficie de la fotografía como si hubiera podido obtener más información por medio del tacto.

—Diana. —La voz del hombre la sacó de golpe de sus pensamientos.

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Lo siento, señorita. Estaba tan pendiente de la fotografía... No quería asustarla. —El hombre tomó la fotografía y señaló el cuadro—. Esta obra se llama *Diana*, fue una de las mejores obras del chico. Era típico de épocas pasadas representar a las formas femeninas en

forma de diosas de la mitología griega o romana. En este caso, la mujer del cuadro es la diosa Diana, representada casi siempre con un ciervo o con un arco con flechas. En la época en que se pintó este cuadro ya no era común el uso de diosas romanas o griegas, pero en este pueblo, como ya debe saber usted, la temporada de caza es una de nuestras grandes distracciones, sobre todo la del venado. Y bueno, gustaba mucho a las gentes que se representara a los ciervos. Creo que este fue un encargo. De hecho, solo estuvo expuesto ese día.

—Cuénteme más sobre el pintor...

Diana entró como una exhalación en La Paloma y llevaba la carta de su madre en la mano. Había conducido por inercia sin prestar atención a las curvas. Únicamente deseaba pisar el acelerador y llegar hasta su madre lo más rápido posible.

Paula estaba al fondo del pasillo de entrada. La miraba y sonreía, como quien posa para una foto. Había algo raro en aquella situación. ¿Qué hacía su madre de pie mirando hacia la puerta? De pronto unas manos le taparon los ojos y oyó una risa ahogada detrás de ella. Una risa conocida. No pudo evitar reír también mientras apartaba las manos de sus ojos y se tiraba al cuello del recién llegado.

—Nacho, Nacho...

Susurró su nombre mientras notaba cómo su hermano la levantaba del suelo para abrazarla.

—Hermanita, solo hace dos semanas que no nos vemos. ¿A qué se viene tanta efusividad?

—Debe de ser la tensión por los preparativos —afirmó Paula, que había llegado hasta ellos y miraba complacida a sus hijos fundirse en un abrazo. Se sintió mal cuando llamó a Nacho para hablarle sobre Diana y Mario. Sabía que se estaba adelantando a los acontecimientos, pero no se sentía capaz de ayudar a su hija y sabía que Nacho llegaría hasta donde ella no podía.

—Sí, debe ser eso —espetó Diana a su madre, lanzándole una mirada gélida.

Diana tiró de su hermano hasta su habitación y dejaron a su madre sola en el pasillo. Nacho era su cordura, siempre había sido su templanza cuando su carácter efusivo se desataba. Él la escucharía y le hablaría sin juzgarla, pues nadie la conocía tan bien como Nacho. Ni Fernando ni su madre habían llegado a ese punto donde la personalidad de Diana no tenía misterios. Se sentaron en la cama, muy juntos el uno del otro, con las manos cogidas.

—¿Se puede saber qué te pasa? Mamá me llamó para que viniera. Ella se siente incapaz de lidiar contigo.

—No tengo la menor duda de que se sienta incapaz. —Su madre le había lanzado su tabla salvavidas al llamar a Nacho, pero no porque no se sintiera capaz de lidiar con ella, pensaba Diana, sino porque sabía que tarde o temprano tendría que salir a la luz lo que había descubierto y no estaba dispuesta a tratar con ella a solas. No podía sentirse capaz con semejante secreto—. Pero su problema no es lidiar conmigo, es lidiar con ella misma.

—Diana, en serio, desde que te he visto en el pasillo mirando a mamá sé que pasa algo raro, más de lo que ella me ha explicado. Ella también está rarísima. Casi no ha sido capaz de explicar por qué se siente tan mal al tratar de hablar contigo. ¿Es por Mario? Me ha dicho que estaba aquí.

Nacho era la única persona que sabía lo que había pasado entre Diana y Mario años atrás.

—Lo que pasa no tiene nada que ver con Mario, Nacho. Están pasando cosas, cosas muy serias. Mira esto. —Diana sacó de su bolso algunos de los recortes sobre el pintor que había encontrado en el ático junto con la foto que se había llevado en la mano al salir atropelladamente de la galería del pueblo. Le explicó a grandes

rasgos lo que había descubierto sobre el pintor.

—A ver si lo he entendido. —Nacho trató de poner en orden las frases inconexas y nerviosas de su hermana—. ¿Alucinas porque mamá tuvo un romance con un pintor cuando tenía quince años? En serio, ¿has pensado alguna vez que una mujer como mamá no había tenido más novios que papá?

—Sí, eso no lo dudo, pero escucha: mamá se fue de aquí para no volver nunca, eso siempre ha sido raro. —A Nacho no le quedó más remedio que asentir—. Nunca nos hemos preguntado por qué. Puede que tenga algo que ver con ese pintor. Además, eso no es todo, hay algo más... —Diana no era capaz de pronunciar con palabras las suposiciones a las que había llegado. Tenía un nudo en la garganta que cada vez la ahogaba más—. Encontré esta carta y en la galería del pueblo me han enseñado esta foto y mira el cuadro...

—¡Diana! ¿No tienes bastante con tontear con un camarero a tres semanas de tu boda, sino que revuelves en las cosas de mamá, lees sus cartas y además te crees con derecho a ir a preguntar al pueblo? —Nacho miraba a su hermana como si no la conociera—. Sabes bien cómo es este lugar y tú andas por ahí preguntando este tipo de cosas. Diana, en serio, creo que has perdido la razón.

—No me regañes, no sin haber escuchado todo lo que he averiguado. —Trató de tranquilizarse porque en cierto modo entendía el enfado de su hermano—. Si lees la carta que he encontrado, verás que mamá tuvo un romance con este hombre obviamente antes de irse de La Paloma. Se reencontraron años después, cuando ella ya estaba casada con papá. —Nacho negaba con la cabeza mientras Diana se esforzaba en hacerse entender—. Fíjate en la fecha del matasellos, es de febrero de 1977. Haz cuentas. Mamá ya estaba embarazada de mí cuando la escribió. Incluso habla de enfrentarse a nuevos retos como mujer y que le ocultaría algo a

papá...

—No estarás pensando... No, no, no, Diana. Me niego a pensar lo que quieres que piense. Mamá no sería capaz de engañar a papá de esa manera. —Nacho se levantó y evitó la mirada de su hermana, mientras elevaba la voz conforme hablaba—. Mamá me habló de dudas sobre tu matrimonio y tú me vienes con estas... ¿Qué ha pasado estos días? No entiendo nada. Os habéis vuelto locas, las dos. No tienes pruebas para dudar de mamá. No te dejaré que dudes de ella. Le debes mucho más que esto.

—Sí, las tengo. Y tú lo estás viendo igual que yo. Ella misma lo confiesa en la carta. Además hay algo más. —Nacho se volvió con la mirada suplicante. No pensaba que pudiera atar ni un cabo más a favor de la locura que le planteaba su hermana—. El hombre de la galería me ha dicho cómo se llama ese cuadro que se ve detrás del pintor...

—¿Qué tiene que ver el nombre de un cuadro en todo esto? —Su tono sonó desquiciado.

—Ese cuadro se llama *Diana*. —La incredulidad se apoderó del rostro de Nacho—. Mi nombre no es tan común como para que sea una coincidencia. ¿Qué mujer le pone a su hija el nombre del cuadro de un antiguo amante si no es porque ese bebé es fruto de esa relación? En recuerdo o en honor a él, no lo sé —por primera vez Diana había pronunciado las palabras en voz alta y sintió que por fin había atado el último cabo.

Diana se acercó a su hermano para cogerle las manos. Nacho temblaba mientras terminaba de asimilar lo que su hermana le estaba diciendo. Su vida entera se estaba poniendo patas arriba. Sus padres habían sido su mayor referente como ejemplo al que seguir cuando un día tuviera una pareja. De ser verdad lo que su hermana planteaba, todo lo que había creído ver en sus padres durante años

sería una farsa orquestada por Paula. Quería a su madre más que a nada en la vida y más aún desde que faltó su padre. Perdido en sus pensamientos, miró a Diana que esperaba una respuesta. Casi sin darse cuenta, asintió a la súplica de su hermana.

—Tú también lo ves, ¿no es verdad? Tenemos que hablar con mamá.

Diana no esperó un nuevo asentimiento de Nacho y salió corriendo de la habitación para buscar a su madre. Nacho reaccionó un segundo después y fue detrás de ella. Diana encontró a su madre en la cocina. Paula tomaba una tila en compañía de su hermano y su cuñada cuando Diana entró con la mirada llena de rencor por la mentira que esperaba que su madre le confirmase.

—¿Por qué te fuiste de La Paloma? —Diana pensó que cuanto más directa fuera, más le costaría a su madre buscar una excusa para desviar el tema.

—Diana, ¿a qué viene esto? Pensaba que estabas hablando con tu hermano de otras cosas más importantes. —En ese momento, Nacho entró en la cocina. Paula buscó la mirada de su hijo para tratar de entender lo que había pasado para que Diana se comportara de aquel modo. En vez de respuestas, encontró la mirada esquiva de su hijo—. Además, cariño, ¿desde cuándo me hablas así?

—Mamá, te he hecho una pregunta, por favor, contesta. ¿Por qué te fuiste y qué tuvo que ver Alejandro Casado en todo eso?

Paula sintió que el corazón se le paraba en el pecho durante un segundo. Hacía muchísimos años que no oía ese nombre pronunciado por nadie que no fuera ella misma y para ella misma. Dio un paso atrás para alejarse de su hija al sentir que las palabras, en ocasiones, pueden dar golpes más duros que los puños. Al retroceder, vio claramente que algo brillaba en el pecho de Diana y distinguió, sin duda alguna, el colgante que durante tantos años ella

había llevado casi como un amuleto colgado del cuello. Durante mucho tiempo, había tratado de olvidar su significado, las promesas, los sentimientos. Verlo de nuevo, en Diana, consiguió aturdirlo lo suficiente para olvidar que era su hija la que la llevaba de vuelta a todo el dolor.

—¡No tienes ningún derecho a preguntarme por eso. Olvida ese nombre y todo lo que creas saber de esta historia! —gritó.

—No me digas a qué tengo derecho y a qué no. Ya soy mayor para preguntar. ¿Qué pensabas? ¿Que nunca lo averiguaría? ¡Y aun así, me dices que no tengo derecho! —Diana cada vez gritaba más—. ¡¿Acaso no tengo derecho a preguntarte por el hombre con el que engañaste a mi padre?! ¡¿No tengo derecho a preguntarte por el hombre que podría ser mi padre?! No te importó engañar a papá y a mí misma...

En medio de los gritos de Diana, el sonido de la bofetada que le cruzó la cara pasó inadvertido. Si no hubiera sido por el dolor de la mejilla, por el giro brusco de la cara, no lo hubiera percibido. Delante de ella, su madre tenía fuego en la mirada. No dijo nada, no abrió la boca ni para llorar las lágrimas que se le amontonaban en la garganta. Aún sin salir de su asombro, Diana vio cómo su madre abandonaba tranquilamente la cocina en la que quedaron todos sus familiares asombrados por su reacción.

—¿Te has vuelto loca, Diana? —Nacho susurraba al oído de su hermana que se tocaba la mejilla donde el golpe le quemaba.

—Pensaba que estabas de acuerdo conmigo en que hablara con ella.

—Hablar es una cosa. Tú la has atacado, le has gritado y delante de toda la familia. Creo que las dos habéis dejado de pensar. En serio, ¿qué os ha pasado en este tiempo? No sois las personas que yo conozco.

El reproche de su hermano caló muy hondo en Diana. Tenía razón, se le había nublado la vista con la situación. Nunca había hablado así a su madre, nunca le había gritado ni le había faltado el respeto. Pero tampoco su madre le había mentado jamás, y ahora resultaba que toda su vida era una auténtica mentira. Además de pegarle, se había marchado sin contestar a sus preguntas. La rabia le subió por la garganta. De golpe, sintió una necesidad imperiosa de salir de allí.

Caminó por el jardín hasta la piscina. El sol comenzaba a ponerse sobre las colinas y el anaranjado de la tarde teñía el agua de la piscina. Había refrescado un poco en comparación a los días anteriores, pero Diana sentía tanta rabia por dentro que le parecía que se quemaba. El cachorro de Adela correteaba cerca del agua. Cuando el perro la vio, le acercó su pelota para que la tirara. Diana se agachó y lanzó la bola lo más lejos que pudo y esta se perdió tras el chiringuito del tejado de paja. El perro la miró sin entender qué había pasado y sin moverse del sitio.

—Eres cruel, el pobre bicho no tiene la culpa de tu frustración.
—La voz la sobresaltó, pero no dio muestras de ello. Trababa de permanecer lo más neutra posible o cabía la posibilidad de que se derrumbara y no encontrara la forma de parar de llorar. No era la primera vez que sentía aquella frustración y conocía sus consecuencias. Después de la muerte de su padre, había llorado durante un día entero y pensó que jamás podría parar. Fue su madre la que la sacó de aquella pena, pero ahora la única persona capaz de recomponer su corazón era la persona que lo había roto.

—Lárgate, Mario. No estoy de humor.

Se quitó los zapatos y se remangó los pantalones hasta las rodillas para sentarse en el filo de la piscina y miró hacia el olivar a la espera de que Mario se fuera.

—He oído gritos dentro de la casa. ¿Qué ha pasado?

—Una discusión familiar que no te incumbe. —El frescor del agua empezaba a relajarla, aunque su mente aún no pensaba con claridad. Tenía la mirada de su madre clavada en la retina. Nacho tenía razón, no debió haber abordado a su madre de esa manera. Mario permanecía a su lado de pie; esperaba una respuesta—. Creo que mi padre no era mi verdadero padre.

—Rubia, eso es fuerte. ¿Estás segura? —Se sentó a su lado mientras le cogía uno de los rizos para enrollarlo en el dedo y soltarlo. Ese gesto relajaba a Diana, él lo sabía.

—No, no estoy segura de nada. Solo son indicios, pero la reacción de mi madre al hablarle de ese hombre, no sé... —La presión por fin llegó a su punto máximo y, sin pensarlo, Diana se volvió hacia Mario para besarlos. Despacio al principio, casi ni le rozó los labios temerosa de su propia reacción más que de la de él. Aquello era mejor que no saber cómo parar de llorar. Mario la tomó por sorpresa cuando le mordió el labio, lo que hizo que Diana olvidara todo lo sucedido días antes y se dejara llevar por el recuerdo reprimido y olvidado en el tiempo de lo que había sentido y que aún sentía por Mario.

No controlaron el tiempo que se besaron. Solo tuvieron noción del espacio que los rodeaba cuando oyeron un carraspeo a sus espaldas.

—¿Qué quieres, Nacho? —Diana estaba molesta por la interrupción de su hermano, pero fue consciente en ese momento de que nuevamente estaba equivocada al descargar la rabia que sentía contra ella misma con una persona que no la merecía.

—Me gustaría saber si queda algo de mi hermana dentro de ti, pero me parece que me he equivocado al venir.

—No, lo siento, hermanito. —Diana se puso de pie lo más rápido posible para alcanzar a Nacho—. De verdad, lo siento. Dime, ¿dónde

está mamá? Iré a pedirle perdón e intentaré hablarle con calma.

—Precisamente de eso venía a hablarte. Mamá se ha ido de La Paloma. Acabo de subir a su dormitorio para tratar de calmar los ánimos y ya no estaba. Se ha llevado algo de ropa y ha dejado esto para ti.

Nacho le dio una hoja de papel doblada en dos. Su nombre estaba escrito por un lado. Era la caligrafía de su madre de eso no había duda. La nota era clara y concisa.

Es cierto que os he ocultado ciertas partes de mi vida, pero nadie tiene derecho a juzgarme y menos tú. Cómo tampoco tienes derecho a llevar mi colgante. Ese corazón representa mucho más de lo que tú serías capaz de entender.

Las palabras de la nota de su madre se amontonaron en la cabeza de Diana mientras se dirigía a grandes zancadas a la casa. Nacho se retrasó un momento mirando fijamente a Mario, que permanecía impasible ante la escena de los hermanos.

—Eres un capullo, se va a casar en unas semanas. —Mario se encogió de hombros antes de contestar con la mirada perdida por dónde Diana acababa de marcharse.

—Eso, amigo, ya lo veremos. —Le hubiera gustado encontrarse con Nacho en otras circunstancias, pero ni él ni nadie le iba a impedir meterse en aquel lío rubio que tanto le gustaba.

Nacho alcanzó a Diana cuando ya le había contado a su familia que Paula se había marchado de La Paloma. Pedro y Adela estaban desconcertados, tanto por la disputa entre madre e hija como por la decisión de esta última de marcharse otra vez después de tantos años.

—¿Dónde ha podido ir sin coche? Hay más de diez kilómetros hasta el pueblo. —Pedro hacía el cálculo mental de cuánto podía tardar su hermana con una maleta a cuestas en llegar al pueblo a pie.

—Por favor, tío —pidió Nacho—. ¿Puedes mandar a alguien a recorrer el camino en coche? Si realmente se ha ido a pie, no estará lejos.

—Lo que no entiendo es por qué vuestra madre se iría así —interrumpió Adela—. Vuestro coche está aparcado fuera y los nuestros también. No era tan difícil coger las llaves... No tiene sentido que haya ido andando.

—Tienes razón, Adela. —Nacho especulaba mientras miraba a su hermana que permanecía callada en un extremo de la cocina—. ¿Hay algo cerca donde pueda quedarse? Quizás vuelva por la mañana...

Sus tíos negaron con la cabeza. Además, todos eran conscientes de las pocas posibilidades que había de que Paula entrara radiante por la puerta a la mañana siguiente para la hora del desayuno.

—No va a volver. —Diana rompió el silencio—. Ni mañana ni pasado. La conozco, mi madre no es de esas personas que olvidan con facilidad, y hoy nos hemos desmontado la vida la una a la otra en un momento. Ella solo quería ayudarme y yo la he acusado...

—Diana, tus suposiciones eran bastante razonables. Mamá volverá. Ya verás.

Diana tomó aire un segundo antes de volverse a Adela.

—Hace un par de días, te pregunté los motivos por los que se había ido mi madre de La Paloma y me diste una excusa barata. —Miró a sus tíos antes de seguir—. ¿Qué pasó ese verano? ¿Quién es ese Alejandro Casado? ¿Qué sabéis vosotros?

—Sabemos que hay cosas que es mejor dejarlas como están —fue Pedro el que contestó, más autoritariamente de lo que se había comportado hasta ese momento—. Lo que pasó ese verano es mejor olvidarlo. Hazle caso a tu hermano, niña. Espera que venga tu madre y habla con ella. Pero deja el pasado dónde está.

PARTE II

Capítulo 7

Perseidas, también conocidas como lágrimas de San Lorenzo, son meteoros de alta velocidad que iluminan el cielo todos los años entre las noches del 10 y 11 de agosto.

Parecía que había sido ayer la última vez que había dormido en aquella cama. El sol de media mañana que entraba por las ventanas la encontró abrazada a la almohada. Apenas había conseguido dormirse cuando comenzó a despuntar el alba. Las imágenes de la noche anterior entraban y salían de su cabeza como flashes automáticos que le impedían mantener la tranquilidad. La peor de todas las imágenes era la cara de Diana al preguntarle por su padre; el reproche de sus ojos era algo que sabía que no podría soportar. La decisión de marcharse había sido racional. El destino, totalmente una sorpresa incluso para ella misma que se vio dirigida a la sierra. A pesar de lo oscuro de la noche, había logrado encontrar el camino a la primera. No había dudado en ningún cruce, a pesar de que la maleza había hecho suyo el sendero. Ella pertenecía a aquel lugar a aquella luz que entraba a raudales por los ventanales, al olor a tierra y a la vegetación, al sonido de los animales y de los árboles al moverse. Habían pasado treinta y dos años, pero aquel lugar seguía siendo su refugio.

Paula no tenía ganas de pensar en lo sucedido la noche anterior, no tenía ganas de seguir llorando. Lo importante, en ese entonces, era pensar en qué iba a hacer con su vida y todo le resultaba más fácil entre aquellas paredes que sentía más familiares y amadas, incluso,

que las de La Paloma. Después de alargar los minutos entre las sábanas, bajó al piso de abajo. Los grandes ventanales sin cortinas, que formaban toda una pared del salón, la dejaron con la respiración entrecortada durante un segundo. Nada había cambiado en el paisaje que se abría delante de ella. Se acercó a los cristales y pudo ver su reflejo, quizás algo sí había cambiado un poco. Se preguntó cuánto quedaba en ella de la niña que admiró por primera vez aquel paisaje. Desde los ventanales de la casa y el patio delantero se podía ver una de las vistas más impresionantes de la sierra, incluso más que las que se veían desde La Paloma, pues donde se perdía la visión se distinguían campos de olivos. La casa estaba situada en una localización privilegiada en uno de los puntos más altos. Parecía que el terreno estaba escavado en la colina y ofrecía una terraza natural donde se construyó la casa. Se podía ver el pueblo, abajo, situado en la pequeña depresión cercana al río. Paula sabía que desde allí podía sentirse como un pájaro que lo veía todo, libre en su vuelo. Allí nadie podría hacerle daño nunca más. Eso mismo sintió la primera vez que contempló aquel paisaje con solo quince años, ingenua, y con toda la vida por delante para ser feliz. ¿Qué había pasado? ¿Qué había salido mal?

Durante más de la media hora que anduvo por la sierra hasta llegar a la casa, había temido profundamente no encontrar la llave de la puerta y como aquella primera vez tener que saltar la verja trepando a la higuera, pero a pesar del tiempo, la pequeña llave de latón seguía escondida a la perfección debajo de la piedra más grande al lado derecho del camino. El olor a encierro y a humedad se había apoderado de todo y dejó en Paula una sensación de tristeza, pero ya por la mañana con el sol pintando todo de colores podía comprobar cómo nada había cambiado en aquella casa. Todo seguía exactamente donde Alejandro lo había dejado antes de marcharse

para siempre.

Antes de pensar en cómo solucionar su vida, tenía que pensar en cómo conseguiría lo necesario para pasar unos días en aquel lugar perdido en la sierra. Mientras lo pensaba, encendió la cocina de leña similar a la que se usaba en La Paloma en años de su abuela y dónde ella había aprendido a cocinar. Esta era más pequeña, pero tenía algo que la hacía imprescindible: con la cocina encendida se calentaba el agua de las tuberías que llegaban al baño del piso superior. Un complejo, pero a la vez sencillo, sistema de agua caliente.

—No te imaginas el frío que hace aquí arriba en invierno. Las tuberías se congelan, así que cuando construyeron la casa las colocaron por dentro en vez de hacerlo por el exterior. Además, una parte pasa por dentro de la estufa de la cocina. Así es como la casa y el agua están calientes en invierno. —Alejandro la había abrazado bajo la tibia superficie de la bañera. Ella se había dejado caer apoyada en su pecho mientras oía su voz al compás del latido de su corazón.

El recuerdo, fugaz como el relámpago y aturdidor como el trueno, entró en su cabeza. Pudo oír claramente la voz de Alejandro, sentir el latido de su corazón, oler el perfume del jabón con que se habían enjabonado. Y, como si se le hubiera quemado la piel, notó las caricias de las manos sobre su cuerpo. Volver a todo aquello parecía más duro de lo que ella había imaginado en un principio. Tenía los recuerdos demasiado ocultos y los sentimientos casi se le escapaban por los poros de la piel.

Paula trató de volver a centrarse en lo necesario y finalmente decidió desterrar de allí el polvo durante un rato y bajar al pueblo a comprar lo más básico por la tarde. Trataría de pasar desapercibida, aunque suponía que sus hijos, aún desorientados por su marcha, no la empezarían a buscar hasta un par de días después. Era mejor no

despertar comentarios en el pueblo. Necesitaba varios días para ella sola en aquel lugar.

La casa no era grande y carecía de cualquier elemento de decoración o diseño. Parecía un pequeño cortijo de cazadores más que una casa que en un tiempo estuvo habitada. El piso de abajo apenas constaba de un salón con pocos muebles un tanto desvencijados, lienzos repartidos desordenadamente por todos lados y algunos libros. La cocina era minúscula con una estufa y una pequeña despensa. Paula echó de menos, por primera vez, un frigorífico. En todos los sentidos, parecía que el tiempo se hubiera detenido más de cincuenta años antes en aquella casa. Ni siquiera durante los años que Alejandro había vivido allí se habían instalado mejoras. El piso de arriba, además del baño con la bañera más grande que hubiera visto nunca, estaba la habitación principal donde había dormido. Los muebles de la casa, en general, era austeros y muy antiguos, probablemente hubieran estado en la casa antes de que Alejandro la comprara. El colchón había perdido rigidez con los años y estaba curvado en el centro. Paula pensó que si pasaba muchos días allí, acabaría con un dolor de espalda considerable.

En el piso de arriba había otra habitación, pero Paula no se sentía capaz de abrir aquella puerta aún, por lo que decidió hacer como si no hubiera una en aquel tramo del pasillo y la ignoraba cada vez que pasaba por delante.

Había sido un día duro. Limpiar la casa cerrada durante años, ir a pie al pueblo y volver con las provisiones, además de mantener a los fantasmas del pasado a raya, era agotador. Y eso para no pensar en que debía prepararse para hablar con Diana. Sabía que su hija no aceptaría una bofetada como única respuesta a sus preguntas.

Ella no había criado así a su hija, probablemente su madre pensó lo mismo en el verano de 1969 cuando la tormenta se desató, pero sin

duda ella había sido una madre más amorosa y se había implicado en la vida de sus hijos. No era justo que Diana la hubiera tratado como si fuera una cualquiera. No tenía derecho y menos a hurgar entre sus pertenencias y a ponerse su colgante. ¿Cómo habría llegado Diana a la conclusión de la infidelidad y a cuestionar la identidad de su padre? No fue buena idea la de celebrar la boda en La Paloma. Paula lo había sentido desde el primer momento, pues los recuerdos debían ser enterrados y las mentiras también. Si Ricardo hubiera estado vivo, se hubiera sentido tan dolido por las insinuaciones de Diana. Vio ante ella a Ricardo, sentado en el salón de su piso en Barcelona el día que le dijo que estaba embarazada, lo dijo llorando, él la abrazó y la hizo sentir comfortable, como siempre. Su marido nunca supo la verdadera naturaleza de aquellas lágrimas. Él nunca tuvo demasiados datos sobre Alejandro. Paula había conseguido mantenerlo alejado de su pasado. Por su parte, se había convencido de que debía enterrar muy profundamente el recuerdo de Alejandro para lograr olvidarlo. Hubo años en los que sintió que lo había conseguido, pero nadie puede olvidar al único hombre que ha amado.

—¿Por fin te sientes culpable? —Aún no habían dado las seis de la mañana en el reloj cuando Nacho, agobiado por el calor y las disputas familiares, bajó a la cocina.

—Llevo dos noches sin poder pegar ojo. Me porté fatal con ella, pero sigo pensando que ese pintor podría ser mi padre. —Diana le ofreció a su hermano una taza de café y ambos se sentaron para seguir discutiendo.

—¿Sigues con esa historia? No te ha bastado con que mamá se haya ido.

—Voy a llamar a todos los hoteles y paradores de la zona. Si está en alguno, lo sabré, tengo buenos amigos. —Pedro acababa de entrar.

Hacía dos días que no se despertaba a tiempo para preparar el café a su sobrina.

—Gracias, tío. Tú sabes algo de todo lo que pasó, ¿verdad? —preguntó Nacho, implicándose por primera vez en la historia de su madre. El día que Paula se fue, Pedro se negó a hablar, pero Nacho había notado cómo la fortaleza de su tío iba a menos conforme las noticias de Paula no llegaban.

Pedro se lo pensó un momento antes de hablar. No era un hombre de muchas palabras y la verdad era que siempre pensó que había partes de aquella historia que el desconocía. El hecho de que su sobrina pudiera ser hija de aquel pintor era una más de las lagunas. Pero lo cierto era que nadie había sabido realmente hasta dónde había llegado aquella historia entre Paula y el pintor.

Por la forma en que había sido educado Pedro, siempre había seguido sin dudar las órdenes de su padre, y la relación con su hermana había sido más bien rutinaria debido a la diferencia de edad y de sexo. Pero ahora sentía que Paula lo necesitaba, igual que probablemente lo necesitó la noche que su padre la echó de casa. En aquella ocasión, él no estuvo allí para ayudarla, pero ahora sí.

—Sé que tu madre y ese pintor estaban juntos —comenzó, bajando la mirada— y sé que era un depravado que pintaba a prostitutas, lo que causó un gran revuelo en el verano de 1969. Cómo se conocieron o cuánto tiempo estuvieron juntos, no lo sé. —Pedro hizo memoria un segundo—. No se sabe muy bien cómo, pero el alcalde del pueblo encontró en la casa del pintor los cuadros de unas prostitutas desnudas, aunque ese no fue el verdadero escándalo. Por lo visto, había mujeres de buenas familias retratadas en los lienzos. Únicamente el alcalde vio todos los cuadros, incluso se rumoreó que su propia mujer estaba retratada y que por eso no quiso que cundiera el pánico en el pueblo. Mandó callar a todos los que pudieron ver

algo y trajo los cuadros encontrados al pueblo. Los tapó y los cerró bajo llave en el ayuntamiento. Después hizo pasar a su despacho a todos los hombres que allí se juntaron y uno a uno nos confirmó si alguien de la familia estaba entre las pinturas. Después decretó que todas las mujeres fueran a la iglesia a confesar sus pecados, así todas tendrían la posibilidad de comentar con el cura su falta sin que ninguna resultara expuesta. Finalmente, los cuadros se quemaron en la plaza del ayuntamiento. Todo el pueblo alabó su decisión. Fue un buen alcalde y muy listo. Si hubiera transcendido algo, y con lo que gusta en este lugar guardar las apariencias, esto hubiera sido un caos. Vosotros no podéis entender cómo era todo hace treinta años. De hecho, aún sigue siendo así en algunos temas. Mientras que en la ciudad la gente casi no va a la iglesia, aquí todos acudimos los domingos. A los niños se los lleva incluso con fiebre. Este pueblo ha sido siempre muy religioso y ha mirado mucho por sus apariencias. Si alguna de aquellas mujeres hubiera salido expuesta, estoy seguro de que hubiera acabado muerta a manos del marido. Todos guardaron el secreto entre las paredes de sus casas. Mi padre se enteró, de alguna manera, de que Paula y ese hombre habían tenido algo. No conozco bien esa parte, no me enteré en el momento y después nadie me contó nada, pero me consta que mi padre conocía la relación que había entre ellos. Cuando el alcalde llamó a los hombres, ambos fuimos y supusimos que mi hermana podía estar entre esas pinturas de mujeres desnudas, pero no estaba.

—Y si no estaba entre las pinturas, ¿qué fue lo que pasó para que se fuera? —Diana y Nacho miraban asombrados a su tío mientras les relataba los acontecimientos.

—Yo no sé qué pasó realmente. Ni Adela ni yo estábamos en La Paloma aquellos días, pero por lo visto tu madre se negó a acudir a la iglesia según había propuesto el alcalde. Durante los tres días que

duraron las confesiones, ella se negó a ir. Incluso vuestra abuela fue a la confesión, ya que de otra manera hubiera estado mal visto y eso que ella era una mujer mayor ya en esa época. Imaginad el escándalo cuando Paula se negó a ir.

—¿Entonces mamá no fue a confesarse? ¿Ese fue el gran problema? —A Diana aquello le parecía poco motivo.

—Sí, y desde luego, don Paco era muy hombre para quedar en evidencia por culpa de una niña.

—Cuando le pregunté a Adela —Diana trató de recordar las palabras exactas—, por la marcha de mamá, me dijo que no había deshonrado a nadie, pero por lo que cuentas parece que sí.

—Tu madre no estaba en aquellos cuadros, por lo tanto no hizo nada malo a primera vista, al menos. La relación con el pintor nunca fue pública, únicamente se negó a ir al confesionario. En otros tiempos eso nunca hubiera supuesto un escándalo. Mi madre se reprochó durante años no haber hecho algo por su hija, algo para evitar el resultado de aquellos días de tensión, pero supongo que en aquel momento solo podía acatar la decisión de su marido, puede que incluso la fomentara, no sé. Mi madre también tenía mucho carácter, además de ser muy beata y cumplidora de las leyes de Dios. Seguramente no le hizo ninguna gracia que Paula se viera con otro hombre. Lo que estuvo claro fue que nunca superó la marcha de vuestra madre.

—Gracias por contarnos la historia, pero todo esto no aclara si ese hombre es mi padre o no.

—No puedo ayudarte más. Solo te pido sobrina —miró a Nacho también—, os pido que no remováis el pasado. Buscaremos a vuestra madre y la encontraremos. Incluso puede que vuelva ella por su propio pie después de calmarse un poco, pero dejad las cosas del pasado donde están.

Ambos asintieron ante la petición de su tío y se miraron para confirmar dos cosas muy claras: su madre no volvería por su propio pie y la única manera de encontrarla era al remover el pasado.

En ese momento, Mario entró en la cocina para empezar su jornada laboral. Se acercó a Diana, la besó en la frente y le preguntó qué tal se encontraba. Diana sonrió y afirmó con la cabeza para darle a entender que estaba bien. Luego miró a Nacho y a Pedro que la miraban y recriminaban su comportamiento. Diana le dijo a Mario que se verían luego y subió a su habitación para cambiarse de ropa. Nacho la siguió.

—¿Lo quieres?

—No lo sé. Lo único que sé es que, ahora mismo, no puedo evitarlo.

—Si al final te das cuenta de que no lo quieres... —Nacho trató de que su voz fuera comprensiva y firme a la vez—, le harás mucho daño a Fernando. Quizás si le pidieras al tío que lo echara, se iría y te dejaría tranquila.

—Esa no es la solución, hermanito. Aunque al final resulte que no lo quiero a él, también puede significar que no quiero tanto a Fernando como yo creía. Alejar a Mario de mí, sería huir de la realidad y me haría dudar toda la vida de mi matrimonio con Fernando.

La reflexión de Diana tenía lógica para Nacho. Podía ser una última prueba para confirmarse a sí misma si ese matrimonio no era algo demasiado precipitado. Sus sentimientos por Mario no hubieran aparecido de no serlo. Entró en su habitación, después de dejar a su hermana en la suya, y decidió que, fuera lo que fuera lo que pasara aquellos días, iba a apoyar a Diana hasta las últimas consecuencias. Siempre habían sido algo más que hermanos, habían sido amigos y ahora ella lo necesitaba como apoyo. La iba ayudar a averiguar lo que

fuera que pudieran averiguar sobre su madre. Nacho supo en ese momento que las dos mujeres más importantes de su vida estaban perdidas en las suyas propias y que necesitarían de un salvavidas para volver sentirse seguras. Él sería el de ambas. Desde que tenía uso de razón, tanto su madre como Diana lo habían cuidado y mimado. Para entonces, le tocaba a él mimarlas. Además, se sentía responsable de las dos desde que su padre había muerto. Recordó cómo a menos de tres días de morir, cuando aún estaba lúcido pero ya sentía las consecuencias de su enfermedad y presentía el poco tiempo que le quedaba, Ricardo le pidió hablar. Aprovecharon un rato que Paula y Diana habían bajado a por algo para comer a la cafetería del hospital.

Recordar aquella conversación le hizo decidir que ayudaría a Diana a descubrir la verdad sobre su madre. Al conocer esa verdad, podría ayudar a su madre cuando volviera. Desde ese momento, decidió que dejaría de juzgarlas y comenzaría a cuidarlas. Una promesa era una promesa.

Diana se desnudó delante del espejo, aún llevaba el colgante de su madre, el largo de la cadena dejaba al corazón descansar justo entre los pechos. Se metió en la bañera y se duchó con el agua muy caliente para sentir todos los poros de su piel. Después salió de la bañera y quitó el vaho del espejo con la toalla. Sonrió al pensar en Fernando. Un par de semanas antes de que toda aquella locura comenzara, habían pasado una noche en su nuevo piso. No irían a vivir allí hasta después de la boda, pero les encantaba escaparse a aquel lugar y soñar despiertos en su nuevo hogar. Hacía meses que visitaban y descartaban pisos hasta que por fin encontraron el adecuado. Era luminoso y tenía cuatro habitaciones: una para ellos, dos para los *futuros* niños y la más pequeña para el despacho de Fernando y la amplia biblioteca de Diana. Las reformas habían

durado un par de semanas y por fin, aquella mañana, habían llegado los muebles. Él había abierto la nevera y había comentado algo como que deberían comer mucho para llenarla. Fernando, el bueno de Fernando, la había llevado con una excusa estúpida como comprobar si los de la tienda habían rayado algún electrodoméstico en el traslado. Diana, ilusa, ni siquiera dudó de la excusa. Cuando entraron, el salón estaba iluminado con velas y un colchón descansaba en el centro. La desnudó por el pasillo e hicieron el amor varias veces antes del amanecer; disfrutaron de esa pequeña felicidad de estrenar algo nuevo. No tenían cortinas aún, así que cuando empezó a aclarar la luz del día, habían quedado expuestos a la vista de todos los vecinos. Diana comenzó a besarlo y a buscarlo bajo las sábanas. Fernando se dejó hacer hasta que ella retiró la sábana y ambos quedaron vulnerables a los ojos curiosos que podían asomarse a las ventanas.

—Estás loca, nos van a ver —dijo subiendo la sábana rápidamente. Diana hizo un mohín y puso esa cara suya con la que conseguía cualquier cosa.

—Vamos, cariño, así tiene más emoción. Puede que nos vean, puede que no.

Fernando logró resistir durante un par de minutos con las sábanas que le cubría hasta la cintura, pero cuando a Diana se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerla cambiar de opinión. Así que al cuarto o quinto intento de la chica por quitarle la sábana, él mismo se destapó y, con una llave parecida a las del judo, la tumbó sobre el colchón y se estiró sobre ella. Hicieron el amor sin preocuparse por las ventanas o los vecinos. Cuando terminaron, Fernando se levantó y se fue hacia el cuarto de baño. Diana permaneció exhausta en el colchón con una media sonrisa de victoria en los labios. Con Fernando, casi siempre había asaltos de ese tipo. Él

siempre era muy formal y comedido. Ella, en cambio, era más alocada y desinhibida, aunque siempre encontraba la forma de retarlo y llevarlo hasta donde quería. Se ducharon juntos y, al salir, el espejo sobre el lavabo estaba completamente cubierto de vaho. Diana acercó la toalla con un gesto para limpiarlo y él se lo impidió. «Así no, cariño, que luego queda la marca. Deja que se seque solo y no hará falta limpiarlo después». Ahí estaba otra vez el Fernando formal y conservador que habitaba en su novio casi las veinticuatro horas del día.

Diana recordó aquella escena y sonrió. Limpió el espejo entero con la toalla y luego la dejó tirada en el suelo. Caminó desnuda por la habitación y subió la persiana que daba al jardín. Mario regaba las plantas; la vio y ella supo que la miraba. Se quedó un par de segundos más en la ventana y después se apartó para vestirse. Mario nunca le impediría que quitara el vaho del espejo con la toalla.

—¿Por dónde empezamos? —Nacho había entrado en su habitación recién duchado y afeitado. Era bastante más alto que ella y tenía el pelo más moreno, se parecía más a su padre. En cambio, Diana era idéntica a su madre. En ese momento, tuvo dudas sobre si también se parecería a su padre biológico.

—¿Me vas a ayudar? —Nacho asintió—. ¿Sin reproches, sin objeciones ni malas caras por mi relación con Mario?

—Lo de Mario es cosa tuya. Si necesitas hablar sobre ello, te escucharé sin reproches. Lo único que quiero es encontrar a mamá, averiguar qué pasó y ayudarla en lo que podamos. Además, quiero que te disculpes con ella. Es el único requisito que te pongo.

—No hay nada que quiera más en este mundo que disculparme con ella. —Diana sintió que el apoyo de su hermano le daba fuerzas para seguir adelante con aquella locura en que se había convertido los preparativos de su boda.

Los hermanos se estrecharon en un abrazo y firmaron tácitamente un acuerdo paz.

—¿Por dónde empezamos? —volvió a preguntar Nacho—. Antes de subir, le he preguntado al tío. No hay ni rastro de ella por la comarca. No está en ningún hospital, eso es muy positivo, pero tampoco se ha registrado en ningún hotel, hostel o finca rural a cincuenta kilómetros a la redonda.

Bajaron a la cocina a buscar a sus tíos para informarles sobre su decisión de comenzar a buscar a Paula y de investigar qué había pasado en su juventud, como única alternativa que les quedaba. Habían pasado tres días desde que su madre se había ido y sus familiares estaban tan desorientados como ellos. Los habían ayudado a buscar a Paula, pero las miradas entre ellos denotaban que se sentían incómodos. Habían accedido a la boda de su única sobrina, después de treinta años de silencio de su hermana, y ahora se encontraban envueltos en un drama familiar que creían dormido desde hacía mucho. Adela intentó hablar, pero Pedro la calló con un gesto antes de mantenerse durante varios minutos pensativo, reflexivo.

—Hace muchos años sufrí cuando me enteré de que mi hermana se había marchado siendo una niña y sin que nadie me diera una explicación. Vi cómo mi madre se apagaba poco a poco por la pérdida de una hija y cómo mi padre, cada día, se volvía más arisco y autoritario. En aquel momento, yo era su hermano mayor y callé, no la busqué, no la ayudé. La dejé marcharse sola, con quince años y sin preguntarme siquiera si hacía lo correcto. Cuando la vi entrar de nuevo por las puertas de esta casa, sus ojos no tenían el brillo que debieron haber tenido después de una vida supuestamente plena con un marido y unos hijos. Lo hechos que ocurrieron aquel verano la marcaron, de eso estoy seguro porque nos marcaron a todos. En

aquella ocasión, me mantuve al margen porque debía obediencia a mi padre. Me equivoqué, sin duda, ya que además de obediencia a mi padre debía protección a mi hermana pequeña. Ahora no voy a mirar para otro lado. Lo que necesitéis de mí y de mi familia, vuestra familia, lo tendréis.

—Gracias, tío. —Diana abrazó a Pedro con todo el afecto del que fue capaz. Por primera vez desde su vuelta a La Paloma, sentía aquellas paredes como un hogar.

—Tenéis que tener cuidado. Si comenzáis a preguntar por el pueblo, levantaréis rumores que seguramente la gente no quiere que sean levantados.

Pedro hizo memoria. En aquella época, Paula solo tenía confidencias con Lucía. Sabía que también hubo una niña con la que siempre jugaba. La joven se había criado con su abuela y, a la muerte de esta, se marchó del pueblo. El pintor, por su parte, no tenía familia conocida ni amigos. Siempre había dado una imagen un tanto ermitaña y retraída; realmente era poco lo que Pedro sabía de aquel hombre. Se sabía que vivía en la sierra, pero no era capaz de relacionarlo con nadie a quién preguntar.

—¿Quién destapó el escándalo? —Llevaban casi una hora buscando hilos por los que empezar a tirar y todos acababan en callejones sin salida.

—Ya os comenté que fue el alcalde, don Anselmo Hervás, él descubrió los cuadros y los quemó. —Pedro miró reticente a su sobrina—. No estarás pensando en ir a ver al alcalde directamente...

Capítulo 8

El jardín de las delicias

El Bosco, 1503-1515

Don Anselmo Hervás había sido el alcalde del pueblo desde 1957 hasta 1979, año en que murió su esposa y se retiró del mundo de la política para disfrutar más de sus nietos. Además, tras la muerte del generalísimo, nada era igual en la política. Se cargaban los ideales y la decencia y, en un ambiente así, él ya no quiso gobernar. Activo militante del franquismo, tenía algunas ideas propias que no comulgaban con el régimen severo de los primeros tiempos, pero este se había ablandado con el paso de los años hasta ser más del gusto de don Anselmo. Hijo de campesinos había decidido desde muy joven dar un cambio a la vida que tenía predestinada desde la cuna. Él no era hombre de campos y miseria; el destino debía tenerle preparado algo más. Desde pequeño, destacó por su facilidad verbal y por su rapidez mental. Sus padres, personas humildes, no fueron capaces de reconocerlo, pero no fue sino durante su servicio militar, en 1950, cuando el joven descubrió la política y se unió casi de inmediato al partido falangista. Tras los años que duró su militancia, Anselmo aprendió todo lo necesario y, a su vuelta, ingresó en las filas del partido falangista del pueblo. No tardaron en notar su valía y, con apenas veinticinco años, los vecinos lo proclamaron alcalde. Según las gentes del pueblo, había sido un alcalde justo con las leyes de Dios. Perseguidor de la inmoralidad y de la decadencia de las gentes, había logrado prosperidad del pueblo con acatamiento y lealtad al

régimen.

Don Anselmo era un hombre con aspecto frágil y mirada perdida, parecía que los años habían hecho mucha más mella en él de lo que debieron. Vivía en una casa grande de dos plantas y con un agradable patio interior al que daban las galerías de las habitaciones. En esa estancia fresca y sombreada fue donde acomodó a sus invitados. Los dos hermanos esperaron pacientemente a que el señor alcalde les trajera una taza de café que se empeñó en ofrecerles. Diez minutos después de dejarlos sentados en el patio, apareció con una cafetera humeante y unas pastas. Sirvió el café, despacio, por lo que tardó otros diez minutos en sentarse delante de su visita y en atender a lo que le preguntaban.

—Así que son ustedes estudiantes de historia y quieren saber hechos interesantes que ocurrieron hacia el final de la dictadura por esta comarca, ¿no es cierto? —Los hermanos se miraron aliviados porque la treta que habían preparado para el alcalde había dado resultado. Así evitarían los rumores y las preguntas maliciosas.

—Exacto. —Diana puso cara de niña buena y mantuvo su papel—. Si pudiera usted contarnos algo, nos sería muy útil para nuestro proyecto de final de carrera.

—Pues veré, yo ya soy un viejo y la historia es tan amplia... Si quieren, pueden tomar notas. —Los hermanos no se movieron—. No han traído nada para apuntar, vaya, deben tener buena memoria. —Rio el hombre.

El alcalde desarrolló durante más de cuarenta y cinco minutos detalles y más detalles de la guerra civil, de los problemas de hambre que se padecieron en el pueblo, de las víctimas en el frente, incluso relató de primera mano un bombardeo del que fue testigo cuando unos aviones se desviaron del rumbo y confundieron el pueblo con la capital de provincia «imagínense qué despistados debían ir los

pilotos para semejante fallo... Pero es la guerra y en la guerra cualquier despiste es fatal». Durante otros cuarenta y cinco minutos desarrolló la posguerra y el tiempo de la depresión y cuando por fin llegó a la parte final del franquismo, se paró en seco. Diana y Nacho hacían esfuerzos sobrehumanos para tratar de mantenerse atentos a las explicaciones y desvaríos del alcalde. Armándose de valor y por temor a morir de aburrimiento, Nacho trató de centrar un poco la parte de la historia que les interesaba.

—Si pudiera usted concretar sobre los años sesenta, finales de los sesenta por ejemplo, usted ya era alcalde, ¿tendrá alguna historia interesante de aquellos años?

—Sí, en efecto, joven, en aquella época yo ya era alcalde. Llevaba más de diez años en el cargo...

—No hace falta que sea algo muy exacto... Cualquier cosa nos iría bien. —Diana comenzaba a pensar que había sido mala idea tratar de sacar alguna información de aquel hombre que, con la mirada perdida y los gestos lentos, les daba largas mientras trataba de hacer memoria.

—La verdad, señorita, es que puedo contarles muchas cosas porque soy viejo, pero no tonto. Les agradecería que me explicaran exactamente qué quieren ustedes y a qué viene esa pamplina de que son estudiantes de historia. Debe ser algo muy interesante lo que buscan porque pensaba que se marcharían ustedes después de los primeros veinte minutos de relatos aburridos. —Don Anselmo miró fijamente a Diana y, de pronto, perdió toda la fragilidad que había demostrado hasta ese momento—. Es usted idéntica a su madre, señorita —continuó el alcalde ante el asombro de los dos hermanos—. Y por si su parecido físico no fuera una auténtica maravilla, también las he visto a ambas pasear por el pueblo desde hace unas semanas. Así que por qué no se dejan ustedes de tonterías y me

dicen qué quieren saber.

Los hermanos se miraron incrédulos, ¿aquel hombre les tomaba el pelo o simplemente estaba loco? Diana vaciló un poco, pero decidió dejarse de papeles e ir directamente al grano de la historia que los había llevado hasta allí.

—La verdad es que estamos buscando información sobre el pintor Alejandro Casado. —Don Anselmo suspiró mientras Diana hablaba—. Sabemos que pasó algo en el verano de 1969, pero apenas tenemos unas pinceladas de la información.

Diana le relató el incidente ocurrido con Paula, pero evitaba las dudas sobre la identidad de su padre al basarse todo en una especie de crisis de su madre por haber vuelto después de tanto tiempo al pueblo. Trató de buscar la compasión del alcalde y este, al final, se dejó enternecer por la joven, por lo que comenzó su relato.

—Antes de explicarles cuál fue el más bochornoso suceso pasado en la historia de nuestro pueblo, debo situarlos históricamente. Es cierto que estábamos en 1969 y que el franquismo era una dictadura que comenzaba a abrirse al resto del mundo. Nada que ver con los primeros años, comenzaba a llegar turismo al país. No estaba demasiado mal visto que las chicas llevaran minifalda y la televisión... En media España ya había televisión, había industrias y avances. Pero deben entender que nosotros estábamos aquí, en el culo del mundo, perdonen la expresión, y que habíamos resistido durante la Guerra Civil en el bando republicano.

»Se nos miraba con lupa desde el gobierno. Bastante trabajo costó que no metieran en la cárcel a la mitad de los vecinos por la Ley de Responsabilidades Políticas, pues la mayoría habían dejado sus casas y sus familias para luchar contra los sublevados en la contienda. Aunque bien es cierto que no éramos partidarios de las reformas de la República, nosotros en este pueblo teníamos valores tradicionales,

pero era una guerra y estábamos en un bando. Un bando que resultó ser el perdedor. Fue esa realidad tradicional de misa de ocho, todos los días, lo que nos libró de morir fusilados, a mí el primero. En el año 69 aún ejecutaban a civiles por España y el escándalo que se me vino encima consiguió que me imaginara encerrado en la cárcel y por morir a garrote vil.

Don Anselmo tragó saliva ante la visión de su propia ejecución.

—A todo esto debemos añadir que vivíamos como unos treinta años tarde respecto al resto del mundo, sin avances y renegábamos de ellos en la mayoría de los casos. Dicho esto, la historia comenzó una tarde de mediados del mes de septiembre. Yo estaba en el ayuntamiento, terminaba de arreglar unos papeles cuando una patrulla de la Guardia Civil de un pueblo cercano vino a preguntarme por una joven. Era Rosita, una prostituta que hacía años que había dejado nuestra localidad.

»Los padres de Rosita habían crecido en el pueblo al igual que ella, pero un desafortunado accidente la dejó huérfana y acabó en un mal oficio. El caso es que la habían detenido porque sus nuevos vecinos la habían denunciado. La prostitución había sido reprimida y condenada en el 65 y, aunque aún estaba presente en prácticamente todo el país, una denuncia podía llevar a la cárcel a las chicas, por lo que procuraban pasar desapercibidas. Parece ser que sus vecinos no veían con buenos ojos que la joven practicara su oficio en el mismo lugar dónde vivía con su hija de apenas unos años de edad.

»Después de detenerla, la habían llevado al cuartel y Rosita, que siempre fue muy viva, se escapó antes de la primera guardia de la noche. Acudieron a mí por si la muchacha había vuelto a nuestro pueblo. Sabíamos que la joven había vivido durante años en el prostíbulo que nosotros manteníamos abierto a las afueras y allí acudimos a buscarla. Es cierto que debía de haber cerrado aquel

lugar, pero, seamos sinceros, las chicas tenían bastantes clientes que se me hubieran echado encima. Y ellas hubieran acabado en la cárcel o hubieran ejercido su oficio en casas particulares, lo cual no hubiera sido bueno para el buen nombre de nuestra localidad. Mantenerlo abierto era el mal menor, créanme.

Los chicos notaron cierto cinismo en sus palabras.

—Tras mucho buscar, no encontramos a Rosita por ningún sitio. En el burdel no estaba y tampoco por los alrededores, pero encontramos otra sorpresa que, clamó al cielo, nunca deseé encontrar.

La cara del alcalde se le crispó.

—En las paredes del prostíbulo había cuadros de las chicas, de todas ellas, al menos unas nueve en aquella época, desnudas y en posturas de lo más provocativas. Los guardias civiles no podían quitarles ojo de encima. Aquellas mujeres, en aquellos lienzos, incitaban al deseo. Jamás había visto nada igual en vida y, si les soy sincero, jamás lo vi después. Me acerqué a uno de ellos y me di cuenta de que el autor era ese muchacho, Alejandro Casado.

»En un primer momento, fue un total desengaño. Habíamos colaborado con fondos del ayuntamiento para que el chico financiara un viaje a París en el que aprendería de los mejores y se convertiría en un artista mucho más completo de lo que ya era y que, por lo visto, lo era de verdad. Según los expertos, tenía mucho talento y por ello se organizaron un par de exposiciones. Se lo ayudó con algunos fondos a cambio de que él le diera prestigio a nuestro pueblo al mencionar su procedencia; era un trato justo. Pero en ese momento, todo cambió. El régimen había adoptado una medida de censura que eliminaba los desnudos, incluso del ámbito artístico, y después de ver aquellos cuadros entendí que el generalísimo tenía razón. Aquello no podía ser expuesto en ningún sitio sin alterar a la persona

que lo mirara. Eran otros tiempos, ¿entienden?

Los chicos asintieron, aunque les costó trabajo comprender cómo, en solo treinta años, las cosas habían cambiado tanto en el país.

—Fue difícil vivir aquella época. Los compañeros de la Benemérita preguntaron a las chicas por el autor y ellas aseguraron que los cuadros habían sido pagos por servicios. Uno de los agentes ató cabos rápidamente.

»—Se da cuenta, hay cuadros de todas, incluida Rosita. Y son por pago de servicios. Señor, ese chico ha frecuentado toda la vida este burdel. Ese joven es un pervertido.

»Es cierto que no era el único del pueblo, faltaría más, pero un chico de su edad, apenas llegaba a los treinta en aquella época y no estaba casado. Era bien visto que los hombres acudieran a los burdeles para no tener que pedirles a sus mujeres actos impuros fuera de los normales del matrimonio. Incluso los viudos que no volvían a casarse y tenían necesidades. Si me apuran, hasta algún joven poco parecido que quisiera estrenarse y no encontraba una novia decente para hacerlo, pero a ojos de cualquiera ese chico cometía el pecado de la lujuria.

»El chico era joven y muy bien parecido, tenía un futuro prometedor y podía encontrar una buena esposa, a pesar de ello había decidido yacer con todas las chicas del burdel. ¡Dios salve su alma cuando llegue su momento!

Don Anselmo se santiguó muy rápido antes de seguir.

—También he de decir, en su favor, que el chico no tenía familia ni una figura masculina en la que fijarse. Había sido abandonado al nacer y se había criado en un seminario. Llegó al pueblo cuando tenía unos diez o doce años, no se los puedo concretar con exactitud. Pasó desapercibido durante algunos años hasta que comenzó a pintar.

»Al llegar al pueblo, lo recogió una viuda sin hijos. Era una mujer de gran corazón por hacerse cargo del muchacho, aunque también bastante humilde, así que el joven se vio en la necesidad de trabajar para colaborar en su sustento. Cuando la mujer murió, él se recluyó en una casa en la sierra y apenas se lo veía por el pueblo, excepto en ocasiones contadas. Después del descubrimiento, los agentes decidieron que había una alta posibilidad de que Rosita estuviera escondida en casa de Alejandro. Nos dirigimos a la sierra para seguir la única pista que teníamos, aunque, muy en mi interior, creo que los dos agentes tenían intención de tomar cartas en el tema de los cuadros.

»Cuando llegamos, no había nadie en casa. El muchacho debió de haber partido hacia Francia con el dinero recaudado de la última exposición, y de Rosita no había ni rastro. No obstante, decidimos investigar un poco a ver si encontrábamos algo para localizar a alguno de los dos. Desde luego que, en ese momento, pensé que sería una buena idea traerlo de Francia y detenerlo. ¿Se imaginan si se hubiera hecho famoso por aquellos desnudos? ¡Qué deshonra para el pueblo! Abrimos y cerramos cajones sin encontrar nada, echamos un vistazo al estudio del joven y, finalmente, bajamos al sótano. Allí estaban las pinturas de la vergüenza, los lienzos que nunca podré borrar de mi memoria. No solo había algunos retratos más de prostitutas, sino que había media docena de mujeres del pueblo. Señoras respetables, de buenas familias. Saqué a los dos hombres del sótano. Ellos no podían entender lo que veían, ya que debieron pensar que las mujeres eran otras prostitutas, pero yo sabía la verdad.

»Al final, los agentes quedaron conformes de que la chica no estaba allí y decidieron volver por donde habían venido para seguir buscando a Rosita por otra parte. Yo me encerré con aquellas

pinturas durante horas. Sabía que aquello podía ser un gran problema. Hoy en día, la gente no me entendería. Nuestro pueblo era católico y muy fiel a las leyes divinas. Entiéndanme, no era solo el catolicismo, apenas éramos ochocientos vecinos de los cuales unos seiscientos vivíamos en el pueblo y el resto en la sierra, en fincas como la de su abuelo. Y esas pinturas, aquellas mujeres desnudas, eran un escándalo. Pudo haber sido una masacre, pues los maridos hubieran repudiado a las mujeres y el sacerdote las hubiera puesto en evidencia. Me imaginé que algunos de aquellos hombres matarían a sus mujeres a palos o peor: que las denunciarían y encarcelarían.

»Ustedes no se hacen una idea de cómo se vivía aquí. Aún hoy los más mayores conservan ciertas costumbres y valores de la época. Creí ver mi pueblo convertido en una caza de brujas en la que unas mujeres culparían a otras, en la que levantarían viejos odios entre todas y se expondrían a la vergüenza. Miré los cuadros, una y otra vez, en busca de la solución al problema. Pensé en dejarlos allí y olvidar lo que había visto, pero cualquier otro podía llegar como yo había llegado y encontrarlos. Peor aún, el joven pintor podía lograr su ansiado éxito y sacarlos a la luz. Al final, decidí llevármelos al ayuntamiento y destruirlos sin que nadie se enterara de nada. Mandé llamar a un camión de Ciudad Real para el transporte. Algo salió mal porque, nada más llegar al pueblo, corrió el rumor y todo fue como fuegos artificiales que comenzaron a explotarme en las manos. Y comenzó la tragedia. Mientras todo eso pasaba, traté de localizar al artista de tan funestas obras, pero únicamente conseguí averiguar que ya había partido a Francia.

»Cuando los cuadros llegaron al ayuntamiento, los guardé bajo llave en la sala de plenos. Esperaba el momento propicio para cubrirlos de aguarrás y después quemarlos poco a poco para no despertar sospechas. Como ya he dicho, algo debió salir mal en el

transporte porque, unas horas después de que llegaran los cuadros, también llegaron maridos y más maridos que se congregaron ante mi puerta. Querían saber si sus mujeres habían sido retratadas “en cueros”. “En cueros”, válgame Dios... Aquella expresión era suave para la forma en que habían sido dibujadas sus mujeres. Ustedes no se lo imaginan... No era tanto la postura, sino la expresión de sus rostros, sus miradas lascivas, llena de deseo... y mi mujer entre ellas.

Diana y Nacho se miraron atónitos.

—Yo mismo la hubiera matado con mis manos. Era una buena mujer, cariñosa, atenta madre y obediente esposa. Jamás podría haber imaginado que el demonio hubiera sido capaz de calar tan hondo dentro de ella. Debía evitar el escándalo por el bien de las familias. Me exigirían nombres y yo no podía hacerlos públicos. La deshonra en privado era más fácil de llevar. Así que tomé una decisión: hice entrar a los maridos de uno en uno. Y a cada uno le conté si su mujer estaba entre las pinturas o no. Pero también les dije que yo mismo impondría el castigo por semejante pecado a las mujeres, así evitaba que tomaran la justicia por su mano. Fue prácticamente imposible convencerlos a todos. No sé ni qué dije a cada uno de ellos, pero conseguí mantenerlos callados. Después, cuando todos hubieron pasado por mi despacho, salí al balcón y pedí a todas las mujeres del pueblo que acudieran a confesión. Todas juntas para que confesaran sus pecados. Las retratadas confesarían su pecado, las que no, confesarían cualquier otro pecado, pero nadie sabría nunca cuales habían sido las pilladas en falta.

»Evité muertes, se lo aseguro. Aquellos días fueron los peores de mi mandato. Deberían haber visto la imagen, al día siguiente, cuando se abrieron las puertas de la iglesia... Más de doscientas mujeres marcharon con la cabeza baja. Ninguna sabía si su vecina debía confesar algo. Y las culpables mantuvieron la boca bien cerrada para

evitar levantar sospechas. Cumplieron con los mandamientos de Dios y él puso su penitencia a cada una de ellas. Yo únicamente fui la mano que movió los hilos. Contra el pintor cursé una orden de detención por incumplimiento de las leyes de la moral del régimen y la llevé hasta las más altas instancias del gobierno. Cualquier cosa, antes de dejar que ese ingrato y depravado hombre volviera a poner un pie en mi pueblo...

Los hermanos estaban consternados ante la confesión de don Anselmo, que a todas luces parecía haberse quitado un peso que llevaba demasiados años en sus hombros. Su imagen era de derrota.

—Mi madre no apareció en las pinturas, ¿verdad? —Diana conocía la respuesta, pero necesitaba romper el hielo sobre aquella desagradable historia de alguna manera.

—Exacto. Tu abuelo y tu tío vinieron. Cuando entraron por la puerta, no pude dar créditos a mis ojos. Tu abuela era una señora mayor, no tenía sentido, pero cuando preguntaron por tu madre, se me heló el corazón. Era una niña. Tres veces tuve que asegurarles, ante la insistencia, que ella no estaba entre las pinturas. —Probablemente don Anselmo no había descubierto la relación de Paula con Alejandro y por eso no entendió la insistencia de su abuelo, pensó Diana.

—¿Quiénes fueron las mujeres retratadas?

—Como ya he dicho, mi mujer, Dios la tenga en su gloria. Le grité durante horas, le pregunté por qué lo había hecho y no abrió la boca. No volvimos a dirigirnos la palabra ni a ser un matrimonio nunca más. Cuando llegó la misa de ocho, se puso el velo y se fue con todas las demás a confesar sus pecados. Del resto, no puedo darles los nombres.

—¿Por qué no? Ha pasado mucho tiempo y no diremos nada, de verdad. Solo necesitamos hablar con alguien que conociera a ese

pintor —fue Nacho el que suplicó.

Diana tenía la cara desencajada y probablemente aún trataba de entender todo lo que acababa de oír, no solo la rocambolesca historia del pintor y los cuadros, sino por no ser capaz de entender el machismo de aquel hombre contra su mujer y su cinismo ante los acontecimientos, al solo escudarse en leyes divinas para atormentar a las mujeres del pueblo.

—¿Por qué tanta insistencia? Ese hombre nunca volvió de París.

—Señor alcalde, tengo motivos para querer encontrar a ese pintor.
—Diana trató de sonar lo más convincente posible. No estaba dispuesta a confesarle sus verdaderas razones, pero se esforzó en que su voz dejara clara su necesidad.

—De acuerdo, ustedes ganan. Llevo años tratando de pasar este testigo que tanto me ha pesado. Espero que estén a la altura de los hechos y que sepan ser discretos.

El alcalde salió del patio y volvió un rato después con un papel. En él estaban apuntados los nombres de las mujeres y los cargos de sus maridos. Entre ellas, se encontraban la mujer del panadero, la del médico, la del maestro, la del sargento del cuartel de la Guardia Civil de pueblo y varias más.

—Gracias, esto es muy importante para mí. —Diana estrechó la mano del alcalde únicamente por decoro.

—Una cosa más, señor alcalde —Nacho tomó la palabra, interrumpiendo la despedida—. No me gustaría molestarlo más, pero ¿puede decirnos dónde está la casa del pintor? El lugar donde encontraron los cuadros. Quizás podamos encontrar algo de lo que buscamos.

—La verdad es que ya no lo recuerdo ni tampoco tengo las indicaciones para llegar, aunque sí sé que era en la sierra, como les comenté. De todos modos, ha pasado tanto tiempo que seguramente

ya ni exista.

El sol abrasador se cernió sobre ellos cuando salieron a la calle. Sin la protección del fresco patio de don Anselmo, la temperatura alcanzaba casi los veintiocho grados. Caminaron en silencio mientras trataban de imaginar a los hombres del pueblo delante del ayuntamiento sin saber si sus mujeres habían posado desnudas para un pintor con miedo a convertirse en la habladoría del pueblo, en el hazmerreír de todos. Imaginaron a las mujeres que se sabían retratadas y esperaban junto a la ventana sin saber qué les depararía la vida a partir de aquel momento, arrepentidas, quizás, de lo que habían hecho.

—¿Por qué lo habrán hecho? —preguntó Diana a Nacho mientras comían algo en un bar de la plaza del pueblo.

—Por favores sexuales. —Una mirada gélida cruzó el rostro de Diana—. Vale, vale... No sé, quizás por dinero o porque el chico era majo. Por la represión de la época, una vía de escape, porque no amaban a sus maridos... Vete tú a saber.

—Pensaste que mamá estaba en la lista del alcalde, ¿verdad?

—El tío ya nos dijo que no estaba, ¿por qué iba a mentir?

—Todos mienten. Mamá nos ha mentido toda la vida.

—No seas injusta, Diana. Mamá ha sido una buena madre y papá fue un buen padre. No la juzgues tan duramente. Aún no sabemos qué pasó.

Diana cogió uno de sus rizos, lo acarició y lo apretó mientras pensaba que probablemente aquel pelo rebelde podía ser herencia de su posible padre.

Capítulo 9

*No se trata de pintar la vida,
se trata de hacer viva la pintura.*

Paul Cézanne

Paula había logrado hacer de aquella casa un lugar un poco más habitable, no sin esfuerzo. Había sido una tarea dura de la que ahora descansaba sentada en el patio delantero de la casa mientras disfrutaba de una de las vistas más maravillosas de la sierra. Cerró los ojos para respirar calmadamente y trató de relajarse para dejar entrar los fantasmas para que los recuerdos, durante años retenidos, empezaran a doler otra vez y para volver a preguntarse por qué todo tuvo que ser de esa manera y no de otra. Paula abrió los ojos y recordó la primera vez que estuvo en aquella casa, la primera vez que vio a Alejandro; cómo su vida cambió por completo en unos días de verano. Unos días influenciados por las sofocantes temperaturas y por hechos que nadie pudo evitar. Casualidades que se trenzan en nuestra vida para llevarnos por el camino que el destino nos tiene designado.

Se vio a sí misma cuando aún era una niña risueña que correteaba por el pueblo y que jugaba a ser coqueta con los chicos de su edad. Una niña inocente y todavía protegida de las inclemencias que la vida ofrece a cada paso del camino.

Durante esos días aburridos del verano, Paula se dedicaba a pasear por el pueblo en busca de cualquier cosa que hacer para evitar el tedio y el calor sofocante. Pasaba gran parte de los días con Marta

que, además de haber sido su mejor amiga desde la infancia, era su prima lejana por parte del padre, algo muy útil para evitar el aburrimiento en las reuniones familiares. Las dos jóvenes pasaban los días en el río y nadaban, montaban en bicicleta por los caminos o comían helados en la plaza del pueblo. Veranos monótonos para dos chicas en un pueblo aburrido. Así lo definían ellas mismas.

Aquel verano, sin embargo, hubo una peculiaridad: durante días habían anunciado, por todo el pueblo, una exposición de pintura. Ni Marta, ni Paula habían prestado atención a los avisos hasta que la tarde se tornó horrorosamente aburrida. Sentadas en la plaza de la iglesia, vieron cómo los vecinos se encaminaban a la galería de arte.

—Vamos a la exposición. Por lo menos allí dentro hará menos calor —insistió Marta.

Paula había alegado que solo irían personas mayores y serias, y que los cuadros eran aburridos. Pero hacía tanto calor que la idea de un lugar sombrío la hizo cambiar de opinión. Se encaminaron hacia la galería a paso lento mientras daban patadas a las piedras del camino.

La galería estaba atestada de gente, incluso había fotógrafos de periódicos comarcales. Efectivamente, la mayoría de asistentes eran personas de bastante más edad. No había nadie joven en aquel lugar, aunque eso no las detuvo para echar una ojeada a las obras con cara de entendidas.

—¿Quién crees que será el pintor? —preguntó Paula, que miraba con atención las obras al tiempo que descubría en las pinceladas algo que no esperaba encontrar. Cierta paz, cierta cordura, como si cada trazo hubiera estado justo donde debía estar. Miraba los cuadros y veía algo más profundo que la imagen que representaban.

—Algún viejo gordo con las mangas manchadas de dar tantos brochazos. —Marta observaba despistada a la gente que las había

rodeado sin fijarse demasiado en las pinturas.

—Mira, Paula. Hay comida. Venga, vamos que aún no hemos merendado...

Paula movió la mano y rechazó la idea, y Marta se alejó en dirección a la mesa de aperitivos. La joven cambió de cuadro para admirar la belleza de aquellos lienzos. Se encontró, en ese momento, ante un gran lienzo de al menos metro y medio de altura en el que pudo ver un salto de agua que bañaba las piedras por las que caía. El agua acababa en una preciosa charca rodeada de piedras; era como una piscina natural. El musgo de las piedras, el movimiento del agua al caer y las suaves ondas que se formaban en la superficie parecían tan reales que Paula sintió un escalofrío al pensar en meter un pie en esa agua cristalina. Cerca del estanque, había una joven que parecía correr junto a un gran ciervo. La figura de la mujer era limpia, se adivinaban sus ganas de libertad, su cercanía con la naturaleza, su fuerza cerca del venado. Por un momento, Paula sintió envidia de aquella joven que, a pesar de estar atrapada en una pintura se sentía libre como el aire.

—¿Te gusta? —La pregunta la sobresaltó. Estaba demasiado embobada mirando el cuadro.

—Eh... sí. —Paula trató de pensar un segundo—. Aunque creo que *gustar* no es la palabra adecuada.

—¿Y cuál sería la palabra adecuada? —Paula apartó los ojos del cuadro para mirar al hombre que la molestaba. Un joven alto y moreno con el cabello rizado y suelto por la frente.

—La palabra sería *sentimiento*. Puedo sentirlo todo: el agua fría en el estanque, el olor de la hierba y la libertad de la chica.

—Impresionante. —El joven la miró, entrecerrando los ojos y luego volvió a sonreír—. El autor se pondrá muy contento de tu opinión sobre su obra. Está un poco nervioso.

—¿En serio? ¿Quién es? Me gustaría hablar con él, decirle lo mucho que me gustan sus cuadros. —Paula giró sobre ella misma en busca de algún señor con pinta de haber creado aquella maravilla que tenía ante los ojos.

—Bueno, ya lo has hecho. —El joven sonrió ampliamente, extendiendo la mano hacia Paula—. Me llamo Alejandro Casado, encantado.

Paula miró incrédula al joven que tenía delante. Apenas debía llegar a los treinta años. Tenía el cabello desordenado en tirabuzones que le llegaban a los ojos, unos ojos oscuros y profundos que denotaban cierta tristeza, quizás fuera nerviosismo por la exposición, pero Paula notó en ellos algo más profundo. A pesar de ello, el joven que la miraba con una media sonrisa era muy guapo.

—Paula Rivera, encantada... Lo que has hecho ha estado mal. Deberías haberme dicho que son tuyos. —Paula estaba indignada. Pudo haber dicho algo estúpido y él se hubiera reído de ella. Por algún extraño motivo, aquella sensación la hizo sentir muy vulnerable.

—Lo sé y lo siento. Pero sabes, todos estos hombres que hay aquí —señaló a su alrededor— creen que la experiencia que les da la edad es suficiente para criticar mi obra o para alabarme y pensar que así les regalaré algún cuadro para el salón de sus casas. Tú, por el contrario, mirabas ese paisaje con una cara totalmente sincera. Tuve miedo de presentarme y de condicionar tu respuesta.

—Yo tampoco he visto muchos cuadros en mi vida, pero este hace que tenga ganas de estirar la mano y meterme ahí dentro. Eso era lo que pensaba hasta que te acercaste.

Se sonrieron mutuamente. Paula sintió, en ese momento, un cosquilleo muy raro en el estómago. Un fotógrafo se acercó con su cámara y pidió a Alejandro que posara para el periódico. Paula se

apartó y se quedó junto al fotógrafo. El joven pintor la miraba a ella por encima de la cámara cuando fue tomada la instantánea. Paula intentó volver a acercarse a Alejandro para seguir la conversación interrumpida, pero una mano tiró con fuerza de ella.

—¡Paula! ¡Son las seis! ¡Tu padre te va a matar como llegues tarde otra vez!

Paula salió del ensimismamiento en que había entrado cuando Alejandro se acercó a ella y salió corriendo en dirección a la plaza de la iglesia. Marta tenía razón: su padre la había regañado ya varias veces por llegar tarde. Otra vez más y estaría castigada todo el verano. Corrió como nunca y conforme más corría se daba cuenta de que en lo único que podía pensar era en la cara del pintor.

El café de Paula estaba helado. Había pasado más de una hora mirando al horizonte sin ver nada. Simplemente recordando aquella cara, aquellos rizos finos que enmarcaban un rostro lleno de esperanza y de sueños. Sus palabras, su miedo ante las críticas. Una lágrima recorrió su mejilla al entrar en la casa para sentarse junto a la chimenea. Un hielo glacial se había apoderado de su corazón. Ya no quedaba nada de aquella niña con trenzas que corría por las calles del pueblo. Hacía años que no había tenido contacto con Marta. Cuando se marchó del pueblo, solo pensó en Alejandro y en sus promesas... promesas que no se cumplieron.

Se sentó en el salón y se envolvió en una fina sábana. Parecía que el fatigoso calor de los últimos días había desaparecido.

«Qué felicidad la de aquellos años de juventud» y pensó en Diana. Entendía sus dudas. Cuando la vida aún no te ha dado un golpe, el amor es como un cuento de hadas. Da igual que el chico no sea el correcto o que la historia no sea tan bonita como una imagina. Una vez escarmientas, comienzas a buscar otro tipo de necesidades en la persona con la que compartes tu vida, estabilidad, compromiso,

fidelidad. Paula se preguntaba si Diana se dejaría llevar por el amor de la juventud o por el amor adulto. Faltaban dos semanas para la boda y ella debía decidir qué iba a contar a sus hijos cuando volviera a casa. Su pasado afectaba a Diana, pero para poder hablar de todo primero debía poner en orden sus pensamientos y enfrentarse al recuerdo de Alejandro una vez más.

Diana y Nacho daban palos de ciego sin saber por dónde seguir la búsqueda de su madre. La inquietud empezaba a apoderarse de ellos. Habían llamado y visitado a algunas de las mujeres de la lista del alcalde, pero solo obtuvieron silencio y negativas.

Diana cada día tenía más dudas sobre la boda. Mario y ella volvían a parecer los niños que se conocieron años atrás, que se besaban a escondidas y sonreían tímidamente cuando había gente alrededor, incluso buscaban la manera de acariciarse una mano cuando nadie los veía. Para Diana, los únicos momentos de paz y tranquilidad eran los que pasaba con Mario. Había decidido vivir los días segundo a segundo y afrontar las consecuencias de sus actos cuando llegara el momento de plantarles cara. Había cancelado todos los preparativos de la boda, había avisado a Fernando sobre la desaparición de su madre y le aseguró que hasta que no se solucionara todo no iban a poder celebrar ninguna boda. El joven estuvo conforme e, incluso, se ofreció para ir a colaborar con la búsqueda, pero ella se negó al alegar que eran cosas de familia y que Nacho y ella debían ocuparse de su madre. Diana apenas pensó en que su futuro marido se pudo haber sentido excluido de una familia en la que estaba a punto de entrar, pero tampoco estaba dispuesta a tener que tomar decisiones antes de sentirse preparada para ello. Se sentía egoísta por su comportamiento hacia Fernando, sabía de hecho que lo era, pero se animaba a sí misma al pensar que aquello era una prueba de su amor por él y que, tanto si la superaba como si

no, debía pasarla. Su única prioridad era encontrar a su madre y pedirle perdón. En su empeño por buscarla, Mario y ella habían recorrido varias veces los caminos de la sierra y trataron de hallar la forma de llegar a la casa que el alcalde había descrito, pero aquella sierra parecía un laberinto de caminos y maleza.

—Deberíamos seguir insistiendo con las mujeres de la lista.

La pareja acababa de volver de una corta excursión por la sierra. Uno de los camareros le había comentado a Mario que había un camino cerrado a la izquierda, después del abrevadero y que posiblemente este llevara a algún sitio, aunque también fue inútil. Nacho los esperaba con el pequeño papel que don Anselmo les había dado con los nombres de las mujeres retratadas por el pintor.

—No vale la pena, hermanito. Ninguna dirá nada. La gente ya sabe lo que buscamos. El rumor es una verdad contada a gritos, incluso el tío Pedro está empezando a tener problemas por nuestra culpa.

Hacía un par de días que Pedro y Adela les habían contado que en el pueblo comenzaba a haber cierta reticencia hacia ellos. Sus proveedores habituales se retrasaban en la entrega de pedidos, los traspapelaban y evitaban mandar la mercancía o se olvidaban de pagar facturas, incluso el fontanero llevaba dos días en los que se excusaba para pasar a revisar una fuga en uno de los baños. No había que ser muy inteligente para adivinar que las gentes con las que siempre habían tenido buenas relaciones les daban de lado por las investigaciones de sus sobrinos. Parecía que nadie en el pueblo quería revivir lo que había pasado años atrás.

Pedro entró en la cocina mientras los hermanos discutían.

—En el matadero dicen que no pueden servirme carne. Por lo visto, se les ha estropeado el furgón frigorífico y no me pueden asegurar que el material llegue en buenas condiciones de consumo.

Diana se sintió muy mal por su tío, pues él los había apoyado desde el principio, pero su negocio comenzaba a tener problemas.

—Pero ¿por qué? La carne no tiene nada que ver con esto. ¿Qué pretenden hacer? ¿Arruinaros? —Nacho estaba indignado con lo cerradas de mente que podían llegar a ser las personas y más en aquel pueblo que parecía que habían dado una circular a todos los vecinos para que guardaran silencio.

—En serio, pareces tonto —expresó Diana—. La mujer del dueño del matadero aparece en la lista del alcalde. Fue de las primeras a las que llamamos. ¿Y qué nos dijo? Que ella ya había pagado su pecado, que dejáramos los recuerdos en el pasado que es donde deben estar... Nadie, me oyes, nadie nos va a ayudar.

—¿La mujer de Eusebio estaba entre las pinturas? —Pedro parecía confundido—. Pero si esa mujer es muy católica, incluso se encarga de la catequesis de los niños en la iglesia. —Respiró hondo para coger fuerzas—. De todas formas, no os preocupéis por nosotros. Gracias a la boda de Diana, este mes apenas tenemos reservas. Así que no necesitamos carne para los clientes, nos apañaremos. Lo importante es vuestra madre.

Parecía que Pedro se creía lo que decía, pero en el fondo los dos hermanos sabían que estaba preocupado por el futuro de La Paloma y de su familia.

Mario entró en la cocina y sonrió a la joven. Ella se disculpó con su familia para seguirlo hasta el jardín. Era temprano, pero el sol ya comenzaba a calentar en el cielo. La pareja andaba de la mano, sentía el olor de las flores y hablaban de tonterías. Mario se interesaba por el problema de Paula, aunque procuraba no darle su opinión. Mientras tanto se limitaba a preguntar a la joven qué tal se encontraba y a esperar una respuesta. Aquel día Mario llevó a Diana hasta los establos. Sansón necesitaba un cepillado y a la joven le

relajaba estar con el animal. Le permitía no pensar, se concentraba en el movimiento de la mano y en el cepillado de las crines del caballo. Después montaron a paso ligero entre los olivos. El joven siempre tenía ocurrencias o historias de los años que no se habían visto que animaban a Diana y la hacían reír. Ella agradecía esos ratos de distracción inmensamente. Mario había evitado preguntarle por la boda, en cierto modo parecía que no le importaba. En cierto modo era como si los dos hubieran firmado un acuerdo en el que vivían el día a día, ya se preocuparían cuando llegara el momento de hacerlo. En ese momento, la boda estaba suspendida y era lo único que importaba.

Llegaron hasta la acequia, bajaron de los caballos y los dejaron beber agua del abrevadero. Se sentaron en el filo. Comenzaron a besarse. Mario se tumbó sobre ella, le acarició el muslo bajo la falda para subir hasta la cadera. Con la otra mano le acariciaba un pecho. Diana se dejó hacer mientras respondía a sus besos y lo abrazaba. Mario se inclinó hacia un lado y volvió a bajar de la cadera al muslo en busca del filo de su ropa interior. Diana lo paró en seco.

—¿Qué pasa, rubia?

—Ya lo sabes, Mario. No estoy preparada. —Diana se ruborizó y apartó la cara de Mario. Él se levantó enfadado.

—Diana ya no eres una niña. Tú ya sabes jugar a este juego. Llevamos días con esto, pero cuando intento llegar más lejos me apartas. Yo no soy un juguete, ¿sabes?

—Mario, yo... —A Diana se le atragantaron las palabras. Lo último que necesitaba era discutir con su único remanso de paz.

—¿Qué crees? ¿Que no me doy cuenta? ¡Puedo ser del campo, pero sé a lo que juegas! ¡Me besas, me buscas, pero hablas con tu prometido; nos das largas a los dos!

Mario gritaba como si Diana estuviera a cien metros y solo estaba

a pocos centímetros de él. Cuando se volvió, vio que estaba rojo de ira. No supo qué decir. Mario tenía razón: estaba jugando, aunque no era para nada su intención. Los acontecimientos la llevaban al vuelo y, a pesar de tratar de poner los pies en el suelo, no era capaz de lograrlo. El chico se recompuso y continuó hablando en un tono más sereno.

—Haz lo que quieras, pero no sigas jugando conmigo como si yo no tuviera sentimientos.

Volvieron al galope hasta los establos. Mario permaneció callado todo el camino a la espera de que Diana dijera algo, pero ella recorrió todo el camino en silencio, perdida en sus pensamientos. Ante la falta de comunicación, Mario desensilló el caballo lo más rápido que pudo, se marchó y la dejó sola. Cuando Diana dejó de oír los pasos de Mario fuera de los establos y calculó que ya estaría lejos, dejó escapar todo el estrés acumulado de días rompiendo a llorar con desesperación. No fue capaz de medir el tiempo que había pasado en los establos, pero el sol ya estaba muy alto en el cielo cuando volvió a La Paloma. No vio a Mario por ningún lado y subió lo más rápido que pudo hasta su habitación para evitar encontrarse con alguien de la familia. Cuando apenas había cerrado la puerta de su habitación, alcanzó a oír el teléfono que sonaba en el piso de abajo. Nacho subió a buscarla unos segundos después, ya que la llamada era para ella.

—¿Sí? Soy Diana, ¿quién es? —Estaba extrañada. Mientras bajaban por las escaleras Nacho le explicó que era la voz de una mujer, pero que no había querido dar su nombre y que únicamente quería hablar con ella.

—*Tú no me conoces, pero tengo información que te puede interesar sobre el pintor.* —Diana sintió cómo su respiración se helaba—. *Me llamo María García. Alejandro y yo fuimos amigos cuando él aún vivía aquí. Vivo en la calle del Paseo, en una casa amarilla. Ven a verme y hablamos.*

La mujer colgó sin apenas dar tiempo a Diana reaccionar. Tardó unos segundos en darse cuenta de que debía colgar el teléfono porque ya no obtendría más información de aquel aparato. Nacho y Adela la miraban intrigados después de haber visto cómo le había cambiado la cara al oír lo que le decían por el teléfono.

—Adela, ¿quién es María García?

—La viuda del juez. —Adela trataba de atar cabos mentalmente, pero no fue capaz—. Una mujer muy notable del pueblo, todo el mundo la conoce, ¿por?

—Acaba de llamar para decirme que tiene información sobre el pintor. —Diana interrogó a su tía con la mirada.

—Es una mujer... ¿cómo decirlo? Un poco revolucionaria, pues siempre se ha salido de los esquemas. En un tiempo en el que las mujeres permanecían calladas y en casa, ella dirigía con mucha mano las tierras y la fortuna de sus padres. Siempre ha dado su opinión en todo lo que ha tenido que ver con la política del pueblo. Se casó muy joven y enviudó muy poco tiempo después. Su marido era juez y tuvo un accidente de caza. Contra todo pronóstico, a ella nunca se la volvió a relacionar con nadie. En 1969, debía de rondar los treinta y cinco —Adela hizo memoria y cuentas mentales—. Ahora es una señora que debe de tener cerca de los setenta. Eso sí, muy bien llevados.

—De acuerdo, pues no la hagamos esperar. Vamos a verla.

Capítulo 10

Mujer agachada con el pelo rojo

Toulouse Lautrec, 1897

Tal y como María había comentado por teléfono, había una gran casa amarilla en la calle del Paseo. Era una pequeña mansión rodeada de un trozo de jardín lleno de flores. Trajinando entre los rosales, los hermanos encontraron a una mujer.

—Disculpe, estamos buscando a María García.

—Pues ya la habéis encontrado. —La mujer levantó la cabeza. Era morena con los ojos muy negros y muy vivos. Delgada y esbelta, a pesar de sus setenta años, se podía decir que era una mujer hermosa. La mujer miró a Diana directamente—. ¡Dios mío! Me habían dicho que te parecías a tu madre, pero verte es como ver una visión de hace treinta años. Sois idénticas.

—¿Conoció usted a nuestra madre antes de que se fuera? —Diana estaba contenta, por fin había alguien con quien hablar.

—Sí, cariño. La conocí justo ese verano, antes de que se marchara. —María miró a Nacho y reparó en su presencia por primera vez—. Tú debes ser Nacho. —El joven se sorprendió y María soltó una sonora carcajada—. Chicos, no estáis siendo nada discretos. Todo el pueblo sabe quién sois y qué queréis. Pero no os quedéis ahí en la puerta. Pasad, pasad, tenemos mucho de qué hablar.

María fue a la cocina mientras ellos se acomodaban en el salón. La casa era enorme y con un estilo muy moderno. Diana pensó que aquellos muebles eran más modernos que los suyos recién

comprados.

—Tiene usted una casa preciosa. —María había vuelto con una jarra con té frío y galletas.

—Gracias. Hace apenas unos años, renové los muebles viejos y desgastados de mi dote. No sé cómo pude esperar tanto. —María volvió a reír sonoramente. Había mucha vida dentro de aquella mujer —. Pero vosotros no estáis aquí para hablar de muebles. ¿Qué queréis saber de Alejandro?

Los dos jóvenes relataron los acontecimientos que habían sucedido hasta ese momento: el descubrimiento de la relación de su madre con el pintor, lo que había provocado que Paula se fuera, su conversación con el alcalde...

—Desde que llegamos a este pueblo, mi madre ha sido una persona diferente a la que nosotros conocíamos. Puede que si descubrimos que pasó aquel verano, logremos conocerla mejor y podamos dar con ella para pedirle perdón por todo lo que está pasando.

María asintió al entender la seriedad del asunto.

—Suponía que algún día llegaría el momento de volver a hablar con Paula, pero no imaginaba que sería su hija la que vendría a preguntarme por Alejandro.

—¿De qué lo conocía?

—Lo conocí cuando era un niño. Mi madrina se ocupó de él cuando llegó solo al pueblo. Después de que ella muriera y yo descubriera la calidad como pintor del chico, me convertí en su mayor benefactora. Él quería marcharse a París para convertirse en un gran artista, para empaparse de la ciudad. Quería aprender técnicas, codearse con los mejores de esa época y yo lo animé a hacerlo.

—Entonces, ¿conoce los cuadros de las mujeres desnudas?

—María asintió—. ¿Qué sabe de ellos?

—Sé que era una gran colección, que no debió acabar en el fuego por el cinismo de algunos y el miedo de otros. —Un velo de rabia cruzó por la mirada de María—. El día que aquellos cuadros se quemaron, todo el esfuerzo de Alejandro y su futuro se quemó con ellos.

La mujer bebió un sorbo de té antes de mirar a Diana nuevamente con los ojos vivos y alegres que los habían recibido. María sonrió y animó a los jóvenes a hacer más preguntas. Parecía un poco alterada por algo, como si estuviera a la espera de una pregunta concreta.

—¿Mantiene el contacto con Alejandro? —Diana comenzaba a ver algo de luz al final de túnel.

—No, aunque he seguido su carrera de cerca. Es un gran artista. Primero lo fue en Francia y en Londres. Después viajó a Estados Unidos y allí se consagró. Hace años que expone en grandes museos, pues es un reconocido crítico de arte y tiene su propia galería orientada a descubrir nuevos talentos como él lo fue en sus días. Digamos que, al final, la vida le ha sonreído. Se lo merecía como nadie más en el mundo.

—¿Qué sabe usted de la relación entre Alejandro y mi madre?

Diana movía la rodilla rítmicamente hacia arriba y abajo. Estaba nerviosa por la posible respuesta a esa pregunta. Quizás aquella mujer que tenían delante por fin tuviera las respuestas a las preguntas que, hacían ya varios días, martilleaban sus cabezas.

—Sé que se amaron con locura, con uno de esos amores que se clavan en el corazón y que no paran hasta que lo hacen pedazos y, en este caso, fueron muchísimos pedazos. Él no era muy hablador, pero con una mirada lo decía todo. Cuando conoció a vuestra madre, esa mirada melancólica, que era su carta de presentación, se iluminó de

una manera que yo jamás había visto, ni siquiera cuando pintaba. Hubiera dejado todo lo que tenía, todo lo que era por tu madre, pero, aun así, no hubiera sido posible para ellos.

—¿Por qué dice eso?

En la voz de aquella mujer no habían encontrado el mismo rencor latente que en el resto de personas vinculadas con la historia. En ella había pena por aquel pintor.

—Vuestro abuelo era un hombre... ¿cómo decirlo? Chapado a la antigua. Solo tenía una hija y quería casarla como era debido. Tenía un pretendiente para ella, todo el pueblo lo sabía. Alguien con cuyo enlace ampliaría sus tierras y su fortuna. —María tenía un gesto de rechazo en la cara—. Es muy probable que Paula conociera las intenciones de su padre cuando conoció a Alejandro. Pobre muchacha... Vuestro abuelo nunca hubiera permitido que se malograra su negocio. Aun así, los dos jóvenes hablaron de huir juntos y vivir su amor lejos de aquí, pero por algún motivo decidieron cambiar de idea y él se marchó a París. Quería llegar a ser alguien importante, alguien con suficiente dinero para comprar la dote de vuestra madre y no tener que marcharse como criminales.

—¿Y qué pasó? —Los dos hermanos estaban embobados mientras escuchaban la historia de María como si de una película se tratara. Incluso eran capaces de imaginar a su abuelo negociar el matrimonio de su hija.

—La colección de los desnudos era la carta de presentación de Alejandro. Habíamos contactado con alguien interesado en ellos. El acuerdo había sido que Alejandro iría por delante, hablaría con el tratante de arte que iba a comprarlos y que cuando todo estuviera arreglado, yo los enviaría a dónde él me dijera. Era mucho más cómodo y seguro que ir por media España y parte de Francia con doce cuadros de mujeres desnudas. Pero cuando el alcalde los

quemó, él se quedó sin nada. Apenas llevaba dinero para sobrevivir unos meses y además estaba aquella maldita orden de detención contra él. Si hubiera puesto un pie en España, lo hubieran detenido al momento, por no hablar de que hubiera sido muy probable que acabara fusilado. Todo fue muy desconcertante aquellos días. Le envié una carta en la que le contaba el infortunio que habían sufrido sus pinturas y que no podría volver a España, pero no obtuve ninguna respuesta. Escribí varias cartas a la pensión donde debía alojarse, a mis conocidos en París, lo busqué por todos lados, pero no supe nada de él en años. No sé qué ocurrió en el tiempo que estuvo en Francia. Durante mucho tiempo, pensé que había pasado lo peor y que habría muerto de hambre y solo. —María estaba compungida por no tener toda la información. Había pasado años en los que pensó en Alejandro y en el porqué de su ausencia—. Lo que sí os puedo contar es todo lo que sé sobre esa maldita colección de cuadros.

—¿Tan eróticos eran esos cuadros? No puedo llegar a entender por qué causaron tanto revuelo.

—Es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos.

María sonrió ampliamente, se levantó y les hizo un gesto para que la acompañaran. Subieron en silencio por las escaleras circulares que daban al salón. Eran imponentes, de mármol blanco con un pasamano de madera labrada. Había gran cantidad de cuadros en las paredes a lo largo de la escalera. Todos eran de gran calidad, algunos incluso de pintores conocidos. Diana reconoció un Monet y se preguntó si sería auténtico o una copia. También logró distinguir la firma de Alejandro Casado en un bonito paisaje al llegar al final de la escalera. Caminaron por un pasillo con puertas a ambos lados. Al final, María se detuvo y abrió una de ellas. Les indicó que continuaran y ella entró última. Se encontraban en el dormitorio

principal de la casa; era una estancia amplia y muy luminosa. Diana y Nacho miraron a un lado y a otro sin llegar a entender que hacían allí hasta que Diana ahogó un gritito en la garganta cuando se dio cuenta del motivo por el que María los había llevado hasta allí. Señaló con el dedo un punto enfrente de ellos para que Nacho mirara en esa dirección. Sobre la gran cama de matrimonio, presidía la estancia un cuadro de un metro y medio de altura aproximadamente. En él se veía a María, de rodillas sobre el suelo, con las manos cruzadas sobre el estómago, totalmente desnuda. Cómo había dicho el alcalde, no era la pose, que en este caso de por sí ya era bastante insinuante, era la expresión de su cara y la belleza que transmitía. La textura del cuadro y el trazo fino hacían parecer que la propia María estuviera en la pared y que si extendían el brazo sobre la cama tocarían la piel de la mujer. Sin duda alguna, era una maravilla de pintura y por fin lograron entender lo que hubiera pasado si las mujeres del pueblo hubieran sido expuestas públicamente. Había belleza, desinhibición, había deseo, pero sobre todo había una mujer segura de sí misma, una mujer capaz de cualquier cosa. Era imposible apartar los ojos de aquel lienzo.

Cuando Diana y Nacho consiguieron dejar de mirar el cuadro, María volvió a hablar.

—Ahora lo entendéis, ¿no? —Ambos asintieron—. En aquella época, esto hubiera sido un auténtico escándalo. Catorce mujeres de buenas familias retratadas de la misma forma que las prostitutas del pueblo. ¡Por Dios! Y no solo por eso. A los hombres les dio miedo ver que, en el fondo, estas pinturas únicamente representaban nuestra fuerza interior, nuestra capacidad de ser autosuficientes; al fin y al cabo, de decidir por nosotras mismas. Eso era lo que más preocupó a los hombres. ¡Qué deshonra para nuestros maridos y nuestro pueblo! —Se captaba un aire de ironía y desdén en sus palabras. Tras treinta

años, seguía dolida por los hechos que habían ocurrido—. Volvamos abajo. Os contaré todo lo que sé.

Diana se quedó un momento pensativa. Nacho miraba el cuadro totalmente embobado. Su hermana tiró de él al mismo tiempo que preguntó.

—¿Catorce? En la lista del alcalde solo había doce mujeres. Debe haber un error.

—Hubo dos cuadros que nunca llegaron a manos del alcalde. Uno era este. —Señaló la pintura en la pared—. Mi cuadro fue el primero en pintarse y me lo traje a casa. Lleva en mi cuarto desde hace casi cuarenta años... Ventajas de una viuda.

—¿Y el otro...? —Diana sintió una punzada en el estómago al formular la pregunta.

—No sé qué fue de él, pero siempre fue el mejor de la colección... Creo que no existen las palabras para describir a tu madre. Parecía una diosa.

—¿Mi madre? ¡No puede ser! —La joven volvió a mirar el cuadro de María y después pensó en su madre. Y lejos de todo lo que había imaginado hasta aquel momento, únicamente pudo sentir orgullo.

—Alejandro era un buen chico. Fue mi madrina la mujer que lo acogió en su casa cuando llegó al pueblo, recomendado por un viejo amigo y cura de Sevilla. Ella le consiguió el trabajo en la panadería y, sin duda, fue su primer apoyo a la hora de animarlo a pintar. Mi madrina era una buena mujer y se encariñó con Alejandro. Para ella fue como el hijo que nunca tuvo y cuando murió le dejó todo lo que tenía, que no era mucho.

»Después de que mi marido muriera, comencé visitarla en su casa para hacernos compañía y allí fue donde conocí a Alejandro. Tenía dieciséis años la primera vez que lo vi. Era hermoso. Sus rizos, su cuerpo joven moldeado por el trabajo en la panadería, pero sobre

todo destacaba su mirada. Era tan triste y melancólica que enseguida surgía un deseo de protección hacia él. El chico tenía un gran potencial, lo supe desde el primer momento. Siempre tan callado y atento a todo lo que sucedía a su alrededor. Esa era su mayor virtud: observar.

»Una tarde que Alejandro no estaba en casa, mi madrina me contó la historia del chico, era una historia muy triste. Creo que toda su existencia hasta que marchó de este pueblo fue triste. Su madre lo abandonó en un convento de Dominicos en Sevilla, él nunca supo quién había sido la desdichada. Los curas lo cuidaron en el convento hasta que cumplió los siete años y después pasó a un seminario de la orden. No podían darle otro futuro y, de hecho, era la única forma de que tuviera uno, sino el más deseado, al menos fuera de las calles.

»En aquella época había poco dinero. Se sentía en todas partes la represión y la miseria que había dejado la guerra. Uno de los curas que lo cuidó de pequeño, el padre Lorenzo, que además era uno de los profesores de latín del seminario de Santo Tomás, se encargó de él como de un hijo. Fue quien lo inició en los mundos del arte tras descubrirlo varias veces haciendo maravillas con una tiza en las negras pizarras de clase. Alejandro era un chico melancólico ya en sus años de seminarista y por medio del arte era capaz de expresar frustraciones. Sus primeras obras fueron muy oscuras, aún lo eran cuando llegó aquí, pero terriblemente expresivas. El padre Lorenzo avivaba sus ansias de dibujar y, en ocasiones, sustraía pinturas de los talleres del convento para que el joven practicara. Daba igual el tipo de pintura que fuera. Según parece, usaba hasta la cal para las paredes. Después de años de práctica, ayudó a pintar un fresco en el convento e incluso hizo algún que otro retrato para personalidades de poco nombre en la ciudad por el que recibió un poco de dinero, que el padre Lorenzo escondía en su celda detrás de un ladrillo

suelto. El hombre tenía un plan más ambicioso para Alejandro que matar su creatividad al tomar los hábitos. El día que Alejandro cumplió los doce años, el padre Lorenzo lo arrastró hasta la pequeña capilla del seminario.

»—Prepárate, hijo. Mañana te vas a ir de aquí, para siempre —le dijo nervioso mientras miraba a todos lados, pues no quería que nadie los oyera hablar.

»—Pero, padre, ¿qué quiere decir con eso? Si faltan apenas dos meses para que comiencen mis estudios como novicio. —Para Alejandro resultaba totalmente improbable que aquello fuera una broma. El padre Lorenzo no era de esa clase de personas. Además, su rostro estaba serio e incluso un poco crispado por la situación. Nunca habían hablado de otra cosa que no fuera tomar los hábitos cuando llegara el momento.

»—Mira, Alejandro, eres un buen chico y probablemente serías un buen cura, pero para servir a Dios el deseo debe surgir de la vocación y tú eso no lo tienes. En cambio, tienes unas manos que no deben quedar ocultas tras los muros de un convento o de una iglesia. Dios ha diseñado para ti otro futuro. Mañana te vas. Ya he contactado con una vieja conocida que se hará cargo de ti. Deberás trabajar, hijo, pero sin duda ella te ayudará en lo que pueda y te dará un techo.

»No le dio más explicaciones. Al día siguiente, tras la cena y antes del último rezo, le dio a Alejandro una dirección en un papel y los ahorros que había estado guardando para él. No lo pudo acompañar a la estación de autobuses. Lo dejó marchar con una despedida sobria y más fría de lo que Alejandro hubiera podido imaginar. El chico pasó la noche aterido por el frío de principios de diciembre en un banco a la espera del autobús que saldría a la mañana siguiente. Debemos tener en cuenta que Alejandro nunca había salido de Sevilla, ni siquiera había salido, a solas, fuera de los muros del

convento. No sabía nada del mundo, era completamente virgen cuando entró a pie en el pueblo, y me refiero a virgen en todos los sentidos. Nunca había hablado con una mujer ni había comido pasteles. No había dormido solo en una habitación ni sabía que la vida fuera de los muros no se regía por los diez mandamientos de Dios. Era inocente y retraído. Mi madrina le había enseñado algunas cosas del mundo, pero ella tampoco era muy viajada la pobre. Lo que sí aprendió con el tiempo fue que no todos tenían la misma calidad como personas. Los ricos estaban arriba y él estaba abajo. Eso lo supo muy pronto y se le confirmó en el alma cuando conoció a vuestra madre. Nunca en la vida hubiera podido pedir su mano. Alejandro Casado había sido un chico sin padres, sin parientes conocidos, sin dinero, ni propiedades. Lo único que él tenía eran sus manos y el talento que salía de ellas. Y, por desgracia, eso no pagaba ninguna dote.

»Cuando mi madrina murió, él se quedó un tiempo en la casa. Un día fui a llevarle unas torrijas y fue cuando vi el primer cuadro. Ya se sabía que el chico era pintor, pues había regalado algunos cuadros a los vecinos y había pintado un pequeño cristo crucificado para la sacristía de la iglesia, pero cuando entré en aquella habitación y vi el cuadro, me quedé muerta. Era Josefina, una de las putas del burdel. Era fea la condenada, pero allí estaba a cuatro patas sobre un jergón, desnuda como su madre la trajo al mundo y más bonita que una niña el día de su primera comunión. Alejandro trató de taparlo, pero yo se lo impedí. Miré a Josefina desde todos los ángulos; no había cambiado nada. No había modificado nada de su rostro. Era ella y era preciosa. Le pregunté como lo había conseguido y me dijo que la chica tenía un corazón de oro, que lo había tratado muy bien y que él solo había plasmado lo que veía de ella. No me lo podía creer. Le pregunté si tenía más y sacó otros dos, de otras dos prostitutas. En

todas las pinturas el denominador común era la expresión de seguridad y fuerza en el rostro de las chicas que realizaba su belleza. Me pidió que no dijera nada de esos cuadros. Creo que, en el fondo, sabía que no estaba bien lo que hacía. Guardé su secreto, pero también le aconsejé que buscara un sitio donde nadie los viera porque aquello le podía traer problemas. Unos meses después había vendido la casa y se había trasladado a esa otra en la sierra, donde pudo dar rienda suelta a su arte sin que nadie lo molestara ni cotilleara por sus ventanas.

»Tardó muy poco tiempo en darse a conocer. Pintaba algunos retratos de familia, hacía paisajes determinados por encargo, se ganaba la vida pintando para los vecinos y, más tarde, para los pueblos de los alrededores.

—¿Qué edad tenía cuando comenzó a pintar a las prostitutas?
—preguntó Diana.

—Apenas debió haber cumplido los quince. —María pareció hacer memoria—. No tengo ni idea de cómo las conoció o cómo comenzó a pintarlas. Era un chico muy tímido. No me lo imagino llamando a la puerta de un prostíbulo para pedirles a las chicas que les hicieran de modelos. Después, según los rumores, descubrí que por lo visto también se acostaba con ellas. No sé, era una parte de su vida de la que nunca hablábamos. Cuando le pregunté por ellas, únicamente dijo que eran amigas y que le gustaba pasar tiempo en su compañía. A pesar de mi pensamiento liberal, debo reconocer que me parecía un poco extraño que solo se relacionara con aquellas chicas. No tenía más amigos ni conocidos, no asistía a misa ni a eventos del pueblo. Su único contacto eran esas chicas y yo misma.

—Supongo que lo que sí debe saber es cómo pasó de las putas a las mujeres del pueblo —matizó Diana.

—Ahí es donde realmente entró yo en toda esta historia. —María

tenía expresión de orgullo—. Yo tenía veintinueve años cuando enviudé. Por tradición de este maldito pueblo, debía llevar luto de por vida, no porque fuera obligación, sino porque las viejas sentadas en los trancos de las puertas me hubieran comido viva con sus chismorreos, y yo sencillamente no tenía ánimo de escucharlas. Este pueblo es así, ya me miraban mal por trabajar en las tierras de mis padres.

»En aquella época mi madre aún vivía y, día tras día, me martirizaba con la deshonra que podían llegar a sufrir la memoria de mi padre y la de mi marido si yo no guardaba su luto. Después de siete meses de vestir de riguroso negro, tapada del cuello a las rodillas y con el pelo recogido, sin maquillaje, ni pendientes ostentosos, ni pulseras, ni anillos, creí volverme loca. No os imagináis lo que puede ser eso para una mujer. Siempre he sido presumida y Dios lo guarde en su gloria, pero mi marido no se merecía mi sacrificio. Pensé incluso en irme del pueblo, a la ciudad, donde nadie pudiera juzgarme por el color de mi ropa. Pero aquí tenía mi casa, las tierras de mis padres que son de donde viene todo mi dinero y que debo controlar si quiero disponer de él. Además, la ciudad me daba pánico. Así que cuando me encontré de frente con Alejandro y sus cuadros, supe que él sería mi salvación. Lo invité a venir a casa y le pregunté si seguía pintando desnudos. Se ruborizó. Siempre fue un poco tímido conmigo, pero asintió. Le pedí que me pintara. Le pagué la pintura, el lienzo y el trabajo por adelantado y no acepté un *no* por respuesta. Un domingo después de misa, nos encontramos aquí en mi casa. Subimos a mi habitación. Él puso unas sábanas en suelo; yo estaba atacada de los nervios. Nadie me había visto nunca desnuda. Mi marido era muy tradicional en la cama y cumplidor de las leyes morales: nada de luz, nada de quitar el camisón, en definitiva, nada de disfrutar... No supo lo que se perdió

el desgraciado.

María soltó una de sus sonoras carcajadas antes de continuar el relato.

—El caso es que el pobre Alejandro tuvo que prepararme una tila para que me tranquilizara. Habló conmigo de arte durante más de una hora y, al final, me dijo que si no quería, no era necesario seguir, que me devolvía el dinero y que todo estaba zanjado. Negué con la cabeza sin estar muy segura de lo que quería, pero él debió verlo muy claro. El niño tímido que yo conocía desapareció y Alejandro tomó el control de la situación. Me pidió amablemente que me desnudara, mirándome fijamente a los ojos y sin aceptar una duda por respuesta. Me dio una sábana para que me cubriera cuando terminara y él miró para otro lado mientras yo me quitaba el vestido negro, las medias y todo lo demás. Luego me cogió las manos y me pidió que me arrodillara. Me quitó la sábana y me cruzó las manos sobre el estómago. Corrigió la posición de mi cara y de mis cabellos; colocó mis hombros alineados con las rodillas que separó levemente. Todos sus movimientos fueron exactos y muy profesionales.

»No titubeé en ningún momento. Cuando por fin quedó satisfecho, se alejó y me sonrió. Os aseguro que nunca olvidaré ese momento. Durante el rato que él estuvo pintando, no dejó de hablarme. Y a cada palabra yo estaba extrañamente más tranquila; era fácil relajarse con él. Tardamos unas cuatro horas. Después me ayudó a levantarme. Es agotador estar tanto rato en la misma posición, y fue a prepararme un café mientras yo me vestía. Una semana después, me entregó el trabajo terminado y lo colgué en la pared de mi habitación. Yo aún vestía de riguroso negro, pero cuando me miraba en ese cuadro me veía hermosa y no se me hacía tan difícil el calvario.

Los dos jóvenes la miraban totalmente embelesados con el relato

que acaban de oír.

—Creo que fue el mismo motivo que tuvieron el resto de las mujeres. Todo comenzó con la mujer del alcalde, Rebeca. Éramos muy amigas y un día, mientras tomábamos café, la animé a subir a mi habitación para probarse alguno de mis vestidos anteriores al luto y que ya no usaría. Yo estaba tan acostumbrada al cuadro que ni me di cuenta hasta que ella se lo quedó mirando muy fijamente con la cara descompuesta. Aquel día se marchó airada y escandalizada, pero volvió dos días después y me preguntó por la obra. Le conté por qué lo había hecho y ella también quiso hacerlo. No me dio sus motivos, pero supongo que todas las mujeres somos vanidosas. Yo fui la única que pudo llevarse el cuadro a casa. Las demás se conformaron con los bocetos porque no podían aparecer ante sus maridos con semejante retrato ni esconderlo debajo de la cama.

»Nosotras formábamos una especie de club, como lo llamaríamos ahora. Las doce éramos de buena familia, habíamos cosido juntas nuestros ajuares y bueno, ellas también criaron juntas a sus hijos. En todos los años de amistad, siempre habíamos mantenido unas maneras, un recato propio de señoras de buenas familias. Después de los cuadros, nuestra amistad por fin parecía real. Por fin hablábamos sin tapujos, nos contábamos nuestras cosas sin pensar en que las demás se escandalizarían y, sobre todo, criticábamos a sus maridos. Rebeca iba a veces a la ciudad y nos traía revistas de moda y de cocina, nos hacíamos vestidos modernos, con escotes y minifaldas y nos los poníamos para estar por casa cuando nadie nos veía. Cerrábamos las cortinas a cal y canto y reíamos, jugábamos como si hubiésemos sido niñas otra vez. Comenzamos a hablar de dudas, de aspiraciones imposibles y de sexo.

»No os podéis ni hacer una idea de lo que fue aquello para nosotras; fueron los mejores años de nuestras vidas. Es posible que

aquellos cuadros nunca decoraran sus paredes, pero relajó sus mentes, las abrió y dejamos de ser títeres controlados por los hombres. Sabíamos que, a pesar del control que ellos creían tener sobre nosotras, en realidad, el poder era nuestro. Cuando la mujer del sargento de la Guardia Civil se presentó en mi casa, me preocupé. Ella no estaba en nuestro círculo y, aun así, se había enterado. Teresita, la mujer del médico, era íntima amiga suya y se lo había contado. Ella también quería que la pintaran. Incluimos a Amelia, así se llamaba la mujer del sargento, en nuestros juegos y juramos que no diríamos nada a nadie más. Si alguna se iba de lengua, el problema no solo iba a ser de Alejandro, pues los maridos no hubieran dudado en matarlo a golpes, sino también nuestro porque nos denunciarían y podían hasta fusilarnos por atentar contra la moral del régimen.

—Toda esta historia es impresionante —comentó Diana al mismo tiempo que Nacho asentía—. Me parece que las doce fueron muy valientes y él debió ser muy talentoso y una persona fascinante...

—Alejandro tenía veinticinco años cuando comenzó a hablar de irse a París, cuna del arte moderno y desde donde llegaban todas las noticias interesantes sobre exposiciones o dónde los artistas se encontraban a sí mismos. Así que comencé a moverme entre mis conocidos de Madrid. Alejandro me acompañó a algunos de mis viajes de negocios a la capital donde aprovechamos para que conociera a gente entendida de la profesión, marchantes de arte, galeristas y la alta alcurnia madrileña con la que sus modales y su agilidad verbal mejoraron notablemente. Escuchaba atentamente todas las conversaciones a su alrededor, siempre precavido de no meter la pata. Aprendía y después utilizaba lo aprendido en otras conversaciones diferentes. Así era él, un superviviente nato. Nadie hubiera dicho, al verlo desenvolverse en aquellos ambientes, cuál era

su verdadera procedencia.

»Completó su aprendizaje con innumerables visitas a museos, admiró la técnica de los más grandes, Picasso, Velázquez, Sorolla, Cézanne. Siempre le fascinó el uso del color de Monet; sus propias pinturas comenzaron a empaparse de aquellas obras, de aquellos colores. Era impresionante observarlo en las visitas a los museos, podía pasarse dos horas frente a una pintura. Anotaba, miraba y volvía a anotar, absorbía información como una esponja y su productividad al volver a casa era impresionante. Podía pasar días sin dormir al probar técnicas, combinar colores o texturas. Siempre fue muy fiel a su estilo y a su técnica que, de por sí, era impresionante, pero es cierto que se notaba la influencia de los maestros en sus obras. Comenzó a hacer exposiciones. Todo el mundo se fascinaba de la veracidad y de los sentimientos que despertaban sus pinturas. Pero era una época difícil para los artistas, así que el proceso fue lento. Tardó tres años en reunir el dinero necesario para ir Francia. Yo insistí en prestárselo en un par de ocasiones, pero siempre lo rechazaba agradecido por lo que ya hacía por él y con insistencia siempre me repetía que cuando llegara el momento y se sintiera realmente preparado para realizar el viaje, tendría el dinero.

»Nunca pretendió la gloria ni la fortuna, por eso no tenía prisa en marcharse antes de sentirse capaz de absorber todas las enseñanzas que esperaba obtener en Francia. Enamorarse de vuestra madre no había entrado en sus planes y, en ese momento, supo que además de conocimientos y una vida bohemia debía conseguir suficiente respaldo económico para que sus manos, repletas de manchas de pintura e ilusión, no fueran lo único con lo que presentarse ante vuestro abuelo para pedir la mano de Paula en matrimonio. Ese fue el único objetivo en su cabeza cuando se marchó de aquí. La amaba tanto que hubiera hecho cualquier cosa por ella. Yo misma presencié

su despedida, las promesas de amor que se hicieron. Se amaban con locura. No sé qué pasó en París ni porque no volvió a por vuestra madre, pero se quisieron con toda el alma.

»No habían pasado ni diez días de su marcha, cuando se desató la tragedia y todo por esa Rosita que vete tú a saber dónde se había metido, pero llegaron hasta el burdel y de ahí a casa de Alejandro y a los cuadros. Yo salía de misa de doce cuando vi llegar al camión con los cuadros envueltos y cómo los metían en el ayuntamiento. No le di demasiada importancia. Jamás imaginé que aquellos eran los cuadros de Alejandro hasta que los maridos comenzaron a congregarse ante el ayuntamiento y los rumores comenzaron a aparecer. No podía creerlo, nuestro pecado y salvación, nuestro secreto expuesto. Sabía que aquello acabaría mal para nosotras, pero cuando vi llegar a vuestro abuelo se me heló el corazón. Gracias a Dios, ella no estaba entre los cuadros. Supongo que Alejandro se llevó la tela a París. Recuerdo aquel día con el corazón encogido por el miedo. Recuerdo a mis amigas, conocedoras de su pecado, esperar a sus maridos tras la puerta, preparadas para lo peor. Mal que me pese, el alcalde fue muy listo con su estrategia. Puede decir lleno de orgullo que hoy en día nadie, excepto nosotras, sabe el nombre de las catorce *pecadoras*.

María resopló con amargura.

—Todas nos pusimos el velo y fuimos a confesar. Nos creímos a salvo durante un breve espacio de días, pero algunas finalmente sufrieron las consecuencias. Amelia, la mujer del sargento, fue la que se llevó la peor parte, el arma de su marido se disparó sin querer y la bala se le metió accidentalmente entre los ojos... Dios la tenga en su gloria. Sofía, la mujer del juez, era la más joven de todas nosotras. Apenas había pasado los veinticinco y recibió tal paliza de su marido que nunca pudo tener hijos. Estuvo a punto de matarla, la tuvieron que llevar Madrid para operarla. Cuando volvió, descubrimos que la

había dejado ciega de un ojo. También hubo consecuencias para Teresita, la mujer del médico, su marido aparte de un desgraciado era un sádico. Había servido al régimen en la posguerra como médico en la cárcel de Ventas para mujeres en la capital. De allí debió salir la idea de la tortura a la que sometió a la pobre Teresita. Le hizo varios cortes con el bisturí y luego la cosió, lo que le dejó cicatrices y la marcó de por vida. Unos años después, ella le puso matarratas en la sopa y lo encontraron muerto en su casa. Cuando fueron a buscarla para detenerla, se había ido. Nunca más volvimos a saber de ella. Las demás se llevaron algunos bofetones, puede que alguna paliza y la ira tremenda de sus maridos. Un par de años después, todo estaba más o menos olvidado.

»En cuanto a vuestra madre, se armó de valor y se negó a confesar. Para ella fue peor que para las demás, pues amaba a aquellos cuadros tanto como amaba a Alejandro. Apareció aquí una noche, pasadas la una de la madrugada. Había venido a pie con la maleta mal hecha y sin saber qué hacer. Estaba amoratada y parecía que le habían dado una paliza. Le pregunté qué le había pasado, pero no me contó nada. Lucía le había dado un dinero que, por lo visto, hacía algún tiempo que ahorraba y, aunque no era mucho, bien administrado podía mantenerla un par de meses. Yo le di un par de nombres de la capital, pero se negó a marcharse a Madrid. Quería ir más cerca de la frontera para esperar a Alejandro. Acordamos que yo me pondría en contacto con él. La subí en un tren y le di el único nombre que conocía en Barcelona, un viejo amigo de mi marido que posiblemente podría darle algún tipo de trabajo.

»Y así fue como vuestra madre llegó a Barcelona, sola y con la única esperanza de que Alejandro se pusiera en contacto con ella para cruzar la frontera y reunirse con él. Habían pasado varios días desde que le había escrito contándole la desgracia que habían sufrido

los cuadros. Supuse que esta nueva misiva en la que explicaba el viaje de Paula lo alentaría a tomar la vida tal cual venía, ya que no debía sufrir por tener que llevar una vida humilde y en el exilio. Le pedí que disfrutara de las pequeñas cosas, ya que para Paula el dinero nunca había sido importante y que, a pesar de que era una niña adinerada, lo había dejado todo por él. Le pedí que fuera digno de ese amor y que lo colmara, día a día, de besos y ternura sin mirar al pasado. Él siempre había logrado sobrevivir y juntos podían luchar con más fuerza aún. Completamente esperanzada y feliz por ellos, mandé la carta, pero no sé si llegó a su destino o qué sintió Alejandro cuando la leyó, pues nunca obtuve una respuesta. Paula, por su parte, me escribió alguna vez durante los primeros meses. Sus cartas eran de agradecimiento y sin remitente. Tenía miedo de que su padre pudiera encontrarla, por lo tanto, tampoco daba demasiados detalles sobre su vida. Simplemente me aseguraba que se encontraba bien.

»Con el paso de los meses, dejó de escribir. Traté de saber de ella, pero decidí aceptar que su silencio era su forma de pasar página o de olvidar. Las semanas se convirtieron en meses y los meses en treinta años en los que, en ocasiones, he recordado la historia de Alejandro y Paula y pensado qué hubiera sido de ellos en condiciones diferentes.

María hizo una pausa para observar a los dos jóvenes que la miraban perplejos desde el sofá. Una lágrima corrió por su mejilla. Se la enjugó con el dorso de la mano y continuó hablando.

—Esto es todo lo que os puedo contar de la historia de Alejandro y supongo que ahora comprenderéis todo el polvo que levantáis con vuestras preguntas en el pueblo. Me gustaría ayudaros más, pero no sé dónde podría estar Paula.

—Ha dicho que ha seguido la vida de Alejandro desde hace unos años —Diana hablaba muy despacio, pensando entre palabra y palabra si debía terminar la frase—. ¿Habría alguna posibilidad de

que nos pusiéramos en contacto con él?

—No lo sé a ciencia cierta. Pero supongo que podría intentarlo —dijo María, sopesando la posibilidad de lo que Diana le pedía—. Aunque no sé si eso os ayudará a encontrar a vuestra madre.

—Diana, ¿estás segura? —Nacho cogió las manos de Diana que asintió despacio mientras María observaba la escena sin entender a lo que se refería Nacho.

—Si no logramos encontrarla a ella, al menos puede que lo encuentre a él —Diana miró a María antes de continuar—. María, necesito encontrar a Alejandro porque creo que él podría ser mi padre.

—Eso es imposible —dijo María atónita—. Alejandro se marchó muchos años antes de que tú nacieras.

—Lo sabemos, pero en realidad toda esta locura ha empezado por una carta que encontré entre cosas viejas que habían pertenecido a mi madre. —Diana sacó la carta y se la pasó a María que, después de ponerse con impaciencia unas pequeñas gafas, leyó intrigada su contenido.

—¿Así que volvieron a verse? —María tenía un semblante triste—. Qué pena que, después de tantos años separados, se encontraran justo cuando ambos tenían ya otras vidas y otros anhelos. Deduzco que naciste poco después de la fecha de esta carta. —Diana asintió—. Trataré de encontrar a Alejandro, te lo prometo.

María los acompañó hasta la salida de la casa, los despidió cariñosamente y prometió que se pondría en contacto con ellos en cuanto fuera capaz de dar con la pista de Alejandro.

Capítulo 11

*El amor consuela como el resplandor
del sol después de la lluvia.*

William Shakespeare

Paula llevaba varios días en la casa, recordando a Alejandro en cada una de sus habitaciones, lo veía sentado junto a la ventana al tiempo que admiraba el paisaje o leía incansablemente libros sobre sus pintores favoritos, sus técnicas, sus obras, siempre ansioso por interiorizar todo lo posible para después llevarlo a la práctica en sus obras. Paula incluso era capaz de verse a sí misma sentada en el suelo junto a él mientras escuchaba sus explicaciones. Recordaba su voz suave a la vez que profunda, con ese tono de entusiasmo con el que explicaba algo que le fascinaba. Ella escuchaba atenta, intrigada por ese mundo de pinceladas suaves, de técnicas y trazos imposibles para los seres humanos más comunes y trataba de memorizar todas las indicaciones que él le daba. Al recordar esos días no pudo evitar bajar al sótano donde aún estaban guardadas algunas de las pinturas que Alejandro había dejado atrás. Todo estaba revuelto. Lo debieron dejar así cuando encontraron las pinturas de los desnudos. Cuánta destrucción provocada por el miedo y por la falsedad de una sociedad corrompida... Ella era consciente de que, incluso treinta años después, los desnudos eran algo que debía mirarse rápido y sin pararse a contemplarlos demasiado. Cuánta injusticia con aquella belleza.

Un escalofrío le recorría la espalda cada vez que pasaba junto a la

puerta del estudio. Aún no se había atrevido a entrar allí; los fantasmas la perturbaban y la hacían tener pesadillas. Paula suponía que aquellos días eran el recorrido que su alma debía hacer hasta llegar al perdón. Debía perdonar al destino, por haber luchado contra ella; a Alejandro, por no haberla llevado con él aquel verano, todo hubiera sido tan distinto; a Ricardo, por no haberle dado aquella chispa a su matrimonio que le hubiera hecho olvidar a su primer amor; a Diana, por haberla obligado a revivir todo aquello que tanto le dolía; y a ella misma, por haber pasado por los últimos años de su vida de puntillas, por haberse conformado, por no haber amado a Ricardo con la intensidad que amó a Alejandro, por no haber olvidado nunca los días que pasó en aquella casa. Sin duda alguna, lo que más necesitaba era limpiar de culpas su propia alma.

Había pensado mucho en Diana y en Nacho en aquellos días y en cómo sus decisiones habían afectado las vidas de sus hijos. También en cómo podía seguir afectándoles, aunque, por primera vez en su vida, había decidido pensar en ella misma y ser egoísta como no lo había sido nunca antes. Debía serlo para encontrar la respuesta a la pregunta que llevaba unos días haciéndose a sí misma.

Habían pasado un par de semanas desde la exposición y Paula era incapaz de olvidar a Alejandro. En la soledad de su habitación, suspiraba y emulaba las conversaciones que le hubiera gustado mantener con él. No solo estaba fascinada por su talento como pintor y por considerarlo un hombre apuesto, también era el primer hombre en su vida al que le interesaba su opinión sobre algún tema. Paula no estaba acostumbrada a que sus decisiones fueran respetadas o simplemente tenidas en cuenta. Aún era muy joven y además era mujer en una familia machista en la que nadie tenía consideración por ella. Precisamente con esas sensaciones, llevaba días atormentando a Marta, que al principio recibió con entusiasmo

el embelesamiento de su amiga con el pintor, pero que comenzaba a estar harta de oír el nombre de Alejandro por aquí y por allí. Cualquier mínimo detalle hacía que Paula recordara al pintor y que lo manifestara en voz alta para disgusto de su amiga.

Paula y Marta estaban sentadas en la plaza de la iglesia una tarde especialmente sofocante. El bochorno les perlaba la frente y les pegaba las blusas de algodón a la espalda. Habían salido de misa unos minutos antes y el calor les había caído encima como una gran losa. Habían decidido permanecer a la sombra de la iglesia durante un rato antes de volver a casa, pues era imposible para Paula llegar a pie a La Paloma con aquella temperatura. Ambas estaban tan ensimismadas en su conversación para olvidar el calor que no repararon en la figura que se aproximaba por la calle hasta que quedó cerca de ellas.

—Paulita, mira. —Marta señaló el extremo opuesto de la plaza—. El pintor del que te has enamorado.

Paula la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Calla! Te puede oír. —Alejandro se había parado en un quiosco que vendía helados. Llevaba una carpeta bastante grande y miraba los helados mientras saludaba al tendero. No las había visto—. Vamos, quiero hablar con él.

—Pero ¿adónde vas? ¿Estás loca? —Marta tiraba de ella, tratando de mantenerla sentada.

Había pensado durante varios días en un reencuentro con el pintor y en ese momento que lo tenía tan cerca, no iba a dejar pasar la oportunidad. Marta la miraba con cara de que aquello era una muy mala idea y ella únicamente podía andar en su dirección como si hubiese sido tirada por una cuerda invisible.

—No cojas el de pistacho, está asqueroso. —Alejandro la miró sorprendido. En ese mismo instante, Paula se arrepintió de haberse

acercado a él. Probablemente él ni siquiera la recordaría.

—Vaya. Hola. Me has sobresaltado. No esperaba encontrar a nadie por aquí, hace muchísimo calor para estar en la calle, ¿no?

—Lo siento, debería haberte dicho *hola* en primer lugar —se excusó por su atrevimiento—. No te acuerdas de mí, ¿verdad? —Sus temores se hacían reales.

—Claro que me acuerdo de ti, Paula. Eres mi mejor crítica. —Ambos sonrieron ampliamente mientras se miraban a los ojos—. ¿Queréis un helado? Os invito.

Alejandro compró cucuruchos y los tres se sentaron a disfrutarlos a la sombra de la iglesia. El calor hacía mella en los dulces y ellos se veían obligados a sorberlos rápidamente para evitar que les gotearan en la ropa. Alejandro y Paula apenas hablaron mientras comían. Simplemente se miraban de reojo y se sonreían al tiempo que daban lametones a sus helados. Finalmente, Paula fue la más rápida de los tres al lograr terminar su helado sin que cayera ninguna gota.

—¿Has pintado algún cuadro más? —Rompió el hielo mientras Alejandro terminaba de mordisquear la galleta del cucurucho.

—Sí, estoy pintando un paisaje precioso. Hay un sitio en la sierra donde un árbol muerto cruza el río. Ahora las tonalidades de la hierba están amarillentas y hacen un contraste bonito con el azul del agua.

—Debe ser precioso. —Paula trataba de imaginar lo que él le estaba describiendo—. Me gustaría verlo.

—Ven a verlo. Lo tengo en casa, me gustaría tu opinión. —Sabía que estaba cometiendo un error, pero en ese momento se engañaba a sí mismo al pensar que el ofrecimiento era inocente y sin otra intención que enseñar sus cuadros a la joven.

—¿Vives cerca? ¿Podemos ir ahora? —Paula señaló a Marta al aceptar el ofrecimiento. Sabía que iría a ver aquel cuadro y pensó que

sería más seguro para ella ir acompañada, pues no le convenía levantar habladurías.

—No, vivo en la sierra. ¿Conoces la finca La Paloma? —Paula asintió mientras el continuaba—. Si caminas hacia el norte desde la entrada de la finca, por el camino que se adentra en la sierra, pero no el asfaltado, sino el otro —Paula asintió nuevamente—, llegas a una bifurcación. Hacia la derecha sale un camino más ancho. Hacia la izquierda uno mucho más estrecho. Pues debes ir por el de la izquierda hasta que llegues a un abrevadero de piedra que usan los pastores para aliviar su sed y la de sus ganados. Subes hacia arriba y coge siempre los desvíos a la derecha. Unos veinte minutos más tarde, estarás en la puerta de mi casa. ¿Fácil, no?

—¿Pero tú dónde vives? Esa es la parte más profunda de la sierra. Dudo mucho que sea capaz de llegar yo sola hasta ahí —afirmó Paula—. ¿Has dicho en el abrevadero a la derecha?

—Tranquila. —Alejandro sacó un papel de la carpeta y un lápiz de su bolsillo. Comenzó a dibujar ante la mirada sorprendida de las dos jóvenes que veían como el dibujo comenzaba a tomar forma ante sus ojos y que mostraba el camino que el pintor acababa de referir—. Lleva esto cuando vengas y seguro que lo consigues. Ahora me tengo que ir. Había quedado con una amiga y ya llego tarde. Me ha encantado verte. —Marta carraspeó—. A las dos, quise decir.

Alejandro se alejó de ellas. Dejó a Paula ensimismada con el plano ante sus ojos. Era un boceto escueto y de líneas simples, pero en dos segundos él había logrado que aquellas rayas tuvieran sentido para que Paula las siguiera sin perderse. Había dibujado los caminos y el abrevadero y, al final de todo, una pequeña casita entre árboles. Paula le dio la vuelta al dibujo y las dos chicas descubrieron un boceto a carboncillo de un paisaje de la sierra. Era muy bonito y tenía muchos detalles para ser un simple boceto. Paula sentía aquel dibujo

como un regalo y lo miraba embobada cuando Marta le tiró del brazo para hacerla reaccionar.

—De ninguna manera vas a ir a su casa —sentenció—. Paula, prométeme que no irás... Por favor, por favor.

—Sabes que no puedo prometerte eso. —La joven sonreía ampliamente. Aquel día había dado un giro impresionante no solo al reunirla con Alejandro, sino al ofrecerle la oportunidad de volver a verse. Solo la mirada de preocupación de su amiga era capaz de entristecer aquel momento—. Marta, antes en la iglesia he rezado fervientemente a Dios para que lo pusiera en mi camino de nuevo. Y ha contestado a mis plegarias. Dios no haría nada que fuera malo para mí, ¿verdad?

—No, Dios, no. El que me preocupa es tu padre. Si se entera... ¡Oh! Paula, no puedes ir. Estás prometida, tienes unas obligaciones con tu novio que no puedes olvidar. —Paula se volvió ofendida—. Sé que no te gusta hablar de este tema, pero las cosas son como son y no las puedes ignorar.

—¡No! —Paula miró con rabia a su amiga por haberla hecho recordar el día más doloroso de su vida hasta aquel momento—. No, no soy propiedad de nadie y tampoco de mi padre y sus negocios. Sabes tan bien como yo que no me casaré con ese hombre.

Varios meses después de que Paula hubiera cumplido los trece años, su madre la llevó a la tienda del pueblo para regalarle un vestido. Era extraño que su madre le hiciera regalos en días no señalados. Además, Paloma estaba extrañamente cariñosa aquel día. Al llegar a la finca, la afectuosa madre animó a su hija a ponerse el vestido nuevo para la cena y le anunció que aquel día tenían como invitados a los propietarios de una finca vecina. Tanto su padre como ella esperaban que fuera agradable con ellos. Paula se sentía exultante, pues normalmente sus padres no reparaban en ella cuando

había invitados. Por lo tanto, el agasajo en aquella ocasión le resultaba gratificante. Como cada noche, Lucía la ayudó a bañarse y a arreglarse, tan asombrada como la niña por la actitud de su madre. Se esmeraron principalmente en su cabello al que recogieron hacia atrás en una trenza para que sus ojos verdes resaltaran aún más.

Poco antes de las ocho, oyeron voces. Paula bajó solícita para saludar a los invitados. En el comedor había dos hombres. El más joven debía de tener unos cincuenta años mal llevados, era tosco y tenía la cara manchada por las horas al sol. El mayor debía de tener al menos setenta años y cuando la vio, sonrió ampliamente, lo que dejó ver su dentadura mellada y sucia. Don Paco se acercó a Paula asintiendo satisfecho y la llevó de la mano hasta el centro de la estancia. Paloma observaba la escena desde un rincón; su expresión era más sombría de lo habitual. Paula quedó rodeada por los tres hombres.

—Paula, saluda al señor Octavio Plazas. —El hombre más joven se acercó a ella y extendió la mano que Paula estrechó con la delicadeza, pues así debían hacerlo las mujeres. Un olor muy intenso a tabaco y a sudor llegó hasta ella. Se obligó a sí misma a contener la cara de asco y soltó la mano del hombre—. Sus tierras lindan con las nuestras. —Don Paco se volvió al hombre que estaba delante de Paula—. ¿Y bien? ¿Qué le parece? Es mucho más bonita que su madre cuando era joven y le aseguro que mi Paloma era la mujer más hermosa de la comarca. Será buena esposa y dará hijos sanos.

En ese momento, Paula comprendió la escena. La estaban ofreciendo, tal y como había visto a su padre hacer varias veces con los caballos. Su madre permanecía con su expresión pétrea en el rincón. Paula buscó desesperada su mirada en busca de ayuda y comprensión, pero únicamente obtuvo indiferencia.

—No dudo que será buena esposa. En cuanto a lo de los hijos...

—El hombre rodeó a Paula hasta situarse a su espalda y colocó las manos alrededor de sus caderas. El olor volvió a golpearla, sintió una oleada de pánico, pues aquel hombre la tocaba y su padre no hacía nada al respecto—... Es muy estrecha de caderas, no sé si será capaz de parir.

—Su madre también era estrecha de joven. —Don Paco carraspeó y el hombre apartó las manos de Paula—. Es muy probable que los partos sean largos y dolorosos, pero parirá.

—Espero que así sea. Ya no tengo edad para muchos asaltos, aunque con esta preciosidad tengo ganas de empezar ahora mismo.

—Los dos extraños soltaron sonoras carcajadas. Paula sintió que estaba en una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento—. A todo esto, compadre, seguirá siendo virgen, ¿verdad?

Todo el horror y la vergüenza que Paula sentía en ese momento se le anudaron en la garganta, apretándosela muy fuerte. Sintió la mirada lasciva y sin recato de los hombres. Iba pulcramente vestida y, aun así, se sentía totalmente expuesta. Si aquello hubiera seguido durante mucho más, hubiera acabado llorando como un bebé. Trató de calmarse, de no pensar en lo que sucedía, de respirar hondo, aunque el nudo no se aflojaba. La voz de su padre la devolvió a la habitación.

—No espero que un invitado venga a mi casa y me ofenda. —El tono de don Paco se había vuelto muy serio.

—Entiéndeme, compadre, no es cuestión de ofender. —El hombre trató de calmar la situación con un tono de voz mucho más pausado del usado hasta aquel momento—. Cuando pago tanto dinero por algo, me gusta estrenarlo. —Los tres hombres asintieron—. Con este punto claro, ¿para cuándo cerramos el trato?

—Es joven. Hace apenas un año que se hizo mujer. Deberíamos esperar al menos tres o cuatro años. —Era la primera vez que Paloma

hablaba—. Si queréis hijos fuertes, es mejor que la dejemos madurar un poco.

—Sea. —El hombre miró a Paloma con desdén, probablemente pensando que hubiera sido interesante llevarse a Paula esa misma noche—. Ya que no la ofrecéis a ella como banquete esta noche... —Miró a don Paco—, al menos nos daréis algo que echar a la barriga, ¿no?

Los hombres pasaron la cena hablando de bravuconearías para exaltar su hombría mientras Paloma y su hija apenas probaron bocado y permanecieron en silencio toda la velada. Paula dedujo, por los comentarios, que el hombre más mayor era el padre de Octavio Plazas y que este había ofrecido parte de las tierras que colindaban con La Paloma a cambio de un matrimonio fructífero con descendencia que continuara el apellido, ya que ellos eran los únicos que no habían muerto en la familia. Octavio había estado casado ya en una ocasión con una mujer estéril que había muerto unos meses antes. Paula era su posibilidad de perpetuar su familia y a quién dejarle en herencia las tierras.

—Ese hombre es vulgar e irrespetuoso con Dios —espetó Paloma a su marido cuando los invitados se fueron y pensaron que Paula no los escuchaba—. No sé cómo has podido hacer un trato así con él.

—Ese hombre tiene las mejores tierras de las comarca por detrás de La Paloma. Cuando Paula tenga un hijo y ese cretino muera, todo será nuestro. —Paco miró a Paloma—. ¿Te preocupa la niña?

—No es eso. Le estamos entregando un futuro de comodidad económica con ese hombre. Si hubiera vivido con el hambre con el que vivimos nosotros en la guerra, incluso nos lo agradecería. Lo que me molesta son sus modales... Supongo que deberás pedirle que los refine la próxima vez que venga a visitarnos.

Paula había escuchado la conversación de sus padres agazapada

en la escalera. Un rayo había roto su corazón cuando su madre había negado estar preocupada por ella. Se escabulló y corrió hasta la habitación de Lucía. Llamó a la puerta con insistencia hasta que la mujer le abrió y ella se dejó caer en sus brazos mientras lloraba con amargura. Por mucho que lo intentó, por mucho mimo que puso, ni siquiera su tata pudo consolarla aquella noche. Se sentía utilizada y con menos valor para sus padres que un objeto de decoración de la casa. No le habían pedido su opinión, no le habían preguntado que le parecía la idea. Simplemente la habían vendido al mejor postor. Además de dolida, estaba aterrada de tener que volver a estar en presencia de ese hombre. Lloró durante toda la noche hasta que por fin, al despuntar el alba, logró dormirse en la cama de Lucía que, ajena a todo lo que había pasado durante la cena, había escuchado entre sollozos el relato de Paula. Indignada y preocupada, Lucía se hizo una promesa a sí misma aquella noche: jamás dejaría que ese matrimonio se llevara a cabo. No había criado a aquel ángel para que su padre se la entregara a un desgraciado como aquel. Y así fue como cada mes, desde aquel día, apartaba una parte de su salario para, en el momento oportuno, sacar a Paula de aquel infierno en el que se había convertido su futuro.

Paula despertó a la mañana siguiente, después de haber pasado toda la noche soñando con el pintor; con sus cuadros; con su pincel en la mano mirando fijamente el paisaje, con los rizos sobre la frente y la boca apretada para no fallar en ninguna pincelada. El sol que entraba por la ventana la despertó llena de ansia por ir a verlo. Bajó corriendo a la cocina. Buscó a Lucía con la mirada y se tocó la oreja derecha. Después, subió al desván sin que nadie la viera y allí esperó. Su madre había prohibido que Lucía y ella cuchichearan tonterías. No le parecía correcta la relación que tenía la criada con la señorita de la casa. Paloma tenía miedo de que su hija aprendiera costumbres

ordinarias, pero ellas sabían esconderse, hablarse en señas, con los ojos y las sonrisas. Si Paula se tocaba la oreja derecha era que iba al desván, si era la izquierda era a su habitación. Si entraba en la cocina y gritaba «buenos días», era que se debían encontrarse en los establos una hora más tarde, cuando su madre estuviera en la capilla rezando. Tenían muchas más claves, pero no todas tenían un significado claro, aunque las dos se entendían sin problemas.

Cuando Lucía subió al desván, Paula dudaba entre llevar el último botón de la camisa desabrochado por el calor o abrochado porque no quería parecer algo que no era. Se sentó a mirarla durante un momento.

—¿Qué tienes niña? ¿A qué viene tanta urgencia? —Lucía la conocía perfectamente. No en vano la había criado desde que era un bebé de días. Una desaliñada Paloma la había puesto en sus brazos y argumentó que la niña tenía cólicos y que ella no podía pasar la noche en vela por escuchar su llanto.

Paula le contó lo que había pasado la tarde anterior en la plaza de la iglesia. Llevaba el boceto del camino doblado en la mano. Se lo enseñó a Lucía con una mirada cómplice y esta asintió y le dio su permiso para acudir a la cita.

Paula era el bebé más bonito que Lucía había visto nunca. Sus ojos eran vivos y de un verde esmeralda que hacía imposible dejar de mirarla. Lucía pasó sus primeros años en La Paloma con Paula que correteaba detrás de sus faldas. Le daba de comer, la bañaba y la tapaba en la cama por las noches para darle el último beso del día y desearle bonitos sueños. Aun cuando Paula creció, Lucía iba cada noche a su habitación para rezar con ella antes de dormir. Conocía a Paula mejor que su madre. Ahora la veía salir de la casa en dirección a la sierra, escondida detrás de los chaparros bajos para que nadie la viera, y no fue capaz de adivinar la tormenta que se les vendría

encima.

Paula caminaba por la sierra con cuidado de no tropezarse y de no arañarse las piernas con ninguna planta baja. Su madre la hubiera castigado a bordar toda la tarde si se hubiera enterado de su excursión. Miraba el plano que Alejandro le había dado y buscaba los detalles en él dibujados. Andaba segura de sus pasos y de la decisión que había tomado. No sabía que le depararía aquel camino, pero seguramente era mejor que esperar pasiva a que la vida la llevara hacia un destino marcado por otros.

Finalmente, después de un buen rato bajo el sol, llegó a una verja que rodeaba la casa. Debía ser aquella, pues era imposible que hubiera otra en aquel lugar. Era pequeña, de dos plantas de altura, las paredes estaban encaladas y las contraventanas pintadas de un amarillo intenso. No parecía un lugar demasiado lujoso, más bien la casa de un pastor. Estaba situada en una pequeña explanada, escavada en la ladera de una pequeña montaña de pizarra. El portón de hierro estaba cerrado y no parecía haber nadie cerca. La distancia que separaba el camino de la casa era demasiada grande como para que Alejandro la oyera si se ponía a gritar para que le abrieran. Paula decidió que la mejor idea era tratar de saltar la valla. No había llegado hasta allí para irse sin intentarlo y, en el mejor de los casos, quizás él la viera desde alguna ventana. Fue dando la vuelta a la casa en busca de algún lugar dónde la verja estuviera más baja y le resultara más fácil trepar. Casi en la parte de atrás, había una vieja higuera de tronco robusto y grandes ramas que saltaban la valla hasta llegar al otro lado. Paula miró hacia arriba y después a sus piernas a la espera de que la escalada no le dejara ninguna señal y comenzó a trepar por el tronco. Desde pequeña, siempre le había gustado subir a los árboles de la finca y comer sus frutas, sentada en las ramas más altas. Cuando Lucía la regañaba asustada porque

Paloma la encontrara allí arriba, ella siempre aseguraba que si su madre probaba el sabor de aquellas frutas recién cogidas, también subiría a comer, aunque en realidad a Paloma siempre le había disgustado mucho el espíritu aventurero de su hija.

No le resultó complicado pasar la verja y dejarse caer al suelo por el otro lado. Una vez abajo, se dio cuenta de que desde ese lado era imposible volver a trepar a la higuera para desandar el camino andado y sintió un momento de pánico al pensar que Alejandro podía no estar en la casa o no volver aquella tarde... Trató de calmarse mientras buscaba la puerta principal. Llamó con los nudillos, tímida, sin hacer mucho ruido y prestaba atención a cualquier sonido que pudiera salir de la casa. Oyó una puerta cerrarse, unos pasos en las escaleras y finalmente el sonido de la cerradura que se abría. Suspiró aliviada. Al menos él estaba en casa.

—¿Paula? Has venido. —Alejandro se asomó a la puerta, mirando en dirección a al portón de la entrada. Desde allí se veía cerrado—. ¿Cómo has entrado? Pensaba que la puerta estaba cerrada.

—Sí, lo está —dijo Paula tímidamente—. He saltado por la higuera que hay en la parte de atrás de la casa.

—Increíble. —Alejandro la miraba sorprendido, aunque con una nota de humor en la sonrisa—. No suelo recibir visitas, pero desde luego hasta ahora nadie había saltado la verja para entrar. Pasa, por favor.

Paula entró en la casa con paso lento y mil dudas en la cabeza. De pronto la idea de estar ahí a solas con un hombre desconocido no le parecía tan buena. Excepto con su padre y su hermano, nunca había estado a solas con un hombre. Sintió remordimientos que trató de apartar de su mente rápidamente para tratar de centrarse en lo que la rodeaba. Se encontraba en un austero salón con un sofá en el centro y una chimenea en una de las paredes. Sin esos dos elementos de

decoración, el resto eran libros y lienzos amontonados en cierto orden por los rincones del espacio. Los cuadros estaban apoyados en el suelo, no colgados en las paredes, pero había tantos que resultaba una maravilla mirar hacia abajo. Lo que llamó la atención de Paula y la obligó a no mirar a ningún otro rincón fue la impresionante vista que había desde aquel lugar. Toda una pared del salón era de cristal. Ni persianas ni cortinas limitaban la vista que, hasta donde era posible alcanzar, era de un verde espectacular. Desde allí arriba, se podía ver un mar inmenso de arbustos y encinas que se extendían ante ella. Y allí, dónde más había que afinar la vista, comenzaban los campos de olivos que, en su lento peregrinar en fila, parecían olas en aquel vasto paisaje y se juntaban en el horizonte con un azul impoluto, sin una sola nube. Aquella combinación de colores era apabullante e imposible percibirla entera en un solo vistazo. Había que permanecer frente aquella cristalera durante un tiempo impreciso para comprender tanta belleza.

—Estoy preparando café, ¿quieres uno? —Paula asintió sin girarse, embelesada por la maravillosa visión que tenía ante sí. Alejandro la dejó al saber que aquella era la reacción más natural al entrar en su casa. A él le había pasado lo mismo la primera vez.

El aroma a café envolvía el ambiente cuando Alejandro volvió al salón. Paula aún miraba por la ventana, con las palmas de las manos apoyadas en los cristales. Era pequeña y delgada. Su reducido tamaño ofrecía una sensación de fragilidad, las facciones de su cara eran armoniosas y, de toda ella, destacaban sus ojos cargados de luz, curiosos y vivarachos. Desde el primer momento que los había visto, Alejandro se había preguntado si sería capaz de conseguir la tonalidad exacta de sus ojos al mezclar pigmentos.

—Ahora entiendo porque vives aquí. —Se volvió—. Esta tranquilidad, este paisaje... Una vez descubierto, nadie querría

marcharse.

—Me sorprende tu capacidad para comprender, para observar y entender. Todo se plasma en tus ojos. Nunca había conocido a nadie con esa mirada tan clara, tan pura. —Alejandro se dio cuenta de que estaba diciendo, en voz alta, más de lo permitido por el decoro ante una joven desconocida—. Perdona, aquí tienes el café.

Paula extendió la mano y cogió el jarrillo de metal que Alejandro le ofrecía. Estaba caliente. Se sentaron en el sofá, que crujió sutilmente bajo su peso. Paula tomó un trago de café, pero de pronto un sabor amargo y desagradable le inundó la boca. Apartó la taza de ella y se llevó la mano a la boca mientras intentaba tragar aquel desagradable líquido.

—¿Nunca habías tomado café? ¡Oh, Paula! Deberías habérmelo dicho.

Alejandro cogió el jarrillo que ella aún mantenía alejado y corrió a la cocina mientras Paula se sentía estúpida y una cría por su comportamiento. En casa, Lucía le preparaba chocolate o leche con azúcar, pero nunca había probado el café que, sin duda, dejaba un aroma en su nariz mucho más agradable que el sabor en su boca. Buscaba las palabras adecuadas para marcharse de allí lo más rápido posible cuando Alejandro volvió al salón con unas hojas verdes en una mano y un vaso de agua en la otra. Le acercó el vaso a los labios mientras ella lo miraba sorprendida por encima del cristal. Él apartó el agua mientras con la otra mano le acercó las hojas verdes. El aroma en su nariz le indicó que era menta recién cortada. Abrió la boca y mordió, lo que hizo que el sabor amargo se disipara mientras Alejandro mantenía los dedos sobre sus labios. Era la primera vez que se tocaban.

—Ven, vamos a ver los cuadros. —Alejandro le tendió una mano.

Paula aceptó su mano y juntos salieron de la casa. En la parte de

trasera, cerca de la higuera que había dado entrada a la joven, había una puerta que hasta ese momento había pasado desapercibida. Estaba incrustada en la ladera de la montaña, que daba respaldo a la casa. Alejandro la abrió con una llave que llevaba en el bolsillo del pantalón. Bajaron por una escalera con bastante desnivel. El techo bajo obligaba a Alejandro tener que llevar la cabeza un poco agachada. Al llegar al final, Paula vio una habitación no muy grande. La luz entraba a raudales por un tragaluz en el techo que permitía que la claridad natural del exterior llegara hasta el pequeño sótano repleto de lienzos cubiertos por trozos de telas.

—El ambiente aquí abajo es bueno para la calidad de las pinturas. Arriba, a pesar de que en la sierra el calor es menos sofocante, estarían más expuestas al bochorno —explicó el joven mientras se dirigía a uno de los grandes lienzos.

Destapó algunos de los lienzos y se hizo a un lado para dejar a Paula observar con detenimiento. La joven se acercó y, con un simple vistazo, quedó fascinada por las pinturas. La pincelada era tan fina y certera que parecía contemplar fotografías, aunque los colores eran mucho más intensos. Las luces y las sombras estaban perfectamente definidas y en un equilibrio perfecto. Los lienzos representaban paisajes de la sierra, ciervos y grandes arboledas. Alejandro destapó otro par de cuadros. Paula cada vez se sentía más impresionada y, con un gran nudo en la garganta, pensó que tanta belleza no podía estar allí abajo escondida. Por último, el joven pintor destapó un cuadro, quizás el de menor tamaño de todos. En él, Paula vio un campo de amapolas de un rojo tan intenso que le recordaba al color de la sangre. Hacía contraste con un suelo amarillento y no por ello exento de belleza, sino al contrario: la inmensidad del campo, las flores esbeltas y la hojarasca amarilla le dio a Paula la sensación de sentir la brisa que mecía todo aquel paisaje.

—Son tan bellos que es imposible llegar a absorber todo lo que intentas expresar al mirarlos solo una vez. Creo, sinceramente, que podría estar aquí toda mi vida y no tendría tiempo de disfrutarlos plenamente —Paula hablaba con pausa, sin apartar la vista de los cuadros.

—Gracias. —Alejandro sintió que había sido la descripción más sincera que nadie le había dado nunca sobre sus cuadros—. Puedes mirarlos tanto tiempo como te apetezca, sino todo, puedes llevarte al menos una parte en ese tiempo.

A pesar de lo que había dicho, Paula notó que aún había cuadros sin destapar al otro lado de la habitación y, pese a su falta de tiempo en una vida para disfrutarlos, quería más de aquella belleza. Así que fue derecha a por un nuevo lienzo con tanta decisión que Alejandro no fue capaz de detenerla antes de que lo destapara, lo que dejó al descubierto a una mujer desnuda, sentada sobre una silla, de perfil, con las piernas cruzadas y la cabeza hacia atrás, aunque con la mirada clavada directamente hacia donde estaba Paula. El pelo negro le caía en cascada por la espalda. Alejandro trató de volver a tapar el lienzo, de explicarse entrecortadamente, pero Paula lo sujetó.

—Es tan hermosa.

Paula perfiló el cuerpo de la mujer con la yema de los dedos sin llegar a tocar el lienzo. Todo en aquella mujer era digno de admirar. Su belleza, su cuerpo sensual y su seguridad en sí misma. En un atisbo de vergüenza, Paula se sonrojó al pensar que ella nunca podría ser una mujer así.

—¿Te gusta? —Alejandro parecía confundido—. ¿No te resulta ofensivo ni te parece escandaloso?

Paula negó con la cabeza.

—Bueno, probablemente no sería una elección acertada para la sala de estar de una casa respetable. —Paula lo miraba directamente

a los ojos—. Pero es imposible apartar la vista de tanta belleza.

—Eugene Delacroix decía que el mérito de una pintura es producir una fiesta para la vista. Lo mismo que se dice de tener oído para la música, los ojos han de tener capacidad para gozar la belleza de una pintura. Muchos tienen el mirar falso o inerte; ven los objetos, pero no su excelencia... Tú tienes esa excelencia, Paula. Es impresionante.

—Creo que el mérito es tuyo, en realidad. Yo no podría ver nada si tus manos no hubieran hecho esto. —Señaló el lienzo—. ¿Quién es?

Justo en ese momento, Paula sintió miedo por la respuesta. No conocía de nada a aquel joven y ya estaba celosa de la mujer del cuadro. Probablemente fuera su mujer, aunque no llevaba anillo de casado y estaba claro que en aquella casa no había ninguna presencia femenina. Sería su amante. En aquel instante se sintió muy niña, totalmente desplazada por la sensualidad de aquella mujer frente a su edad, sus vestidos y sus peinados infantiles.

—¿Conoces la casa que hay a las afueras del pueblo, esa grande, blanca con las ventanas negras? —preguntó el joven.

—El burdel... Sí, claro que sé cuál es —contestó Paula sorprendida.

—Ella es Elisa. Fue la última en llegar. Hace apenas un par de meses que vive ahí —explicó—. Las pinto a todas cuando llegan. —Alejandro notó la mirada sorprendida de Paula—. Vamos arriba y te lo cuento todo, ¿quieres?

Se sentaron en el patio delantero con toda la sierra que se extendía ante ellos. Alejandro le contó su historia como nunca se la había contado a nadie sin guardar ni un detalle. Paula lo escuchaba en silencio con miedo a interrumpirlo y que no fuera capaz de continuar; con miedo a decir algo y que se sintiera juzgado. Mientras hablaba, el joven no llegaba a comprender cómo le era posible

sentirse tan seguro con una chica a la que acababa de conocer, cómo era posible que le abriera su alma sin sentir miedo a la respuesta que ella le pudiera dar. Por primera vez en su vida, sintió que los recuerdos que lo atormentaban ya no eran tan terribles. Su oscuridad le dejaba un minúsculo hueco a la luz. Y sin quererlo, aquella niña de pelo rubio y ojos imposibles, con su olor a jazmín y su sonrisa tierna se convertía en esa luz.

—No me compadezcas, por favor. Es lo último que quiero.

Habían pasado unos minutos desde que Alejandro había terminado su relato y Paula no había sido capaz de decir ni una palabra.

—¿Por eso las pintas? Para que ni ellas mismas se puedan compadecer de sí mismas. —Paula había entendido toda la historia—. ¿Para que sean fuertes?

—Sí, las hago bellas y fuertes, pero únicamente saco lo que en realidad ellas llevan dentro. Da igual su cuerpo, lo importante es que pinto sus almas y es importante que no dejen que nadie les haga daño en el alma.

—¿Qué ves en mí? —preguntó Paula.

—Debería pintarte para saberlo, pero tú no tienes que tener miedo. Eres una niña aún. ¿Quién podría haberse atrevido a rozar siquiera tu alma?

—No juzgues a mis fantasmas por mi apariencia...

Alejandro no supo qué contestar a aquello. El sol comenzaba a estar muy alto en el cielo y Paula se dio cuenta de que a Lucía le sería muy difícil cubrir su ausencia en La Paloma por mucho más tiempo. Alejandro la acompañó al portón de salida y le indicó que levantara una piedra del camino. Era bastante grande y pesada, pero la joven la levantó un tanto intrigada. Debajo había una llave de latón.

—La próxima vez que vengas, no hace falta que saltes por la

higuera. —Le tocó el hombro como despedida—. Ven cuando quieras, me encanta tu compañía.

Paula asintió y Alejandro la observó mientras se alejaba por el camino hasta que la perdió de vista.

Capítulo 12

El verano es como la belleza, demasiado efímero.

Francis Bacon

— **A**l final mamá sí estaba entre los cuadros del pintor.
— Diana parecía ligeramente sorprendida.

— Se querían, hermanita, ya lo has oído —matizó Nacho—. En serio, después de lo que has oído, ¿puedes recriminarle algo a mamá?

— Lo único que le recrimino es que no aparezca de una vez.
— Suspiró—. Nacho, hay ratos que me preocupo mucho por si le ha pasado algo. Ya sé que hemos llamado continuamente a los hospitales y que la Guardia Civil y los guardias forestales están avisados y puede —puso los ojos en blanco— que empiece a entender de qué va todo esto lío, pero es que...

— Shhh... Tranquila. — Nacho le pasó el brazo por los hombros—. Está bien, seguro que está bien. Tenemos que llegar al fondo de esto y aún no sabemos si ese hombre... —todavía le costaba decirlo en voz alta— ... era tu padre.

— ¿Has pensado en papá estos días?

— Más que nunca en estos últimos años. Lo echo mucho de menos y estoy seguro... —Se detuvo sin saber si seguir.

— ¿De que él la encontraría? —Paula se aventuró a terminar la frase de su hermano—. Durante toda mi vida siempre he pensado que lo que había entre papá y mamá era tan real y tan puro que nada podía llegar hasta ellos. Lo cuidaba con tanto mimo cuando se puso enfermo... —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Siempre he

buscado lo que veía en ellos en Fernando y en mí, y creía que lo teníamos, pero...

—¿Por eso estás con Mario? —preguntó Nacho—. Porque si lo de papá y mamá no fue verdad, ¿puede que tu historia tampoco lo sea?

—No lo sé. Solo sé que, ahora mismo, no soy capaz de pararlo. Necesito lo que sucede y también sé que probablemente este sea el error más grande que he cometido en toda mi vida. —Diana reflexionó un segundo—. Bueno, no. El más grande fue hacer que mamá se marchara...

—Sí, desde luego no son tus mejores días, hermanita. —Diana lo miró atónita al tiempo que Nacho comenzó a reírse—. ¡Es broma!

Los dos hermanos rieron y dejaron escapar la tensión. Diana vio a Mario a lo lejos que regaba las rosas del jardín. El joven aún estaba enfadado y ella sabía que solo había una forma de arreglar aquel enojo, aunque ello supusiera cometer el tercer peor error de aquellos días. Diana dejó a Nacho sentado en el jardín, que comenzó a jugar con el cachorro de Adela, y se acercó sonriente a Mario mientras él la miraba con un gesto duro. La joven sonrió más ampliamente, lo que lo desconcertó, y le susurró algo al oído. Mario cambió el gesto totalmente y volvió a regar, aunque, esta vez, silbaba alegremente.

La noche estaba oscura. En el cielo no brillaba la luna. Únicamente millones de pequeñas estrellas titilaban en el cielo con su máximo esplendor. Diana caminaba lentamente, pues temía tropezar y caerse mientras pensaba lo diferentes que eran las noches en Barcelona, con la luz de las calles y los letreros que contaminaban el brillo de las estrellas. Era imposible ver aquella plenitud en la gran ciudad, era imposible sentir aquella sensación de pequeñez que sentía Diana en aquel momento cuando se daba cuenta de cómo su vida era un rastro insignificante en la magnitud del universo. Recordaba haber visto aquel cielo de niña cuando visitaba La Paloma

en verano, pero que su mente inocente le había impedido sentir su inmensidad. Su insignificante vida, comparada con el universo y, a la vez, igual de irreal como lo era mirar a las estrellas y pensar qué ocultos en ellas podía haber otros mundos con otras pequeñas Dianas perdidas en sus propias vidas. Aquel pensamiento le produjo cierto desasosiego al tiempo que certeza sobre lo que estaba a punto de hacer. Faltaban menos de cien metros para llegar al lugar de su cita con Mario, cuando vio un resplandor extraño en la alberca del olivar para aquella hora de la noche. Mario había vuelto a rodear el borde de la piscina con docenas de velas, exactamente igual a la primera vez que habían estado en aquel lugar.

Cada uno estaba de pie en un extremo de la alberca, separados por el agua negra de la noche, iluminada tímidamente con el candor de las velas. Ambos se miraron en silencio, como si el más mínimo sonido, la más insignificante palabra pudiera quebrantar la magia de aquel momento. Mario rompió el hielo al comenzar a desabrocharse los botones de la camisa, despacio, sin dejar de observar a Diana. Primero uno, después el siguiente, así hasta dejar al descubierto todo su torso. Diana, a su vez, se quitó la chaqueta de punto fino que llevaba sobre el vestido de tirantes. Mario sonrió divertido al ver cómo ella esperaba que él siguiera. El joven decidió alargar un poco aquel juego que comenzaba a resultarle muy erótico: se quitó la camisa del todo y se desabrochó el botón de los pantalones. En ese momento, Diana hizo un gesto extraño con la cabeza. Con la poca luz, el chico no fue capaz de distinguir por completo su expresión y temió que la joven saliera corriendo en ese mismo instante. Por el contrario, Diana levantó los brazos para soltarse el nudo que sujetaba su vestido en el cuello y lo dejó caer primero por su pecho y después por sus caderas. La chica se mostró únicamente con unas braguitas blancas de encaje. Mario borró todas las dudas de su mente. Por fin

había llegado el momento de dar el último paso y continuar aquella historia en el mismo punto dónde lo habían dejado seis años antes. Sin pensarlo, se lanzó de cabeza al agua. Mario apenas salpicó en su salto. Nadó bajo la superficie hasta casi la mitad de la alberca y salió despacio, lo que hizo que rompiera la superficie apacible del agua. Con un gesto de la mano, le indicó a Diana que era su turno. Ella hizo un último movimiento para quitarse las sandalias que llevaba y se sentó en el filo para impulsarse con las manos dentro del agua. Estaba más caliente de lo que esperaba. Imitó a Mario al nadar bajo la superficie hasta prácticamente la mitad de la alberca y emergió justo delante del muchacho. Permanecieron frente a frente durante unos segundos antes de fundirse en un apasionado beso. Nadaron torpemente hasta uno de los extremos de la piscina mientras terminaban de desnudarse. La espalda de Diana tocó la pared mientras sentía la mano de Mario que le bajaba las braguitas blancas cuidadosamente seleccionadas y que nunca volvió a recuperar.

El sol traicionero entraba por la ventana. Los rayos cálidos acariciaban la piel de Diana mientras abría los ojos doloridos por la luz. Se levantó a cerrar la cortina y, al volverse a la cama, vio a Mario tumbado bocabajo entre las sábanas revueltas. Habían hecho el amor varias veces a lo largo de la noche: en la piscina, en el suelo junto a la piscina, bajo los soportales del jardín de atrás y en la cama, poco antes del amanecer. Cada una de las veces con más intensidad y necesidad el uno del otro. Diana se sentía exhausta, apenas habían dormido un par de horas, pero volvió a la cama y abrazó a Mario, pues sabía que volvería a hacerlo reaccionar. El joven no tardó en girarse y en acoplarse al cuerpo de Diana. Apenas había abierto los ojos, pero ya comenzaba a moverse al ritmo de la respiración de su compañera que se detuvo bruscamente al oír golpes en la puerta.

Nacho no esperó a que nadie respondiera y entró en la habitación

al mismo tiempo que Diana tiraba de las sábanas para cubrir su desnudez.

—¿Pero qué coño haces? ¿Es que no sabes que cuando se llama a la puerta hay que esperar a que contesten? —espetó Diana a su hermano.

—Acaba de llamar Fernando. Dice que llevas dos días sin llamarlo, que está preocupado y que viene para aquí.

—¿Qué? —Diana tiró de la sábana nuevamente para cubrirse mientras saltaba de la cama—. Eso no puede pasar...

—Ya, ya lo veo. —Nacho miró maliciosamente la cama en la que Mario se había incorporado para comenzar a vestirse.

Diana salió corriendo al pasillo envuelta únicamente con la sábana y de allí bajó al salón. Los pocos huéspedes de La Paloma, que se alojaban aquellos días, la vieron pasar como una visión: los rizos desordenados, la sábana como un vestido que revoloteaba tras ella y los pies descalzos. Cogió el teléfono y marcó el número de Fernando. Trató de calmarse mientras sonaban los tonos de línea y cuando el chico descolgó el aparato, habló con calma y trató de sacar las mentiras que pensó que nunca tendría que decir. Le dijo que no había nada que él pudiera hacer, que aquel tema era cosa de familia y, sin pensar que aquello pudiera hacer daño a Fernando, le dijo que él únicamente molestaría. Su prometido aceptó después de hacerle prometer que lo llamaría cada día y, al final, se despidieron cariñosamente con besos. Cuando Diana colgó el teléfono, Mario y Nacho estaban a su lado. Un poco más atrás, estaban sus tíos y, al fondo de la cocina, los camareros y cocineros. Todos ellos la miraban asombrados.

—Sube y vístete.

No era una petición. Había desprecio en la mirada de su hermano. Diana besó tímidamente a Mario y salió de la cocina con

Nacho pegado a sus talones. Cuando llegaron a la habitación, la cogió del brazo con fuerza.

—Diana, voy a apoyarte en lo que decidas. —Su tono era tajante pero no gritaba—. Pero que sea la última vez que montas una escenita de este tipo en medio de los clientes. Los tíos nos están ayudando y tú te paseas medio desnuda por el comedor delante de todo el mundo. Pon los pies en la tierra de una vez o te bajaré yo a tirones, ¿me oyes? ¡Ya estoy harto de toda esta locura!

—Vale, tienes razón. —Nacho la soltó y ella entró cabizbaja en la habitación.

El momento del baño de Paula era el más esperado del día para Lucía. Desde hacía quince años preparaba la bañera de agua caliente para su niña. Después de un duro día de tareas domésticas, de quedarse en silencio mientras la joven le contaba sus correrías del día, era todo un regalo. Aquella noche estaba más callada de lo normal. Mientras su tata le enjabonaba el pelo ella miraba hacia la ventana. Había una noche llena de estrellas y llevaba un par de días más alterada de lo normal; había un brillo distinto en sus ojos.

—Cuéntame, mi niña. ¿Qué te tiene tan callada?

—No lo sé, tata. Es algo que me oprime el pecho y me da un brinco en el estómago cada vez que pienso en él.

—¿El pintor? ¿Has estado toda la mañana con él? —Un gesto de preocupación apareció en el rostro de Lucía—. Mi niña, si tu padre se entera, vamos a meternos en un lío.

—Pero no se va a enterar, tata. Tendré cuidado... La próxima vez que vaya a verlo...

—¿Próxima? Paulita, hija, no puedes ir otra vez a verlo... —Un halo de tristeza recorrió el rostro de Paula y el brillo de sus ojos desapareció de golpe. Lucía se paró un segundo y observó a la niña que había criado. Ya era una mujer y la vida no tardaría en darle un

revés. No iba a ser ella la que se lo diera en aquel momento. Su niña necesitaba días felices para recordarlos en los momentos más amargos de la vida—. No le hagas caso a esta vieja. Y dime, ¿qué es eso que sientes?

—No lo sé —admitió—. Creo que tengo todos los sentimientos del mundo concentrados justo en este punto. —Paula se tocó el centro del pecho.

—Ay, mi niña... Te estás enamorando.

Amor. Esa era una palabra demasiado grande para ella. Amor. Solo conocía el amor por las películas que, de tanto en tanto, proyectaban en el teatro municipal. Nunca se había fijado de esa manera en ningún chico y, en aquel entonces, se había enamorado de Alejandro. Él, un hombre maduro, con conocimientos sobre arte que ella ni siquiera sabía que eran posibles, con una cualidad para la pintura que hacía que creara obras maestras y ella que jamás había salido de aquel pueblo y apenas había tenido libertad fuera de las paredes de La Paloma, que lo único que sabía hacer era bordar y no con demasiada soltura... Aquello no podía ser real, no podía llegar a ser nada más que una sensación estúpida, de una niña tonta que piensa que alguien tan impresionante como Alejandro pudiera fijarse en ella. Pero, a pesar de todos esos pensamientos que la invadían, que la confundían y que le hacían que el estómago se le revoliera, ella deseaba que volviera a salir el sol para correr hacia la casa de la sierra de sus amplios ventanales y vistas.

Al día siguiente, más temprano que ningún día, Paula se había levantado para bajar a la cocina. Lucía ya hacía rato que la esperaba con el desayuno, pues sabía que las sábanas no podrían retener mucho a la muchacha. Junto a su vaso de leche con azúcar, estaba el jarrillo de café de Lucía.

—No sé cómo puedes beber eso, tata. Es horrible —mencionó

Paula al mismo tiempo que puso cara de asco.

—¿Y tú desde cuando tomas café? —Paloma acababa de entrar en la cocina y había pillado a su hija en medio de la frase.

—El otro día, en casa de Marta. Le dimos un sorbo cuando su abuela no miraba. —Paula trató de lucir su cara más angelical mientras soportaba la mirada inquisitiva de su madre.

—Las niñas de tu edad no deben tomar café. Te pondría más nerviosa de lo que ya eres, no habría persona humana que te aguantara, ¿verdad, Lucía?

—Yo siempre te aguantaría mi niña —dijo Lucía con una sonrisa truncada al ver la cara de reproche de doña Paloma.

—Haced lo que queráis las dos. Tu padre y yo vamos a la finca de los Jarales. Tiene negocios que atender, volveremos tarde. —Paloma se volvió, manteniendo su expresión agria en la cara, hacia la criada que desmenuzaba pan en un rincón de la cocina—. ¡Tú! Ocúpate de todo. No quiero llegar esta noche y que haya algo fuera de su sitio. La cocinera tiene instrucciones para la cena. Estate atenta, que esa se duerme en los laureles y siempre tenemos que esperar.

Paloma salió de la cocina con aires altivos, sin siquiera acercarse a su hija. Desde su nacimiento, el único cariño que había conocido Paula había sido el de Lucía, tan intenso que en ningún momento había notado la ausencia del amor de su madre. Aunque sí era cierto que, desde niña, había buscado la aprobación de su madre en todo lo que hacía a la espera de que, en algún momento de su vida, se sintiera orgullosa de ella.

—Lucía... —Paula alzó la voz para que cualquiera que anduviera cerca pudiera oírla—... Me voy a pasar el día con Marta a su casa. —Guiñó un ojo a la mujer—. Volveré a la hora de la cena.

—Niña, no creo que debas... —Paula la rodeó risueña con los brazos; la abrazó con énfasis—. Ten cuidado, mi amor.

Se encaminó hacia el pueblo en su bicicleta, pero en la primera curva tomó el camino de la sierra. Dejó la bicicleta unos cuantos metros más alejada del camino para que nadie la viera y retrocedió hasta el camino que conducía a casa de Alejandro. Había estado pensando toda la noche en aquella forma de esconder la bicicleta sin tener que cargarla auestas. El camino que se adentraba en la sierra era muy estrecho y resultaba imposible recorrerlo en bicicleta, pero nadie creería que había ido al pueblo a pie, así que ocultar su medio de transporte entre los matorrales bajos le pareció una jugada maestra.

Esta vez, cuando llegó a la verja, no tuvo que saltar por la higuera. Cogió la llave del lugar que le había indicado Alejandro el día anterior y la hizo girar en la cerradura. Su destino estaba fijado desde el momento que se conocieron en la galería. En ese entonces, únicamente estaba llevándolo a cabo y esa certeza la animaba en cada uno de sus pasos. Subió corriendo la distancia que la separaba de la casa y llamó a la puerta con decisión. La expresión del rostro de Alejandro distaba mucho de la que esperaba una sonriente Paula, que sintió un escalofrío al pensar que había soñado todo lo sucedido el día anterior.

—¿Qué haces aquí? —La seriedad de su gesto era mucho más liviana que la gravedad con que hablaba, arrastrando las palabras. Paula, incluso, podía intuir cierto rencor en su voz.

—Me invitaste tú, ¿lo recuerdas? —Lo miraba totalmente confundida.

—Eso fue antes de saber quién eras —espetó Alejandro—. Es que piensas que soy idiota. Te presentas aquí con tu cara de ángel y tu risa fácil, alegras por un segundo mi vida, me haces pensar que hay esperanza para mí y ahora...

—¿Ahora qué? No entiendo nada. ¿Qué pasa? —Dio un paso al

frente, pero él retrocedió la misma distancia que ella había avanzado.

—Eres la hija de los dueños de La Paloma. Sabes que, aunque fueras libre, yo no tengo nada que iguale tu dote. Pero eso es lo de menos porque tú ya estás prometida. ¿Por qué has jugado conmigo?

—Yo no he jugado contigo, no sé quién te ha dicho eso. Yo no le pertenezco a nadie. —Las palabras salían de la boca de Paula sin pensarlas. Era todo o nada, y no estaba dispuesta a quedarse con las manos vacías—. Puede que haya *hombres* que aún no se hayan dado cuenta de eso, pero te prometo que nunca dejaré que me vendan como mis padres han hecho. No soy una posesión, no les pertenezco. —Una lágrima de ira rodó por su mejilla—. No voy a dejar que nadie me robe lo que siento cuando estoy contigo... porque contigo no tengo que seguir normas ni callar mi opinión como si fuera tonta. Tú no me tratas como una niña.

—No lo eres. —Alejandro suavizó el gesto por primera vez desde que ella había llegado—. ¿Quieres tomar algo?

—Café, gracias.

Alejandro no dijo nada. No cuestionó su petición. Simplemente fue a la cocina y volvió con el mismo jarrillo del día anterior y lo dejó junto a Paula, en una mesa. Mantenía las distancias con ella y la observaba mientras no lo miraba. Paula cogió la taza sin volverse y, al tiempo que contemplaba el paisaje, le dio un sorbo. El sabor era igual de desagradable que el día anterior, pero tragó el líquido sin ninguna mueca y, para su sorpresa, descubrió que el gusto que le había dejado el café en la boca era mucho más agradable que el primer trago, por lo que le apeteció tomar otro sorbo. Y así, sorbo tras sorbo, fue disfrutando de su sabor mientras miraba por la ventana sin decir nada. Alejandro permanecía detrás de ella, mirándola. El café no sería el único sabor nuevo que descubriría dentro de aquella casa. Antes de volverse, comenzó a hablar, le contó el día en que su padre

le había presentado a su futuro marido, le contó el miedo que había pasado y el asco que había sentido, no solo por aquel hombre sino por el trato que le había dado su padre al no hacerla sentir más importante que una mercancía con la que se podía comerciar y al compararla con una yegua capaz de parir. Le explicó cuánto había llorado y cómo lo más doloroso de todo había sido la indiferencia de su madre. Cuando terminó su relato, esperó a que él dijera algo, pero estaba tan nerviosa que no pudo aguantar más de un minuto en silencio.

—¿En qué piensas, Alejandro? —Se giró hacia él, dando por terminado su relato.

—En que no somos tan diferentes como creía hasta hace un rato. —Alejandro dio un paso hacia ella—. Pienso que vas a ser el mayor error de mi vida, pero no he podido dejar de pensar en ti desde el primer momento en que te vi. Paula, si sigues viniendo, no voy a ser capaz de evitar lo inevitable.

—¿Quieres evitarlo? —Dio un paso hacia el joven.

—No.

Alejandro, que había estado mirando el suelo durante toda la conversación, levantó la vista hacia ella y la vio enmarcada en el bello paisaje de la sierra. La luz recortaba su figura, la falda del vestido se le transparentaba, lo que dejaba ver la silueta de sus piernas. Alejandro se acercó a paso lento hacia Paula, que se quedó muy quieta sin saber bien qué hacer. Le acarició la cara, muy despacio, para sentir la suavidad de su piel. Dejó que su olor le llegara hasta su nariz y el sabor a café se mezcló con el sabor a ella.

—¿Por qué hueles a jazmín? —Alejandro y Paula permanecían abrazados al tiempo que miraban por la ventana. Él jugueteaba, distraído, con uno de los mechones rubios del cabello de ella.

—Lucía hace unas fragancias con las flores del jardín y luego las

pone en el agua cuando me baña. —Alejandro la miró risueño.

— ¿Ella te baña?

— Sí, desde que era pequeña. ¿Te parece raro?

— No, es solo que también me encantaría bañarte.

Paula se ruborizó y se apartó un poco de Alejandro. Él notó su confusión y volvió a atraerla hacia él mientras le acariciaba el pelo rubio.

— ¿Alguna vez habías estado a solas con un hombre?

— No, había jugado con algunos chicos en la plaza cuando era más pequeña, pero desde hace un par de años que no tengo permiso para estar a solas con ninguno. Así que solo estamos Marta y yo. A veces vemos a otros chicos, pero ya no nos miran como antes. Ahora parece que ya se ha acabado el tiempo de los juegos.

— Por lo tanto, tampoco te habían besado nunca.

— Antes, cuando era más niña, algunos de los trabajadores de la finca más antiguos me traían flores o algún juguete viejo. Desde hace un tiempo que ninguno me dirige la palabra. En la escuela, las chicas vamos a una clase y los chicos a otra, hacemos los descansos por separado y aún no tengo edad, y puede que ni oportunidad, dado mi compromiso, de ir a los bailes del pueblo, ya que la mayoría de las jóvenes van para conocer marido... Por lo tanto, no, nunca me han besado.

Alejandro asintió ante la explicación totalmente razonable de la chica y un leve temor pasó por su mente. Temió que se viera reflejado en su rostro, por lo que tomó la barbilla de Paula entre las manos y comenzó a besarla lentamente para sentir y disfrutar de cada leve roce de sus labios.

Los días iban pasando entre mentiras y desasosiego por parte de Lucía que veía marchar a Paula, cada mañana, con una excusa diferente hacia la sierra. La gran actitud de Paula en el servicio social

aquel año, a pesar de haber cumplido con sus tareas sin ninguna idea política propia, lograba mantener a don Paco y a su familia con la posesión de las tierras, sobre todo en esos momentos en los que los rumores en España decían que Franco no tardaría en nombrar un sucesor. Con una incertidumbre tan grande sobre el futuro próximo del país, parecer una familia modélica era lo más importante. Por ese motivo y por el esfuerzo que había realizado Paula, su padre le permitió disfrutar del verano al excluirla de las tareas que tenía encomendadas. Su madre puso el grito en el cielo, pero don Paco estaba tan contento que le permitió entrar y salir con Marta siempre que quisiera con la condición de que por las noches bordara su ajuar y que, a principios de septiembre, comenzara a prepararse para ser una buena esposa y madre... algo que Paula no estaba dispuesta a hacer por la vía dócil al poner malas caras cada vez que salía el tema. Pero como todo, su padre era un buen estratega que no dejaría que ningún detalle fallara. Había salvado a su finca de una guerra civil y también estaba decidido a mejorar el negocio, aunque la felicidad de su única hija dependiera de ello.

Ajena a su destino, los días de Paula ese verano fueron agradables, quizás los más agradables de su vida. Salía por la mañana y volvía antes de la cena. Alternaba los días entre pasar unas horas con Marta en el pueblo, por lo que era vista por las vecinas, y la sierra, donde se perdía entre los besos de Alejandro. Hasta que Lucía no la veía aparecer por el camino radiante con su bicicleta, no respiraba tranquila. Temía que, en cualquier momento, Paloma viera a Marta corretear por el pueblo sola y se preguntara dónde estaba su hija. No tenía ni idea de que diría si eso llegaba a ocurrir, pero rezaba con fervor cada día y rogaba a Dios que evitara la situación. Mientras tanto, Paula vivía feliz y risueña. Saltaba por la casa y tarareaba mientras bordaba a la luz del fuego después de la cena. Paloma la

veía y sonreía satisfecha al pensar que Paula había cedido a la voluntad de su padre de casarla. Sabía que su hija tenía un carácter complicado, pero parecía que por una vez comprendía que el sacrificio que le pedían era lo mejor para todos incluso para ella. Nada podía hacerle pensar que mientras Paula bordaba su nombre en el ajuar únicamente pensaba en Alejandro y en cómo cada día estaba más enamorada de él.

Los días con Alejandro pasaban felices y tranquilos. Él pintaba por las mañanas mientras ella se sentaba en la ventana a ojear los grandes libros de pintura que el muchacho amontonaba en la casa. Alejandro le aseguraba que su sola presencia en la habitación era suficiente para que su trazo fuera más fino y decidido. Paula se interesaba por las técnicas que usaba, le gustaba admirar su trabajo y ver cómo cogía forma desde el blanco neutro del lienzo a los colores vivos que nacían de la paleta. Alejandro mezclaba con mimo las tonalidades. Había una estantería llena de botes con polvos de colores. Él le explicó que los polvos se llamaban «pigmentos» y que había que mezclarlos con un aceite especial para conseguir las pinturas. La mezcla de esos pigmentos podía dar cualquier color si se hacía con paciencia y maestría. Una mala mezcla podía crear colores muy feos que podían restar credibilidad al cuadro. También le explicó que los grandes pintores se reconocían no solo por sus trazos sino también por la gama de colores que usaban para sus cuadros. Cada vez que Alejandro se sentaba y comenzaba a fabricar un color, Paula lo observaba detenidamente. Pesaba la cantidad de pigmento en una báscula de precisión con pesas de plomo y luego lo mezclaba con decisión en el aceite. Parecía sencillo al ver cómo él lo hacía. Otras veces, Alejandro la dejaba remover la mezcla con un palito de madera mientras él la miraba y le contaba curiosidades sobre pintores a los que admiraba y de los que Paula nunca había oído

hablar. Uno de sus favoritos era Zurbarán. En el seminario donde había crecido había un cuadro suyo, y el cura que le enseñó todo lo que sabía tenía un libro con fotos muy definidas de su obra. Así, al pintar y mirar fue como mejoró la sensibilidad nata con la que había nacido. La verosimilitud del trazo de Zurbarán le fascinaba y la capacidad de captar la esencia de los retratados era algo a lo que él aspiraba, aunque su obra le parecía muy oscura y no se sentía tan identificado con esa parte. Según Alejandro, fue en una salida con sus compañeros del seminario en la iglesia de Nuestra Señora de las Cuevas cuando vio el cuadro de San Hugo en el refectorio de los Cartujos cuando sintió que la luz había llenado su vida. Comenzó a obsesionarse con ella y a borrar las sombras de sus pinturas.

Durante días Paula observó cómo Alejandro disfrutaba de la pintura y así, entre libros y conversaciones, guardó en su memoria detalles sobre la vida, las técnicas y la obra de los más grandes pintores que hubo en Europa. En ocasiones salían a la sierra y él hacía bocetos de paisajes que luego pintaba en firme. Ambos disfrutaban de las excursiones, se sentían libres y protegidos por la sierra. Su amor estaba oculto entre los árboles y, al mismo tiempo, podían vivirlo con toda la intensidad de la que fueron capaces.

Con el paso de los calurosos días, Paula fue descubriendo la colección de desnudos de Alejandro. Los primeros cuadros denotaban cierta inseguridad en el trazo y en las proporciones, aunque el trasfondo siempre estuvo presente: hacer que las chicas se sintieran bien con ellas mismas, bellas por dentro y por fuera, pero sobre todo seguras de sí mismas, valientes y orgullosas. Cada vez que le enseñaba un cuadro, Alejandro le explicaba la historia de la chica y así Paula podía ver un atisbo de luz entre las tinieblas de aquellas historias. Se sentía fascinada por la colección, por las chicas, por la sensualidad que derrochaban, por su belleza impenetrable a

cualquier dolor, no había ni miedo ni sufrimiento, no había ni pasado ni futuro en aquellas mujeres. Únicamente el presente plasmado con óleos en una tela y fue aquella sensación la que hizo que Paula le pidiera a Alejandro que la usara de modelo de una de sus pinturas. Quería ser una de sus chicas. La propuesta pilló a Alejandro totalmente desprevenido y, aunque se sentía entusiasmado por el hecho de haber despertado esas sensaciones en Paula, se negó en rotundo. Pese a todo, no se veía capaz de mirar tan dentro del alma de Paula, por lo que a pesar del disgusto de la chica, se excusó al alegar falta de tiempo. El muchacho había estado trabajando en un cuadro para la consulta del médico, una escena de caza de ciervos y perros. El señor doctor era un entusiasta de la caza y uno de los mejores tiradores del pueblo. El encargo era de un tamaño desproporcionado, cargado de detalles y colores, lo que obligaba a Alejandro pasar mucho tiempo mezclando pigmentos y equilibrando los colores para conseguir el juego de luces y sombras que se producían en la sierra. Era un trabajo que había que realizar con mucho mimo y dedicación, dadas las dimensiones del cuadro. Alejandro pensó que para cuando el cuadro estuviera terminado ella habría olvidado la idea, por lo que volvió a pillarlo por sorpresa cuando Paula rescató su propuesta el mismo día que el cuadro de caza estuvo finalmente colgado en la consulta del médico.

—¿Por qué quieres que lo haga? Tú eres preciosa, la más bonita de todo el pueblo, no necesitas que lo demuestre con una de mis pinturas.

—No seas mentiroso, tú no pintas su belleza exterior miras dentro de su alma y la mía es tan oscura como la de ellas, quizás más. Soy víctima de mi destino, de la voluntad de mi padre. Por mi condición de señorita, tengo que mantener una apariencia que odio. Esas chicas se sienten usadas por su oficio, ¿acaso soy menos puta yo

que ellas? ¿Acaso no me ha vendido mi padre por dinero? ¿Qué diferencia hay entre ellas y yo? —La voz se le atragantó. Alejandro la abrazó con fuerza sin saber qué decir, pues, en lo más profundo, sabía que Paula tenía razón—. Dame esperanza, Alejandro. Si esto no sale bien, si acabo casada con ese hombre desagradable, necesitare algo a lo que aferrarme —suplicó Paula entre lágrimas mientras él asentía despacio, apretando su abrazo entorno a la chica.

Habían pasado semanas en las que Alejandro se había mantenido firme cada vez que los besos y las caricias se volvían más íntimos. Sentía pánico al pensar en ceder a sus deseos. Sabía qué consecuencias podía acarrear para Paula su debilidad y, por el contrario, la deseaba con locura. Nunca pensó que su corazón fuera capaz de amar con tanta intensidad. Él que nunca se había sentido amado por nadie, sentía una pasión tan desenfrenada por Paula que hubiera dado media vida por pasar la otra mitad a su lado. Todo lo que tenía claro en se tambaleaba cada vez que ella entraba por la puerta. Hubiera dejado de ser pintor y se hubiera fugado con ella. No le importaba nada en lo que ella no estuviera relacionada, incluso pintar sin que ella estuviera en la habitación se había vuelto tedioso y sin sentido para él. Cada día cobraba más fuerza la idea de huir del pueblo. Alejandro estaba dispuesto a trabajar de cualquier cosa para mantenerla. El hecho de haber conocido su compromiso con aquel hombre únicamente intensificaba su instinto de protección. Hubiera matado a aquel hombre antes de dejar que volviera a poner sus manos sobre Paula. Por eso, el día que accedió a pintar a la chica y comenzó a preparar el lienzo y las pinturas supo que firmaba su destino y que, desde ese día, la vida como él la había pensado nunca volvería a ser igual.

Capítulo 13

*Escoge a una persona que te mire como si,
quizás, fueras magia.*

Frida Kahlo

La relación entre Diana y Mario era un hecho y, aunque la boda estaba cancelada por la desaparición de Paula, todo parecía estar en una especie de equilibrio. No había hablado con Fernando de qué pasaría cuando Paula volviera. Se limitaba a llamarlo cada dos días para contarle cómo iban las cosas y para asegurarle que no era necesario que dejara el despacho y sus obligaciones, que ellos resolverían el problema. Fernando nunca le preguntó por la boda, no debió verlo apropiado dada la situación. En cuanto a los dos hermanos comenzaban a tener problemas para seguir la investigación. María no había llamado con noticias sobre Alejandro aún, y ellos ya no sabían a quién más preguntar sobre su madre y el romance que tuvo con el pintor. La vida en La Paloma había vuelto a la normalidad, la gente del pueblo parecía convencida de que las investigaciones de los hijos de Paula no iban a levantar viejas rencillas ya olvidadas y volvieron a suministrar mercancías a la finca. Adela y Pedro no estaban de acuerdo con lo que su sobrina hacía, pero no tenían poder moral para decir nada. Solo trataban de averiguar, mediante sus conocidos, alguna pista sobre el paradero de Paula para que esta volviera y solucionara el lío que se había organizado en apenas una semana. Lo único que deseaban a esas alturas era que sus familiares volvieran a Barcelona y que su vida

continuara con la rutina aburrida de las tareas de la finca. A pesar de todo, trataban de ayudar a sus sobrinos. Al fin y al cabo, hasta que no volviera Paula, los chicos no tenían a nadie más.

—Venga, Diana, come algo. Morir de hambre no va a hacer que tu madre vuelva antes. Además, el cocinero te ha hecho tu postre preferido.

—Dale las gracias, Adela, pero de verdad que no tengo hambre.

—La joven hizo un leve esfuerzo y probó un bocado del flan casero que tenía delante y después apartó el plato.

—¿No hay nada nuevo en la investigación? Tengo la sensación de que vuestra madre no está lejos.

—Pues yo creo que se la ha tragado la tierra —ironizó Diana—. Cada día me arrepiento más de lo que pasó aquella noche. Si hubiera tenido más paciencia y hubiera hablado con calma, nada de esto hubiera pasado.

—Sobrina, sinceramente creo que cuando tu madre aceptó a volver aquí, ya sabía muy dentro de ella que esto pasaría. Tú fuiste el detonante, pero tu madre lleva enquistado lo que pasó aquel verano demasiado tiempo. Mi padre nunca debió pensar que ella aceptaría aquel trato, ni siquiera debió haber planteado aquella situación. Es cierto que no me opuse a aquel compromiso, pues estaba demasiado cegado por el poder que mi padre ejercía sobre todo, pero creo que si hubiera estado aquí aquella noche, es posible que hubiera hecho algo. No hubiera dejado que Paula se fuera; solo era una niña.

—¿Quién estaba aquí tío? —preguntó Nacho—. Además de los abuelos, Lucía y mamá debía de haber más trabajadores. Alguien que esté vivo y recuerde que pasó.

—Pues no sé, hace mucho de eso. Debería mirar en los archivos de mi padre para saber quién estaba en esa época por aquí. Pero no sé si quedaría alguien en el pueblo de aquellos trabajadores, la

mayoría eran temporeros.

—Bueno —intervino Adela—, hay alguien que seguro estaba aquí aquél día y que seguro que sigue en el pueblo. Y no te va a costar mucho dar con él. Solo tienes que preguntarle a tu *amigo* Mario —Adela pronunció «amigo» con un ligero énfasis—. Su padre trabajó con vuestro abuelo durante toda la vida incluso durante la guerra.

Diana dio las gracias a su tía y evitó hacer ningún comentario sobre su relación con Mario. Sabía que todos tenían razón al pensar lo que fuera que pensarán de ella, pero era incapaz de parar el tiovivo en el que se había convertido su vida y la inercia aún le hacía dar vueltas. Salió impulsada por esa fuerza en busca de Mario. Le había pedido a Nacho que la dejara ir sola en esa ocasión, pues había muchas tiranteces entre los dos chicos y quería evitar a toda costa otra discusión. Por la hora que era, ya debía de estar en las habitaciones de los trabajadores. Cada noche, pasadas las once, Mario subía hasta el cuarto de Diana y siempre se marchaba temprano. No quería ponerla en una posición demasiado comprometida ni involucrarse demasiado en la historia de su madre. Ya se estaba empezando a cansar del lío que se había montado con la desaparición de Paula. Así que cuando Diana apareció en su habitación después de la cena, se sorprendió.

—Hola, rubia. ¿Qué haces aquí? —Se acercó a ella para darle un beso.

—Tengo que hablar con tu padre, ¿puedes llevarme a tu casa?

—La petición pilló totalmente desprevenido a Mario

—¿Ahora? Diana, son las nueve de la noche, ¿para qué quieres ver a mi padre?

—Es importante, Mario. Si no, no te lo pediría. Tengo que preguntarle qué pasó con mi madre la noche que mi abuelo la echó de aquí. Mis tíos dicen que él estaba en La Paloma esos días.

—Esos y todos. Mi padre prácticamente vivía aquí, ya lo sabes. Pero no sé... No son horas de ir ahora a su casa. Además, no quiero que mis padres se vean involucrados en este lío.

—Por favor, Mario —suplicó, y el joven no tuvo más remedio que aceptar.

Diana y Mario cogieron el coche y llegaron al pueblo en poco más de diez minutos. Mario iba callado, no estaba demasiado conforme con aquella visita a sus padres. Diana, que nunca había estado en casa de Mario, se bajó del coche frente a una casita sencilla de una planta. Entró en un pequeño recibidor, un salón muy humilde y decorado con muebles viejos, pero bien conservados. Había juguetes del hermano pequeño de Mario por el suelo. Felisa, la madre de Mario, como buena anfitriona se desvivía por recoger mientras les ofrecía algo de beber y les pedía que se sentaran. Era una mujer envejecida para su edad. Diana calculó que debía de tener la edad de Paula, pero hubiera podido pasar por la madre de esta. Vestida con colores oscuros y el pelo recogido en un moño bajo, los surcos alrededor de los ojos y la boca marcaban en ella una edad ficticia mucho mayor a la real. Luis, por el contrario, tenía el aspecto de un hombre enérgico, un poco cascado por los años, pero aún con el porte que Diana recordaba cuando él y su abuelo dirigían La Paloma a lomos de sus caballos. Felisa les sirvió una Coca-Cola mientras miraba a Diana y a Mario de reojo. Se sentó frente a ellos junto a su marido y ambos esperaron a que Diana hablara. La chica les contó brevemente lo que había pasado con su madre. Ambos asintieron, por lo que dieron a entender que estaban enterados de lo que había sucedido en La Paloma.

—Ahora, lo que me gustaría saber es qué pasó la noche que mi abuelo echó a mi madre de La Paloma —preguntó—. Mis tíos no estaban allí, pues habían salido aquella misma mañana de viaje, pero

sé que ustedes sí estaban. ¿Qué fue lo que pasó? Recuerdo el carácter rudo de mi abuelo, pero que ella se negara a confesar ¿fue tan grave como para echarla?

—El problema no fue la negativa de Paula a cumplir con lo que había ordenado el alcalde... Fue la confesión que le hizo tu madre a tu abuelo aquella noche —fue Felisa la que tomó la palabra—. Tu madre le aseguró que ya había estado con un hombre, que había perdido su virtud.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto? —preguntó Diana, tratando de atar cabos.

—Ay, niña... Lo que le hizo tu madre a tu abuelo fue la peor afrenta que pudo haber hecho una hija a un padre en aquella época y en este pueblo —era Luis el que hablaba en esta ocasión—. Paula fue criada para ser casada. Desde el momento en que tu abuelo la vio en la cuna con su pelo rubio y sus ojos verdes, supo que haría un buen negocio con ella. Tu madre se echó a perder. Era, como se decía entonces, *mercancía defectuosa*. Ya no servía.

Diana no pudo evitar la cara de rabia ante lo que escuchaba, cómo era posible que tan solo treinta años atrás las personas aún tuvieran esa mentalidad tan retrógrada. Felisa vio su expresión y decidió que era momento de que la joven supiera lo sucedido.

—La historia de tu madre y el pintor llegó a oídos de tu abuelo un par de días antes de que él se marchara a París. Creo que Paco nunca supo realmente hasta dónde se remontaba en el tiempo la relación que mantenían y realmente hubiera pasado desapercibida para la familia si no hubieran bajado la guardia el día de la última exposición del joven.

»Todo el pueblo se había volcado con él. La viuda del juez tenía muy buenas amistades y organizó una reunión de despedida bastante sonada para que el nombre de Alejandro Casado se

recordara cuando él volviera convertido en un gran pintor. La celebración fue en casa de la viuda. Había música en el jardín, un hombre que tocaba el piano y un par de chicos con instrumentos de cuerda, todos bien vestidos con chaqué y pajarita. Por lo visto, esa era la forma en que se celebraban ese tipo de reuniones en las grandes ciudades. También había luces de colores y camareros que servían champán. Todo un despilfarro económico para resaltar al joven. Yo lo había visto un par de veces por el pueblo. Por su carácter ermitaño era difícil que se dejara ver en la iglesia o en las verbenas y siempre me había parecido un joven desvalido y callado. Pero aquella noche, bien trajeado y repeinado, parecía todo un señor. Sus pinturas estaban expuestas en las paredes del salón y de las habitaciones del primer piso. La viuda, muy comedida, dejó a la mujer del alcalde hacer los honores de anfitriona, ya que ella por su viudez no podía hacer gala de ese tipo de fiestas. Las mejores familias del pueblo y los alrededores estaban invitados, pues se esperaba que compraran alguna obra con la que ayudar al joven, y la verdad es que las personas del pueblo vieron la reunión como algo pintoresco y curioso, así que la gran mayoría colaboró aquella noche. También acudió mucha gente entendida de la ciudad. Amigos de María, que alabaron el trabajo de Alejandro y le auguraron un gran triunfo en el país vecino. Tus abuelos, Paula, Pedro y Adela acudieron, y también fuimos nosotros. No teníamos dinero, pero Paco odiaba estar rodeado de gente que no fueran jornaleros. Y en una casa se sentía atrapado como en una jaula, por lo que decidió que si lo acompañábamos, le sería más fácil pasar el trago.

»Paula iba radiante aquella noche... Parece que la veo ahora mismo como si no hubieran pasado los años. Lucía había cosido un vestido de raso granate con el escote redondo cerrado en el cuello y un poco más amplio en la espalda, pero sin llegar a poder ser mal

visto. Era entallado hasta la cadera y luego tenía una falda amplia hasta la rodilla, llevaba unos zapatos de tacón, no muy altos pero que la estilizaban mucho, aunque eso no era difícil, pues tu madre era una muñequita. Lucía le había recogido el pelo en un moño alto y la había maquillado ligeramente. Llevaba una peineta de tu abuela. Iba sencilla, a pesar de todo, pero relucía con luz propia. Cuando la vimos, me di cuenta de que ya no era una niña, había algo en ella que indicaba que ya había dado el salto para ser una mujer.

»La fiesta trascurrió tranquila al principio. Paula y el pintor se saludaron como si no se conocieran, cuando él fue presentado a la familia. Nadie hubiera dicho lo que pasó después. Tu abuelo encontró a un terrateniente del norte con el que entabló una conversación aburrida sobre tierras y fertilizantes. Entre eso y el alcohol, parecía que la noche no terminaría nunca. Paula se excusó con su madre y fue a conversar con la viuda. No sabíamos que se conocían, pero todos pensábamos que los modales de la chica eran tan refinados que había ido para agradecer la invitación en nombre de toda la familia. Nunca tuve claro en qué momento desaparecieron ella y el pintor de la habitación, pero cuando tu abuelo, ya un poco bebido, decidió que era mejor marcharse a casa, Paula no estaba por ningún sitio. Adela salió a buscarla al jardín y Paloma subió al piso de arriba. La encontró en el pasillo descalza mientras se colocaba recta la costura de las medias. Cuando vio a su madre, se sobresaltó, a pesar de que fue capaz de dar una excusa simple y en principio bastante convincente: que le dolían los pies por los zapatos y le había parecido mal quitárselos en el piso de abajo con los invitados. Había subido para andar descalza por el pasillo, así de sencillo, pero Paloma no era tonta. Su hija tenía las mejillas sonrojadas y el moño medio desecho. Bajaron las escaleras y todos salimos. Fue en el último vistazo que dio Paloma dentro de la casa cuando vio a

Alejandro en la parte alta de las escaleras. En ese momento creo que no pensó nada, no quiso pensar nada. No había tenido consciencia de que se hubieran conocido y no creía que Paula hubiera sido capaz de llegar hasta el pintor de ninguna manera. Un hombre tan extraño y, en apariencia, culto no se hubiera fijado en Paula, a la que aún consideraba una niña. En cualquier caso, el chico se iría en unos días y, fuera lo que fuera, lo que hubiera pasado entre ellos se iría con él, aunque tenía una sensación muy profunda que la hizo ponerse en alerta.

»A la mañana siguiente, cuando Paula quiso salir, Paloma se lo prohibió. Lucía y Paula se quedaron paradas en medio de la cocina cuando tu abuela les dijo que el verano había acabado y, por lo tanto, ya no tenía permiso para disfrutar de sus correrías por el pueblo. Desde ese día, la puso a lavar y a planchar como si fuera una trabajadora más. En realidad, la trató peor que a cualquiera de sus empleadas, pues la hizo limpiar todas las escaleras y los suelos con un trapo y un cubo. El primer día se pasó más de quince horas de rodillas y no sirvieron de nada sus protestas cada vez que su madre se le acercaba para verificar que realizara el trabajo correctamente. Acabó tan destrozada que se durmió sobre el plato de la cena. Durante los siguientes tres días, apenas parecía un espectro. Estaba blanca y las ojeras parecían las de una enferma. Era cierto que no estaba acostumbrada a esos quehaceres, pero tampoco era lógico su aspecto. Todos pensamos que estaba enferma de verdad. Unos cuantos días después, comenzó a recuperar el color, aunque una sombra de tristeza se le había instalado en el fondo de los ojos. Lucía y ella eran como una misma persona, daba igual donde estuviera una que cerca estaba la otra. Creo que un par de ocasiones la vi llorar a escondidas en el jardín de atrás mientras miraba a la sierra, en silencio, con melancolía, pero no lo entendí hasta varios días

después.

»Habían pasado un par de semanas desde la fiesta, cuando estalló la tragedia. Los trabajadores casados del pueblo pidieron permiso a tu abuelo para ir hasta el ayuntamiento a comprobar si sus mujeres habían sido retratadas desnudas por el pintor. Cuando la noticia llegó a oídos de Paloma, se encerró con Paco en la habitación de costura del primer piso y después tu abuelo salió como una exhalación. Llamó a Pedro y se fueron al pueblo con el resto de los maridos. Es posible que vosotros no seáis conscientes de lo que aquel escándalo suponía para las familias del pueblo. Aquí todos nos conocemos y todos nos cuidamos de guardar las apariencias. Traer la vergüenza a nuestras familias es el peor pecado que se puede cometer; mejor cortarnos la lengua antes que ofender a nuestros padres o maridos. No lo entendéis. Hoy en día, aún está mal visto que una mujer vaya sola a tomarse un café al bar de la plaza. Hace treinta años, algo como aquello era peor que una plaga.

»Nunca olvidaré la cara de terror con la que tu madre miró a Lucía. Estábamos las tres en la cocina limpiando los hornos y, durante las horas que tu abuelo y tu tío estuvieron fuera, a ninguna de las dos les llegaba la ropa al cuerpo. A media mañana, desaparecieron en la habitación de Paula mientras que Paloma no salió de la suya hasta que oyó volver el coche de su marido. Lo esperó tras el portón y cuando él entró, negó con la cabeza. Nadie llamó a Paula para que reanudara sus tareas, de hecho, hasta la hora de la cena no reapareció en el salón con los ojos rojos de tanto llorar y una expresión de confusión sobre lo que había sucedido en el pueblo. Todos permanecieron en silencio durante la cena. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Después ayudó a Lucía a fregar los platos, parecía que no estaba dispuesta a quedarse sola ni un momento. Los señores se fueron a la cama temprano porque, a la mañana siguiente,

debían madrugar para llevar a la joven pareja al tren. En una de las veces que entré en la cocina, pude oír un trozo de la conversación entre Paula y Lucía.

»—Quizás el alcalde haya dicho a todos los maridos que sus mujeres no están retratadas, así ninguna tendría problemas —susurró Paula.

»—No seas inocente, niña. ¿Por qué iba a mentir el alcalde por las mujeres? Tú misma has dicho que su mujer estaba en las pinturas...

»Callaron al verme, pero yo ya intuía que la joven Paula sabía más de lo que parecía sobre toda aquella historia. No entendía cómo, pues era tratada con un control más parecido al de una cárcel que al normal de una niña de su edad. Debía de haber ido a su madre y habérselo contado, pero a mí tampoco me parecía bien el trato de venta que se iba a hacer con ella. Es posible que yo no fuera tan cercana a Paula como Lucía, pero la había visto crecer como a una hermana. Yo siempre estuve muy enamorada de mi marido y no me parecía bien que, por el hecho de ser mujer e hija, debiera perder todo su derecho, que se le negara la posibilidad de elegir y ser feliz. Es cierto que yo me había casado muy joven, pero nunca se me obligó a nada. Me enamoré de este hombre desde el primer momento en que lo vi y ese es el amor que debe vivir cualquier mujer, al menos una vez en la vida. Por eso, no dije nada. Como todos, pensé que el peligro ya estaba tan lejos como él estuviera. Además, se rumoreaba que el alcalde iba a pedir una orden de detención contra él. A Paula no le quedaría otro remedio que ceder y volver a la vida y al futuro que tenía marcado. Quién hubiera pensado que tu madre tenía dentro de ella la fuerza que demostró aquella misma noche...

»Después de dejar a la pareja en el tren, pasaron por el ayuntamiento para ver el castigo que había impuesto el alcalde. En medio de la plaza, una gran pira estaba encendida y los lienzos

ardían como si fueran leña seca. No lo tengo claro, pero debió de ser ese el momento en que la cabeza de Paula cambió. Si hubierais visto la expresión de su rostro al ver los cuadros arder... Parecía que se le había roto algo dentro, muy dentro, pues una lágrima se le escapó y le rodó por la mejilla. Se mantuvo callada todo el camino de vuelta a La Paloma. Se sentó con Lucía en el jardín de atrás y cuando la mujer se fue a seguir con sus tareas, ella se quedó allí. A media mañana, su madre se acercó a ella. Yo estaba en el jardín, pelaba habas, cuando oí a Paloma pedirle que subiera a cambiarse y se pusiera el velo para ir a confesar junto con las demás mujeres.

»—Vaya usted, yo no he pecado. —Había rabia en su mirada, una rabia tan profunda que me dio miedo.

»—No seas insolente, niña. Menudo lío has armado. Vete a vestirte que no quiero llegar tarde. —Paula se levantó y se encaró a su madre.

»—Que le he dicho que no voy.

»—Mira, es posible que no estés entre esas pinturas, pero tienes pecados que confesar ¿o te crees que soy tonta y que no me di cuenta el otro día en la fiesta? ¡Vamos, no seas insolente!

»—Yo no he pecado. No es pecado nada de lo que yo he hecho... —En ese momento, llegó Lucía—. Pecado es lo que se ha hecho con los cuadros...

»—Niña, cállate y haz caso a tu madre. Venga, vamos que yo te ayudo a vestirte. —Se soltó de la mano de Lucía y encaró a un más a su madre.

»—No pienso confesar ni aunque me llevéis a rastras. Mi cuerpo es mío y yo decido sobre él, sobre lo que digo o dejo de decir. —La expresión de Paloma se endureció por el desconcierto. Era la primera vez en su vida que Paula le contestaba y expresaba su opinión de aquella manera—. ¿Acaso creía que siempre iba a manejar me como a

una muñeca? Ya no soy de su propiedad, madre.

»Paco no estaba en la casa y Paloma no fue capaz de salir de su asombro para responder a las palabras de su hija, aunque aquel enfrentamiento no fue nada comparado con lo que pasó cuando llegó tu abuelo por la noche. Paloma le contó lo sucedido y Paco mandó llamar a Paula. Ella se negó a bajar, estaba en su habitación. Había dejado a Lucía fuera porque sabía lo que se le venía encima y no quería que su tata tuviera más problemas de los necesarios. Paco subió como alma que lleva el diablo y abrió la puerta de un golpe. No sé si ella la había cerrado con llave, pero tanto daba el empujón que le había dado su padre que hizo saltar la cerradura. Fue entonces cuando comenzaron los gritos. Paula permaneció callada mientras aguantaba los embistes de su padre que la insultaba y la zarandeaba. Ninguno de nosotros estuvimos en el piso de arriba, pero se podían oír los ligeros gemidos de la chica. Paco debió de entender el silencio de su hija como una forma de comprensión y de aceptación de las barbaridades que le decía, por lo que cuando se cansó de gritar, sentenció que a la mañana siguiente se levantaría al alba e iría a confesar. Todos respiramos aliviados al pensar que la pelea había terminado y entonces oímos claramente como Paula pronunciaba un “no” rotundo a la imposición de su padre. Lo siguiente que oímos fueron gritos, pero esta vez de dolor y unos golpes secos. No fue hasta que Paco apareció en la galería de abajo cuando nos dimos cuenta de que los golpes eran el ruido que hacía el cuerpo de Paula al golpear contra los escalones. La arrastraba del pelo. Yo estaba justo al lado de Lucía y tuve que sujetarla para que no corriera a proteger a la chica como un animal protege a su cría. Cuando Paco la soltó, tenía mechones enteros entre las manos y en la cabeza de Paula el pelo rubio se había enrojecido en algunas partes.

»—Ni te muevas de ahí. Ahora mismo te traigo a un cura, pero

como que me llamo Paco que tú confieras. —Paula levantó la cabeza y negó—. ¡¿Pero quién coño te has creído que eres, desgraciada?! Te lo hemos dado todo y ¿así es como nos pagas? Te juro por Dios que confieras o te mato.

»—No. —A Paula se le escapaban las lágrimas de los ojos, pero mantuvo un tono enérgico en sus palabras. Estaba en el suelo con un vestido blanco de lino y descalza. Con una mano se mantenía erguida y con la otra se tocaba la cadera y la cintura. Probablemente donde se había llevado los golpes más duros.

»—¡Pero es que no lo entiendes! Tú confieras igual que todas las mujeres del pueblo. ¿O es que te crees mejor que tu madre que ha ido esta misma mañana? —Entonces debió de darse cuenta de todos los que estábamos allí porque se volvió a nosotros—. Y vosotros ni una palabra de esto. Como me entere de que algo de esto ha llegado al pueblo, os muelo a palos igual que a ella, venga todos...

»—Eso es lo que le da miedo. —La voz de Paula sonó segura. No se había levantado del suelo, pero miraba desafiante hacia su padre que le daba la espalda. Lucía rezaba y negaba con la cabeza. Creo que hubiera dado la vida porque Paula se callara en ese momento—. Le da miedo que su socio se entere y ya no se quiera casar conmigo. Es eso, ¿verdad? Pues olvídense de la confesión tanto da ya que confiese o no porque nadie se casaría conmigo, nadie me querría usada como estoy. Que le quede claro, padre. Da igual lo que haga ya, ha llegado tarde. Me enamoré y me entregué al hombre al que quise, pero no se moleste en buscarlo está muy lejos de aquí. En cuanto a mí, máteme si así se siente mejor. Prefiero mil veces eso que la vida a la que esperaba que me resignara. ¡Nunca hubiese conseguido llevarme de blanco al altar! ¿Me oye? ¡Nunca!

»Lucía miraba la escena, sin respirar, pues sabía que Paco no iba a contenerse por nada.

»—Si ya no eres de mi propiedad, lárgate de esta casa y púdrete en el infierno.

»Lo dijo calmado, pero volvió a cogerla del pelo y la sacó por el portalón de la entrada. La arrastró por la gravilla unos cinco metros y la dejó tirada en el suelo. Después volvió dentro y nos advirtió, mirando especialmente a Lucía, de que si salíamos y la ayudábamos, correríamos la misma suerte que ella o peor. Después subió con Paloma, que miraba consternada y como si no hubiera vivido nada de lo que había pasado ante sus ojos. La señora Paloma nunca se recuperó de lo pasado aquella noche. Creo que se sintió culpable toda su vida. Hasta que tu madre os permitió venir en verano, ella nunca volvió a sonreír. Es posible que no fuera una madre muy amorosa, pero nunca le perdonó a su marido el perder a una hija de aquella manera. Ella probablemente la hubiera metido a monja, pero no la hubiera echado nunca a la calle.

»Paula permaneció tirada en el suelo y sin moverse hasta bien entrada la madrugada cuando Lucía pudo escaparse por una de las ventanas y llegar hasta ella. Le llevo una maleta con algo de ropa y el dinero que había ahorrado para aquel momento. No había mucho. Nunca pensó que necesitara sacar a Paula de allí tan rápido, así que no había suficiente para que las dos se marcharan. Y así fue como tu madre salió de La Paloma para no volver nunca más.

—Hasta que yo decidí celebrar aquí mi estúpida boda. —Diana vio claras tantas cosas—. Estúpida boda y estúpida yo que siempre me he creído el centro del mundo. Debí pensar que mi madre tenía alguna razón para no volver. Después de treinta y dos años, ni siquiera pensé en ello.

—Vamos, niña, no podías saberlo. Tu abuelo ocultó bien todo lo que pasó. Primero dijeron que estaba enferma y después que la habían llamado para colaborar en el servicio social. Nadie dudó nada,

nunca fue relacionada con el suceso de los cuadros. Era tan joven que nadie pensó que pudiera haber estado envuelta en el escándalo. La Paloma y todos nosotros nos tragamos su secreto.

—Muchas gracias por contármelo. Sé lo importante que era su lealtad a mi abuelo. —Diana apretó las manos de Felisa con gratitud—. Necesito encontrar a mi madre y cada camino que tomo es un callejón sin salida.

—De nada, niña. Y no te preocupes, tu madre aparecerá cuando consiga reconciliarse con el pasado. Ella resolverá todas tus *dudas*. —Felisa puso énfasis en la palabra «dudas» y Diana comprendió que Mario le había contado su miedo con respecto a su padre—. ¿Quieres ver a mi bebé? Está dormido, pero es tan bonito...

Diana siguió a Felisa hasta la habitación principal de la casa. Un crucifijo colgaba sobre la cama y al lado derecho había una cuna. El niño que dormía plácidamente debía tener unos tres o cuatro años. A pesar de la penumbra, Diana logró encontrar cierto parecido entre el pequeño y Mario. Felisa se colocó a un lado de la cuna y Diana al otro. Le acarició la cabeza casi sin rozarlo para no despertarlo.

—¿Estás enamorada de mi hijo? —La pregunta sobresaltó a Diana—. Él sí lo está. Quizás aún no lo sepa, pero veo cómo te mira y es más feliz desde que tú volviste. Se le rompió el corazón aquel verano y me gustaría que no volviera a pasar.

—Yo, la verdad, no sé qué decir... —Un breve silencio volvió el ambiente muy pesado, tanto como la losa que Diana sentía sobre su consciencia—. Lo necesito, ahora mismo Mario es lo único que me mantiene cuerda.

—Aquella noche, en la fiesta, vi a tu madre hablar con el pintor antes de que ambos desaparecieran en el piso de arriba. Daba igual que estuvieran rodeados de docenas de personas, pues parecía que el mundo entero estuviera concebido para que ellos se miraran. Tú no

miras a mi hijo como tu madre miraba a aquel chico. No es un reproche, simplemente quiero que entiendas que ese tipo de amor solo se da una vez en la vida y con una sola persona. —Felisa suspiró—. Dale tiempo a tu madre.

Capítulo 14

Mujer morena

Julio Romero de Torres, 1930

Nacho no pudo evitar una lágrima al oír el relato de Felisa de boca de su hermana. Se asomó a los ventanales del comedor, donde la había estado esperando, e imaginó a su madre tirada en la gravilla de la entrada. Entendió la distancia entre ella y sus abuelos. Ninguna época justifica el maltrato al que fue sometida. Nunca imaginaron que tras la sonrisa amable de su madre había un pasado tan negro.

—Alejandro quiso de verdad a mamá. Debió de ser así para que ella se sacrificara como lo hizo por él —Diana pensaba en voz alta.

—La verdad es que nunca creí esa historia del pintor que pintaba a las prostitutas por lujuria —confesó Nacho—. Algo bueno debió ver mamá en él.

—Nacho, ¿crees que quedará alguna de las prostitutas del lugar por el pueblo?

—¿En qué estás pensando, Diana? Han pasado muchos años, ¿crees que se acordarían de él?

—Nadie en este lugar ha olvidado a aquel joven y, a pesar de todo lo que oímos en un primer momento, las personas que realmente lo conocían únicamente han hablado bien de él, incluida nuestra madre. Quiero saber qué hay de verdad en el tema de los cuadros de las prostitutas.

—¿Empiezas a sentir cierta simpatía por el pintor? —inquirió Nacho.

—Empiezo a sentir cuánto lo quiso mamá y si había algo de la madre que ahora conocemos en aquella chica, entonces él debió ser buena persona. Si las pintaba, ellas debían conocerlo bien. Quizás nos puedan contar algo que aún no sabemos, alguna forma de dar con mamá... —Permaneció pensativa un momento—. Es nuestra madre, pero cuando hablan de ella me parece que es otra persona la que vivió toda esta historia. Nunca la encontraremos en los lugares en los que se sentiría segura ahora, sino en los que se sentía segura antes.

—Tengo la misma sensación que tú —afirmó—. El tío debe saber dónde encontrar a las chicas del burdel. Si es que aún queda alguna por la región.

Pedro dudó un segundo al temer que volvieran a correr los rumores sobre Paula, lo que haría que los suministradores dejaran de servirles nuevamente, pero los chicos le prometieron ser discretos y al final cedió. Sabía dónde encontrar a la dueña del burdel, doña Lola. La mujer se había marchado del pueblo cuando cerraron el prostíbulo, pero algunos de sus clientes la siguieron hasta un pueblo cercano. A los chicos no les costó encontrar la casa. Era un lugar humilde. La mujer que les abrió la puerta debía tener más de ochenta años o esa era su apariencia. Tenía la cara llena de arrugas como si los años le hubieran dejado surcos alrededor de los ojos, tal como los anillos del tronco marcan la edad de los árboles. Parecía un ser grotesco con el pelo negro encrespado y mucha oscuridad en la mirada. Cuando los chicos le preguntaron si era doña Lola, la mujer asintió levemente, aunque los miraba con desconfianza. No parecía ser una mujer que recibiera visitas muy a menudo.

—Necesitamos hablar con usted sobre una persona a la que conoció hace algún tiempo.

—Yo no hablo de nadie, no he conocido nunca a nadie. —La

mujer intentó cerrar la puerta, pero Diana se lo impidió al meter medio cuerpo entre la puerta y el quicio.

—No cierre, por favor. Solo queremos hablar sobre Alejandro Casado, ¿lo recuerda usted? Era un pintor. —Doña Lola aflojó la presión entre la puerta y Diana—. Necesitamos que nos cuente lo que recuerde de él.

—No voy a decir una palabra mala sobre Alejandro si es lo que queréis. Lo que se hizo en ese pueblo con él no fue justo. No sé qué buscan, pero era un buen chico. Es todo lo que voy a decir sobre él. —Hizo un nuevo ademán de cerrar la puerta.

—Sé que era un buen chico. No queremos oír cosas buenas ni malas, solo la verdad. Somos los hijos de Paula Rivera. —Doña Lola soltó la puerta y miró atentamente a los dos chicos que tenía delante de ella.

—Nunca conocí a tu madre en persona, pero cuando Alejandro hablaba de ella la alegría volvía a sus ojos. —Se hizo a un lado—. Pasad, mi cuerpo y mi vida no tienen nada que ver con lo que eran en aquel tiempo, pero os puedo asegurar que tengo la cabeza en su sitio.

La casa estaba oscura. Los chicos aguardaron en el salón hasta que la mujer subió una de las persianas que daban al patio de atrás. La luz entró a raudales inundándolo todo. Fue Diana la primera que lo vio sobre el sofá de salón. Allí estaba el cuadro de doña Lola, era imposible no darse cuenta que el de María y el que tenían delante habían salido de la misma mano. El retrato de doña Lola solo la mostraba de cintura para arriba, de medio perfil, se cubría el pecho con las manos y una cascada de rizos negros le caían sobre la espalda. Una mirada limpia enmarcada en unos profundos ojos negros era el resumen de aquel cuadro. Estaba preciosa, era imposible reconocerla en la mujer que tenían delante.

—Veo que sabéis lo que estáis buscando. Yo era una preciosidad

en aquella época. —Había un tono de orgullo en su voz.

—Creía que todos los cuadros habían sido quemados en el ayuntamiento. Me alegro de que algunos se salvaran, son totalmente maravillosos —comentó Nacho.

—Esta fue la primera vez que posé para Alejandro. Después de este, me retrató otra vez y ese segundo fue el que acabó entre las llamas aquel fatídico verano. No debió suceder. Nunca debió pintar a señoras de bien, nadie hubiera puesto el grito en cielo de aquella manera por nosotras —se lamentó.

—¿Cómo conocieron a Alejandro? Nos han dicho que era un chico tímido y solitario no encaja que...

—¿Qué llamara alegremente a la puerta de unas putas? —dijo sarcástica.

—No quise decir eso —se disculpó Diana—. También nos han dicho que los cuadros eran pagos por los servicios, eso tampoco encaja...

—La gente habla mucho, niña. Nunca deberías hacer caso a todo lo que te cuentan. Pero tenéis razón en algo, Alejandro no llegó solito ante nuestra puerta. Por otro lado, los cuadros tampoco eran pagos por nuestros servicios. Nunca le hubiéramos cobrado. —Sonrió pícaramente—. Era un desdichado igual que todas las que vivíamos en aquella casa. Pero él tenía algo que nosotras no.

—¿Y qué era eso? —preguntó Diana.

—Luz. Alejandro estaba lleno de luz y nos llenó a nosotras de la misma luz con sus cuadros, con su sonrisa, con su presencia. Pero la historia es larga, mejor empezar por el principio.

—Ni yo ni ninguna de las chicas que trabajaban en mi casa éramos prostitutas por deseo propio, simplemente no podíamos ser otra cosa. Yo enviudé muy joven. Tenía veinte años cuando mi marido murió de tisis en el año 35. Me dejó sola y sin saber qué hacer. No

tenía a nadie más en el mundo. Solo me quedó mi casa a las afueras del pueblo. Era grande y con varias habitaciones que nadie ocupaba.

»Cuando el poco dinero que me había dejado mi marido se acabó, me di cuenta de que algo debía hacer para comer. Con mucha paciencia y dedicación, arreglé las habitaciones y convertí mi casa en una pensión. Durante los primeros meses, el negocio marchó bien, incluso tuve que contratar a una cocinera. Se llamaba Juani, una joven sin familia, igual que yo. Durante el primer año, nos hicimos íntimas amigas. Éramos como hermanas, pues vivíamos y trabajábamos juntas.

»Dejé de estar sola otra vez y me parecía una buena forma de llevar mi vida. Pero entonces estalló la guerra y con ella la penuria llegó a todos lados. Dejamos de tener clientes, nadie viajaba, nadie necesitaba descansar en la noche. Había soldados, disparos y las bombas llovían por todas partes. Sin dinero y sin nada que comer, nos temimos lo peor. Entonces, una noche mientras Juani y yo estábamos sentadas en la cocina mirando al suelo para no pensar en el hambre que nos destrozaba el estómago, llamaron a la puerta. Era una especie de militar. Nosotros no habíamos visto en nuestra vida a ninguno, así que no podría decirte qué rango tenía o a qué bando pertenecía. Nos dio a entender debía llegar a Bailen. Iba a pie y necesitaba pasar la noche en algún sitio. Le dijimos que había camas con sábanas limpias, pero que no podíamos darle nada de comer. Él sacó pan y algo de queso de la bolsa que llevaba y lo compartió con nosotras. Mantuvimos las formas, pero hubiéramos devorado todo cuanto llevaba sin contemplación de los modales. También sacó una bota con vino y nos sirvió un poco.

»Era parco en palabras, prácticamente no nos habló hasta que recogimos la mesa y limpiamos un poco el suelo. Entonces nos miró fijamente a las dos y nos propuso lo que fue nuestro primer trabajo.

Nos triplicaba el precio de la habitación si pasábamos la noche con él. Las dos. No fue fácil. Yo había estado únicamente con mi marido y la pobre Juani era virgen aún, pero esa cantidad de dinero nos daría de comer por, al menos, tres semanas. En ese tiempo, tendríamos días para pensar en cómo salir adelante o quizás esa fastidiosa guerra se acabaría en algún momento. Nunca hubiéramos podido imaginar que nos quedarían casi tres años de combates, por no hablar de la miseria que llegó después. Hubiéramos pasado mucha hambre, quizás hubiéramos muerto de inanición si no hubiéramos aceptado aquella primera oferta. Aquel hombre fue bueno con nosotras. Nos trató con delicadeza y debo decir, por lo que a mí respecta, que ninguna noche con mi marido fue ni la mitad de intensa que aquella, aunque es cierto que a la mañana siguiente lloramos como desconsoladas. Pensamos que nos habíamos condenado al infierno, que Dios nunca nos perdonaría. Pero ¿acaso no era Dios el que nos mataba de hambre? Y a María Magdalena la perdonó. Ese era nuestro consuelo. Con el tiempo, aprendí que Dios me había dejado a mi suerte y que no debía pensar en rendirme cuentas más que a mí misma. La vida ya era lo bastante dura como para andarnos con contemplaciones místicas.

»A la semana siguiente, el militar volvió con un compañero. Esa noche, cada una estuvo con un hombre. Y así, semana tras semana, pudimos subsistir durante algunos meses. Juani no lo soportaba, se sentía sucia y pecadora, pero yo había comenzado a disfrutar de aquello.

»El militar se llamaba Andrés y, por cierto, era un amante espectacular que me enseñó todo lo necesario para que el negocio fuera próspero. Me recomendó que buscara a más chicas y así él podría traer a más hombres. Nunca lo hice, las chicas llegaron a mí solitas. Llegaban de todas partes, incluso de fuera de la comarca.

Ninguna de ellas tenía otro sitio donde ir. Algunas habían sido violadas por los soldados y repudiadas por sus padres, a otras las habían echado de casa por no poder darles de comer, algunas incluso eran viudas que se habían quedado sin nada al morir el marido en la guerra. Yo las recogí a todas y no obligué nunca a ninguna, pero eran conscientes de que aquello era la única solución. No había trabajo por ningún sitio, la guerra había acabado con todo. Juntas podíamos superarlo. Juani se marchó una noche, había juntado dinero y había decidido cruzar a Francia para empezar de nuevo. Nunca más supe de ella, no sé si lo logró. Andrés, por su parte, debió de morir en la guerra o quizás volvió a su casa con su familia. Un día dejó de venir, nadie me dio razón de él. Pero yo ya tenía a mis chicas. Todas ellas fueron mi familia durante años. Estar solo es el peor castigo que Dios te puede mandar, incluso peor que estar muerta, os lo aseguro.

»A las chicas les enseñé todo lo que yo sabía y les pedí que olvidaran las doctrinas de la Iglesia y que disfrutaran con los clientes, que ya pagaríamos nuestros pecados en la otra vida, lo importante en ese momento era sobrevivir. Llegamos a ser lo que se llamaba *mujeres de vida alegre*. La casa siempre parecía estar llena de luz y de risas. Cantábamos y bailábamos alegremente, aunque las penas las llevábamos por dentro. No todo fue bonito, no os voy a engañar. Fueron muchas las chicas a las que tuvimos que cuidar después de recibir palizas y también muchas las que enfermaron. Otras se refugiaron en la bebida y otras tantas las que quedaron embarazadas y tuvieron que abortar. Nuestra vida no era fácil, pero era la única que se nos permitía tener.

»En el 65 se aprobó una ley en la que no estaban permitidos los burdeles ni el trabajo de la prostitución, pero no podíamos cerrar. En esa época, éramos unas nueve chicas y llegaron más. Además, los mismos vecinos pedían servicios y nunca nos hubieran denunciado.

La moral de la época obligaba a los hombres a obtener de nosotras lo que en casa no podían pedir. Muchos nos contaban cómo sus mujeres parecían muertas entre las sábanas o cómo el cura las asustaba con el infierno si recibían a sus maridos con la luz encendida o completamente desnudas. Por lo tanto, nos necesitaban. Fueron años muy hipócritas, en realidad.

»Fue más o menos en el verano de 1954 la primera vez que Alejandro llegó a nosotras. Hubo, por lo visto, una liga de fútbol juvenil entre varios pueblos y nuestros chicos fueron los ganadores. Eran muchachos, niños la mayoría de ellos. No debían de tener más de doce o trece años. Ninguno se había afeitado nunca, pero sus arrogantes padres pensaron que sería un buen premio convertirlos en hombres. No era algo aislado. Eran muchos los que traían a sus hijos con nosotras. Tampoco era la primera vez que se premiaba a un ganador o a un cumpleaños con una visita a nuestra casa, pero los que llegaron aquel día eran niños. Todos entraron con el ego más grande y se comportaron con nosotras como sus padres esperaban que lo hicieran. Aunque por dentro, estaban muertos de inseguridad por lo que iba a pasar. Cada uno eligió a una chica y se fueron a las habitaciones mientras los padres bebían en la barra. Muchos salieron llorando, otros se convirtieron en hombres realmente, pero lo que tengo claro es que todos perdieron algo de inocencia aquel día.

»En medio de aquel grupo, había un niño que destacaba. Aún no era tan alto como llegaría a ser años más tarde, pero ya tenía el pelo rizado, que le caía por la frente, y los ojos vivos. Él no tenía a un padre al que impresionar y fue el último en escoger una chica. Se fue a la habitación con Anabel, una joven que había llegado poco tiempo atrás con nosotras. Había sido violada por su padrastro desde niña. Su madre siempre hizo la vista gorda hasta que un día se encontró al marido con un cuchillo clavado en las costillas y sin rastro de su hija.

No lo mató, pero lo asustó tanto que impidió que la siguieran. Llegó a nosotras desnuda y muerta de miedo. Tenía unos dieciséis años y era preciosa, pelirroja con los ojos azules más vivos que hayáis visto jamás. Asimiló pronto todo lo que le expliqué. Era lista y, a pesar de la repulsión que sentía por toda una vida de violaciones, consiguió aprender a disfrutar de su trabajo. Ya os he dicho que llevábamos la pena por dentro. Todas nos considerábamos malditas y había clientes que nos provocaban asco, pero también había otros con los que podíamos llevar una vida un poco más amena, ya me entendéis.

»Lo que pasó entre Anabel y Alejandro aquel día fue maravilloso. Por lo visto, la chica se desnudó mientras él la miraba con los ojos como platos. Después descubriríamos que nunca en la vida había visto a una mujer desnuda y ver el cuerpo femenino debió ser para él como una revelación. La chica se le acercó y comenzó a quitarle la ropa, pero él se escapó de ella y metió una mano en su bolsa, sacó algunos papeles y un carboncillo. Anabel estuvo a punto de llamarme porque el chico hacía cosas raras hasta que él le pidió que se estuviera quieta. La tumbó en la cama y comenzó a hacer trazos en el papel. Anabel no entendía nada, pero ganar dinero por estar tumbada en la cama era un regalo, así que no se quejó. Nos contó que el chico estaba como abstraído, miraba y pintaba sin parar. No la miraba como solían hacerlo el resto de los hombres, pero no dejaba ni un centímetro de su cuerpo sin observar. Cuando pasó la hora, Anabel se lo dijo y el chico pareció salir del trance, aunque por lo visto tenía una expresión un tanto frustrada. Se acercó a la chica y le dio el dibujo agradecido de que hubiera sido tan buena modelo.

»Cuando Anabel nos enseñó el dibujo, no lo podíamos creer. Era ella, estaba claro, pero había inocencia pura en sus ojos, parecía una niña con coletas. El cuerpo estaba un poco descompensado, las manos ni siquiera las había terminado, pero ya se podía vislumbrar al

artista en aquel boceto. Recuerdo que aquella noche nos sentamos todas alrededor del dibujo y lo miramos hasta que nos dolieron los ojos. Anabel lo guardó como su mejor regalo. Lo miraba cada cinco minutos como si fuera un amuleto, la hacía sentir especial.

»Un par de semanas más tarde, Alejandro volvió. Estaba pálido y tenía mala cara. Traía un papel mucho más grande con el dibujo de Anabel. En cuanto que me dijeron que estaba aquí, bajé a verlo. Me dijo que tenía dinero y que quería una hora con la chica de la última vez. Era tímido, pero sacaba mucho carácter cuando el tema tenía que ver con la pintura y se había armado de valor para llamar a nuestra puerta. Le vi tan mala cara que le pregunté si tenía algún problema.

»—He trabajado horas extras para conseguir el dinero. No sé si faltará algo, pero necesito ver a la chica —alegó suplicante.

»—¿Y por qué tanta necesidad? La otra vez ni la tocaste —le pregunté, intentando sacar información de aquel extraño niño.

»—Y no la voy a tocar hoy tampoco —contestó confundido al no entender por qué tenía que tocar a la chica—. Solo necesito verla para terminar el dibujo. No soy capaz de hacerlo de memoria. No recuerdo algunos detalles, se me descompensan las medidas, no me sale. —Había ansiedad real en su voz y no pude evitar sentir simpatía desde aquel momento por el chico.

»Mandé llamar a Anabel y ambos subieron a la habitación. Le dije a la chica que no importaba la hora, que ni se le ocurriera moverse hasta que él hubiera terminado el dibujo. Efectivamente ese día tampoco la tocó. Salieron tres horas después. El chico había comenzado otro dibujo y lo había coloreado con acuarelas. Era una maravilla. Cuando trató de pagarme le dije que no quería el dinero que quería el dibujo. Se negó a dármelo. Me explicó que era la primera vez que pintaba a una mujer y que aún no tenía el trazo muy suelto, pero que si practicaba más, lograría hacer cosas mucho más

increíbles. El niño tenía un don para la negociación que me dejó impresionada. Me pedía, sin decirlo, que le diera tiempo con las chicas y que no pensaba pagar por ese tiempo. Concluyó al afirmarme que me daría los cuadros cuando fueran de buena calidad. Tenía trece años y consiguió que mis chicas pasaran horas muertas con él sin pagar ni un duro... ¿Qué digo? ¿Sin pagar? Se peleaban por ser la siguiente. Aquel chico tenía algo muy especial.

»Cuando salía de trabajar, venía al burdel y pintaba durante un par o tres de horas. Cambiaba de chica, según la que estuviera libre. Con nosotras, aprendió a darle forma a las curvas de una mujer. Todas comenzamos a tenerle mucho cariño. No hablaba mucho, pero tenía un carácter especial. Era tímido y muy educado cuando hablaba con nosotras y totalmente maduro y un poco mandón cuando pintaba. Las chicas disfrutaban con su presencia y cada día era más guapo. Pasaron tres años en los que únicamente se dedicaba a pintarnos. Siempre en papeles. Después de ese tiempo, comenzó a traer los lienzos.

—¿Nunca se acostó con ninguna de las chicas? —preguntó Diana con un atisbo de esperanza de que los rumores no fueran ciertos.

—Sí, claro que lo hizo. Era el chico más atractivo de la comarca. Había crecido y se pasaba las tardes rodeado de prostitutas. —Rio doña Lola—. El sexo no es malo, cariño. Creo que la primera vez fue cuando cumplió diecisiete. Sí, fue esa noche.

»Le costó mucho, no os lo voy a negar, pues tenía un pasado doloroso. Nunca supe realmente lo que le había sucedido, pero en una ocasión me contó algunos detalles de lo que había sido su vida en el seminario. Hablaba muy bien del hermano Lorenzo. Habían sido buenos amigos, pero había otro cura, no sé quién, que al parecer tenía cierta afición por los chicos jóvenes. Según me comentó, fue el verdadero motivo por el cual el hermano Lorenzo lo sacó del

convento, quería protegerlo. No sé hasta qué punto sufrió el acoso del cura, pero creció traumatizado.

»Excepto con nosotras, no se relacionaba con ninguna otra mujer ni chica de su edad. Era muy apuesto y hubiera conseguido un buen matrimonio, pero estaba bloqueado. Apenas se dejaba tocar por las chicas que disfrutaban al jugar con él y hacerlo enrojecer. Habíamos hablado durante años sobre su problema, pero siempre ponía una barrera de distancia conmigo cuando le hablaba de solucionarlo. Como ya he dicho, nunca entró en detalles, pero si me explicó que deseaba a las chicas, aunque tenía pánico de tocarlas. Se sentía como todas nosotras, sucio, usado.

»Le había propuesto en varias ocasiones que estuviera con alguna de las chicas, aunque él nunca las vio como lo que eran y ellas nunca lo vieron a él como un cliente, así que no debía sentir que las utilizaba. Pero, a pesar de mi punto de vista, él siempre se negó.

»En su cumpleaños nos dio el primer cuadro. Era Anabel, no podía ser de otra forma. Era su día y el regalo nos lo hacía a nosotras. Él era así. Le habíamos organizado una fiesta, incluso teníamos un pastel, así que cuando las chicas vieron el cuadro de Anabel, se pusieron celosas y le hicieron prometer que las pintaría a todas. Cumplió su promesa. Tardó algunos años, pero cumplió.

»Esa noche reímos, cantamos y jugamos. Habíamos echado a todos los clientes habituales y únicamente estábamos dispuestas a disfrutar. Él nos lo agradeció de corazón, pero había algo en él que era diferente, más taciturno de lo normal. En un momento de la noche, me llevó hasta un rincón y me dijo que quería intentarlo, que deseaba sentirse normal. Él con sus bocetos nos hacía normales a nosotras y aquello fue como un intercambio de intereses. Nunca nos pintó como putas, siempre como personas. Como él decía, pintaba nuestra alma.

»Subió con Anabel. La chica nos contó, después, con pelos y señales como había ido la noche. Había una gran amistad entre los dos y, entre risas y sexo, se les había hecho de día sobre las sábanas. Se había curado. Creo que solo necesitaba pasar página para sentirse normal o totalmente fuera de lugar, quién sabe... Yo, personalmente, nunca supe si éramos normales o no, pero éramos todo lo que necesitábamos ser. Creo que Alejandro aprendió eso con nosotras del mismo modo que aprendió a disfrutar del sexo. Era cariñoso, atento e insaciable. Las chicas se lo rifaban y él disfrutaba. Además, cuanto más nos acercábamos a él, mejor resultaban sus pinturas. Pasamos años así con Alejandro y sus pinturas en nuestra vida. En esa época, comenzaron a llegar revistas de Francia con sus modelos de alta costura y nosotras, al mirar nuestros cuadros, nos sentíamos como ellas y fantaseábamos con que nos expusieran en algún museo de la capital. La gente nos admiraría y nadie hubiera imaginado jamás lo que había detrás de cada pintura. Por aquella fecha, comenzó a hablar de irse a París. La señora María lo ayudó mucho. Alejandro estaba emocionado. Nuestros sueños se cumplirían.

»En el verano conoció a vuestra madre. Vino a verme y me preguntó quién era la chica que no podía sacarse de la cabeza. Por sus explicaciones, fue fácil reconocer a la hija de Paco Rivera. Le dije que no se metiera en líos, que se alejara de ella. Había muchas más mujeres en el mundo y Paula solo le traería problemas. Llegué tarde, pues ya estaba enamorado de ella.

»Apenas vino a vernos aquel verano. Estaba muy ocupado con los preparativos de su viaje y con su romance con vuestra madre. Debo decir que sentí rabia hacia ella, que nos lo había arrebatado, pero un par de días antes de su viaje, después de dar esa fiesta de alta etiqueta en casa de doña María, apareció aquí una tarde. Me dijo que cerrara, que echara a los clientes, trajo comida, vino y a un par de

maleantes de la banda de música del pueblo a los que había pagado para que tocaran cualquier cosa animada. Me dijo que nosotras éramos sus modelos, sus musas y las que lo harían famoso en París, que el mundo entero nos conocería y nos admiraría y que, por lo tanto, nos merecíamos una fiesta digna de todo aquello. Cuando las chicas ya se habían ido a sus cuartos cansadas de tanto bailar, Alejandro se despidió de Anabel. Recuerdo que la besó en la boca con ternura y mucho cariño. Luego la miró a los ojos y le dio las gracias por todo. Siempre pensé que él la sacaría de aquel mundo. Luego se sentó conmigo en el patio al fresco y me contó muchas cosas de vuestra madre. Me contó cuánto la amaba y cómo deseaba volver a por ella cuando ganara dinero suficiente para su dote. Era feliz. Puedo asegurar que aquellos días, por primera vez en todos los años que hacía que lo conocía, Alejandro era feliz. Y fue el último día que lo vi.

»Después de aquello, llegaron los acontecimientos de septiembre. Cuando el alcalde descubrió los cuadros, no nos pudimos imaginar lo que iba a suceder, por eso no los escondimos, pero claro, el problema no éramos las *putas*, sino las mujeres de *bien* que Alejandro también había pintado. El día que vinieron a por los cuadros hicimos todo lo posible por impedirles que se los llevaran. Corrimos por el camino detrás de nuestras pinturas hasta que los vimos arder en la plaza del pueblo, pero aquello solo fue el principio de nuestras desgracias. El alcalde me amenazó: si no cerraba el burdel, me denunciaría y me detendrían por prostituta. No hablaba por hablar, estaba realmente enfadado y asustado. Si su descuido llegaba a oídos del gobierno central, podía tener problemas con la política del régimen y, desde luego, no iba a pagar él por nosotras. No lo dudé ni un momento. Si hubiera dudado, hubiésemos acabado todas en la cárcel, y eso sí que no lo podía permitir. Ninguna nos lo merecíamos, así que cerramos y

cada una se fue por su lado. Ninguna de ellas logró hacer una nueva vida, normal y feliz. Todas estábamos marcadas, no teníamos derecho a ser felices o eso pareció. De Alejandro, nunca supe nada más.

Se quedó callada durante un minuto; encerraba de nuevo los fantasmas que su memoria había dejado salir. Miró a Diana y a Nacho como si acabaran de entrar en la habitación. Respiró hondo.

—Decidme, ¿se volvieron a ver? —preguntó doña Lola, como si tratara de volver a situarse en el presente.

—Sí, sabemos que coincidieron en 1977, en Barcelona —comentó Nacho.

—Pero no están juntos, ¿verdad? —Había melancolía en su pregunta.

—No, no sabemos qué pasó esos días, pero creemos que no se han visto desde aquella vez.

—Esperaba que, al menos, él hubiera conseguido cumplir los sueños de aquellos días en los que aún teníamos luz.

—Alejandro es un gran pintor, muy reconocido, al menos él cumplió una parte de su sueño. —Diana apretó las manos de doña Lola y sintió cómo sus palabras la reconfortaban.

—¿Llegó usted a ver el cuadro de mi madre? —preguntó Diana, mirando el cuadro de doña Lola.

—No, ni siquiera sabía que la hubiera pintado. Tampoco pensé nunca que ella lo quisiera. Pensé que era un capricho de verano. Parecía una niña rica, malcriada. Y él, como todas nosotras, tenía una marca en el alma demasiado profunda como para ser ignorada.

—Mi madre lo amaba —afirmó Diana con determinación—. Precisamente usted, no debería juzgar por las apariencias. No sabemos la historia completa aún, pero le puedo asegurar que las niñas ricas también pueden tener marcas en el alma.

Doña Lola asintió y le dio la razón a Diana. Llevaban allí un buen

rato y la imagen inicial que había tenido de doña Lola se había suavizado. Ya no le parecía tan vieja, aunque sí que le despertaba cierta pena. Toda aquella historia se llenaba de personas increíbles con historias tristes que no hubiera conocido nunca si no hubiera decidido celebrar la boda allí. Por primera vez desde que su madre se había ido, le pareció que no había sido tan mala idea volver a La Paloma. Al menos alguien más conocería la historia de aquellas personas que, en algún momento, habían marcado la vida de otras haciéndola especial.

—Si algún día logro hablar con Alejandro, le haré saber que usted está aquí y que se acuerda de él.

—Gracias, te lo agradezco de corazón.

Dejaron sola a doña Lola envuelta en su penumbra y sus recuerdos.

Capítulo 15

Sueño mis pinturas y luego pinto un sueño.

Vincent van Gogh

La mañana era radiante, el sol caía sobre las copas de los árboles y calentaba el ambiente. Alejandro se levantó temprano. No había podido dormir tranquilo, pues sabía que Paula llegaría a la misma hora de todos los días. Pero ese no sería un día como otro cualquiera. Por fin había decidido pintarla y solo al pensarlo se le hacía un nudo en la garganta que lo oprimía.

Paula llegó nerviosa. Trataba de simular, pero se le notaba por encima de la piel. Subieron al estudio, Alejandro lo tenía todo preparado. Había pensado cómo quería plasmar a Paula. Sabía que no habría esas ansias de normalidad en su mirada, no como en las chicas del burdel cuya necesidad era verse como mujeres normales, bellas y limpias. Los clientes veían en sus caras el deseo y lo confundían con sexo, pero ellos no las conocían, no se paraban a ello y no veían que el deseo era por ellas mismas. Sabían que nadie las querría si ellas no llegaban a hacerlo. Todos esos sentimientos encontrados junto con la bondad que había en sus corazones hacían que sus expresiones fueran profundas y fácilmente confundidas por los que no sabían mirar o deseaban ver algo que no había en el cuadro. Las mujeres del pueblo, por el contrario, necesitaban verse a ellas mismas como nadie más las veía. Como el mundo no les permitía verse. Mujeres calladas, tímidas, complacientes, ocultas tras un marido exigente y poco dispuesto a hacerles sentir felicidad,

desaparecían en sus pinturas y surgían mujeres bellas, con ideas y pensamientos propios, seguras de sí mismas. Lo que había dentro de Paula, no era la normalidad de las prostitutas ni la necesidad de reconocimiento de las mujeres del pueblo. Ella ansiaba libertad.

En el estudio, había sábanas blancas arrugadas sobre un colchón para formar un lecho, cómodo y mullido. El sol entraba por los ventanales y todo el ambiente tenía un halo cálido.

—Puedes quitarte la ropa en la habitación si te sientes más cómoda —dijo Alejandro mientras Paula miraba las sábanas del suelo. No contestó ni se movió, simplemente miraba—. Paula, si no quieres hacerlo, no hace falta que...

—Quiero hacerlo, no es eso —dijo—. Es solo que nunca imaginé que me sentiría tan bien. Contigo todo es fácil. —Paula se volvió hacia él, que tenía el gesto de la cara mucho más compungido que el de ella—. No necesito esconderme en ningún sitio. Dime qué hago.

—Desnúdate. —Alejandro parecía más relajado. Paula irradiaba en él esa tranquilidad—. Deja la ropa sobre esa silla. Ya tengo los colores más o menos preparados y el lienzo también. Vas a tener que estar muy quieta durante algunas horas. ¿Necesitas algo antes de empezar? —Hizo el ademán de salir de la habitación.

—No, prefiero que me mires.

Paula llevaba un vestido de flores pequeñas y el cabello recogido en dos trenzas. Alejandro se sentó en la silla tras el lienzo mientras la miraba deshacerse el peinado. Se desabotonó el vestido y dejó al descubierto un sujetador rosa sin encajes, simple, propio de la niña que simulaba ser y que escondía, tras la tela, la esencia de la mujer que era. Alejandro mantenía la mirada fija en ella. Había visto a muchas mujeres desnudas, con algunas había sentido más pudor que con otras, pero con Paula todo era como debía ser. Ella se sentía igual, nunca se había desnudado delante de nadie que no fuera Lucía,

mucho menos delante de un hombre, pero su cuerpo y toda ella pertenecían a Alejandro desde el primer momento que se vieron. Y esa necesidad de pertenecerse el uno al otro era liberadora. Sentía que podía volar por encima del mundo y llegar al cielo para tocar la luna con un dedo.

Alejandro se acercó a ella. La llevó de la mano y la ayudó a colocarse entre las sábanas. De rodillas, de espaldas al lienzo. Con delicadeza, le giró el cuerpo hacia él. Le recogió el pelo y se lo dejó caer en cascada rubia por un hombro. Finalmente, se separó de ella para mirarla.

—Eres preciosa. —Paula se ruborizó. Desde donde la miraba Alejandro, toda su espalda quedaba al descubierto y se distinguía el perfil de uno de sus pechos.

—No sé qué hacer con las manos. —Paula las movía sobre los muslos, nerviosa. Alejandro salió de la habitación, momento que ella aprovechó para respirar hondo. Con él todo era sencillo, pero en ese instante notó el nerviosismo que había ocultado desde el momento en que se desabrochó el primer botón.

Se vio reflejada en el cristal de la venta. Por primera vez, sintió su desnudez. Se observó detenidamente, pues sabía que su vida acababa de cambiar para siempre. Por primera vez fue consciente de que, aunque nunca hubiera llegado a casa de Alejandro, el destino se hubiera ocupado de juntarlos porque un amor tan grande como el que le llenaba el pecho en aquel momento no podía perderse entre las locuras del destino. Supo que, desde ese instante, todos los pasos de su vida irían en dirección a Alejandro y que era imposible que aquel sentimiento se apagara. En ese momento fue consciente de que, pasara lo que pasara, amaría a Alejandro hasta el final de sus días.

Mientras su mente se perdía con sus pensamientos, vio entrar a

Alejandro nuevamente en la habitación. Llevaba una cuerda fina en las manos. Se acercó a ella y le acarició los hombros. Mientras olía en su pelo el jazmín le ató las muñecas en la espalda. Paula lo dejó hacer, pero Alejandro vio su confusión reflejada en la ventana.

—Pinto el alma de las personas y la tuya ansía libertad. Desde el primer momento es lo único que vi. Tú no estás hecha para que te ordenen, para que te planifiquen la vida. Estás atada por el respeto a tu familia, por la obligación hacia ellos que te han inculcado desde que naciste. Ahora estas dispuesta a rebelarte contra todo eso, pero me pregunto, ¿hasta dónde estás realmente atada?

—Ahora mismo, la única cuerda que me ata eres tú y no estoy dispuesta a cortarla.

Alejandro se sintió abrumado por la declaración y se le encogió el corazón al sentir realmente cuánto la amaba. La besó con pasión y sintió que si se separaba un segundo de ella se le pararía el corazón... Ese corazón que hacía semanas que latía al ritmo de la respiración de Paula. Es sorprendente cuando te das cuentas de que los latidos de tu corazón tienen un dueño que puede lograr que se acelere o se pare según la proximidad o lejanía de su cuerpo. El de Alejandro estaba tan desbocado que sentía que se le salía del pecho.

Con esfuerzo, Alejandro logró separarse de ella y ponerse en su sitio: tras el lienzo con el carboncillo en la mano. Entrecerró los ojos para enfocar a Paula. La miraba directo y comenzó el trabajo con profesionalidad al marcar los puntos de referencia, al calcular las dimensiones del cuerpo de ella plasmado en el lienzo. Paula miraba fijamente a la parte de él que se asomaba, de vez en cuando, tras la tela. Trataba de no moverse, de no cambiar la expresión del rostro mientras Alejandro le hablaba por momentos para darle ánimo y también le sonreía con ternura. Paula no había imaginado que sería tan duro estar quieta durante tanto tiempo. Los músculos de las

piernas y los de los brazos comenzaban a entumecerse, y le dolían las muñecas y la cintura por la posición, pero por nada del mundo se hubiera movido en aquel momento. Miraba a Alejandro, concentrado, con el pelo que le caía sobre la frente, y la mano rápida, pero precisa. El olor a óleo se mezclaba con el calor del ambiente y formaban un perfume penetrante capaz de despertar todos los recuerdos del mundo. Tras unas horas de trabajo sin interrupción, Alejandro se detuvo y salió de un trance en el que parecía totalmente inmerso hasta ese momento.

—Está casi acabado, lo que falta prefiero terminarlo otro día. Debes estar dolorida de llevar tanto rato sin moverte —afirmó, levantándose.

—No pasa nada, me puedo quedar un rato más. Termina. —Paula parecía sincera, pero Alejandro sabía que necesitaba un descanso. Ambos lo necesitaban.

—Tranquila, mi vida. Lo que queda puedo hacerlo otro día. Además, hoy no me veo con fuerza para buscar el color de tus ojos en mezclas de pigmentos.

—Dilo otra vez. —Paula seguía atada con cuerdas y sin moverse. Miraba a Alejandro como si su voz hubiera podido darle el aire para respirar.

—¿Que diga otra vez qué?

—Que soy tu vida.

Se miraron sin decir nada. Alejandro se acercó a ella, le desató las muñecas y se las acarició para desentumecerlas. Después le besó cada una de ellas.

—Eres mi vida y todo mi mundo.

La luz se filtraba a raudales por los ventanales del estudio cuando comenzaron a besarse.

—Paula... —Trató de alejarse de ella—. No habrá vuelta atrás.

Paula se abrazó a él con tanta fuerza que pensó que nadie podría separarlos nunca. Se miraron a los ojos, por última vez, antes de cerrarlos y perderse en las caricias infinitas de los amantes. Paula desnudó sin prisas a Alejandro, él la cubrió de besos con ternura y pasión. Bajo el sol del mes de agosto y la sierra, como única testigo de su amor, se fundieron el uno en el otro.

La manchita de sangre era casi imperceptible entre las sábanas. Paula aún estaba sentada en el suelo, cubierta con la sábana, cuando Alejandro volvió con unas tazas de café.

—Esto es por lo que valía tanto. Era por lo que mi padre podía hacer negocios conmigo, ¿verdad? —Alejandro se sentó a su lado—. Ya no valgo nada para él. No le sirvo. Me dejaré hacer con mi vida lo que quiera...

—Hay formas de ocultar esto en una noche de bodas. Esconderán una cuchilla de afeitar entre las sábanas de tu cama y te enseñaran a cortarte el dedo y a manchar la sábana mientras tu marido duerme. —La amargura ahogaba las palabras de Alejandro—. Es un truco muy viejo.

—Nunca podría estar con alguien que no seas tú. No sabía qué era hacer el amor. Para mí era algo que incluía besos y al final había un bebé, pero ahora que lo sé jamás podría dejar que ese hombre me tocara así sin morirme de asco —Paula hablaba con frialdad, pero las lágrimas habían escapado de sus ojos. Había horror en su mirada—. No podré, Alejandro. En algún momento pensé que podría hacerlo, pero ahora sé que no. Debe de haber alguna forma.

—La encontraré, mi vida, la encontraré. No llores. —La abrazó con toda la fuerza que tenía—. Buscaré una solución, te lo prometo.

Volvió a besarla y cubrió cada centímetro de su cuerpo con caricias. Esta vez, hicieron el amor con desesperación, aferrándose el uno al otro mientras lloraban por el futuro que trataban de evitar con

sus besos como únicas armas de defensa.

Paula estaba de pie en el quicio de la puerta del estudio. Ya casi habían pasado dos semanas, pero hasta ese momento no había tenido fuerzas para entrar. Todo estaba igual que siempre. Parecía que el tiempo no había pasado por allí. Los pigmentos en sus botes de cristal aguardaban pacientemente a ser mezclados. Los pinceles estaban limpios, listos para su uso. Había incluso un lienzo en el caballete a la espera de que Alejandro se pusiera tras de él para crear su magia. Pero no había nadie que pintara. El olor a pintura era como un espectro aferrado a los objetos que había en la habitación, pero era eso, apenas un fantasma de lo que había sido. La misma Paula se había convertido en una sombra de sí misma. Los años la habían vuelto a atar a sus obligaciones: Ricardo y los niños. Sus días de libertad de correr por la vida de la mano de Alejandro se disiparon en un horizonte que nunca llegó, en unas promesas que no se cumplieron... En un dolor que le enquistó el corazón. La agonía de ese dolor le llegó hasta la garganta y salió con rabia por todos los poros de su piel. Paula destrozó todo lo que había en aquella habitación. El lienzo, los pinceles, los frascos de aceite. Los pigmentos se mezclaron con el polvo acumulado de años. Parecía un huracán que destrozaba todo lo que la ataba a aquella niña que ya no era. Siempre había ansiado la libertad más que nada y, a pesar de ello, la vida se había empeñado en atarla a sus obligaciones, lo que la hizo olvidarse de ser ella misma y dejar a un lado a aquella joven que por amor había roto todas las reglas.

Cayó exhausta de rodillas en el mismo sitio donde Alejandro la había pintado años antes, donde habían hecho el amor por primera vez, donde todo su mundo se había parado. Las lágrimas le quemaban la cara como aquel día la habían quemado sus besos.

Nacho llamó a la puerta de su hermana. Era temprano. Escuchó a

Mario dentro de la habitación. Fue él quien abrió la puerta, llevaba la camiseta en la mano. Se cruzaron miradas de indiferencia. Ninguno toleraba al otro. Los años de amistad cuando eran niños se habían perdido en la creencia de que ambos sabían qué era lo mejor para Diana. Y, desde luego, ambas ideas eran totalmente opuestas.

—Se está vistiendo —dijo Mario—. Yo me voy, mi turno empieza en un rato.

Nacho entró en la habitación. Diana se vestía con un vestidito azul. Miró hacia la barra de la cortina. El vestido de novia no estaba, pero aún llevaba el anillo de compromiso y el colgante de su madre.

—Ha llamado María. Dice que tiene mucha información para nosotros y que vayamos cuanto antes.

Diana se apresuró a coger el bolso. El camino hasta casa de María no era largo, pero se les hizo eterno. Al llegar, encontraron a la mujer que los esperaba en el jardín. Les sonrió en cuanto los vio aparecer y los saludó alegremente con la mano.

—Siento haberos hecho venir tan temprano, pero es que tengo una visita que puede contar cosas muy interesantes y está de paso. La llamé cuando vinisteis la primera vez para preguntarle por Alejandro, pero para mi sorpresa tiene mucha más información de la que yo pensaba. —En el salón había una mujer de unos cincuenta años. Vestía pantalón recto y blusa rosa. Se levantó en cuanto los vio entrar y miró fijo a Diana—. Esta es Aurora. Trabajó con vuestra madre en la galería de arte donde yo la recomendé cuando llegó a Barcelona.

—¿Aurora? —Diana dio un paso al frente—. No lo puedo creer... Mamá nos ha hablado de ti en muchas ocasiones. —Las dos mujeres se fundieron en un abrazo.

—Trabajé con vuestra madre varios años hasta que tú naciste y dejó la galería para ocuparse de ti. —Miró a Diana—. Cuánto has

crecido... —Ambas rieron—. Cuando María me llamó y me contó lo que pasaba, no pude evitar dejarlo todo y venir a hablar con vosotros. Tenía la esperanza de que Paula hubiera aparecido cuando yo llegara, que mi historia no fuera necesaria y simplemente abrazar a una buena amiga, pero en el fondo sabía que eso no iba a pasar.

—Buen presentimiento —comentó Nacho—. Debió de conocer bien a nuestra madre. Nunca nos contó demasiado sobre esos primeros años en Barcelona, pero claro, tampoco supusimos que hubiera mucho que contar.

—Yo tampoco imaginé que aquella historia llegaría hasta hoy y que sería yo la que os la tuviera que contar. Pero antes de eso, creo que María os debe explicar lo que pasó antes de que vuestra madre llegara a Barcelona.

—Si te refieres a cómo salió nuestra madre de La Paloma... —A Nacho se le hizo un nudo en la garganta al recordar lo que le había contado Diana sobre la última noche de su madre en la casa—. Ya lo sabemos.

—Siento mucho que hayáis tenido que oír esa historia y me siento particularmente responsable de lo que pasó —afirmó María—. Durante todo el verano apoyé aquella relación, les di alas únicamente al pensar en lo bonito que era el primer amor, en la buena pareja que hacían. Y como una romántica que nunca había amado, pensé que su amor podría vencerlo todo. Jamás pensé en las consecuencias hasta la noche en que Paula apareció en mi puerta magullada y maltratada. Tuvo que permanecer en cama varios días durante los cuales solo hablaba de marcharse a París con Alejandro.

»Veréis, como os dije la otra vez, por medio de unos amigos que residían Francia, le había conseguido a Alejandro una reunión con un galerista de París. Era una cosa modesta, pero era el único camino por el que podíamos comenzar. La galería estaba especializada en

autores noveles y compraban las obras a bajos costes. Los daban a conocer y cuando el artista conseguía algo de nombre, vendían las obras a un precio bastante más elevado. Estaban muy interesados en la colección de los desnudos, pues París siempre ha sido un mundo bohemio y de libertad sexual. En una ciudad vieja y experimentada en los más bajos fondos, los cuadros de Alejandro brillarían.

»El trato había sido que, una vez Alejandro se hubiera reunido con el dueño de la galería, yo le enviaría los cuadros, pues hubiera sido complicado para él moverse por las calles de París con quince lienzos bajo el brazo.

»Cuando llegó a París, se instaló en una pensión cerca de la Plaza de la Ópera, un lugar humilde pero regentado por una mujer española que había emigrado a Francia durante la guerra; una viuda y sin familia que había logrado hacer su vida en París. Con el dinero que habíamos recogido de las exposiciones del pueblo, Alejandro tenía cierto margen para instalarse y sobrevivir algunos meses hasta que su trabajo comenzara a dar frutos. Todo estaba perfectamente organizado. La reunión con el galerista resultó un éxito. Alejandro había llevado consigo algunos bocetos de los cuadros y el señor aceptó comprárselos todos a un precio muy razonable, lo que nos dio a entender que nuestro joven artista tenía un futuro muy próspero en la capital. La carta, que me envió con la dirección a la que debía enviar las pinturas, era toda emoción. Hablaba de lo enamorado que estaba de la ciudad. Había estado paseando varias semanas por las grandes avenidas, por el barrio de los pintores, admiró galerías y se empapó de París y de la libertad que se respiraba en el ambiente. Nada comparado a los años que había vivido en este pueblo, escondido en la sierra como un ermitaño para ocultar lo que era y lo que hacía.

»En el seminario había estudiado latín, francés e italiano y, si

tenemos en cuenta que era un luchador nato y un animal de supervivencia, su primer mes en París fue sin duda la mejor época de su vida. Así lo relataba en la carta. Únicamente había una sombra que hacía mella en su felicidad: echaba de menos a Paula. En su carta me pedía que le dijera que si todo salía según él había previsto, volvería a buscarla antes de lo esperado, que tuviera paciencia y que fuera fuerte.

María se acercó a un cajón de uno de los muebles del salón y estiró de él. Después volvió a sentarse ante los hermanos con un par de cartas antiguas y amarillentas en las manos. Sacó una del sobre y se la pasó a Diana.

—Como podéis apreciar vosotros mismos, por sus palabras, se sentía feliz.

Diana leyó por encima la carta y corroboró lo que María acababa de contarles, pero detuvo su lectura en las partes que hablaban de Paula.

—Yo no cabía en mí de la alegría por sus palabras. Comencé a organizar los preparativos para enviar las pinturas. Todo debía hacerse con delicadeza y sin llamar la atención, por lo que decidí contratar un servicio de transporte de la capital. No quería que unos ineptos perdieran los lienzos o los estropearan. El camino a Francia era largo y el viaje costoso, pero valía la pena. Lo tenía todo preparado cuando aquella fatídica mañana oí en el mercado los primeros rumores... La tragedia se había desatado. Dos días después, todos los lienzos ardieron en la plaza del pueblo y vuestra madre acudió a mí sin saber qué hacer. Todos los sueños que había costado tanto levantar se esfumaron en cuanto el alcalde prendió la mecha.

»No supe qué hacer. Tardé unos días en ser capaz de reunir el valor suficiente para escribir a Alejandro y explicarle todo. Tuve que

escribir tres veces la carta porque no era capaz de terminarla sin echarme a llorar. No teníamos cuadros, no sabía qué hacer con Paula y él no podía poner un pie a este lado de la frontera sin que lo detuvieran.

»No podía tener a la niña muchos días en mi casa, pues tenía miedo de que su padre montara en cólera otra vez y viniera a buscarla o, peor aún, que el prometido decidiera seguir adelante con la boda y la casaran sin esperar el tiempo que se había acordado en un primer momento. Tampoco me vi con valor de mandarla a París, pues hubiera sido un estorbo para Alejandro. Sin cuadros y sin poder volver a España le sería muy difícil sobrevivir y más aún si hubiera tenido que cuidar de Paula. Antes de obtener una respuesta de Alejandro, envié a vuestra madre a Barcelona. Lo que más me apremiaba en aquel momento era sacarla del pueblo y alejarla de su padre. Don Vicente era el propietario de una de las galerías de arte más prestigiosas de Barcelona. No sé cómo, pero fue el primer nombre que me vino a la cabeza en medio de las prisas y, además, me debía un favor.

»Al principio Paula se negó. Ella quería irse a París con Alejandro, pero le hice entender que era una locura y le prometí que si Alejandro respondía a mi carta pidiéndome que ella fuera a París, lo haríamos así, pero que esperaríamos con prudencia hasta saber qué hacer. Envié la carta a Alejandro el mismo día que acompañé a Paula a la estación de tren. En la carta le explicaba la situación a Alejandro y también le di la dirección que Paula tendría al llegar a Barcelona. Mi intención era que él mismo convenciera a la niña de que era mejor esperar un tiempo, al menos hasta que se calmase el revuelo y la orden de detención de Alejandro cayera en el olvido.

—Cuando has mencionado a don Vicente, ¿te referías a Vicente Castelló? —preguntó Diana.

—El mismo —afirmó María—. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conocemos. Fue como un padre para mi madre y un abuelo para nosotros. Además, es mi padrino. —Diana continuó ante una mirada desconcertada de María—. Hace un par de años que está ingresado en una residencia. Está muy mayor y se le va un poco la cabeza. Dice cosas inconexas sobre arte, exposiciones y sobre Barcelona... siempre habla de Barcelona.

—El señor Vicente y yo no éramos demasiado amigos, pero me debía un favor y yo sabía que era un hombre de palabra. Si conseguía que aceptara cuidar de Paula, podía tener seguridad de que lo haría.

—Y yo os puedo asegurar que lo hizo —Aurora tomó la palabra—. Si no hubiera sido por don Vicente, la vida de Paula en Barcelona hubiera sido muchísimo más desdichada. Pero empecemos por el principio.

»Tengo constancia de que Alejandro y Paula se escribieron durante algunos meses antes de que ambos perdieran el contacto sin remedio. Pero a eso llegaremos más tarde. Antes me gustaría ponerlos al día de cómo era la vida de vuestra madre cuando llegó a nosotros en la galería. Estoy segura de que os sentiréis orgullosos de ella.

»Paula llegó a Barcelona a mediados del mes de septiembre con apenas quince años. Yo era algo mayor que ella cuando nos conocimos y me resultó fácil cogerle cariño. Era como una hermana pequeña.

»Gracias a María, había conseguido un trabajo en la galería de arte en la que yo trabajaba, que era uno de los lugares más reconocidos y con más prestigio de Barcelona. Nuestras exposiciones eran las más nombradas en la prensa del momento, pues había personalidades de todas las partes del país que se citaban en los grandes eventos que organizábamos, nobleza y ejército incluidos.

Estaba situada en Paseo de Gracia, aunque hace ya años que cerró sus puertas. Como he dicho, nos visitaban clientes muy distinguidos, así que cuando el jefe se vio coaccionado por una conocida para contratar a Paula, puso el grito en el cielo. Era un hombre muy temperamental, pero lo mismo que se le subía el mal genio se le bajaba y, desde luego, su mejor rasgo era tener un corazón que no le cabía en el pecho. Por eso, pese a todo, decidió aceptar a la joven, aunque debo reconocer que en el primer momento pensó contratarla como chica de la limpieza. Sinceramente él no esperaba que alguien de provincias encajara en su galería.

»La mañana que Paula apareció allí, iba vestida con tanto recato que parecía recién salida de un convento. Su ropa, además de sobria, también tenía un cierto aire añorado. Creo recordar que llevaba una falda oscura hasta la rodilla y una blusa abotonada hasta el cuello. El pelo suelto sobre los hombros y se había pintado los labios con un carmín rosa que le daba un aspecto aún más desvalido. Cuando don Vicente la vio aparecer, se le iluminó la cara. Vuestra madre era una auténtica belleza. El pelo rubio, el óvalo de la cara, pero sobre todo sus ojos llamaban mucho la atención. Don Vicente vio un gran acierto en contratarla y se le pasó la idea de darle una fregona, ya que si no era muy tonta, podía aprender el negocio rápidamente y los clientes estarían encantados con ella.

»En realidad, fue poco lo que vimos en Paula en ese primer momento, ya que segundos más tarde cuando nos acercamos a presentarnos, resultó que además era encantadora y tenía unos modales muy refinados. Le enseñamos la galería para que se habituara al espacio de trabajo y mientras le hablábamos se paró ante un cuadro. Eran dos chicas que caminaban por la playa vestidas de blanco. Parecía impresionada.

»—¿Te gusta? —preguntó don Vicente, tratando de ver si la chica

valía para el trabajo.

»—Sí, cómo no iba a gustarme... —Paula lo miró un poco extrañada como si hubiese esperado que otra persona le hubiera hecho esa pregunta.

»—Es un gran pintor Valenciano.

»—¿Es original? —preguntó Paula que ya miraba con más normalidad a don Vicente.

»—¿Cómo? Pero, niña, ¿cómo no va a ser original? —Don Vicente pensó que quizás fuera más guapa que lista—. Esta galería es de mucho prestigio y además...

»—No lo decía por eso. Es que tenía entendido que la mayoría de las pinturas de Sorolla, esta incluida, se encontraban en Madrid, en su casa museo.

»—¿Sabes de arte? —don Vicente la miraba atónito.

»—Algo —dijo con modestia—. Aún me queda mucho que aprender, pero conozco a algunos pintores, sus obras y sus técnicas.

»—Esta obra, *Paseo a las orillas del mar* —matizó don Vicente para comenzar con el aprendizaje de Paula—, es efectivamente de Sorolla y debería estar en su casa museo de Madrid, pero nos la han cedido unos días porque hemos tenido una gran exposición de pintores impresionistas. La recogerán el lunes para volver a llevarla al lugar que pertenece.

»Don Vicente la cogió a su cargo. Durante días la sentó delante de catálogos de la galería y libros de pintura, biografías, técnicas, historia. Paula leyó todo lo relacionado con el arte durante varias semanas. Se pasaba toda la jornada sentada en el despacho sin apenas levantar la cabeza. Comía cualquier cosa y volvía al trabajo. Parecía que su intención era mantenerse ocupada el mayor tiempo posible. Además de aprender todo lo que pudiera sobre arte, era como una esponja, preguntaba y retenía toda la información que

obtenía tanto de los libros como de nosotros mismos. Nunca se quejaba y siempre tenía una sonrisa para todo el mundo. Yo la consideraba una amiga, comíamos juntas y, en ocasiones, paseábamos al salir del trabajo. Bajábamos por Paseo de Gracia hasta plaza Cataluña y allí cada una tomaba su camino a casa. Paula caminaba hasta la pensión en la que vivía en la plaza del Buen Suceso, cerca de las Ramblas. Yo cogía el metro hasta Sants. Nunca tomábamos nada después del trabajo. Se lo ofrecí varias veces, pero se rehusaba y ahorrraba hasta la última peseta que ganaba. Dejé de ofrecérselo cuando me di cuenta de que mi propuesta la incomodaba.

»Un par de meses después de que Paula se incorporara al trabajo, tuvimos una gran exposición. Antoni Tàpies volvía a su ciudad después de triunfar en Nueva York con una exposición de nuevas obras. Cuando don Vicente le dio a Paula un libro sobre Tàpies, ella lo miró con los ojos como platos. No lo dijo en voz alta, pero estoy segura de que pensó que aquello no era arte.

»Don Vicente la quería perfecta, así que me mandó con ella a El Corte Inglés para que le comprara ropa adecuada. Paula era la perfección en persona, pero su vestuario dejaba mucho que desear para la ciudad en la que se movía. Colores llamativos, trajes ajustados, eran los setenta y ella parecía que había retrocedido treinta años en el tiempo. Cuando íbamos de compras, recorría las secciones de la tienda como si estuviera en una galería de los horrores, aunque en realidad le resultó muy fácil acostumbrarse a aquella nueva moda. Tenía la mente muy abierta en todos los sentidos. Desde aquel día, sus vestidos dejaron de ser faldas de vuelos y pasaron a entallarle la cintura y la cadera. El tacón de los zapatos también era más alto y, por primera vez en su vida, se puso unos pantalones vaqueros. Paula tenía quince años, pero no podíamos dejar que pareciera una niña. La noche de la exposición

estaba radiante. Llevaba un vestido verde oscuro de satén cortado en la cintura con tirantes finos y algo de escote. Le recogí el pelo en un moño bajo y don Vicente le prestó unos pendientes de perlas de su esposa. Cuando la gente empezó a llegar, estaba atacada, le sudaban las manos y tenía miedo meter la pata y decir alguna tontería delante de algún cliente importante. No lo hizo, no metió la pata, se desenvolvió con soltura y causó buena impresión a todos con los que habló.

»Con llegada de noviembre y el frío, fue ella la que me propuso quedar a tomar algo después del trabajo y, de vez en cuando, tomábamos un chocolate caliente en una granja de la calle Balmes. Hablábamos de arte y de las diferencias de la ciudad y su pueblo. Paula estaba impresionada con los turistas y el tamaño de los autobuses, por no hablar de que le daba pánico usar el metro o que casi le dio un patatús cuando vio las escaleras automáticas de El Corte Inglés. Me contó la desolación que sintió el primer día que llegó a Barcelona y vio la altura de los edificios, el color gris de las calles, las multitudes de gentes que se movían por todos lados siempre con prisas. María había logrado que la fueran a recoger a la estación de Sants para llevarla a la pensión por miedo a que la niña se asustara tanto que fuera incapaz de salir del tren. Paula hablaba del ritmo frenético de la ciudad como si fuera una persona con vida propia. Yo siempre había vivido allí y, por primera vez, a través sus ojos me di cuenta del miedo que podía dar la ciudad vista por una persona de afuera. Aun así, ella se adaptó muy bien. Tenía una capacidad de superación de sí misma que nunca había visto. Era como si una cuerda hubiera tirado de ella hacia delante y no la hubiera dejado aflojar ni pensar en nada que no fuera avanzar.

No me contó nada de Alejandro hasta pasada la navidad del 70. La invité a pasar las fiestas con mi familia. Nosotros éramos pocos en

casa: mi padre, mi hermano y yo, por lo que Paula era como una distracción. Aquellas fiestas teníamos una invitada que evitaba que la cena de Nochebuena fuera como cualquier otra del año. Creo que fue la confianza de aquellos días la que la hizo abrirse o puede que sintiera la necesidad de sincerarse con alguien. Había mantenido en secreto la existencia de Alejandro y de todo lo relacionado con este pueblo y sus padres. Debo decir que, de ese tema, apenas me comentó nada. Ha sido María la que me ha puesto al corriente de lo que pasó aquí. En cuanto a su historia con el pintor, le daba vergüenza lo que yo pudiera opinar. También le daba pánico que don Vicente se enterara de que a su novio le habían impuesto una orden de detención y que por eso pensara en echarla del trabajo. Desde la primera vez que me habló de Alejandro, me di cuenta de cuanto lo quería. Por lo visto, se habían estado escribiendo esos tres meses con regularidad unas cartas larguísimas en las que él le prometía que volvería a buscarla en cuanto le fuera posible. Trabajaban y ahorraban para poder comenzar una nueva vida juntos. No me dio muchos detalles en aquel momento, pero había tanto amor en su mirada que sentí cierta envidia de ella.

—¿Qué fue lo que pasó entonces? —preguntó Diana desconcertada.

—¿Me creeríais si os dijera que fue hace apenas unos días, cuando hablé con Aurora para interesarme por Alejandro, que me enteré de lo que sucedió aquellos días? —dijo María—. Habían pasado cuatro meses desde que Paula se había marchado a Barcelona. Al principio las cartas fueron un poco más seguidas, pero debo reconocer que apenas nos conocíamos y, sin Alejandro, no había nada más que nos uniera. Para esa Navidad, ninguno de los dos me escribía con regularidad, por lo que cuando dejaron de hacerlo, apenas lo noté. La vida sigue y cada uno de nosotros tenía una vida ajena a la de los

demás. Debo decir que sentí mucho que Alejandro dejara de escribir, pues le tenía un cariño inmenso, pero supongo que en el fondo pensó que era mejor que yo no cargara más con sus desgracias. En las últimas cartas me había contado que, después de enterarse de la hoguera que se había hecho con sus lienzos, se deprimió profundamente. Sin cuadros y sin dinero, su futuro se tornaba muy negro. Además de agradecerme todo lo que había hecho por él, me contó que la dueña de la pensión en la que se alojaba le había dado trabajo, que no le pagaba mucho, pero que había dejado de cobrarle la habitación y la comida a cambio del trabajo. Me dijo que en cuanto ahorra un poco, iría a buscar a Paula y que vivirían juntos en París. Me dio mucha pena que hubiera dejado de pintar, pero al menos no se moría de hambre. Me alegré por ellos.

—Si esa era su intención, ¿por qué nunca volvió a por ella o es que tardó siete años en ahorrar ese dinero? —inquirió Nacho.

—Tienes razón. En realidad, nunca volvió a por ella —contestó María—. De hecho, ni siquiera volvió a por ella en 1977 porque él pensaba que Paula había muerto en enero de 1970.

—¿Cómo?! —Ambos hermanos exclamaron a la vez con gran estupor.

—Como os he comentado antes, de lo que sucedió entonces me enteré hace un par de días, al seguir el rastro de la vida de Alejandro. Resulta que aún es un ermitaño, a pesar de los años y es muy difícil averiguar cualquier cosa sobre él. Apenas acepta entrevistas y, en las pocas que concede, nunca habla de nada personal. Y, desde luego, sus amigos íntimos se cuentan con la mitad de los dedos de una mano. Me ha resultado muy difícil dar con él o saber que pasó durante el tiempo que Alejandro estuvo en París. Finalmente he encontrado a un amigo de un amigo que conocía al biógrafo de un galerista amigo de Alejandro de aquella época. Me ha contado

algunos detalles de lo que pasó y la verdad, es que llevo muchos días tirando de hilos. —Suspiró María—. Como os he dicho, Alejandro había comenzado a trabajar en la pensión en la que vivía. Ayudaba a la viuda a cambio de alojamiento, comida y algo de dinero. La mujer se llamaba Margarita, una viuda de guerra que había huido a Francia para alejarse del hambre. Al contrario que la mayoría de los exiliados, ella decidió no quedarse en la frontera para escabullirse en la noche. Consiguió salir del campo de refugiados y llegó a París donde Dios sabe cómo acabó con una pensión honrada y con Alejandro como inquilino. Creo que después de haber indagado sobre Alejandro, habréis descubierto que el joven tenía un encanto especial del que era muy fácil prendarse, pues Margarita no debió ser una excepción y se enamoró perdidamente de él. Según me han contado, ella sabía perfectamente de la existencia de Paula y de la intención de Alejandro de volver a por ella en algún momento. Trató de conquistarlo y de convencerlo de que ninguna mujer valía la pena si había una orden de detención contra él, pero todos sabemos que eso no iba a detener a nuestro enamorado pintor.

»Por lo que me han contado, durante los primeros meses ella lo apoyó en todo, lo animó a seguir pintando, incluso le compró lienzos y pinturas para que intentara vender algún cuadro. No sé qué debió pasar en ese tiempo entre ellos, pero supongo que Alejandro no cedió a sus encantos y ella se valió de su posición en la pensión para interceptar las cartas que le llegaban a él. Y, desde luego, las que él enviaba también se debían perder antes de llegar al buzón de correos. Supongo que esperaba que él pensara que Paula lo había olvidado. Por lo visto, aquella treta no hizo sino poner aún más nervioso al muchacho que comenzó los preparativos de un viaje suicida a Barcelona. Ambos sabían qué pasaría si Alejandro ponía un pie a este lado de la frontera, así que debió pensar que necesitaba

una solución más drástica para retener al hombre del que se había enamorado. Debió usar el sobre de una de las cartas que le envié a Alejandro y cambió el contenido antes de hacérsela llegar. Con un escueto texto, yo, supuestamente le informaba que Paula había muerto y le pedía que fuera fuerte y continuara con su vida.

—Las cartas de Paula debían de seguir llegando —continuó Aurora— porque ella seguía escribiendo. Debió darle miedo que Alejandro encontrara alguna, así que ella misma escribió una carta y la envió a la pensión en la que vivía Paula para comunicarle la muerte de Alejandro.

—¿Nos estáis diciendo que los dos pensaron que el otro había muerto? —interrumpió Diana—. Pero ¿cómo pudo esa mujer hacer algo tan horrendo?

—Ya sabes que hay personas que se toman muy en serio eso de que en el amor y en la guerra todo vale —sentenció María.

—Aurora —continuó Diana—. Me da miedo preguntar la reacción de mi madre ante la carta...

—Paula pasaba más horas en la galería que en la pensión —prosiguió Aurora—. Y las cartas de Alejandro eran tan importantes para ella que hacía un par de meses que había comenzado a poner en el remite la dirección de la galería, y las cartas desde Francia llegaban allí. Recuerdo que aquel día estaba radiante, pues íbamos a inaugurar una exposición importantísima y, a pesar de estar todos muy cansados por la organización, estábamos exultantes por haber conseguido que Miquel Barceló nos eligiera para su exposición. Paula estaba prendada por su obra y, si bien era cierto que no era su estilo, le fascinaba cómo usaba el color. La carta llegó a media mañana. El cartero le hizo un gesto a Paula que indicaba que había una para ella. Cada vez que llegaba una carta de Alejandro, don Vicente se hacía el despistado. Y, como las otras veces, hizo la vista gorda cuando Paula

se tomó un descanso en su despacho para leerla. Como os he dicho, hacía poco que yo conocía la historia, así que me hacía mucha ilusión verla contenta y me asomé discretamente por la ventana del despacho para espiar a Paula mientras leía. Siempre se le iluminaba la cara y aquella felicidad que le salía por los poros era contagiosa, así que me asomé para no perder el más mínimo detalle.

»Abrió el sobre y nada más desplegar el papel su cara cambió. Estaba claro que había algo que no encajaba. Leyó rápido y después volvió a leer y a releer la carta una y otra vez frenéticamente mientras su cara se le crispaba de dolor, desesperación y una pena terrible. Entré en el despacho para saber qué pasaba. La carta, en un texto muy corto, le comunicaba la muerte de Alejandro en un accidente tres días antes. Cuando me vio, finalmente dejó la carta y se rompió. Creo que pude oír claramente cómo su corazón se hacía añicos de dolor...

Una lágrima recorrió el rostro de Diana.

—Lloró durante días y semanas. Dejó de comer y apenas salía de la cama. Era un espectro gris, una sombra de sí misma. Nunca he visto a nadie tan triste como vi a vuestra madre aquellos días. Os prometo que hice todo lo que estuvo en mi mano, pero ella no reaccionaba a ningún estímulo.

»Cada tarde, después del trabajo, iba a verla, pero solo conseguía que se echara a llorar cuando trataba de animarla. A don Vicente, por su parte, se le había encogido el corazón cuando yo le conté por encima lo que había pasado. Durante casi un mes no fui capaz de sacar a Paula de su pena. No tenía a nadie más en Barcelona y yo me sentía responsable como su única amiga, pero comenzaba a desesperarme, ya que resultaba imposible que reaccionara. Una noche, don Vicente, sin mediar palabra, me acompañó en su coche a la pensión de Paula. Ella ni lo miró cuando entramos en el cuartito. Él

se acercó a la cama, se sentó en el colchón, le cogió la cara con una mano y la obligó a mirarlo.

»—En esta vida todos sabemos el día en que hemos nacido, pero nadie sabe el día en el que va a morir —le dijo—. Y nadie tiene el derecho divino de adelantar ese momento ni un minuto. No voy a dejar que te entierres en vida. Sé que duele, sé que piensas que nunca va a dejar de doler, pero te prometo que llegará un día que notarás que la herida se ha curado. De ti depende que ese día llegue antes. —Paula apartó la cara y él se la volvió a sujetar—. No te pido que lo olvides, te pido que lo recuerdes con toda la vivacidad posible porque en los recuerdos de los demás viven los que ya no están con nosotros. ¿Dime cuántos recordarán a tu Alejandro? Recuérдалo tú y vive intensamente para que cada recuerdo suyo se haga más fuerte en tu memoria o quédate aquí y morid los dos.

»Esa vez, Paula no apartó la cara. Estaba perpleja y, tras varios segundos de silencio, asintió levemente. Don Vicente apartó las sábanas de su cama y la cogió en brazos. Me dijo que se la llevaba a la casa con su mujer para que no estuviera todo el día sola.

»Pasó un par de meses al cuidado de la señora de don Vicente. Doña Beatriz era todo amor. Dios nunca había bendecido su matrimonio con hijos y ella se había resignado con el tiempo a que su familia fuera reducida. La llegada de Paula a la casa fue toda una alegría para ella y, aunque en aquel momento Paula no era una compañía demasiado agradable, doña Beatriz se encariñó con ella, la cuidó y la mimó. Paula tardó un tiempo, pero finalmente parecía que volvía a recobrar fuerzas y algo de ganas de vivir, aunque la pena la llevó por dentro durante mucho tiempo.

»Debo decir que fue en este punto en el que vuestro padre entró en juego. Ricardo Alarcón fue el médico que cuidó a Paula en casa de don Vicente durante todo ese tiempo. Desde la primera vez, quedó

impresionado por la belleza de vuestra madre y su fragilidad, pero es cierto que se mantuvo al margen durante un tiempo prudencial antes de empezar a cortejarla. Al principio, Paula ni siquiera lo veía. Apenas tenía ojos para nada que no fuera el trabajo. Creo que pensaba que si dejaba entrar cualquier estímulo positivo en su vida, traicionaría la memoria de Alejandro. Pasó más de un año antes de que dejara que vuestro padre la invitara a cenar.

—Eso quiere decir que papá sabía de la existencia de Alejandro —comentó Diana.

Paula y Lucía estaban desayunando. Hacía días que la joven apenas probaba algo de comer; su felicidad la mantenía. Lucía insistía entre risas para que la joven comiera algo, pero ella también se embriagaba con la felicidad de la niña. Cada día que pasaba sabía que era más fácil que las pillaran y, a la vez, cada día que pasaba sentía que era más difícil que aquel amor tan puro fuera separado. Lucía nunca había amado a nadie de aquella manera, aunque al ver a Paula se dio cuenta de que por lo menos una vez en la vida hay que amar con esa intensidad. Ella lo vivía a través de la joven que cada noche llegaba a casa exhausta de tanto querer, y mientras le preparaba la bañera y la ropa para dormir la escuchaba contarle los besos y las caricias.

—¿Es posible volverse loca de tanto querer, tata?

—No lo sé, cariño, ¿tú crees qué puedes volverte loca de querer a Alejandro?

—Solo sé que nunca podré querer a nadie con esta intensidad. Creo que podría vivir toda la vida contando los besos que me da cuando me ve por las mañanas y me araña la mejilla con la barba o mirando cómo pinta, mezclando los colores con ahínco. Sabes lo fácil que es reír con él y sentirte protegida entre sus brazos...

Todo ese amor no podía ser destruido por nadie. Lucía estaba

segura de que Alejandro tenía una idea para no perder a Paula y rezaba a diario para que, fuera cual fuera el plan del joven, saliera bien.

Recogían los platos del desayuno cuando Paloma entró en la cocina con noticias para su hija.

—Tu padre y yo nos vamos a la capital en cuanto tengamos las maletas en el coche. Hay un comerciante extranjero de caballos allí. Dicen que son de una calidad extraordinaria. Yo de eso no entiendo, pero tu padre quiere comprar uno para tu dote. Estaremos al menos una semana fuera porque, de paso, vamos a visitar a unos distribuidores de aceite que hace años trabajan con tu padre. —Paula miró a su madre, tratando de disimular las ideas que se forjaban en su mente sin poder pararlas—. Bueno, niña, no sé. No me mires con esa cara, que yo no entiendo de los negocios de tu padre. Vigila lo que haces estos días y ni se te ocurra saltarte la misa del domingo.

Paloma besó furtivamente a su hija en la mejilla por pura costumbre y salió de la cocina al mismo tiempo que Paula se volvía hacia Lucía para abrazarla y saltar de felicidad.

—Niña, compórtate, que no estamos solas en la cocina. Ven, vamos a tu cuarto.

Era fácil saber qué ideas descabelladas tenía Paula en la cabeza, pero que sus padres no estuvieran no quería decir que nadie reparara en su ausencia. Mientras subían los escalones hacia el cuarto de Paula, Lucía pensaba en las posibles excusas.

—Aunque tu hermano no se diera cuenta de nada, sabes los rumores que podrías levantar entre los trabajadores si no apareces en una semana por la casa.

—Algo podremos hacer, tata. —Paula ya estaba metiendo ropa en una maleta pequeña—. Quiero estar con él todo el tiempo que pueda.

—Niña, tendrás tiempo de eso más adelante. Tampoco te puedes

comer la vida en dos bocados. —Paula se sentó en la cama junto a Lucía y le cogió las manos.

—Lo amo con locura y cuanto más lo quiero, más pongo los pies en la tierra, Tata. Sé que crees que soy una niña loca de amor y que no pienso, pero soy consciente de que mi padre nunca me dejará estar con él. —Por primera vez, Lucía vio una mujer y no a la niña que había criado—. Es posible que se vaya a París el mes que viene y que nunca nos volvamos a ver. Me casarán o me fugaré, no lo sé. Pero, tata, soy consciente de que este amor, que me mantiene viva, es más frágil que el pétalo de uno de esos jazmines con lo que me preparas el baño. Quiero despertarme a su lado, quiero abrir los ojos y que su cara sea lo primero que vea. Y quiero grabarme esa imagen a fuego en la memoria. Puede que sea lo único que me quede de él después.

Lucía no pudo decir nada más. Comprendió que, en ese verano, aquel bebé que Paloma había puesto en sus brazos cuando aún no tenía un mes de vida, aquellos ojos verdes que la buscaban cuando tenían pesadillas en las noches de tormenta, esa preciosa jovencita, que estaba dispuesta a luchar por una vida que no le tocaba vivir, daba el último paso hacia la madurez, y ella no podía negárselo. La ayudó a preparar la ropa y luego salió con ella en busca de su hermano. Encontraron a Pedro en medio de las olivas. Surcaba la tierra para prepararla para la cosecha del invierno. Lucía la animó a pedirle a su hermano permiso para pasar unos días con su amiga Marta en el pueblo.

—¿Por qué no se lo has pedido a papá? Yo no quiero líos, Paula. Se lo dices cuando vuelvan y vas la semana que viene.

—Pero esta semana son las fiestas del pueblo. Papá no estará para llevarme y recogerme como los otros años y seguro que no le gustará la idea de que vaya yo sola por los caminos.

—Pues quédate en casa. —Pedro no parecía dispuesto a ceder.

—Papá dijo que este verano podía hacer lo que yo quisiera. Se han ido antes de darme cuenta de lo que pasaba. Lucía me acompañará a casa de Marta para hablar con su abuela y que ella nos vigile. Pedro, por favor. —Paula miró a su hermano con una cara que Lucía nunca le había visto. Parecía que estaba aprendiendo a usar su feminidad para conseguir cosas.

—Vale, pero si papá llama y me dice algo en contra, iré a buscarte.

—Gracias, gracias, gracias. —Paula corrió hacia Lucía y dio saltos de felicidad.

Salieron juntas por la puerta de adelante cuando Pedro volvía del campo. Lo saludaron con la mano, delante de todos los trabajadores que había por allí. Paula llevaba una bolsa de viaje marrón en la mano. Ese saludo de conformidad del hermano eliminó todos los posibles rumores que se pudieran despertar por la ausencia de la joven. Caminaron juntas por el camino hasta alejarse casi medio kilómetro de la finca y allí se separaron. Lucía bajó al pueblo mientras que Paula se encaminó hacia la sierra.

Vio a Alejandro en la puerta de la casa. La esperaba y le pareció verlo nervioso. Paula se dio cuenta de que con el lío del viaje y de la maleta llegaba dos horas más tarde de lo habitual. Cuando el pintor la vio aparecer por el camino, echó a correr hacia ella. Se encontraron en medio del camino de entrada a la casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Y esa maleta? ¿Estás bien? Yo...

—Tranquilo, estoy bien. —Le tocó la cara con ternura—. Mis padres han salido de viaje, vengo para quedarme unos días.

—¿En serio? ¿Lo dices de verdad? —Una sonrisa enorme se dibujó en la cara de Alejandro.

La cogió en brazos y comenzó a dar vueltas al tiempo que reía a carcajadas. Cayeron al suelo, uno encima del otro. Reían y se besaban mientras daban vueltas al rodar por el camino. Cuando entraron a la

casa, estaban llenos de polvo y sucios de barro. Alejandro propuso que se dieran un baño. Paula se quedó en la habitación para sacar de la maleta la ropa que llevó mientras él preparaba la bañera. Ella había entrado cientos de veces en aquel baño y, desde el primer momento, siempre se había sentido fascinada por la enorme bañera de latón que había en medio de la estancia. Se llenaba con una manguera que conectaba con un grifo de la pared y había que desaguarla con otra por la ventana del baño que daba al patio de atrás. Alejandro había llenado la bañera con agua templada y un ligero vapor subía desde la superficie inerte. El joven había encendido algunas velas para iluminar la habitación. La ventana estaba cerrada para dejar fuera el calor del verano y, a la luz del fuego, la estancia se llenaba de una calidez relajante. Se desnudaron mutuamente y dejaron la ropa sucia en el suelo sin preocuparse de nada más que no fuera el uno del otro.

—Creo que hemos vaciado media bañera en el suelo —susurró Paula para no romper la calma en la que se encontraban. Permanecían en la bañera abrazados, y la mano de Alejandro acariciaba uno de sus pechos.

—Mejor, menos trabajo luego para sacar el agua. —Rieron felices—. ¿Sabes? Por fin se me han quitado los celos que le tenía a Lucía.

—¿Le tenías celos a Lucía?

—Claro, ella te bañaba todas las noches y yo no. Sabes lo que me frustraba eso... —Alejandro hablaba entre risas y besos.

Siguieron abrazados mientras el agua los acariciaba suavemente. Aquellos días fueron como un regalo antes de la tormenta que se les venía encima. Hubiera sido imposible contar los besos y las caricias que se regalaron, eran como niños robándole horas al día para estar más rato en la calle jugando a la pelota. Las mañanas las pasaban paseando por la sierra, Alejandro pintaba bocetos de Paula sentada entre las amapolas, o correteando por el camino, ambos se miraban

fijamente para no olvidar los rasgos del otro. Paula reía y jugueteaba con las flores colocándoselas en el pelo, simplemente eran felices.

Un día Alejandro la llevó al salto del agua que había pintado en el cuadro que ella había estado admirando el día que se conocieron. El lugar estaba totalmente perdido en el interior de la sierra y protegido por un bosque de encinas, eucaliptos y vegetación baja. Allí, en medio, Paula tenía la sensación de estar dentro de aquel cuadro, que fue lo primero que la enamoró de Alejandro. Se sintió Diana, una diosa que corría en libertad por la naturaleza y sumaba la felicidad que sentía aquellos días. Pensó que era la mejor sensación que una mujer podía desear. Se descalzó las sandalias de tiras y se sentó sobre una piedra al borde del remanso que formaba aquella piscina natural. Llevaba un vestido de lino verde. Se subió la falda, dejó a la vista sus muslos y metió un pie. El agua estaba helada, a pesar del calor sofocante que hacía. Se le erizó la piel. Alejandro le sonreía desde una posición alejada del agua. Cuando ese pie se acostumbró al frío, metió el otro.

—Paula, cariño, ten cuidado a ver si te caes.

—Es lo que pretendo —dijo ella, mirándolo. El sol y el reflejo del agua hacían que sus ojos parecieran aún más verdes. Tenía dos esmeraldas en la cara y era imposible dejar de mirarla—. Quiero meterme totalmente dentro de tu mundo —dijo, sonriéndole—. Y que tú te metas conmigo.

—Ni lo pienses, Paula. No me voy a meter... Está helada, esa agua sale directamente de la montaña y no tenemos ni toallas ni nada.

—Paula volvió a sonreírle, esta vez, con picardía mientras se daba impulso con las manos y se metía en el agua de un salto—. No puede ser verdad...

Paula sacó la cabeza. No llegaba al suelo y nadó un poco hacia la orilla para poder ponerse de pie. Tenía la piel erizada del frío y se le

había quitado el color de las mejillas.

—Está helada. —Rio a carcajadas—. Ven, ven conmigo.

—Ni lo sueñes... Yo me quedo aquí y cuando quieras, sales.

Se agachó en la orilla a mirar cómo la chica se movía para entrar en calor. Parecía un pececillo. Nadaba con el pelo suelto y el vestido se movía al mismo ritmo de las ondas del agua. Lo hacía con estilo, sin salpicar agua y de vez en cuando, metía la cabeza y desaparecía de la superficie durante unos segundos. Cuando entró en calor, se acercó nuevamente a donde Alejandro la esperaba. Él pensó que quizás ya había desistido y que saldría del agua, en cambio vio asombrado cómo se desabotonaba el vestido y se lo quitaba para dejarlo sobre una piedra. Después se sacó el sujetador y las braguitas blancas.

—¿Qué haces?

—Nunca he nadado desnuda. Quiero sentir el agua sin nada que haga de barrera. —Comenzó a nadar de nuevo al tiempo que miraba a Alejandro con picardía. El joven pensó que Paula había aprendido muy rápido a usar su feminidad a su favor—. Esto es increíble, ven.

Alejandro respiró resignado y comenzó a desnudarse él también. Dejó su ropa alejada del agua y se acercó a la orilla; sabía bien lo fría que estaba el agua. El cuerpo de Paula se desdibujaba bajo la superficie cristalina. Mientras Alejandro suspiraba y se quejaba del frío ella se alejó hasta donde la pequeña cascada rompía la tranquilidad del estanque. Había un montículo de piedras detrás del salto donde Paula se sentó para esperar a Alejandro. El agua la cubría hasta la cintura y le dejaba al descubierto el pecho. Él llegó nadando y se quedó en el agua para mirarla.

—Pareces una sirena —susurró—. Aunque te digo una cosa: como venga alguien, nos vamos a morir de la vergüenza.

—Quiero hacer el amor aquí —Alejandro cambió la cara.

—Paula, vida, no creo que... —Ella le tapó los labios con un dedo y se deslizó por el agua para rodear la cintura de Alejandro con las piernas. Le hizo falta apenas un movimiento para que sus cuerpos encajaran a la perfección—. Vale, como quieras... —fue lo único que fue capaz de articular el joven.

Hicieron el amor torpemente en el agua. Cada vez que Alejandro perdía el equilibrio se hundían. Paula se soltaba cada dos por tres y nadaba para tratar de mantenerse fuera del agua, por lo que le daba alguna que otra patada en la espinilla. Cuando las risas ganaron el pulso a la pasión, salieron y se tumbaron en la hierba cálida por el sol. Permanecieron abrazados y dejaron que sus cuerpos se secaran para volver a recuperar el calor. Cuando el sol comenzó a caer y una ligera brisa se levantó, decidieron volver a casa. La ropa de Paula seguía mojada y se vistió con la camisa de Alejandro mientras él llevaba únicamente los pantalones. Volvieron caminando de la mano al tiempo que se sonreían, recordaban y reían.

Caía la noche cuando Alejandro se asomó a la ventana. Se volvió y besó a Paula. La chica leía uno de los libros de arte que había en la casa. Le gustaban los pintores franceses. Alejandro salió de la casa y bajó al sótano mientras ella seguía inmersa en la lectura. Volvió unos quince minutos después y se sentó a su lado.

—Me alegro de que estés aquí esta noche —dijo Alejandro mientras entraban en la casa.

—¿Esta noche? Llevo aquí tres días ya. ¿Qué tiene de especial esta noche?

—¿No lo sabes? Hoy es San Lorenzo, hay lluvia de perseidas. —Paula lo miró sin entender—. Las perseidas son meteoritos pequeños que entran en la atmósfera y se queman, lo que provoca que veamos miles de estrellas fugaces. Hoy no hay luna. Se verán muy bien.

La cogió de la mano y la llevó fuera de la casa. En el patio de adelante había un colchón viejo de lana con sábanas blancas. Paula no supo qué decir. Se tumbó en la cama mullida y miró al cielo. Una pequeña estrella cruzó rápida y Paula señaló efusivamente hacia donde la había visto.

—¿Puedo pedir deseos? —Él asintió—. Entonces se cumplirá.

—A qué te refieres.

—Voy a pedir el mismo deseo a todas las estrellas que pasen y seguro que se cumple.

—Hay algo tan importante para que se lo tengas que pedir a todas las estrellas.

—Voy a pedirles una vida contigo. Quiero estar contigo, crecer contigo, tener hijos y morir de vieja en nuestra cama, a tu lado, después de vivir una vida llena de felicidad. Alejandro, estos días me han hecho darme cuenta de que no hay nada en el mundo que pueda separarme de ti. No me importa trabajar o tener que contar cada moneda para llegar a fin de mes. Todo esfuerzo es poco si al final del día estoy contigo.

Alejandro quedó impresionado por sus palabras. Su niña había crecido y tenía claro lo que quería. Él tampoco era capaz de imaginarse volver a despertar solo. Tiró de ella para abrazarla mientras las lágrimas de San Lorenzo cubrían el cielo. Permanecieron en silencio un rato más mientras pedían el mismo deseo a todas las estrellas.

—Me quedaré contigo, Alejandro. No voy a volver. Mañana iré y se lo diré a Lucía para que se prepare, para que se vaya. La furia de mi padre se desatará contra ella y ya ha hecho mucho por nosotros.

—Eres menor de edad. Si da parte a la Guardia Civil y te encuentran, te devolverán a él y no podremos hacer nada.

—Nos casaremos. Un cura no puede negarnos el sacramento.

Iremos al pueblo de al lado. —Alejandro le acarició la espalda mientras veía pasar una estrella y volvía a conjurar el mismo deseo una y otra vez: estar toda la vida a su lado.

—Paula, te quiero con el alma, no hay nada que me pueda hacer más feliz y tienes razón, no te dejaré a merced de lo que pueda hacerte tu padre. Nos casaremos mañana mismo si hace falta y te sacaré de aquí. Buscaremos un lugar donde vivir y un trabajo.

—¿Cómo que un trabajo? Tú ya tienes uno, eres pintor. —La besó en los labios; adoraba su inocencia.

—No puedo ser pintor. No tengo dinero, no tengo un nombre. Nos moriríamos de hambre antes de que vendiera un cuadro. No puedo darte una vida fácil, pero puedo trabajar todas las horas del día. —La miró porque se había quedado callada. Había una expresión de pánico en su cara—. No te preocupes ahora, mi vida. Hablaremos por la mañana. Ahora mira las estrellas.

A Paula le costó reponerse, pero hizo caso a Alejandro y se concentró en las estrellas. Jugaron a ver quién veía más. Alejandro hacía trampa y señalaba partes del cielo para distraer a Paula. Las estrellas pasaban rápidas y, en aquella noche sin luna, se veían con especial claridad. Alejandro pensó en un momento que lloraban por ellos, por aquel amor imposible al que veían el final gracias a su altura en el cielo. Paula cada vez estaba más callada y relajada.

—No te duermas, mi vida. Aún quedan muchas estrellas a las que pedirles deseos.

—Es que no puedo evitarlo. Este hueco que se forma entre tu hombro y tu cuello es el mejor lugar del mundo para estar.

—Duérmete entonces, que yo te cuido el sueño.

Cuando Alejandro notó que se le acompañaba la respiración y el cuerpo se le relajaba, la cogió en brazos y la subió hasta la habitación. Aún llevaba puesta su camisa. Se había negado a

quitársela al volver a casa, pues decía que le quedaba mejor que a él. «Es verdad», pensó. No pudo dormir en toda la noche. Se sentó en el suelo, al lado de la cama, y la miró descansar hasta que el amanecer empezó a entrar por la ventana hasta iluminarlo todo. Paula se movió en la cama, se giró hacia el otro lado y le dio la espalda. La camisa se le subió, lo que dejó al descubierto sus dos piernas largas y las braguitas blancas, que se había quitado en el salto de agua. Tenía el pelo revuelto sobre la almohada y su expresión aún era relajada por el sueño. Alejandro se acostó a su lado y le besó la nariz. Ella no abrió los ojos, pero se acomodó más cerca de él. Volvió a besarle la nariz. Paula no había llegado a abrir los ojos mientras hicieron el amor con la luz del alba. Aquella mañana, Alejandro se movía con una lentitud especial. Quería sentir todo el cuerpo de Paula, que toda su piel estuviera en contacto con la de ella. La besó hasta que le dolieron los labios y procuró no dejar ni un centímetro de su piel sin cubrir de besos. Cuando Paula volvió a quedarse dormida, se levantó y fue a su estudio. Todo estaba preparado para pintar. Había un lienzo colocado en el caballete. Los pigmentos esperaban a ser mezclados, los pinceles estaban limpios y él tenía muy vivo el recuerdo que quería pintar. Comenzó a mezclar y a preparar la paleta de colores.

Paula se despertó sola en la cama. Desde que había llegado, Alejandro la despertaba cada día con besos mientras ella ronroneaba como un gatito y se dejaba querer. Tenía un claro recuerdo de haber hecho el amor con más intensidad de la que nunca había sentido hasta aquel momento. Estaba sobre la cama, desnuda, y el sudor aún le perlaba la piel. Se levantó y llevó la sábana con la que se envolvió mientras caminaba por el pasillo. El olor a pintura era penetrante. Alejandro había estado preparando pigmentos antes de que ella se levantara. Se asomó al estudio; él estaba de espaldas y pintaba

frenéticamente. Normalmente su trazo era más tranquilo y pausado. Paula lo oyó suspirar. Lloraba. En un momento en el que él se giró para cambiar el pincel, pudo ver el lienzo. Era ella, tranquilamente dormida en la cama, con una luz muy cálida y una expresión de serenidad que transmitían calma y un cierto punto de ternura. La pintura no estaba acabada, pero prácticamente todos los rasgos de su cara estaban terminados. Paula dejó caer la mano sobre la manilla de la puerta y esta sonó, lo que hizo que Alejandro se volviera hacia ella. Tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—Mi amor, ¿qué ocurre? —Paula se acercó temerosa.

—Quería pintar un último cuadro antes de dejarlo del todo. Es tu regalo de boda, mi vida. Quería que fuera tu cara lo último que saliera de mis manos.

—No debes dejar de pintar, puedes seguir haciéndolo. Trabajar no es incompatible con pintar. —Paula lo miraba asustada. Pintar, para él, no era un trabajo. Era una forma de vida.

—Paula, para mí no es un sacrificio, es un regalo si puedo estar contigo, pero tengo que ser realista. Por mucho que trabaje, no vamos a encontrar un lugar donde vivir que sea compatible con la pintura. Apenas nos podremos permitir un cuarto en la ciudad y no podemos vivir con olor a óleo y aguarrás. Pero no me importa, son solo cuadros.

—Estás llorando. —Paula le acarició la mejilla.

—No me había dado cuenta. —Alejandro se volvió a mirar el cuadro. Había luz en su mirada, le gustaba el resultado.

—No voy a sacrificarte por mí. —Él se volvió cuando la escuchó hablar—. No pienso atarte a una vida desdichada por mí.

—Pero ¿qué dices? Una vida a tu lado es todo lo que puedo pedir.

Alejandro pensó que Paula se arrepentía de su decisión de casarse con él. Se le aflojaron las rodillas, cayó al suelo y la abrazó. Pensó por

un segundo que la vida que él le ofrecía no era suficiente para ella. Se sintió miserable por no poder darle todo lo que ella hubiera esperado.

—No te voy a dejar renunciar a tu arte después de todo lo que te ha costado. Alejandro te amo y te amo pintando. Tú eres tus lienzos. La mirada que hay en tus ojos cuando pintas es algo que nunca me perdonaría quitarte por vivir desesperadamente. Puedo esperarte. —Alejandro la miró sin comprender—. Vete a París y cumple tu sueño. Yo te esperaré.

—¿Lo dices en serio?

—No quiero separarme de ti, pero es un precio pequeño comparado con quitarte todo tu mundo. No lo permitiré. Puedo estar un año soñando contigo. Me has dado suficientes momentos bonitos como para poder sobrellevarlo.

—Volveré con bastante dinero para comprar tu dote y que no tengamos que escaparnos. Un año, Paula, en un año volveré a por ti. Me presentaré en tu casa y te sacaré de allí como mi mujer.

—Ya soy tu mujer, tonto.

Paula abrió la sábana y dejó su cuerpo desnudo a la vista de Alejandro. Se abrazaron mientras Alejandro se recuperaba.

PARTE III

Capítulo 16

*Aquel año, el otoño cubrió Barcelona con un manto de hojarasca
que revoloteaba en las calles
como piel de serpiente.*

La sombra del viento, Carlos Ruiz Zafón

—Ir conociendo detalles de esta historia es como montarse en una montaña rusa —afirmó Diana—. Siempre he pensado que conocía a mi madre, pero su corazón parece tener secretos que ninguno de los dos nos podíamos ni imaginar.

Nacho asintió.

—Nadie es capaz de llegar nunca al fondo de nuestro corazón —continuó María—. Y hablando del corazón... ¿de dónde has sacado ese colgante que llevas en el cuello?

—Lo encontré entre unos dibujos en el desván de La Paloma junto a otras cosas de mi madre. Supongo que debió de ser un regalo de Alejandro. Todo esto se desató cuando mi madre me lo vio puesto.

—Así es. Se lo regaló la última noche que se vieron. Lo diseñó el mismo y talló la caja que lo contenía en esa misma mesa. —María señaló una mesa junto a una de las grandes ventanas del salón.

—Y vuestra madre lo llevó en el cuello hasta el mismo día que anunció que estaba embarazada de ti —continuó Aurora.

Diana tocó el pequeño corazón de plata que llevaba colgado en el cuello e intentó sacar de él todo el amor que debía de haber guardado como un tesoro.

—Entonces se lo dio la noche de la fiesta. —Nacho hacía

memoria, tratando de poner en orden toda la información que habían recibido esa última semana sobre la historia de su madre y el pintor.

—No, esa noche estuvieron entretenidos en otras cosas. —María soltó una sonrisilla pícaro ante la mirada de sus tres invitados—. Alejandro me lo contó más tarde. Desde que la había visto entrar por la puerta con aquel vestido tan bonito, deseó besarla. Jugaron toda la noche a acercarse y alejarse. Se rozaban discretamente cuando nadie los miraba. Finalmente Paula se escabulló al piso de arriba seguida por él. Si vuestra abuela hubiera subido cinco minutos antes, hubiera encontrado a su más valiosa posesión haciendo el amor con un pintor de prostitutas en la primera habitación del pasillo. Me hubiera encantado ver su cara. —El rostro se le crispó—. En vez de eso, la encontró en el pasillo mientras se colocaba las medias. Vuestra abuela era una mujer lista. Creo que nunca llegó a saber hasta dónde se conocían o cómo habían llegado a aquel punto, pero aquella noche tuvo una corazonada sobre lo que pasaba en la vida de su hija. Por eso, a la mañana siguiente, la puso a trabajar en la casa como a una criada más. Nunca le he deseado ninguna desgracia a nadie, pero ella no merecía tener una hija —aseveró con acritud.

—¿Cómo fue la noche que se despidieron? —preguntó Nacho, intentando volver a encaminar la historia.

—Como acabo de decir, vuestra abuela la tuvo encerrada en la casa realizando tareas que no le encomendaba ni a las criadas. Pensó que así la tendría controlada y salvaría la situación. De día, al menos, la controló, pero durante las cuatro noches que le quedaban a Alejandro en el pueblo, Paula saltó cada noche por la ventana de su dormitorio para encontrarse con él en el camino. Después iban juntos hasta la casa y pasaban allí la noche. Al alba, volvía a llevarla al camino y ella se fundía con los trabajadores como si acabara de levantarse.

—Ahora entiendo porque decían que estaba tan demacrada esos días. No fue por la pena de no volver a ver a Alejandro, era por las noches movidas que se traían entre manos —comentó Diana risueña—. ¿Alguna vez te imaginaste a mamá así, saltando ventanas para encontrarse con su amante?

—No, aunque ya empiezo a encontrar cierta similitud con tu propia locura. —Ambos hermanos se echaron a reír.

Esos días estaban conociendo a una madre desconocida. Ambos habían dejado de ver a la madre siempre amorosa, cariñosa y preocupada para descubrir a la mujer apasionada, fuerte y capaz de enfrentarse a todo por amor. El orgullo que ambos sentían por su madre se había multiplicado. En cierta manera, el odio y la frustración de Diana comenzaba a disiparse al ser capaz de entender y de sentirse reflejada en el espejo de su madre.

—¿Cómo fue la noche en que se despidieron? —volvió a preguntar Nacho.

—Tenían planeado pasar los días que les quedaban juntos, pero la noche de la fiesta se les fue de las manos y vuestra abuela sospechó algo. Así que no les quedó más remedio que disfrutar de las noches.

»El último día de Alejandro en el pueblo lo pasó aquí conmigo para poder salir temprano a la mañana siguiente. Durante todo el día lijó, pulió y talló con el mayor cuidado del mundo esa pequeña cajita llena de estrellas. Paula vino antes de la media noche y ambos fueron a la habitación donde dormía él. Rieron, lloraron y se amaron a partes iguales. No tuve que aguzar el oído para darme cuenta de que pasaron toda la noche despiertos. Antes del amanecer, oí ruidos en el piso de abajo y me asomé a la ventana. Estaban abrazados en el jardín. Quizás hice mal, pero abrí la ventana para escuchar la conversación. Aquella historia de amor me parecía preciosa, algo que yo ya no viviría nunca. Alejandro le dio la caja con el colgante. Y ella

le juró que nunca se lo quitaría.

»—Te prometo, mi amor, que volveré lo antes posible y después de ese día nunca nadie me volverá a separar de ti. ¿Aguantarás verdad?

»—Todo el amor que me has dado estos días hará que aguante lo que sea necesario hasta tu vuelta.

»—Desearía no tener que dejarte con tu padre, Paula, mi niña. Si pasa algo, lo que sea, por favor, ven si falta a ver a María. Ella te ayudará con lo que necesites.

»Le dio la cajita y le puso el colgante. Lloraron abrazados, se besaron y se dijeron cuánto se querían. El sol comenzaba a dar luz en el horizonte y pensé que ningún astro en el cielo podría separarlos en ese momento, así que bajé. Desde la puerta principal, llamé a Alejandro y le pedí que la dejara ir antes de alguien los viera. Se besaron por última vez y ella emprendió el camino a casa. La mirada de Alejandro era tan triste que se me rompió el corazón y pensé que quizás había sido mejor para mí no haber amado nunca de esa manera. Quizás no había sentido la pasión, pero tampoco el dolor.

Los recuerdos ya habían entrado como un huracán en aquella casa. Paula se sentía agotada al tratar de poner en orden sus sentimientos. Recordar a Alejandro le estaba causando un dolor muy profundo. Pensó en Diana y en Nacho y en que la decisión que había tomado les hubiera afectado como para que comenzaran a odiarla. Le daba un miedo atroz hablar con ellos, sobre todo después de la reacción de Diana la última vez que se habían visto. No podía ni imaginar que pasaría por la cabeza de sus hijos después de todos los días que llevaba lejos. ¿Estarían preocupados? Por primera vez desde que había vuelto a aquella casa, se sintió sola y una gran presión comenzaba a hacerse latente en su pecho. Las decisiones más duras de tomar son las que más consecuencias pueden acarrear a nuestro

corazón, y las que dan más miedo son las que nos llevan hasta el final del camino en soledad. Paula necesitaba hablar con alguien y la única persona que venía repetidamente a su cabeza, no podía consolarla. Echaba de menos a su mejor amigo, su compañero de los últimos treinta años. Ricardo había sido, desde el primer momento, un amigo, un apoyo, un hombro en el que llorar y la mano que sujetaba cuando tenía miedo. Nunca se arrepintió de haberse casado con él. Posiblemente la pasión entre ellos se había extinguido demasiado pronto, pero el cariño y la admiración por el otro los habían mantenido juntos hasta el final. Ricardo, con su carácter tranquilo, con la paciencia que el amor requiere, supo permanecer a su lado durante su duelo por la muerte de Alejandro. Don Vicente lo había llamado una noche para que acudiera como favor especial a su casa: tenía una amiga que requería una revisión urgente. Cuando Ricardo entró en la habitación donde habían acostado a Paula únicamente logró ver una belleza radiante tras los ojos rojos e hinchados de días de llanto ininterrumpido. Tampoco reparó en el pelo despeinado y en la cara demacrada por la falta de alimento y por la pena. Desde el momento que puso un pie frente a Paula, se enamoró de ella. La revisó con cuidado y finalmente dictaminó que la salud de la joven no era preocupante, pero que solo ella sería capaz de salir de aquella depresión. Se ofreció a pasar regularmente por casa de don Vicente para controlar la situación y darle conversación a la joven.

Para Paula la presencia de Ricardo y el buen trato recibido por la familia de don Vicente fueron cruciales en su recuperación. Era cierto que los pedacitos de su maltrecho corazón daban un salto cada vez que el mero recuerdo de Alejandro pasaba por su mente, pero como le había dicho el día de su despedida, él le había dado los buenos recuerdos que necesitaba para ser fuerte el resto de su vida. Tardó varios meses en recuperar el apetito y, sin duda, tardó mucho más en

recuperar la sonrisa. Sabía que su amor era imposible, siempre había contado con enfrentarse a su padre, con renunciar a sus comodidades y tener que trabajar para poder comer, pero la muerte, ese factor nunca lo había contemplado como un impedimento para ser feliz junto a su pintor. Por lo tanto, el golpe fue mucho más difícil de superar.

Ricardo acudía una vez por semana. Habitualmente la encontraba sentada en la galería. Hojeaba novelas o libros de arte y apenas paraba la mirada en las páginas para simular que estaba entretenida en algo que apenas le interesaba. A continuación pasaban a la habitación de la joven donde él le hacía una escueta revisión: «Respire hondo. ¿Come usted bien? ¿Duerme por las noches?» y algunas otras preguntas cuyas respuestas, en realidad, no eran relevantes. A Ricardo únicamente le apetecía estar a solas con la frágil criatura, que llevaba semanas sin poder quitarse de la cabeza. Él sabía que el dolor de un corazón era la dolencia más difícil de curar, pero también sabía que, con paciencia, el tiempo podía curarlo.

Conforme pasaban las semanas, el reconocimiento daba paso a conversaciones junto a una taza de café. En un primer momento, acompañados por la señora Beatriz, que no tardó mucho en intuir las intenciones del joven doctor y siempre encontraba una excusa para ausentarse. En los primeros días de la primavera del año 1970, el sol entraba a raudales por los ventanales del piso de don Vicente y Ricardo comenzó a incitar a Paula para que salieran a dar un paseo.

—El sol es beneficioso, te ayudará a recuperar las fuerzas y la alegría poco a poco —aseguraba—. Como tú médico, te receto paseos al sol como medida necesaria para tu recuperación.

Paula, que había sido criada para obedecer, aceptó sin excusas la propuesta. Y así fue como las visitas de Ricardo comenzaron a hacerse más continuas. La memoria de Paula sobre aquellos días era

ciertamente difusa. Cegada por la pena, se movía como un espectro por la vida, aunque sí recordaba la figura de Ricardo en todas las escenas mínimamente menos tristes. Ricardo siempre hablaba, procuraba mantener la mente de la joven ocupada. Trataba de hacer bromas o se ponía serio al explicar casos de pacientes o vivencias de su etapa en la universidad.

Ricardo era hijo de una familia acomodada. Su padre había ocupado un alto cargo del ejército franquista. Severo y de pocas palabras, había muerto algunos años antes y su madre llevaba un tiempo en una clínica de reposo en la falda de la montaña de Montserrat. Apenas se veían y la relación entre ellos era más bien escasa. Él vivía solo en la casa familiar, un majestuoso piso de techos altos y suelos hidráulicos situado en la zona alta de la ciudad. Siempre se había sentido desarraigado de sus padres y, desde muy joven, había sentido el deseo de formar una familia, pero su alta implicación en los estudios y en el trabajo le habían impedido conocer a la mujer adecuada. Cuál fue su sorpresa cuando una noche, don Vicente, un amigo de la familia lo sacó de la apasionante lectura de un antiguo manuscrito de anatomía publicado casi un siglo antes por José María Gómez Alamá. Ricardo estaba fascinado con la narración de las antiguas técnicas de disección usadas por su colega para ofrecer ese amplio conocimiento anatómico a los que vinieran tras él. Tan concentrado estaba que necesitó que el teléfono sonara tres veces antes de percibir el sonido. Acudir a aquella llamada cambió el curso de su vida para siempre. Él, que apenas había conocido mujeres y mucho menos mantenido relaciones sentimentales con ellas, se enamoró a primera vista de aquella joven rota que don Vicente le puso en las manos.

Después de asegurarle que no corría peligro, Ricardo indagó un poco en la vida de la joven. Por lo que le dijo don Vicente, era lista,

educada y una especie de angelito que no había soportado la muerte de su novio.

—Es muy joven —aseguró don Vicente—. Deber ser su primer amor, y ya se sabe que las mujeres son muy sentimentales en estos temas. Yo ni sabía que hubiera un novio cuando llegó. Es cierto que lo de las cartas de Francia me dio que pensar, pero tampoco es que le pusiera mucha atención. La joven es aplicada y muy buena persona. Que le pase esto no es justo. ¿Crees que corre peligro?

—Una depresión de este tipo puede ser muy peligrosa y más si ella no quiere colaborar, pero por ahora su salud está intacta. Hay que tenerla muy controlada. Ha sido bueno que te ocuparas de ella.

—No podía dejarla en esa pensión. Es tan joven y está tan sola... Me siento responsable de ella.

—Eres un buen hombre, Vicente —aseguró—. No te preocupes. Mantendré un ojo puesto en ella, la visitaré una vez a la semana y controlaré sus progresos, pero únicamente ella tiene el poder de salir de ese agujero donde ahora se encuentra. Desde luego, una pena.

Ricardo, como buen médico, nunca había deseado ni se había alegrado de la muerte de un ser humano. Pero, aquella noche, por su mente pasó ligeramente una idea de gratitud hacia Dios, por haberse llevado al novio y haber puesto a la joven en sus manos.

Los dulces paseos al sol derivaron en invitaciones al teatro y salidas a restaurantes. El verano había pasado y Ricardo había aguantado con mucha paciencia sin hacer partícipe a una aún taciturna Paula de sus sentimientos. Ella había vuelto al trabajo y, desde luego, ese paso la había ayudado mucho en su recuperación, pero su mirada seguía sin ser tan cristalina como lo había sido antiguamente.

Don Vicente, que le había cogido el cariño de un padre, le prohibió rotundamente volver a la pensión cuando ella se lo pidió.

Paula procuró mantenerse siempre ocupada y en compañía; logró volver a una rutina normal por primera vez en meses. Don Vicente y ella abrían la galería por las mañanas, trabajaba todo el día y salía a comer con Aurora. La mayoría de los días, Ricardo la esperaba a la salida del trabajo y la acompañaba castamente a casa. Otros, le pedía a Aurora que pasearan por el barrio gótico hasta la catedral donde ofrendaban una vela a Santa Eulalia que había sufrido un gran tormento, desde luego, peor que el que había sufrido Paula, pero la joven pensaba que era la única que podía entenderla. Finalmente, y tras merendar en una granja, andaban hasta la orilla del mar donde ambas amigas se quedaban en silencio al tiempo que miraban el movimiento del mar y sentían su brisa en la cara. Aurora había nacido en aquella ciudad y, desde pequeña, siempre había sentido fascinación por ver cómo rompían las olas contra la arena, especialmente en los meses de otoño e invierno, cuando la playa estaba desierta de bañistas y la brisa marina se colaba en los pulmones. Paula, que había descubierto el mar gracias a su amiga, se sentía honrada de que Aurora la dejara compartir con ella esos momentos de soledad y relax en los que las palabras sobraban y únicamente el sonido del mar llenaba sus conversaciones.

Lo que nadie sabía era que Paula solía levantarse al amanecer, se escabullía del piso y subía hasta la azotea del edificio, una jungla de tejados que se extendía frente a ella. Miraba atentamente cómo la ciudad comenzaba a despertar, las luces de las farolas se apagaban y el sol comenzaba a entrar tímido por las calles. Cerraba los ojos y sentía la brisa en la cara. Sin necesidad de concentrarse mucho, lograba, por un momento, ver frente a ella el mar de olivos que se extendía hasta donde se perdía la vista, el cielo azul que brillaba ante sus ojos y las manos de Alejandro en su cintura mientras él le susurraba al oído «mi vida». Sentía sus besos por las mejillas y

entonces abría los ojos solo para darse cuenta de que aquella sensación placentera era el calor de sus propias lágrimas. Permanecía allí para recordar todos los momentos vividos con Alejandro. Todas las noches en su cama, las caricias, el calor del roce de su piel, su mirada oscura y su risa. Y solo cuándo se sentía plena de recuerdos volvía a escabullirse en su cama para permanecer en silencio hasta que los habitantes de la casa comenzaban con su rutina diurna y ella continuaba con la suya.

Fue cerca de la navidad de 1970 cuando Ricardo decidió que era momento de comenzar a avanzar en su relación. Paula estaba prácticamente recuperada, salían habitualmente y ella reía espontáneamente con las bromas de él. Hablaban de muchas cosas y cuando caminaban por la calle ella lo cogía por el brazo. Paula había recuperado gran parte de su frescura habitual, pues sus ojos volvían a brillar y parecía sentirse muy cómoda en presencia del médico.

Aquella noche Ricardo la había recogido como de costumbre en casa de don Vicente, iban a ir al gran Teatro Liceo, pues se estrenaba la ópera *Tristán e Isolda*. Ricardo tenía un palco que había pertenecido desde hacía años a su padre.

A Paula siempre le había fascinado el Liceo. Su gran estructura, la magnificencia de su patio de butacas y le dolía el cuello cada vez que intentaba mirar hacia arriba para abarcarlo todo: la decoración en tonos dorados, los palcos con sus pequeñas sillas... La primera vez que Ricardo la había llevado, sintió que no había visto nunca un edificio tan hermoso, ya que todo allí era majestuoso. Además, le fascinaba la historia de sus dos incendios y de cómo había vuelto a resurgir de sus cenizas después de quedar prácticamente destruido. Sentía que el edificio y ella tenían algo en común. Aquella noche toda la alta sociedad barcelonesa estaría allí. La señora Beatriz le había prestado uno de sus vestidos de gala, era un precioso vestido con

más de veinte años de encajes perfectos y pedrería en un negro inmaculado que resaltaba su escueta silueta a la perfección. Las joyas, también propiedad de la señora de don Vicente, no hacían sino terminar de resaltar el conjunto. Ella, que jamás se había vestido de aquella manera, se sentía radiante. Ricardo debió de pensar lo mismo cuando la vio bajar los escalones del portal porque, en ese mismo momento, decidió que aquella noche comenzaría el resto de su vida junto a Paula.

El espectáculo fue perfecto. Paula aplaudió hasta que le dolieron las manos y él apenas podía apartar la mirada de ella. La historia de Tristán y su Isolda le resultaba claramente familiar a Paula: ella destinada a casarse con un hombre al que no amaba. La pareja robaba minutos al día para entregarse a noches de pasión, escondidos en las sombras. Y finalmente la muerte de Tristán, solo, a la espera de la llegada de Isolda. Tan similar y a la vez tan distante de su propia realidad. Miró de reojo a Ricardo, que no apartaba la vista de ella, y lo vio especialmente feliz aquella noche. En cambio, ella no podía apartar la imagen de Alejandro de su mente.

Salieron del teatro rambla arriba en busca de algún taxi para volver a casa, aunque todos parecían estar concentrados en recoger a los espectadores que se amontonaban en la puerta del teatro y apenas repararon en la pareja que andaba por la parte central de la calle mientras reían y comentaban lo asombrosa que había sido la puesta en escena. A penas a unos metros de Plaza Cataluña, ambos habían decidido que sería mejor volver a casa caminando. Tardaron lo que Ricardo calculó como un millón de años, tiempo que el aprovechó para reunir todo el coraje necesario para sincerarse con la joven.

—Gracias por esta noche, Ricardo —comenzó a despedirse—. Ha sido una maravilla.

—No tienes que darme las gracias. Sabes que disfruto de tu compañía. Ir al Liceo sin ti no sería lo mismo.

—Yo también disfruto con la tuya. —Paula dudó un segundo. Había notado cierto nerviosismo en Ricardo durante la velada—. Buenas noches.

Se inclinó hacia delante para darle un tímido beso en la mejilla y Ricardo, incapaz de encontrar las palabras que llevaba preparando toda la noche, decidió que hablar era de cobardes y en un rápido amago giró la cara y Paula no pudo evitar sus labios. Fue un beso fugaz, rápido, lo justo para que ella se diera cuenta de la situación y se apartara azorada.

—Paula, lo siento —se disculpó agradecido por la oscuridad, pues notaba cómo sus mejillas se habían encendido de la vergüenza—. Quería hablar contigo, pero no me salían las palabras. Lo que he hecho, lo siento de verdad.

—¿Hablar de qué? —preguntó totalmente confundida.

—De nosotros. Paula, yo te quiero.

—No puede haber un *nosotros*. Tú no lo entiendes, yo... —Paula sentía que la vergüenza la consumía, no podía contarle nada, no sabía ni que decir. Jamás había pensado en Ricardo de esa manera. Los pensamientos y los sentimientos se le amontonaron en la cabeza y todo comenzó a darle vueltas. Únicamente quería salir de allí, así que, sin terminar la frase, se escapó escaleras arriba y dejó a Ricardo sin saber qué hacer para detenerla.

A la mañana siguiente, Paula buscó a Aurora con desesperación. No sabía con quién más tratar el tema y, dado que aquel día no había demasiado trabajo y que don Vicente había visto cómo Paula apenas probaba bocado en el desayuno, las dejó escaparse a comer un poco antes. Siempre comían en una casa de comidas de la calle Pau Claris, un lugar modesto que preparaba comida para los trabajadores de la

zona. Paula buscó un lugar apartado al fondo y hasta allí arrastró a Aurora.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó la joven desconcertada por la actitud de su amiga—. Llevas todo el día actuando raro, estás distraída y no dejas de mirar la puerta de la galería con miedo cada vez que entra alguien.

—Es por si viene Ricardo —confesó—. No sabría ni cómo mirarlo a la cara. Esta mañana he pensado en hacerme la enferma para no venir a trabajar. Ojalá la tierra me hubiera tragado esta noche mientras dormía.

—¿Pero qué dices? ¿Te ha hecho algo? Si te ha hecho algo, se lo decimos a don Vicente y verás que lo pone en su sitio...

—¡No! No me ha hecho nada malo... —titubeó—. Anoche cuando me acompañó a casa después del Liceo, me besó. —Se puso roja como un tomate sin ser capaz de mirar a Aurora que comenzó a reír.

—Así que el doctor por fin se ha decidido. Tiene más paciencia que un santo ese hombre. Es de admirar, en serio. —Aurora reparó en la expresión de Paula, que la miraba con ojos como platos totalmente desconcertada—. No puede ser, Paula. ¿En serio no te habías dado cuenta? Ese hombre lleva meses enamorado de ti.

—Pero es que no puede enamorarse de mí, yo no puedo estar con ningún hombre. —Paula había bajado el tono hasta hacerlo casi inaudible.

—¿Y eso por qué? —Aurora había imitado a su amiga y las dos hablaban en susurros—. No me digas que aún guardas luto por Alejandro.

—No es eso... —Paula estaba claramente avergonzada por lo que estuvo a punto de confesar—. Es cierto que cada día echo en falta a Alejandro y, aunque sigo enamorada de él y creo que lo estaré toda la vida, ese no es el problema. Lo que pasa es que yo me entregué a

Alejandro... Ya me entiendes. —Hizo un gesto rarísimo con la cara en busca de la comprensión de Aurora—. Si Ricardo se entera, seguro que ya no querrá verme. Y yo no quiero simular que soy pura, no quiero engañarlo, no sería justo...

—Espera, ¿me estás diciendo que Ricardo no querrá ser tu novio porque te has acostado con otro? —Los ojos de Paula se abrieron mucho. Su amiga hablaba con total naturalidad del tema mientras que ella sentía que estaba cometiendo un pecado capital—. Cariño, no sé qué costumbres había en tu pueblo, pero, por lo poco que me has contado, me las imagino. La mentalidad aquí, aunque un poco opaca aún, es más abierta y estoy segura que Ricardo no es un carcamal chapado a la antigua. Las chicas mantenemos relaciones con nuestras parejas antes del matrimonio y no es que esté bien visto, desde luego, pero tampoco es que nos lapiden y nos echen de casa. —Una sombra cruzó la mirada de Paula—. Además, mi niña, tú estabas enamorada de un hombre que si no hubiera muerto, se hubiera convertido en tu marido. No es tu culpa, creo que incluso a los ojos de Dios se te puede considerar una viuda. Estoy segura de que Ricardo no solo lo entenderá, sino que no le dará mayor importancia. —La miró atentamente—. ¿Tú lo quieres?

—No lo sé, no había pensado en querer a nadie más el resto de mi vida que no fuera Alejandro. —Se le escapó una lágrima—. Es bueno conmigo y me cuida. Además, es muy guapo, ¿no? —Aurora asintió—. Supongo que podría llegar a quererlo.

—Entonces habla con él abiertamente. Verás que te comprenderá.

Había pasado casi un año de la carta que anunciaba la muerte de Alejandro y Paula estaba más convencida que nunca de que jamás dejaría de amar su recuerdo y de que siempre necesitaría los momentos de aquellos días de verano en la sierra para seguir adelante. Sabía que necesitaría mantener a su pintor vivo en su

memoria, pero, si Dios se lo había quitado y le había puesto en su camino a Ricardo, significaba que le daba una segunda oportunidad. Quizás Alejandro había sido el instrumento de Dios para sacarla de La Paloma y darle esa nueva vida que nunca hubiera podido siquiera imaginar, en la bella Barcelona, con una familia en la que por fin se sentía querida, con un trabajo en el que era útil y, sobre todo, en la que se sentía dueña de su futuro. Ella, que estaba condenada a ser ama de casa y a parir hijos, administraba su dinero y además vestía pantalones y minifalda. Aquella señal debía de ser entendida como algo más que un giro de destino. Con ese pensamiento que se repetía una y otra vez en su cabeza, esperó a Ricardo en la puerta de su consulta. Cuando él la vio, se dio cuenta de que la joven asustada de la noche anterior ya no estaba.

—No sé qué va a pasar, no te voy a engañar, aún lo quiero, pero ya no me duele tanto.

Ricardo sintió aquella declaración como la más bella del mundo entero y, con un cuidado extremo, besó a Paula por primera vez. Y la besaría con la misma ternura y cuidado hasta el último día de su vida.

El noviazgo fue largo. Don Vicente no estaba dispuesto a dejar que nadie hiciera daño a la joven otra vez. Paula aún no había cumplido la mayoría de edad y ya había pasado por tener que emigrar a la ciudad y enviudar y, por mucho que confiara en Ricardo y en su buen corazón, no podía arriesgarse. Se sentía responsable de ella. Así comenzó todo un ritual de comidas en familia los domingos en las que analizaba al joven en cada visita. Ricardo y Paula aceptaron los términos impuestos, él porque no tenía otra opción y ella porque se sentía aliviada del tiempo que don Vicente le daba para descubrir sus sentimientos por Ricardo y para tratar de que el peso de los que aún tenía por Alejandro la dejaran respirar.

Los meses fueron pasando y la confianza entre ellos creció. Ricardo tenía un don especial para escuchar a Paula y entenderla, pues sus palabras siempre eran las apropiadas y la joven se sentía totalmente reconfortada cuando estaba con él. Paula, por su parte, había recuperado casi en su totalidad la frescura que había perdido durante el tiempo de duelo por Alejandro. Su risa era contagiosa y estar a su lado era como sentirse iluminado por una luz de felicidad. A pesar de todo, quería que aquella relación saliera bien. Ricardo era bueno con ella y además le gustaba mucho, así que se desvivía por él, era cariñosa y atenta, no sin mérito había sido criada para ser una buena esposa. Juntos hacían una pareja perfecta. Ella joven y avispada, educada con elegancia y con los ojos más bonitos del mundo. Él atractivo e inteligente y con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho. Disfrutaban de la compañía mutua en un mundo que se había esforzado en abandonarlos a su suerte y privarlos del cariño que es de rigor en las familias.

Durante todo su noviazgo, habían mantenido la costumbre de salir a cenar los viernes por la noche. Aquel día, Paula se vestía especialmente para ir al trabajo, elegía el vestido y los complementos adecuados, sabiendo que a la salida Ricardo estaría esperándola en la puerta de la galería. Juntos caminarían hasta la esquina de Paseo de Gracia con Diagonal y allí, él caballerosamente paraba un taxi que los llevaba hasta la Plaza Calvo Sotelo, donde bajaban y caminaban nuevamente agarrados del brazo hasta el restaurante Sol club. Era el favorito de Ricardo. En varias ocasiones, había realizado reuniones de trabajo con colegas del hospital o incluso había acudido solo al mediodía para disfrutar de la espectacular comida y el ambiente tranquilo. Solo cuando comenzó a frecuentarlo con Paula se dio cuenta del verdadero potencial del local. Carlos, el jefe de sala, había anotado su presencia desde la primera visita y, conforme estas se

hicieron frecuentes, siempre encontraban disponible la misma mesa, en una esquina del local y lo bastante cerca del piano para disfrutar, sin el murmullo del resto de comensales, de la placentera música que interpretaba Fermín. A Paula siempre le hacía gracia pedir el libro de canciones y, entre plato y plato, siempre pedía alguna. Ricardo sabía que su don para apreciar la pintura era extensible a su delicadeza para la música y el teatro.

—Eres preciosa.

—Eres un exagerado. —Sonrió—. Pero gracias. El ambiente ayuda, nunca había oído a nadie tocar el piano y quizás sea por la falta de experiencia, pero creo que Fermín le pone mucha pasión a su trabajo.

—Realmente es bueno en lo que hace —afirmó Ricardo—. Yo tampoco soy experto, pero creo que se toma muy en serio su papel. Este lugar no sería lo mismo sin su música y sin el cuidado que pone en los detalles.

Ambos habían estado observando al pianista mientras hablaban de él. Fermín, al sentirse observado, comenzó a tocar una nueva melodía. Paula movía la cabeza al ritmo de la música mientras entonaba muy sutilmente la melodía y tomaba un sorbo de su copa de vino. Aquella noche llevaba el pelo suelto sobre los hombros y, al inclinar la cabeza hacia un lado, uno de los mechones le cayó sobre la frente. Ricardo estiró la mano para retirarlo y observarla nuevamente.

—Esta es una de mis canciones favoritas —dijo la joven en un susurro mezclado con una sonrisa cómplice hacia Ricardo.

Justo en ese instante, la melodía terminó y ella hizo mohín. Ricardo miró al pianista y, con un gesto de cabeza, le dio las gracias.

—¿Por qué le das las gracias? —preguntó ella—. No hemos pedido la canción. Es mi favorita y ni siquiera sé cuál es para pedirla.

—Esta canción no está en la lista.

—Pues la toca siempre. Debe ser su favorita también —concedió

un poco dudosa.

Ricardo sonrió ampliamente y le cogió la mano.

—Puede ser, aunque creo que tiene más que ver con los detalles que hacen que su trabajo sea tan bueno. —Ella lo miró contrariada—. Esa canción se llama *Ojos verdes* y la toca siempre que tú estás en el local. Te la dedica cada noche.

Paula miró asombrada al pianista que estaba absorto tocaba otra canción y no pudo evitar una gran sonrisa. Esa noche, al salir del local, Paula se acercó a Fermín y le dio un beso en la mejilla. Desde aquel día, siempre que él tocaba *Ojos verdes*, ella alzaba su copa en dirección al hombre que en medio del local amenizaba su cena y la hacía sentir especial. Eran tantos los detalles hermosos que la vida había puesto ante ella al llegar a aquella ciudad que cada vez se esforzaba por pensar menos en su pasado y en el destino del que había huido. Únicamente el recuerdo de Alejandro permanecía imborrable en su mente. Pero desde hacía tiempo que había dejado atrás el miedo que le provocaba su padre, la inseguridad sobre su futuro o el asco que sintió la noche que conoció a Octavio Plazas.

Después de la velada, Ricardo siempre acompañaba a Paula de vuelta a casa de don Vicente, hasta el portal, donde, tras besarla tímidamente, se despedía de ella que siempre se volvía para mirarlo antes de subir el último escalón de la gran portería para susurrar «Buenas noches», al aire a lo que él respondía con una sonrisa.

Los besos furtivos de los primeros tiempos pasaron a convertirse en caricias más profundas. Era posible que don Vicente retrasara la boda, pero Ricardo no estaba dispuesto a esperar años para estar con la que ya consideraba su mujer.

—Ricardo, ¿adónde vamos? —preguntó Paula sentada a su lado en el asiento trasero de un taxi—. Creía que íbamos al cine.

—Es una sorpresa, amor.

Llegaron al portal del piso en el que vivía Ricardo y este le pidió que subieran. Paula nunca había estado allí. Sus visitas estaban limitadas al piso de don Vicente y sus citas siempre habían sido en lugares públicos. Paula quedó impresionada por el tamaño y la solemnidad del lugar, pues nunca había visto uno tan grande, excepto La Paloma. Pero aquello era diferente porque vivía mucha gente durante la cosecha, en cambio, Ricardo habitaba solo en aquella mansión de una sola planta. El piso de don Vicente era muy grande, pero nada comparado con aquel lugar y la elegancia de su decoración, los muebles de madera maciza, los objetos de plata para decorar, la vajilla blanca en la vitrina, los cortinones en todas las ventanas y que llegaban hasta el suelo. Paula admiraba asombrada todo lo que la rodeaba.

—Mis padres tuvieron mucha suerte en la vida. Provenían de familias adineradas y participar en el lado apropiado en la guerra les dio el último espaldarazo para llegar a amasar una pequeña fortuna. Mi padre hizo cosas de las que seguramente no se sentía orgulloso, pero la vergüenza es más fácil de sobrellevar en una casa lujosa en la que esconderla. —Ricardo cogió las manos de Paula—. En esta vida, solo he deseado que alguien me quisiera incondicionalmente. Todo lo demás no me interesa. Tú eres la única persona que me ha demostrado que me quiere y se preocupa por mí. Haces que mi vida sea más feliz y me encantaría compartir todo esto contigo si lo quieres. Si no, lo venderé todo e iremos donde tú me digas. Nada me importa si es por estar a tu lado.

Paula recordó a Alejandro diciendo unas palabras similares. Trató de borrar la imagen de su mente para prestar atención a Ricardo.

—¿No vas a decir nada, Paula? ¿No te gusta la casa? —preguntó.

—Sí, claro que me gusta. Es perfecta tal cual es. Se podría formar una familia entre estas paredes y me gustaría formarla contigo.

—Paula sonrió tímida ante la gran sonrisa que se dibujaba en la cara de Ricardo. Sí, había elegido las palabras apropiadas, aunque en su cabeza únicamente pudiera ver la imagen Alejandro.

Ricardo, loco de alegría, la cogió en brazos para comenzar a girar con ella. Reía y reía, y la joven no tardó en contagiarse de su alegría hasta sumarse a las risas. ¿La felicidad era eso? ¿Hacer que las personas que te importan sean dichosas? Si era eso, Paula lo había conseguido. Cuando Ricardo paró de dar vueltas, la dejó caer sobre uno de los sofás de estilo francés que había en el salón. Él calculó mal y cayó sobre ella entre más risas que, poco a poco, se apagaron hasta que los dos se quedaron callados y mirándose fijamente.

—Creo que si te beso ahora, no voy a ser capaz de parar. Si quieres que no lo haga, dilo ahora mismo.

Paula contestó sin palabras, solo con un beso. Había pensado en ese momento muchas veces, sabía que no tardaría en llegar el día en que Ricardo quisiera acostarse con ella. Ya habían pasado más de seis meses de noviazgo casto y ningún hombre en su sano juicio hubiera tardado mucho más, al menos, en intentarlo. Quizás para todos era mejor dar el paso cuanto antes, como un esparadrapo pegado a la piel, cuanto más rápido, menos dolerá. Los besos eran una cosa, pero entregarse en cuerpo y alma a otra persona, sentir las caricias más íntimas, dejarse llevar hasta el éxtasis del momento, eso le arrebataría lo último que le quedaba de Alejandro. Nadie más la había tocado y ya no sería únicamente suya. La joven se había prometido a sí misma que cuando llegara el momento, no iba a pensarlo, así que cerró los ojos muy fuerte y escondió la cabeza en el hueco del cuello de Ricardo que nuevamente la llevaba en brazos por un pasillo muy largo hasta una habitación donde la dejó suavemente sobre una cama enorme.

El joven bajó con torpeza la cremallera del vestido de Paula,

mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa, después ella misma se soltó el broche del sujetador tras varios intentos fallidos por parte de él. El médico, acostumbrado a tratar con cuerpos, se reía tímidamente al sentirse torpe en aquellos momentos. Cuando ambos estuvieron desnudos, Ricardo se tomó un momento para observarla con detenimiento antes de tumbarse sobre ella. Todo fue mucho más rápido de lo que Paula jamás hubiera pensado. Ricardo la había besado con énfasis, pero sus movimientos torpes y su falta de ritmo la habían dejado completamente fría. Pensó que quizás su pintor de prostitutas había aprendido de ellas no solo a leer el alma.

Ricardo por su parte se sintió completamente satisfecho, pues la expresión de su cara lo delataba. Aquella no era la primera vez que estaba con una mujer, pero su trayectoria era realmente corta. Anatómicamente conocía a la perfección el cuerpo de una mujer y sentía que eso era suficiente para ser un buen amante y Paula no se había quejado. Tampoco había hecho demasiado ruido, aunque él no tenía claro si eso era bueno o malo. Él sabía que ella ya había estado con otro hombre, ella misma se lo había confesado cuando empezaron su relación, pero estadísticamente, ¿cuántas veces podrían haberse acostado dos niños de dieciséis años en un pueblo chapado a la antigua? Su ego masculino se elevó hasta el cielo cuando la joven, que no se había dormido como él había esperado, se levantó desnuda y sin cubrirse con nada se encaminó al pasillo.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Paula, girándose antes de llegar a la puerta.

—¿No te da vergüenza? —Ricardo la miraba extasiado. Era perfecta en todas sus proporciones, la curva de la cadera prominente, pero no excesiva, el pecho mediano y muy firme, la piel tersa, el vientre plano—. No es que me importe, pero los hombres normalmente se quejan de que sus mujeres son muy pudorosas y que

apenas se muestran desnudas por miedo a castigos divinos por lujuria o vanidad. La mujer debe ser casta.

—Nunca he hecho demasiado caso a las leyes divinas —confesó—. Y por la experiencia que tengo, no creo que dos personas que se amen deban sentir vergüenza por sus cuerpos. Demostrarla, en mi opinión, forma parte del cinismo más que de la castidad. ¿Dónde está el baño, por favor?

Ricardo la miró perplejo mientras ella caminaba desnuda por el pasillo. En aquel momento, se dio cuenta de que su Paula no era tan niña como él había pensado. En un segundo, había crecido muchos años ante sus ojos y un leve pensamiento cruzó su mente al pensar que, excepto su confesión sobre la pérdida de su virginidad, nunca le había contado nada sobre su anterior novio y que quizás había sido muy benévolo al pensar en la inocencia de su antigua relación.

El reflejo del espejo le había mostrado una rojez sobre el pecho, el lugar donde Ricardo había apoyado su peso mientras habían hecho el amor. Se sorprendió al darse cuenta de que, excepto aquella pequeña marca, todo seguía igual. Había dejado que otro la tocara y nada había cambiado. El recuerdo de Alejandro y sus sentimientos hacia él seguían intactos.

Después de aquel día, la relación entre Ricardo y Paula siguió su curso con normalidad. De vez en cuando, se escapaban al piso de Ricardo, donde siempre hacían al amor con la monotonía del primer día. Paula pensó que el joven cogería práctica, pero con el paso de los meses comprendió que quizás, al igual que no todos los hombres tenían la misma sensibilidad de conversación, quizás tampoco la tendrían en la cama.

Los meses pasaron y justo un año después de su primera visita a aquel piso, Ricardo pidió la mano de Paula a don Vicente. Los preparativos de la boda fueron largos. Don Vicente no había previsto

el tener que casar a una hija adoptiva y, en su efusividad y alegría por la situación, encargó el mayor ajuar que una mujer pudiera desear, preparó el mejor de los banquetes e invitó a todos los invitados que pudo. Los novios no tenían familia con la que festejar, así que decidió brindar con la propia. También repartió invitaciones entre los clientes más prestigiosos de la galería y organizó una fiesta que duró varios días entre cena de compromiso y banquete. La ceremonia se celebró en Santa María del Mar, un templo cuya belleza no pudo eclipsar a la de Paula que, agarrada de su brazo, dio todos los pasos hacia el altar temblando y rememorando, pese a su propio deseo, los días de amor furtivos con Alejandro. Cuando el cura por fin dio su bendición, una lágrima corrió por su mejilla: un último adiós al amor de su vida y una bienvenida al que la acompañaría el resto de ella. Ese día borró de su memoria todo recuerdo de Alejandro y se dispuso a ser feliz con el hombre que tenía a su lado.

Capítulo 17

La pintura es una fotografía hecha a mano.

Salvador Dalí

—Después de saber toda esta historia lo único que quiero es encontrar a mamá y darle el mayor abrazo del mundo —confesó Diana—. Aurora, a estas alturas tengo miedo de preguntar cómo fue el encuentro de Alejandro y mi madre en 1977.

—No sabemos gran cosa de qué fue lo que sucedió en la vida de Alejandro durante sus primeros años en París. Después de la carta de fallecimiento que recibió Paula, no supimos nada más hasta casi siete años después. —Aurora calló un momento para tratar de poner sus recuerdos en orden—. Durante la navidad de 1976 comenzamos a oír el nombre de un tal Alexander Favré. Algunos clientes que habían viajado a París recientemente volvían extasiados con sus pinturas, con su trazo...

—Espera un momento —interrumpió Nacho—. ¿Quieres decir que se cambió el nombre?

—Por lo que he podido averiguar recientemente —continuó María—. En algún momento de esos años, comenzó a pintar otra vez y debió pensar que cambiarse el nombre era una buena forma de evitar la orden detención que aún estaba vigente contra él. Debieron de pensar que correría menos riesgo en caso de que su nombre se volviera relevante entre los artistas de la época. Ninguno de nosotros hubiéramos podido saber que le quedaban pocos años a aquella locura de régimen. Fueron muchos los que cambiaron sus nombres

en busca de protección e invisibilidad. Supongo que no les resultó complicado encontrar a alguien que falsificara sus documentos. Tras la muerte de Franco y la llegada de la democracia, él ya tenía un nombre como pintor en Francia y por fin podía cruzar la frontera.

—¿Se casó? ¿Rehizo su vida? —preguntó Diana.

—No consta en ninguna parte que Alejandro Casado o Alexander Favré estuviera casado, aunque es cierto que figura que mantuvo una relación muy larga con una mujer llamada Marguerite Favré en Francia. No tengo que atar muchos cabos para imaginar que es la misma Margarita de la pensión a la que yo lo mandé. —María miró unas notas que tenía sobre la mesa—. En 1978, Alejandro Casado hizo su primera exposición en Estados Unidos. Nunca se volvió a saber nada de Alexander Favré o Marguerite Favré.

—Como os iba diciendo, durante la navidad de 1976 fueron muchos los clientes que se sintieron interesados por la pintura de un tal Favré. Por lo visto era un joven muy esquivo que apenas se dejaba ver en sus exposiciones, pero sus cuadros y la fragilidad de su trazo se hacían un hueco muy importante entre los artistas noveles de París. Era tal el reclamo que don Vicente comenzó a mover hilos, a hacer llamadas y a buscar la forma de conseguir una exposición del joven. Estaba convencido de que si era el primero en traerlo a España, sería una buena fuente de ingresos para la galería. Además, una gran publicidad que atraería a coleccionistas de todas partes del país.

»Dada la actitud esquivia del artista y la rapidez con la que había conseguido obtener cierto éxito, el propio don Vicente tuvo que hacer un viaje a París para observar con sus propios ojos la calidad de su obra, ya que no había forma de conseguir ni un cuadro suyo fuera de las fronteras galas. Por lo visto, la negociación de comisiones por la venta y la reticencia del artista a venir a Barcelona fue muy dura de

llevar a cabo, pero no había nada en el mundo que hiciera que don Vicente no tuviera la paciencia para conseguirlo.

Volvió exultante y nos dio instrucciones muy exactas de cómo serían las cosas. Durante el mes de enero, prepararíamos la sala, retiraríamos el resto de los cuadros, enviaríamos las invitaciones a nuestros clientes, a personalidades y a todos los medios para que la repercusión fuera lo más boyante posible. Preparamos un catering excelente y ordenamos el mejor cava de toda Cataluña. Aquella presentación debía ser la más sonada que nuestra galería hubiera organizado alguna vez; por lo visto la calidad del artista lo merecía. Recibiríamos la obra del autor un día antes de la exposición, paisajes, retratos e incluso se incluían algunos desnudos que, al parecer, eran de una calidad nunca vista. Don Vicente estaba feliz por nuestra nueva democracia que dejaba a un lado la censura del franquismo. De otra manera, las mejores obras del pintor francés no hubieran podido cruzar nuestra frontera. Por otro lado, se mostró esquivo a la hora de darnos detalles sobre el muchacho, apenas nos dijo que era extraño, taciturno y con un acento francés un tanto raro.

»—Debe de ser de una región del norte —concluyó—. Podréis hacerle más preguntas cuando llegue, aunque ya os digo que se negó a una biografía. Muy raro, muy raro, sí...

»Estábamos tan ocupadas con los preparativos y habían pasado tantos años de la muerte de Alejandro que ninguna de nosotras y, menos Paula, se esperaba la vuelta que iba a dar su vida en apenas unos días.

»Los cuadros de Favré llegaron una fría mañana de Febrero. Los mozos, que se encargaban del almacén y el cuidado de los lienzos, los bajaron con sumo cuidado del camión y los amontonaron en sus cajas a un lado de la galería. Aquella mañana, como cada día de montaje de una exposición nueva, las puertas estaban cerradas al

público y don Vicente, que ya había estudiado cuidadosamente la distribución en las paredes de la galería, estaba muy afanado en la organización. Mientras, nosotras, que ya lo teníamos todo bastante organizado, estábamos sentadas en el despacho y cotejeábamos la lista de invitados que habían confirmado su asistencia.

»—Niñas, ¿por qué no vais a comer ya? —dijo don Vicente, asomando la cabeza por la puerta del despacho—. Esto va a tardar un rato. Traed cafés para todos cuando volváis.

»La idea era buena. Paula y yo estábamos muy cansadas esos días y cualquier excusa para relajarnos fuera de la galería era bien recibida. Las dos pasamos la comida y fantaseamos con el supuesto pintor y su obra. Tantas eran las expectativas que contábamos las horas para conocerlo. Don Vicente había cerrado una reunión con él a la mañana siguiente para enseñarle la galería y explicarle todo lo relacionado con los preparativos que habíamos organizado, y nosotras esperábamos echarle un vistazo a aquel extraño personaje sobre el que tanto habíamos trabajado sin ponerle cara aún.

»Volvimos a la galería entre risas y tonterías. Paula me contaba que Ricardo había viajado esa semana a Madrid para dar unas charlas en la universidad. Hacía poco que había empezado a darlas y la llamaba nervioso para que ella lo tranquilizara. Su matrimonio era un ejemplo a seguir, se los veía muy felices y yo, que estaba a punto de casarme, aprovechaba cualquier oportunidad para sonsacarle a Paula los detalles de la vida conyugal, aunque ella siempre se escabullía de mis preguntas con bromas.

»Entramos hablando en la galería sin prestarle demasiada atención al nuevo cuadro que presidía la pared principal del local. Ambas llevábamos las manos ocupadas con los cafés que había pedido don Vicente. El cristal estaba caliente, así que yo había acelerado el paso para dejarlo lo antes posible en la mesa del

despacho. Iba delante de ella cuando oí el ruido del cristal tras romperse en el suelo. Me volví al pensar que se habría tropezado o que no había aguantado más el calor en las yemas de los dedos. Don Vicente oyó el ruido y también salió de su despacho para ver qué estaba pasando. Paula estaba petrificada delante del cuadro. Estaba a más de cinco metros, era imposible que hubiera visto la firma, aunque eso tampoco habría sido relevante. Ella sabía que estaba firmado por Alexandre Favré. Recuerdo que le dije algo, pero no me oyó, estaba totalmente abstraída mirando el cuadro.

»—Os dije que el joven era bueno —comentó don Vicente a mi lado.

»—Creo que no es eso —contesté yo.

»Paula amaba la pintura por encima de todas las cosas, pero nunca había mirado así una pintura ni del mismísimo Tiziano, que siempre fue uno de sus favoritos. Mientras la mirábamos ella había comenzado a caminar hacia el cuadro y cuando estaba justo delante, cayó de rodillas y rompió a llorar con una amargura que solo le había visto una vez en la vida. Corrí hacia ella. Don Vicente no era capaz de salir de su asombro. Me agaché a su lado y entonces oí una leve cantinela que no dejaba de repetir.

»—Es él, es él, es él...

»Tardé menos de un segundo en atar todos los cabos. Paula no dejaba de llorar, don Vicente no entendía nada y yo no era capaz de entender en qué momento había resucitado el pintor para que aquel cuadro llegara a nuestra galería. Le pedí a don Vicente que confiara en mí y lo envié a pararnos un taxi en la puerta. Le di al taxista la dirección del piso de Paula mientras ella, que no había conseguido articular una palabra desde que salimos de la galería, únicamente lloraba y lloraba. Una vez en su casa, la senté en uno de los sofás del salón y le preparé una tila.

»—¿Estas segura? —le pregunté. Ella sabía a qué me refería—. No puede ser.

»—He visto su trazo, lo he visto pintar, me ha explicado su técnica —me contestó, reaccionando por fin—. Tú mejor que nadie sabes que el trazo de un pintor es como una huella dactilar. Es muy difícil de imitar, por eso son tan buenos los mejores. Es él. Es su luz, es la calidad de su obra. Puede que no sea su nombre, pero es él, no tengo la menor duda.

»—Paula, no ha dado señales en siete años. Se suponía que había muerto... No entiendo nada. —Por mucho que me esforcé intentando encontrar las palabras adecuadas para reconfortarla, para darle una explicación coherente, a mi mente solo venía una, y ella también había llegado a la misma conclusión.

»—Me abandonó.

»Comenzó a llorar nuevamente y, a falta de palabras de consuelo, me limité a abrazarla. Recordé esa misma situación siete años antes, en la que había consolado su llanto inundado de pena. En esta ocasión era la rabia la que la dominaba. El tiempo se detuvo en aquel salón. Perdí la noción de él mientras la abrazaba y trataba de que Paula se calmara. Finalmente pareció reconfortarse un poco. Yo llevaba un rato que pensaba en cómo afrontaríamos la situación al día siguiente cuando el tal Alexandre Fevre entrara por la puerta de la galería. Deseaba profundamente que cuando aquel hombre apareciera, Paula se diera cuenta de su error. Pero la conocía bien y sabía que no lloraría allí si tuviera la más mínima duda de lo que había visto. Don Vicente llamó por teléfono un rato después. Había intentado mantenerse al margen, pero la preocupación lo consumía. No sabía qué decirle, así que le respondí que Paula había tenido una especie de corte de digestión y que el susto la había llevado a echarse a llorar. Ni yo misma me lo creí, pero él parecía convencido. Supongo

que sus siete años de experiencia como padre tardío lo habían llevado a desarrollar un sexto sentido por el cual no quería saber más allá de lo que podía asimilar. Me pidió que la cuidara aquella noche y si por la mañana seguía indispuesta, que la llevara a urgencias del hospital de San Pablo. Le pedí que no se preocupara y volví junto a Paula que revolvía nerviosa en su bolso.

»—¿Qué buscas? ¿Necesitas algo? —le pregunté.

»—Estoy buscando mi agenda. —Paula sacó la libreta negra que siempre la acompañaba. Allí apuntaba todos los datos relevantes de la jornada. Yo no entendía nada, pero pensé que era mejor que buscara cosas de trabajo a que llorara otra vez—. Su vuelo llegaba a mediodía. Debe de llevar un par de horas ya en el hotel, ¿sacamos solo un billete verdad?

»—¿Cómo? —Dudé un segundo mientras ella me miraba con cara de desesperación y señalaba aquel día en la agenda. Entonces lo entendí—. Sí, seguramente ya está en hotel. Y sí, solo sacamos un billete, por lo tanto, viajó solo. No estarás pensando lo que creo que estás pensando, ¿verdad?

»—Pídeme un taxi, Aurora, por favor.

»Mientras yo la miraba aturdida ella corrió por el pasillo. La oí cerrar la puerta del baño, pero volvió unos segundos más tarde: se había cepillado el pelo y acomodado su melena rubia. Ya no tenía rastros de lágrimas en los ojos.

»—El taxi tardará cinco minutos, Paula. No vas a ir sola, voy contigo.

»—Ya suponía que dirías eso. Gracias.

»Era imposible descifrar lo que escondía su mirada nerviosa, imposible saber si estaba contenta porque su Alejandro estuviera vivo o muerta de dolor por su abandono. Estuvo muy seria todo el camino hasta que el taxista paró y nos dejó nuevamente en el

concurrido Paseo de Gracia, justo en la puerta del gran hotel Majestic. Yo nunca había estado ahí dentro, pero sabía de sobra que el lujo lo invadía todo. Don Vicente sabía cómo agasajar a los pintores que podían reportar buenos beneficios. Paula entró como un vendaval en la recepción. Yo apenas podía mantener su ritmo. Llegó al mostrador, miró a todos lados como si esperara encontrar Alejandro a la espera en algún lugar. Olvidó sus pulcros modales e interrumpió la conversación que uno de los empleados del hotel mantenía con un cliente. Se presentó como empleada de la galería y de don Vicente, y exigió el número de habitación en la que se hospedaba el señor Favré. Tiró de mí hasta los ascensores del fondo y, una vez se cerraron las puertas, pulsó el botón con el número cuatro. Cerró los ojos y respiró muy hondo.

»—¿Y si realmente es él, qué le digo? —me preguntó.

»Agradecí no tener que responder, pues una campanilla sonó para anunciar que estábamos en la planta cuatro. Paula giró a la derecha y no tardó en encontrarse delante de la puerta 413. Llamó con los nudillos y esperó. Yo estaba justo detrás de ella y podía ver cómo todo su cuerpo temblaba del miedo porque aquella puerta se abriera. No sé qué le daba más miedo: que la abriera Alejandro o que, en realidad, abriera un desconocido con un trazo y una técnica igual a la de su pintor. Oímos pasos cerca de la puerta y ambas nos tensamos cuando esta se abrió.

»—¿Sí?

»No necesité ver la expresión de la cara de Paula, pues tuve de sobra al ver la expresión del hombre que nos abrió la puerta para saber que ella no se había equivocado. Los ojos se le abrieron como platos, ahogó un gemido en la garganta y se quedó petrificado durante un segundo. No necesité que dijera nada para darme cuenta de que había algo familiar en su expresión de sorpresa y entonces me

di cuenta de que había sido la misma expresión que había visto en la cara de Paula al descubrir el cuadro. Ninguno tuvo tiempo de decir nada, el joven puso los ojos en blanco y cayó de rodillas en el suelo.

»Paula dio un paso al frente para amortiguar su caída. Lo sujetamos como pudimos entre las dos mientras él recuperaba un poco la consciencia y volvía a mirar a Paula con una expresión indefinida. Aun sujetándole, Paula me pidió que me fuera.

»—¿Qué dices? No me voy —reclamé.

»—Todo está bien, no te preocupes. Necesito hablar con él y necesito hacerlo a solas.

»No quería irme, no quería dejarla allí sola, pero era cierto que yo no pintaba nada en aquella habitación. Debía confiar en Paula y en su criterio, así que la dejé sujetando a un Alejandro aún muy confundido por la situación y aunque un poco más recuperado de su desvanecimiento, todavía no había sido capaz de articular ninguna palabra.

—¿En serio? —Nacho no cabía en sí del desconcierto—. ¿La dejaste ahí? —Aurora asintió—. ¿Qué pasó después?

—Al día siguiente, Paula acudió a la hora que habíamos quedado para comenzar la jornada. Todos los cuadros de Alejandro estaban expuestos. Pude ver brevemente algunos de los desnudos y debo reconocer que eran una maravilla. Busqué a Paula con la mirada cuando nos sentamos en el despacho de don Vicente, ella me esquivó en todo momento. Cuando don Vicente se sentó frente a nosotras, segundos después, ella se excusó por su comportamiento del día anterior y volvió a insinuar el tema del corte de digestión. Tras un leve asentimiento de don Vicente, comenzamos nuestra reunión sobre los acontecimientos del día. Todo estaba preparado. Aquella noche los cuadros de Alexandre Favré brillarían en Barcelona. Era nuestro gran momento y yo tenía un nudo en el estómago que

apenas me dejaba respirar. Paula, por el contrario, estaba muy seria, pero no podría asegurar que estuviera nerviosa.

»Alejandro llegó justo cuando los tres salíamos del despacho de don Vicente. Volví a buscar la mirada de Paula, pero ella volvió a rehusar mirarme. No entendía nada. Se comportaron como dos auténticos desconocidos, se saludaron con un breve apretón de manos y después Alejandro se alejó con don Vicente, que le mostraba orgulloso como lucían los cuadros en su prestigiosa galería. Cuando nos quedamos solas, sujeté a Paula por el brazo.

»—¿Qué pasa? —le pregunté—. No entiendo nada, ayer te dejé con él y hoy es cómo si no os conocierais.

»—No puedo decirte nada, ahora no. Vamos a trabajar. —Paula intentó soltarse, mirando por el rabillo del ojo hacia donde estaban don Vicente y Alejandro, pero volví a tirar de ella.

»—Llevo siete años viendo cómo superas la muerte del hombre que está ahí, alegremente, hablando con don Vicente. Te he cuidado, te he escuchado y te he apoyado en todo y ahora ¿no me vas a decir nada? Creo que me merezco una explicación.

»En el fondo sabía que no tenía derecho a increparla de esa manera, pero era cierto, había estado muy preocupada por ella toda la noche y de golpe era como si nada de lo ocurrido el día anterior hubiera sucedido. Sinceramente eso me estaba poniendo más nerviosa.

»—No sé qué decirte, aún trato de hacerme a la idea de que está vivo. Él también recibió una carta en la que supuestamente yo había muerto y ahora estamos aquí. Es como si nos hubieran arrebatado la vida y estoy casada. —Levantó la mano y me enseñó su alianza—. Realmente, no me pidas que te hable porque no existen palabras para explicar lo que siento.

»La entendí perfectamente y no pude sino respetar su decisión. Él

estaría una semana en Barcelona, por lo tanto, fui paciente. Aquel día llevamos a cabo nuestro trabajo con total profesionalidad. La exposición fue un éxito, Alexandre Favré se consagró como una promesa en nuestro país y la galería obtuvo unos ingresos más altos de los que esperábamos. Don Vicente estaba exultante, Paula parecía distante y yo estaba exhausta dados los acontecimientos. Sobre Alejandro solo os puedo decir que tenía un carisma especial. Era muy apuesto, alto y en esa época llevaba el pelo rizado cuidadosamente engominado hacia un lado. Vestía trajes cortados a medida y tenía unos modales exquisitos. Todo ello chocaba un poco con su carácter retraído y con un acento afrancesado horrible, aunque fue muy amable con todos los asistentes y con los medios.

»Los días pasaban y yo esperaba a que Paula se acercara a mí y me explicara algo de lo que pasaba. Le deje su espacio, no la agobié con preguntas y tuve paciencia porque realmente quería saber qué ocurría en la vida de mi amiga. Pero ella nunca me dio una explicación. Aquella semana la vi comenzar el camino que la alejó cada vez más de mí. Alejandro se fue una semana después y ella permaneció impassible en su puesto de trabajo y en su casa como mujer de su marido. Ricardo volvió de Madrid y debo creer que nunca supo lo que ocurrió aquellos días. Un mes más tarde, Paula nos comunicó que estaba embarazada y que quería dejar el trabajo para dedicarse a su labor como esposa y madre. Ese fue el día que se quitó el colgante.

»Después de aquella semana con Alejandro, el halo de tristeza del que se había desecho años atrás volvió a colarse en su mirada. Siempre esperé con paciencia a que ella me dijera algo, que nuestra amistad volviera a ser la misma, pero nunca ocurrió. Al principio, venía a vernos de vez en cuando, manteníamos conversaciones típicas de trabajo, nos preguntábamos qué tal iba todo, me

interesaba por su embarazo, pero poco más. Yo me casé unos meses después de tu nacimiento, vuestros padres vinieron a mi boda. Recuerdo perfectamente que cuando me acerqué a saludar a Paula, ella me abrazó y me susurró al oído: «Sé feliz, tú que puedes». Después de aquel día, la distancia se impuso entre nosotras. Diana era el centro de su vida y unos años después, repartió ese centro con Nacho. Yo también tuve hijos y dejé el trabajo. Entre unas cosas y otras, no recuerdo cuál fue el último día que nos vimos.

»—No puede ser. —Diana estaba muy frustrada—. Pensaba que tú nos dirías que pasó y tampoco lo sabes... No es posible. Esto no va a terminar nunca.

El teléfono sonó al otro lado del salón y María se levantó para contestar mientras su visita ataba los últimos cabos de la historia de Aurora, pero mostraban escepticismo por haber llegado de nuevo a un callejón sin salida.

—¿Sí? —contestó María. Los tres la miraron desde el otro extremo de la habitación—. No puede ser. —Silencio—. Sí, claro, he sido yo. —Silencio—. Sí, bueno, estar está, lo difícil es concretar dónde exactamente. —Silencio. El rostro de María palidecía cada vez que su interlocutor hablaba—. Es una historia muy larga, no sé si por teléfono... —Otra vez silencio—. Sí, claro, avísame cuando llegues.

María colgó el auricular y miró a hacia donde se encontraban Aurora y los dos hermanos. Tenía una expresión muy confusa y parecía no saber cómo explicarles lo que había escuchado en aquella llamada.

—María, ¿qué pasa? Estas pálida cómo una vela —preguntó Diana.

—Chicos, creo que el tiempo de las averiguaciones ha terminado. Deberíamos encontrar a vuestra madre ya.

—Sí, bueno es lo que intentamos hacer desde hace unos días...

¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Lo que pasa... Es mejor que nos demos prisa. El del teléfono era Alejandro. Ha oído rumores de que lo estoy buscando y no sé cómo ha intuido que tenía que ver con Paula. Llamaba desde el aeropuerto. Acaba de aterrizar en Madrid. Tardará algunas horas, pero creo que está noche estará aquí.

Los tres se quedaron mudos durante un segundo e intentaban analizar todas y cada una de las palabras de María con relación a la llamada. Fue Nacho el primero en romper el hielo.

—¿Cómo es posible? ¿Qué ha dicho exactamente? —preguntó.

—Me ha preguntado si he sido yo la que ha estado averiguando sobre él los últimos días. Le he confirmado que sí y me ha preguntado si tenía algo que ver con Paula y si ella estaba aquí. Le he dicho que sí nuevamente...

—¿Y él te ha dicho que está en Madrid y que viene hacia aquí?

—Había un tono de desesperación y a la vez de nerviosismo en la voz de Diana.

—Exacto —confirmó María—. Tenemos que encontrar a tu madre.

—Pero eso no va a ser tan fácil —continuó Nacho—. Desde que se fue no ha dado señales de vida y, con todo lo que hemos oído estos días, ya no sé si hablamos de mi madre o de una desconocida. Ahora mismo, no sabría ni por dónde empezar a buscar.

—Vale, a ver... Vamos a centrarnos. —María, que aún permanecía de pie junto al teléfono, volvió a sentarse en el sofá junto a Aurora—. Cuando se fue, llamasteis a hospitales, guardas forestales y a la Guardia Civil sin dar con ella, ¿verdad? —Los dos jóvenes asintieron.

—¿Y si ha vuelto a Barcelona? —preguntó Aurora.

—Esa posibilidad también la descartamos —contestó Diana—. Nos pusimos en contacto con uno de nuestros vecinos. Allí no está. Tampoco con ninguna de sus amigas. —La chica miró hacia arriba al

tiempo que hacía memoria—. Además, no se llevó las llaves de casa y apenas dinero o ropa, ni siquiera se llevó un coche. ¡Se fue andando!

—Eso quiere decir que está en el pueblo. Tiene que estar en un sitio que se sienta segura con alguien que conozca... —continuó deduciendo María—. Se fue de aquí con quince años. Debería ser alguien de aquella época, ¿no?

—Hemos preguntado a todos los que saben algo de esta historia —dijo Nacho—. Nadie sabe nada de ella.

—De hecho, cuando llegamos al pueblo no saludó a nadie, no hizo ninguna visita... —aseguró Diana—. Si tuviera amigos, los habría visitado, ¿no?

La duda parecía lógica, pero en el fondo sabían que Paula no debía estar muy lejos de allí. Lo difícil era averiguar dónde o con quién.

—Debe haber alguien más. Hay algo que nos dejamos... —María volvió a ponerse de pie nerviosa y a caminar de la puerta a la ventana y de la ventana de vuelta a la puerta—. Vuestro abuelo tenía un carácter muy severo y machista, siempre la tuvo controlada. No la dejaba salir, excepto para ir al colegio o a misa. Pero aquel verano, recuerdo que pasaba su tiempo entre Alejandro y una cría, una chiquilla morena con la que correteaba por el pueblo. Me contó que solía usarla de tapadera para sus encuentros con Alejandro. El día que la llevé a la estación, me pidió verla. Quería despedirse de ella, pero no había tiempo... Sí, eso es. Tenía una amiga. Entonces, quizás aún la tenga.

—¿Y quién es esa niña? —preguntaron los dos hermanos a la vez.

—No lo sé, no me acuerdo. Han pasado treinta años y tampoco en su entonces le di demasiada importancia a aquella cría —se justificó—. Estaba ocupada en otras cosas. —Diana y Nacho la miraron con una gran expresión de decepción en la cara—. Vale, vale, no me

miréis así. Diana, coge el teléfono y llama a La Paloma, tu tío debe saber quién era esa niña, quizás si ubico a su familia demos con ella.

Diana se levantó resuelta y descolgó el teléfono, mientras oía los tonos de llamada al otro lado de la línea. Únicamente podía pensar en encontrar a su madre lo antes posible, le daba igual todo lo demás. No podía ponerse frente a frente con Alejandro Casado sin saber si era su padre. La conversación con su tío fue breve, gracias a Dios había alguien que tenía buena memoria.

—La niña se llamaba Marta —explicó Diana—. No sabe su apellido, pero era una niña a la que había criado su abuela. Sus padres eran temporeros e iban por toda España e incluso Francia porque seguían los calendarios de recogida. Me ha dicho que la abuela de Marta tenía mucha relación con mi abuela. Cree que incluso eran familia lejana y que, por eso, permitían a Paula pasar tanto tiempo con su amiga. Es todo lo que recuerda, que no es poco... —María pareció no haber notado la ironía del último comentario de Diana y la miró con una gran sonrisa.

—Sé quién es —anunció—. Es más, creo que tengo una manera de localizarla. Hace muchos años se casó con un joven del pueblo, creo que tengo el teléfono de una de sus cuñadas. La voy a llamar. Quizás nos pueda decir algo.

María corrió a por la agenda y después se precipitó sobre el teléfono. En efecto, la persona al otro lado de la línea se identificó como cuñada de Marta y, después de una breve conversación, informó a María de que tanto Marta como su marido y sus hijos, tres, se habían mudado unos años antes a un pueblo vecino, donde él trabajaba como maestro y ella había abierto una peluquería. María tomó nota de dos teléfonos y, tras agradecerle, su amabilidad a la mujer colgó satisfecha.

—¿Quién llama? —preguntó Nacho—. Es nuestra última

oportunidad razonable.

—Llamo yo —contestó Diana—. Si mamá está con Marta, quiero ser la primera en hablar con ella y pedirle perdón.

Diana volvió a coger el teléfono y marcó despacio los números que María había apuntado en el papel. El aparato comenzó a dar los tonos de llamada: uno, dos, tres, cuatro...

—¿Sí? ¿Quién es? —La voz al otro lado tenía un tono agudo.

—Buenas tardes, ¿es usted Marta? —preguntó Diana.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo, Diana, soy hija de Paula Rivera. —Diana creyó haber oído cómo Marta se sorprendía, pero permaneció en silencio, por lo que Diana continuó—. ¿Ha sabido usted algo de mi madre estos días?

—¿Estos días? —Sin duda, había sorpresa en su voz—. Hace treinta años que no sé nada de Paula. Lo último que supe de ella fue que se había escapado de su padre. Unas semanas después, me llegó una carta en la que me daba las gracias por... —Dudó un segundo—. Bueno, por cosas que sucedieron aquel verano. Era una carta de despedida. Nunca más supe de ella... ¿Por qué iba a saber algo de ella ahora?

Diana le explicó brevemente que Paula y ella habían llegado unas semanas antes al pueblo para celebrar la boda, pero que, tras una discusión en relación a los acontecimientos de aquel verano, puntualizó Diana para darle a entender a Marta que tenía información de lo ocurrido, Paula había desaparecido y ya no sabían dónde buscarla. También le contó que preguntó a su tío sobre ella y que la había recordado de aquellos años como compañera de colegio y amiga de Paula, y que por eso habían decidido llamarla.

—Hemos pensado que quizás estaría con usted. —Un halo de esperanza hizo que Diana cerrara los ojos muy fuerte y contuviera la

respiración a la espera de que Marta le confirmara que Paula estaba con ella.

—No, ni la he visto ni he hablado con ella en todo este tiempo. Lo siento, no está conmigo.

Diana soltó el aire que había contenido hasta ese momento.

—Vale, gracias, teníamos que intentarlo. —La voz de Diana tenía un tono de derrota que no pasó desapercibido para Marta.

—Pero si yo tuviera que buscar a la chica con la que pasé aquel verano, te aseguro que solo habría un lugar en el que la buscaría.

—¿Dónde? —Diana volvió a contener la respiración.

—En casa de Alejandro. ¿Dónde si no?

Qué idiota. Diana se sintió aún más tonta que el día que discutió con su madre. ¿Cómo no lo habían pensado antes? Era lógico, lo más lógico que había escuchado en esos días. Todo el lío había empezado en aquella casa. Era lógico que terminara allí.

—Marta, por favor, dime que tienes la dirección de esa casa.

—¿Dirección? —No pudo evitar una carcajada—. Perdón, Alejandro vivía en una casa perdida en medio de la sierra. Creo recordar que, en aquel entonces, había un camino de tierra accesible con coche, pero eso ya no debe existir. —Diana recordó parte de su conversación con el alcalde.

—Mi madre iba cada día hasta esa casa, por algún camino debía llegar —insistió Diana que comenzaba a estar un poco harta de la faceta ermitaña de su posible padre biológico.

—Sí, claro, ella iba por medio de la sierra —confirmó Marta—. Alejandro le dibujó un mapa y ella lo seguía. Yo estaba con ellos el día que él le dio las indicaciones para llegar.

—Entonces, ¿sabes dónde está la casa? —Volvió a insistir.

—No, yo nunca fui con ella, solo vi el dibujo el día que Alejandro se lo dio. Era un esquema del camino. Él sacó un boceto de uno de

sus cuadros, un salto de agua si no recuerdo mal y, por la parte de atrás, dibujó un mapa del camino a seguir, que no era precisamente fácil. No te puedo decir nada más y, desde luego, es una suposición. No sé dónde está tu madre.

—Es la mejor suposición que hemos tenido en estos días. Gracias por todo.

Diana les contó a Nacho y a las dos mujeres la parte de la conversación de Marta que ellos no habían oído.

—María, ¿usted tampoco fue nunca a aquella casa? —preguntó Nacho.

—No, como ha dicho Marta, estaba perdida en medio de la sierra. El acceso era complicado, así que siempre era Alejandro el que me visitaba a mí, aquí en casa.

—Debe de haber alguna forma de saber dónde está —continuó Nacho—. El alcalde estuvo. Quizás si lo presionamos un poco...

—El alcalde fue por el camino de tierra, que además era por dónde yo debía enviar a los hombres que recogerían los cuadros. Ese ya no existe, por lo tanto, no me puedo ubicar —continuó María—, pero quizás si el *buen* hombre hace memoria, podría decirnos mínimamente algún punto de referencia.

—Sí, y quizás con eso y la ayuda de los guardias forestales podamos llegar —Nacho hacía cálculos mentales sobre cuánto tiempo tardarían en peinar la zona para buscar a su madre—. Quizás tardemos un poco, pero es nuestra mejor oportunidad, ¿no crees, Diana? —Se giró para mirar a su hermana que estaba especialmente silenciosa y perdida en sus pensamientos—. Diana... ¿Estás aquí?

Diana miró a su hermano al salir de su trance y luego a María y Aurora. Su expresión cambió en un segundo y una amplia sonrisa apareció en su cara. Se levantó de golpe y tiró de su hermano.

—¡Vamos! Tenemos que ir a La Paloma —Diana se colgó su bolso

al hombro mientras su hermano la miraba aún sentado en el sofá—. Sé dónde está la casa, al menos sé cómo podemos llegar hasta ella. ¡Vamos!

—¿Pero qué dices, Diana?

—Marta ha dicho que Alejandro le dibujó el trayecto a mamá en la parte de atrás de un boceto. Yo encontré ese boceto el día que hallé el colgante —confirmó Diana—. Solo que, en aquel momento, no tenía ni idea de qué eran aquellos garabatos. Ha estado en casa todo el tiempo. ¡Vamos! María, Aurora...

—No, cariño, yo no voy. —María se levantó para acompañarlos a la puerta—. Cuando llegue Alejandro vendrá aquí, tengo que esperarlo. Quiero abrazarlo después de tantos años. Además, esta vieja ya no está para andar correteando por caminos.

Diana asintió al comprender a María. Habían pasado treinta años y era lógico que quisiera verlo.

—Póngalo al día de lo que crea conveniente —continuó Diana—. No quiero que se desmaye otra vez. —Abrazó a la mujer—. ¿Aurora?

—Yo sí voy. Llevó treinta años pensando en Paula, Alejandro y en su historia. No quiero perderme el final. Además, después de todo este tiempo, quiero darle un abrazo a mi amiga.

Los tres cogieron el coche y se encaminaron hacia La Paloma. El camino no era largo, pero aquella tarde de mayo parecía que los llevaría al fin del mundo. Nacho conducía con cuidado, pero sin aminorar la marcha. Diana únicamente pensaba en llegar a esa casa y encontrar a su madre. Tenía una corazonada de que ella estaría allí. Quedaba tan poco para descubrir lo que había pasado que ni siquiera dejaba que la duda ante la posibilidad de que Paula no estuviera en la casa de la sierra se colara en su mente.

Llegaron a La Paloma como una exhalación. Pedro estaba en los soportales del patio interior, remendaba una red de recogida de

aceituna con una aguja de madera de unos diez centímetros de longitud con punta roma. Se levantó de un salto nada más ver a sus sobrinos cruzar el portón. Estaba más nervioso que de costumbre.

—Sobrina, menos mal que has llegado tengo que decirte una cosa...

—Ahora no, tío. Tenemos que subir al ático, pues ya sabemos dónde encontrar a mamá —Diana hablaba apresuradamente—. Busca a Mario, por favor, creo que si él nos acompaña...

—Sobrina...

—Diana —llamó una voz.

Diana paró en seco sus pasos al igual que Nacho. Ambos habían reconocido sin problemas la voz que se dirigía a ellos desde la puerta del comedor. Únicamente Aurora, que no sabía quién hablaba, se volvió para ver qué pasaba y por qué los dos jóvenes ya no se movían.

—Fernando... —Diana palideció—. Fernando... ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que, *qué hago aquí?* —Fernando habló mientras se acercaba a Diana. Su voz era tan seria que era difícil distinguir entre preocupación o enfado—. Hace dos días que no sé nada de ti. Estás esquiva cuando te llamo, apenas me das detalles de qué pasa y tu madre aún no ha aparecido. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Fernando...

—Sí, Diana, soy yo. Ahora habla conmigo, por favor. Necesito saber que estás bien.

—Cuñado —interrumpió Nacho—. ¡Qué alegría verte! Ya sabes cómo es Diana, incapaz de hacer que la gente a la que quiere se preocupe por sus problemas. Supongo que no quería que te preocuparas o te distrajeras de tus obligaciones. Debiste haberlo llamado ¿eh, Diana? —El tono de Nacho, lejos de ser acusativo, era conciliador entre la pareja. Su hermana aún estaba pálida y necesitaba tiempo para reaccionar.

—¿Que no me preocupara? ¡Por Dios, Nacho! Habéis cancelado mi boda y mi suegra lleva desaparecida casi dos semanas... ¿Cómo no me iba a preocupar?

—Tienes razón —Diana, por fin, había conseguido articular dos palabras. Nacho volvió a mirarla: aún tenía mal color, aunque parecía más repuesta—. Ha sido culpa mía. Debería haberte contado más cosas, pero es que si supieras lo que ha pasado, entenderías mi actitud. Te lo contaré todo más tarde, ten un poco más de paciencia, por favor. —Diana se volvió a su tío—. Necesitamos subir al ático, creo que podemos traer a mamá esta misma noche.

—¿De verdad lo dices? —Diana asintió—. De acuerdo, yo os acompañaré dónde necesitéis.

Pedro no había pasado por alto que, justo antes de descubrir la llegada de Fernando, Diana había pedido que Mario los acompañara. Creía que, en ese momento, la presencia del joven sería más un problema que una ventaja, así que, fuera dónde fuera que sus sobrinos tuvieran que ir, él iría con ellos.

Diana subió al segundo piso seguida por todos los demás, incluido Fernando que no había puesto ninguna pega a su petición de paciencia. El corazón le latía tan fuerte que pensaba que se le saldría del pecho. «Un problema a la vez, Diana», se repetía a sí misma mientras atravesaba la puerta que daba acceso a las escaleras de subida al desván. Tanteó nuevamente en el aire hasta encontrar la solitaria bombilla que colgaba del techo. Tiró del cable y el centro de la estancia se iluminó. Le hizo un gesto a su tío para que abriera las contraventanas mientras ella buscaba el baúl de su madre. No le fue difícil encontrarlo, pues estaba en el mismo sitio y esta vez ya tenía la cerradura forzada. Diana lo abrió y el mismo olor a cerrado que había escapado de él la primera vez inundó el ambiente. Rebuscó entre las sábanas a medio bordar y los pañuelos de batista hasta dar con la

caja metálica.

—Aquí está. —Diana sostenía el boceto en alto—. Tío, ¿crees que podrías llegar hasta la casa que marca ese mapa?

—Vaya, esto está muy profundo en la sierra. —Miró el mapa un segundo—. Sí, creo que sí. Nunca he llegado tan lejos por esos caminos, si es que se los puede llamar así, pero creo que me podré ubicar.

—De acuerdo, nos vamos —animó Diana—. Por cierto, tío, ella es Aurora, amiga de mamá de Barcelona.

Los cinco salieron por la puerta de La Paloma. Apenas eran las seis de la tarde y el sol abrasador no estaba dispuesto a darles tregua en la caminata, aunque todos iban tan concentrados en sus propios pensamientos que ninguno pareció reparar en ello. El camino era estrecho y los obligaba a andar uno detrás del otro. Pedro iba primero, seguido de Diana y Nacho. Un poco más atrás, los seguía Aurora y cerraba el grupo Fernando. Nacho avanzó unos pasos para estar lo más cerca posible de su hermana.

—¿Qué coño vas a hacer cuando volvamos? —susurró.

—Shhh, no sé —Diana siguió andando sin mirarlo.

—¿Te vas a quedar con Mario o con Fernando? —volvió a susurrar.

—Cállate, loco, que te va a oír.

—No me oye. —Nacho miró atrás para asegurarse y continuó—. Estás metida en un lío muy gordo.

—Ya lo sé, Nacho. Por favor, encontremos a mamá. Un problema a la vez...

—Fernando lo sabe.

—¿De qué hablas? ¿Qué va a saber? —A Diana le picaba la garganta de hablar en susurros—. Pero cómo no te calles, seguro que se entera...

—Se supone que os casáis en una semana y, desde que ha llegado,

no le has dado ni un beso. Yo lo sabría...

«¡Tiene razón! ¡Maldita sea!», pensó Diana. Su hermano tenía razón, pero eso ya no tenía solución... o sí.

—Nacho, avanza hasta ponerte detrás del tío. —Diana se detuvo, dejó que Aurora la pasara para quedar delante de Fernando—. Tenemos que hablar.

Diana frenó a su novio unos segundos para quedarse un poco alejados del grupo. No sabía ni por dónde debía empezar o si en algún momento la bola de mentiras que ya había empezado en sus llamadas telefónicas se haría más grande. La joven respiró hondo y comenzó a hablar.

Le contó cómo había empezado todo, le mostró el corazón que aún llevaba colgado del cuello, le contó cómo había sospechado la posible paternidad de Alejandro, la pelea con su madre y cómo esta había desaparecido sin dejar huella. Le contó todas y cada una de las historias que los habían llevado a ese camino por el que, en ese momento, avanzaban sin apenas mirar. Simplemente seguían el rastro de los que caminaban delante de ellos, absortos como estaban los dos, ella en explicarlo todo y él en escuchar una historia que en ningún momento había imaginado tan sumamente importante. Diana terminó su relato con la información sobre el viaje que el pintor realizaba en ese preciso momento y le pidió perdón a su prometido por haberlo dejado fuera de todo aquello durante ese tiempo.

Contra todo pronóstico, como habitualmente sucedía con Fernando y su gran corazón, el joven no se mostró enfadado. Tampoco hizo ninguna pregunta más sobre el comportamiento de Diana. Solo la sujetó con una mano mientras con la otra la atrajo hacia sí y la besó. Fue un beso de bienvenida, de «Cuánto te he echado de menos», de «Te perdono y te perdonaría todo en esta

vida», fue un beso tierno y dulce que hizo que Diana sintiera un cosquilleo en el estómago que para nada esperaba sentir.

Se miraron con una sonrisa y, sin decir nada más, continuaron la marcha.

Capítulo 18

El columpio

J.H Fragonard, 1767

—La puerta está cerrada —confirmó Diana. Habían llegado por un camino estrecho hasta la verja que rodeaba la casa de Alejandro.

—Pues gritemos. —Nacho hizo un gesto de comenzar a vociferar, pero se detuvo al ver que su tío tenía algo que decir al respecto.

—Si gritamos desde aquí, no tendremos la seguridad de si no nos oyen o es que no hay nadie dentro de la casa —afirmó.

El grupo decidió que la mejor solución sería buscar alguna parte rota de la valla o más baja por la que pasar al otro lado. Dieron la vuelta a la pequeña propiedad hasta llegar a la parte trasera en la cual una gran higuera pasaba con sus ramas por encima de la valla.

—Podríamos saltar por ahí —afirmó Nacho, calculando la veracidad de sus palabras conforme las decía.

—Pues a qué esperamos —Diana se acercó al árbol y miró con cautela la posibilidad. No parecía difícil. Le hizo un gesto a Nacho para que comenzara a subir mientras ella se dirigió a los demás—. Muchas gracias por habernos acompañado hasta aquí, pero si mi madre está ahí dentro, me gustaría hablar con ella a solas un momento antes de que entremos todos.

Tanto Pedro como Aurora y Fernando asintieron, por lo que volvieron a la parte delantera de la verja desde donde verían si alguien abría la puerta cuando los chicos llamaran.

Paula estaba en el piso de arriba. Había comenzado a recoger los trastos rotos del estudio de Alejandro cuando oyó golpes en la puerta de entrada.

—No es posible —dijo para sí misma en un tono de voz apenas audible—. La verja lleva cerrada desde que llegué...

Bajó las escaleras con paso precavido. Aquello no entraba en sus planes, pues se suponía que nadie la encontraría en aquel lugar. La escalera crujió bajo su peso y eso alertó a quién estuviera detrás de la puerta, que dejó de golpear con los nudillos.

Paula abrió la puerta y notó que las manos le temblaban al girar la llave en la cerradura. Entrecerró los ojos con miedo a lo que podía encontrarse al otro lado de la puerta. El sol cegador de la tarde únicamente le permitió ver dos siluetas al otro lado del umbral antes de que unos brazos le rodearan el cuello.

—Lo siento, lo siento, lo siento tanto, mamá... Si lo hubiera sabido... De verdad, lo siento... —Diana sintió cómo el peso de la culpa se iba alejando poco a poco conforme notaba que su madre respondía a su abrazo y la consolaba, lo que la tranquilizaba.

Unos segundos después, Paula notó cómo el abrazo se completaba con los brazos de su hijo y volvió a sentirse segura y confiada nuevamente. Los fantasmas del pasado se habían fundido con la realidad del presente y, por primera vez en su vida, sintió que podía contarle a alguien la verdad de toda su historia. Cuando por fin fueron capaces de soltarse de aquel abrazo, los tres tenían lágrimas en los ojos. Se miraron y se sonrieron al saber las dos que todo quedaba perdonado, y llegó el turno de comenzar por lo evidente.

—¿Cómo me habéis encontrado aquí? —Paula atisbó hacia la puerta de entrada para asegurarse de que continuara cerrada, pero divisó tres figuras a lo lejos y entrecerró los ojos para distinguirlos—. Esos son Pedro..., Fernando y... ¡Oh, Dios mío! ¡Aurora! —Su

expresión de alerta era máxima—. ¿Qué habéis hecho? ¡Por Dios!

—Tranquila, mamá. No es tan malo como te imaginas... —Trató de calmarla su hija—. Vamos dentro, necesitamos hablar...

Paula asintió y dejó a sus hijos entrar en la casa. Diana y Nacho se quedaron petrificados al ver el paisaje desde los ventanales del salón. Habían conocido muchas vistas magníficas de la sierra, pero ninguna se acercaba ni de lejos a la belleza que contemplaban en estos momentos.

—Esta sierra oculta lugares indescriptibles, a no ser que los hayas contemplado con tus propios ojos, son sus secretos y los sabe guardar muy bien —comenzó a hablar Paula—. Sentaos, tenemos muchas cosas de las que hablar.

Los dos jóvenes tomaron asiento en el sofá y contemplaron los innumerables cuadros amontonados en el suelo. No había duda de que aquella era la casa de un pintor. Paula tomó asiento en una silla justo delante de sus hijos.

—Creo que soy yo la que debe pedir os perdón —comenzó—. Toda la vida os he pedido que fuerais sinceros conmigo y en ningún momento he sido totalmente sincera con vosotros. Lo intenté en varias ocasiones, pero el dolor era demasiado fuerte para desenterrarlo.

—Y ahora por mi culpa y mi fastidiosa idea de celebrar la boda aquí, te he provocado más dolor, mamá. Yo, lo siento tanto... —Diana trató de continuar, pero Paula la hizo callar con un gesto.

—No es culpa tuya, cariño, al revés, te agradezco enormemente que me hayas obligado a plantarle cara a mis fantasmas. Si los hubiera mantenido ocultos, probablemente me hubieran matado. No sufro, simplemente necesitaba ser fuerte y egoísta por una vez en mi vida y necesitaba volver aquí... —Paula miró a su alrededor—... para poder superarlo. Pero, decidme, ¿supongo que no me habéis

encontrado al dar un paseo por la sierra? ¿Qué habéis averiguado? Muchas de las cosas que os habrán contado seguramente sean una mentira y finalmente llegaremos a tu verdad. —Miró a Diana y le acarició uno de los rizos.

—Es cierto que hemos, ¡ejem!, investigado un poco... —Nacho tomó la palabra—. Y sí, es cierto que hemos averiguado muchas cosas y muchas mentiras, pero creo que hemos llegado a una conclusión, definitivamente a la única conclusión a la que podíamos llegar...

—Que Alejandro y tú os amasteis con locura y de verdad —terminó la frase Diana.

—Sí, eso es probablemente lo único cierto de esta historia. Eso y que el destino nos ha jugado en contra demasiadas veces. Primero aquí y después...

—Hay una cosa que no entiendo, mamá —cortó Diana—. Después de lo que hicieron los abuelos, quiero decir, después de aquella última noche en La Paloma... —Tomó aire antes de seguir—. ¿Cómo pudiste perdonarlos? ¿Cómo pudiste dejar que viniéramos aquí solos? El abuelo era...

—Shhhh... No digas nada malo en contra de tu abuelo —dijo—. Es cierto que era un hombre difícil y que velaba por sus negocios más que por su familia. También es verdad que le pudo la avaricia, pero era otra época. Vuestro abuelo había pasado por una guerra, había pasado hambre y aún tenía miedo de que esas cosas se repitieran. Probablemente todo aquello lo cegó de las cosas que realmente eran importantes. Por otro lado, en aquella época los hombres no solían demostrar debilidad por sus hijas...

»Es cierto que odié a mis padres durante mucho tiempo. Los creí culpables de muchas cosas, entre ellas de mi separación de Alejandro. Si ellos no se hubieran interpuesto, si no hubieran

esperado de mí que me casara por dinero y no por amor, quizás mi vida hubiera sido otra, quizás hubiera vivido en esta casa y hubiera tenido aquí a mis hijos, no lo sé. Pero sin ellos tampoco hubiera tenido la vida que tuve, no hubiera conocido a Ricardo y no hubiera vivido los momentos tan maravillosos que viví con él. He tenido una buena vida hasta ahora. Eso lo comprendí hace ya muchos años, los suficientes como para haber aplacado mi odio hacia mis padres el día que mi madre, doña Paloma en persona, llamó al timbre de la puerta de nuestro piso en Barcelona.

»Diana, tú debías tener unos diez años y Nacho apenas seis. Los dos estabais en el colegio y Ricardo en el hospital trabajando. No sé cómo me había encontrado, nunca se lo pregunté. Cuando abrí la puerta y la vi allí delante, se me estremeció el corazón. Había envejecido demasiado, su porte ya no era tan recto, su mirada no era tan altiva y su cara estaba surcada por las arrugas. Apenas tuve tiempo de preguntarle qué hacía ahí. Creo que en su presencia, en aquel momento, volví a tener quince años. Volví a sentirme vulnerable, volví a sentir esa fuerte obligación hacia mi familia y cuando pensé que comenzaría a darme su habitual sermón sobre la decencia y la obligación, ella me pidió perdón. Lo dijo mirándome con los ojos llenos de lágrimas, me pidió perdón por no haberme defendido, por no haber sido mejor madre, por no haber sido más valiente ante mi padre. En un momento se dio la vuelta y cogió el portarretratos que hay en la entrada de casa, ese con una foto vuestra de cuando eráis pequeños. En aquel momento era bastante reciente y dijo algo que nunca olvidaré... Me dijo que, sin duda, yo era mejor madre de lo que ella había sido nunca. Yo permanecía callada, sin ser capaz de articular palabra. Me preguntó vuestros nombres y apenas fui capaz de balbucearlos. Y entonces me hizo otra pregunta: si podía conocer a sus nietos y si mi padre podía también. Me pilló totalmente

desprevenida y debió ver en mi cara que la sola idea de encontrarme con mi padre me horrorizaba, así que, sin previo aviso, me cogió ambas manos y se tiró de rodillas al suelo; lloraba y suplicaba que le dejara conocer a sus nietos. Jamás en mi vida hubiera imaginado que aquella escena pudiera darse. Jamás pensé que podría llegar a ver a mi madre rota de aquella manera. Doña Paloma, dueña y señora de la mejor finca de la comarca, altiva y arrogante, había cruzado prácticamente toda España para ponerse de rodillas y suplicar a su hija que la dejara ver a sus nietos. No podía negárselo, no supe negarme. Así que le prometí que os dejaría que los conocierais, a ella y a mi padre, pero la simple idea de volver a cruzarme con él, a pesar de todo, me sacaba de mis casillas.

»Cuando por fin logré que se calmara y nos sentamos en el sofá, me contó que desde hacía años sabían que me había casado y que había tenido hijos. Me contó también que mi padre cada día estaba más blando y que, aunque no lo reconociera, se sentía muy culpable de lo que había pasado aquella noche, que nunca había vuelto a ser el mismo y que, desde hacía unos años, se sentía viejo y despreciable por la situación. A pesar de que creí en sus palabras, sentía un miedo atroz por la figura que él representaba y, después de consultarlo con Ricardo, decidimos que quizás, y solo si vosotros queríais, no era mala idea que pasarais los veranos en La Paloma. El campo y el aire limpio os irían bien y, además, estaba Lucía que os podía controlar; si hubiera pasado algo malo, ella me lo hubiera contado. Así fue como el siguiente verano os enviamos a La Paloma a pasar un mes con vuestros abuelos.

—Tienes un gran corazón. No sé si yo en tu lugar hubiera sido tan benevolente con los abuelos —interrumpió Diana, manteniendo aún cierto rencor por el trato recibido por su madre.

—Tener corazón es lo único que nos diferencia de las malas

personas. Y vuestros abuelos demostraron tenerlo también al preocuparse por vosotros. Quizás eran incapaces de mirarme a la cara a mí, quizás no hubieran vuelto a buscarme nunca, pero a vosotros os quisieron, eso me consta y jamás tuvisteis nada que ver en esa historia.

—O más bien somos fruto de la misma... Mamá, yo... Lo siento si te ofendo en algo, pero todo apunta a Alejandro como un posible padre...

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Encontré esta carta junto con más cosas sobre Alejandro.

—Diana sacó la carta de su bolso y se la pasó a su madre.

—Ah, sí. Recuerdo el día que la escribí. Fue uno de los más duros de mi vida. Vivir con Ricardo y haber creído que Alejandro estaba muerto fue duro, pero vivir con él y saber que estaba vivo y que aún me amaba, eso fue terrible...

—Si aún te amaba, ¿por qué renunciaste a él? ¿Qué pasó esos días en Barcelona? La pobre Aurora ha venido hasta aquí y no ha podido esclarecernos nada... —Nacho estaba impaciente. Tenían una información que aún no habían compartido con ella, pero también quería oír toda la historia antes de contárselo—. En el fondo había pensado que te habías quedado con papá porque Alejandro ya no te amaba o por qué tú ya no lo amabas a él, pero está claro que aún lo amas... Puedo verlo en tu mirada. Engañaste a papá al hacer creer que Diana era hija suya. ¿Por qué?

—Sí, engañé a Ricardo todos y cada uno de los días de mi vida.

—Paula subió la voz. Esta vez nadie iba juzgarla sin haberla escuchado antes—. Cada vez que me preguntaba si lo amaba y le decía que sí, lo engañaba. Y sí, aún amaba a Alejandro aquellos días y engañé a vuestro padre con él. También me hubiera marchado con él sin mirar atrás, sin pensar en el daño que le pude haber hecho a

Ricardo. Eso es algo que siempre he llevado clavado en el corazón, pero no lo hice...

—¿Por qué? —Diana miraba suplicante a su madre.

—Por ti, mi niña... Lo que os voy a contar es algo que jamás esperé que tuviera que contarle a mis hijos, pero hay cosas en la vida que una jamás espera y acaban sucediendo...

»El día que entré en la galería y vi el cuadro de Alejandro colgado en la pared casi me muero. Creo que si un rayo me hubiera partido en dos allí mismo, hubiera dolido menos. No puedo explicar con palabras lo que sentí. Hacía años que llevaba una vida normal, aunque no había día que no pensara en él, en sus besos, en sus caricias, en su forma de amarme. En ocasiones, incluso llegué a pensar que amar de esa manera era irracional, que probablemente lo había magnificado todo a raíz de su muerte y que si el destino no nos hubiera separado de aquella manera llevaría con él una vida similar a la que llevaba con Ricardo, que la pasión se habría apagado con el paso de los años y únicamente habría quedado la amistad que yo compartía con mi marido. Esas eran mis suposiciones hasta que vi aquel cuadro y todas ellas me golpearon en la cara como una bofetada. Escuchadme atentamente, hijos míos: el amor es algo que no se puede racionalizar, que no se puede condicionar o domar. El amor es algo que te golpea tan fuerte que te deja *K.O* en un segundo, es como una luz en el pecho que hace que tu mundo se vea de diferente manera. El amor es algo que hace que esa persona sea la única capaz de entenderte sin palabras, la única que te busca por las noches entre las sábanas para abrigarte con sus brazos y realmente te da el calor necesario. El amor son risas sin sentido, son miradas cómplices, es sentir que el paso que das es el paso correcto. Todo lo demás son simulacros de algo parecido al amor y, por desgracia, no todas las personas pueden sentir algo así en sus vidas. Es por eso que

cuando me di cuenta de que Alejandro estaba vivo, todo lo que había a mi alrededor, toda mi vida se vino abajo.

»En un primer momento, até cabos y pensé que me había abandonado, que había roto sus promesas y que había decidido que su amor por la pintura era más importante que su amor hacia mí. Pero en el fondo necesitaba respuestas reales, no me valía con suposiciones. Quería que me mirara a los ojos y me dijera que todas las lágrimas que había llorado por él a lo largo de mi vida habían sido en vano. ¿Por qué me había abandonado a mi suerte y sola? Con esa convicción, me presenté en el hotel en el que se alojaba a la espera de encontrarme a alguien que yo ya no conocía. Necesitaba hacerme fuerte porque sabía cuál era la única respuesta a las preguntas que le haría. ¿Qué otro motivo pudo haber para que hubiera fingido su propia muerte? A pesar de todo, cuando abrió la puerta y me vio, me di cuenta de que todas mis suposiciones habían sido demasiado precipitadas. Que se desmayara un segundo después solo confirmaba mis sospechas. Pedí a Aurora que se fuera. Me había acompañado durante todo el trayecto siendo un gran apoyo para mí, pero en ese momento necesitaba respuestas a todas mis preguntas. Después de siete años por fin volvía a tenerlo delante y me di cuenta de que seguía amándolo. Finalmente esa era la única respuesta que necesitaba. Lo ayudé a tumbarse en el sofá de la salita de su *suite* e hice el amago de ir a por un vaso de agua, pero me sujeto por la muñeca.

»—Estas viva —gimió—. ¿Estás viva o eres un ángel?

»—Estoy viva y parece que tú también —le susurré.

»—Pero me dijeron... Llegó una carta que decía... —Pude ver cómo, a pesar de estar conmocionado, aún trataba de atar los cabos.

»—Yo también recibí una carta. —Yo había guardado aquella carta durante años y la había cogido aquella tarde antes de salir de casa—.

Mira.

»Alejandro se quedó petrificado, ni siquiera había leído el interior cuando se puso rojo de ira y dio un salto para levantarse del sofá. Yo no entendía nada.

»—¡Esa malnacida! ¡Dios mío! ¡Cómo he podido estar tan ciego! —Alejandro gritaba al mismo tiempo que arrugaba la carta en la mano—. Todo esto es culpa mía, por estúpido, por conformarme. Debí haberme dado cuenta... ¡Dios! La mataré, por Dios te juro que, como la tenga delante, la voy a matar con mis propias manos...

»—¿Pero de qué hablas? —Yo no entendía nada, acababa de recuperar a Alejandro y él había comenzado a maldecir y a jurar que mataría alguien. En ese momento me asusté un poco y me arrepentí de haber ido hasta allí. Así que me quedé callada y supliqué que se calmara.

»Finalmente me miró y su expresión cambió. Se sirvió una copa de vino y me ofreció otra. Asentí al pensar que mal no nos haría, y después se sentó a mi lado, pero evitó mi mirada.

»—La letra del sobre es de Margarita. La reconocería en cualquier parte. Llevo todo este tiempo viviendo con ella.

»—¿Es tú mujer? —pregunté dubitativa.

»—No, nunca nos hemos casado. En París las cosas se pueden hacer de varias maneras, no hay tanta necesidad de decoro —dijo con un tono irónico en la voz—. Nunca la he amado realmente, pero cuando ocurrió lo de los cuadros, fue ella la que me animó a volver a pintar. Fue ella la que me recomendó a un galerista importante de París para que viera mis bocetos, fue ella la que compró pigmentos y lienzos, la que sacrificó una habitación de su pensión para convertirla en mi estudio y la que pagó a las prostitutas para que posaran...

»—Te ayudó mucho. —Yo tenía un nudo en la garganta. Aquella mujer había sido importante para él cuando yo no había podido estar

a su lado.

»—Sí, me ayudó mucho, Paula... —Había mucha rabia en su voz—. Pero cuando todo empezó a salir bien, cuando me animé a venir a buscarte, entonces ella mandó estas cartas... He sido tan estúpido...

»—¿Quieres decir que tú también tenías una carta que decía que yo había muerto? —Ahí até mis propios cabos y la rabia también comenzó a apoderarse de mí. Todo ese tiempo perdido por una mentira...

»—Sí, la mía no estaba escrita con su letra, claro está. No sé cómo se las apañó, pero venía en un sobre con el matasellos de España, del pueblo, y la letra se parecía a la de María... Debió buscar a un falsificador... —Alejandro seguía sin mirarme—. Durante todos estos años, siempre he sospechado cosas raras de ella: las formas en las que conseguía vender mis cuadros, cómo lograba que los periódicos dedicaran unas columnas a mis exposiciones, cómo logró documentación falsa con nombres en francés, pero nunca he querido mirar directamente a sus trapicheos, pues a mí me favorecían, por lo tanto, siempre miraba hacia otro lado... Qué culpable me siento...

»—No es culpa tuya, mírame. —Eso era, se sentía culpable. Lo vi tan vulnerable en ese momento que únicamente sentí deseos de abrazarlo y consolarlo, pero me contuve, estaba casada—. No es culpa tuya, tú no podías saberlo. Yo también me lo creí. ¡Oh, Alejandro! No estaba en nuestras manos, han jugado con nosotros... No te sientas culpable.

»Finalmente levantó la vista y nuestros miradas se cruzaron. Sus ojos oscuros, sus rizos, que le caían por la frente... Habían pasado los años por él, pero seguía siendo irremediamente atractivo, aunque ahora vestía de otra manera y parecía un hombre serio con posibilidades en aquella *suite* de uno de los mejores hoteles de Barcelona. Aún tenía ese aire tristón que lo hacía tan especial y

todavía olía a pigmentos y a óleos. Llevábamos unos segundos mirándonos cuando mis ojos se posaron en sus labios. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por besarlo, pero volví a contenerme. Él, en cambio, hizo un gesto de aproximación y yo me levanté del sofá. Di un salto y tapé con mi mano derecha la alianza que llevaba en la mano izquierda.

»—¿Cuánto hace? —me preguntó.

»—Tres años.

»—Me guardaste un luto bastante respetable.

»—Aún lo guardo.

Me giré hacia él y tiré de la cadena con el corazón que descansaba oculto en mi pecho.

»—Lo he llevado todos los días desde que me lo regalaste.

»—Ha pasado una eternidad desde aquel día. Hemos cambiado tanto... Mírate, estás preciosa, eres toda una mujer. —Me miró de arriba abajo, volvió a coger su copa de vino y dio un trago largo—. ¿Qué hacemos ahora?

»En mi interior había dos fuerzas contrarias que luchaban entre sí. Por un lado, mi lealtad a Ricardo, por otro, mi amor por Alejandro. Tenerlo tan cerca después de tanto años pensando que había muerto... Cerré los ojos un momento e incliné la balanza. Al abrirlos, volví a mirar a Alejandro y me acerqué al mueble bar en el que él había servido las copas de vino. Hice un leve esfuerzo y deslicé mi alianza de boda por mi dedo anular y la dejé en el mueble tapada con una copa boca abajo.

»Alejandro se levantó sin pensarlo y vino hacia mí, decidido. Me rodeó con sus brazos y me besó con la pasión de siete años contenida. Recuerdo cada detalle de aquella noche, ha sido imposible para mí borrarlo de mi memoria. Recuerdo cómo me besó con pasión al repartir los besos por mi boca y toda mi cara, y bajó hasta el cuello

con premura. Recuerdo sus manos por mi espalda en busca de la cremallera de mi vestido y recuerdo la sensación de libertad cuando este cayó a mis pies mientras yo tiraba hacia arriba de su jersey. Recuerdo el escalofrío que me recorrió al sentir su piel rozar la mía y cómo me subió en brazos mientras me besaba para llevarme hasta la cama. Pero sobre todo recuerdo cómo una vez estuve tumbada y él terminó de desnudarme al tirar de mis braguitas hacia abajo, se paró para mirarme. Respiró hondo y se desnudó él también. Entonces todo cambió. La ansiedad inicial pasó a ser una lenta evolución de caricias, de besos, de roces eléctricos. Sentí todas y cada una de las caricias que nos dimos, desde cómo se rozaban nuestros labios a cómo se entrelazaban nuestras piernas y se mezclaban las gotas de sudor que comenzaban a perlarnos la piel. El mundo se paró en ese instante. Durante las horas que Alejandro y yo hicimos el amor, el tiempo se detuvo para contemplarnos, ya que en toda su existencia jamás había visto nada tan especial como la forma en que nos amamos aquella tarde.

Nos quedamos abrazados y desnudos durante horas. No dijimos nada. ¿Qué pudimos haber dicho que fuera mejor que aquel silencio? Si alguno hubiera dicho algo, la magia del momento se habría roto, pues yo habría vuelto a estar casada y él habría vuelto a tener una vida lejos de mí, así que nos quedamos en silencio hasta que el sudor de nuestra piel se fue secó y nos dormimos plácidamente.

»— ¿Qué miras? — me preguntó.

»Hacía unos minutos que yo me había despertado sobresaltada. Creía haber tenido una pesadilla en la que Alejandro estaba muerto a mi lado y Ricardo me miraba desde el filo de la cama al tiempo que señalaba mi desnudez. Al abrir los ojos, lo primero que había hecho fue comprobar que Alejandro respiraba y después me había levantado para cubrirme con algo. Encontré un albornoz en una de

las sillas del dormitorio, olía a Alejandro. Seguramente se había duchado antes de mi llegada y lo había usado para secarse. Él seguía plácidamente dormido sobre las sábanas y yo me había asomado a la ventana a ver pasar los coches y a las personas por Paseo de Gracia. La noche ya había caído sobre la ciudad, a pesar de que aún no eran las siete de la tarde.

»—A las personas. Cada una de las personitas que caminan por ahí abajo tiene una vida, problemas, alegrías. Cada una de ellas piensa en el universo que es su propia vida mientras nosotros estamos aquí arriba con nuestro propio universo patas arriba.

»—Qué profunda —Alejandro sonrió—. Es cierto que nuestro universo ha dado un giro de ciento ochenta grados, pero entre un universo, en el que estás muerta, y este, en el que puedo besarte, prefiero este sin duda. Aunque tengamos que ordenarlo un poco.

»—¿Ordenarlo un poco? Estoy casada.

»—¿Lo estás realmente?

»—¿De qué hablas? —La pregunta me había pillado totalmente por sorpresa—. Me casé ante Dios hace tres años y vivo con mi marido. No entiendo a qué viene esa pregunta.

»—¿Dónde está tu marido? —preguntó nuevamente sin aclarar la anterior pregunta, aunque con un tono un tanto conciliador—. Quiero decir, debe estar buscándote. Llevas aquí más de tres horas...

»—¡Oh! —Miré apresuradamente el reloj que colgaba de la pared. Tenía razón—. Está de viaje. Supongo que llamará dentro de unas horas para hablar conmigo de cómo le ha ido en el día.

»—Ya entiendo. —Parecía dudar sobre qué decir a continuación y, de pronto, recordó algo. Se levantó a buscar una toalla, al dar por sentado que yo me iba a quedar con el albornoz, y volvió con ella atada a la cintura. Se sentó en la cama incorporado y me hizo un gesto para que me acercara—. Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

Es decir, ¿cómo sabías que estaba en Barcelona?

»Le conté todo sobre la galería, cómo había comenzado a trabajar allí al llegar del pueblo, le hablé sobre don Vicente y sobre lo bien que me había tratado y finalmente le hablé sobre la exposición y el incidente de primera hora de la tarde que había desencadenado todos los demás acontecimientos.

»—¿Has reconocido una obra mía solo por el trazo? —se mostró conmovido y orgulloso a la vez—. Has aprendido mucho en estos años.

»—Tu trazo es magnífico, nunca había visto nada igual. La luz, la precisión de las pinceladas... Te merecías llegar hasta donde has llegado. La exposición será un éxito. Estoy segura.

»—Este éxito me ha costado demasiado —se lamentó—. No se me quita de la cabeza que si no hubiera sido por Margarita, hubiéramos estado juntos todos estos años. Ha sido una pérdida de tiempo inútil.

»—No digas eso. Tú has conseguido muchas cosas...

»—¿De qué me sirven si te voy a ver marchar por esa puerta y voy a volver a perderte otra vez?

»Me di cuenta de que aquella afirmación era verdad. En cuanto volviera a ponerme aquella alianza, todo habría terminado. El destino nos daba una tregua a cuenta del tiempo que nos habían quitado, pero no era indefinida. Un relámpago me recorrió el cuerpo. Tenía delante de mí al hombre que más había amado en la vida y al final de la tarde tendría que marcharme y olvidar lo que había pasado. Una lágrima rodó por mi mejilla. Alejandro se incorporó para recogerla con su dedo. Pensaba exactamente lo mismo que yo, pude vérselo reflejado en la mirada. Desaté el cinturón del albornoz y lo liberé de la toalla. Esta vez hicimos el amor con una pasión desenfrenada cómo hacía años que no lo habíamos hecho, al menos yo, pues nos arrancamos los límites de la decencia y durante varias horas nos

dedicamos a gemir y a destrozarnos los labios a besos. Cuando por fin nos quedamos sin fuerza para seguir y caímos extasiados el uno al lado del otro, lo besé con dulzura, me levanté, me vestí, me puse mi alianza y me fui.

»Paré un taxi delante del hotel y le pedí que me llevara a mi casa. Entré por la puerta justo en el momento que sonaba el teléfono. Era Ricardo contento y entusiasmado por lo bien que iban las conferencias y por todos los colegas que conocía y con los que hablaba sobre nuevas terapias y operaciones milagrosas que hasta la fecha nadie se había atrevido a hacer. Hablamos durante varios minutos bastante animados. En un primer momento, creí que me derrumbaría y le contaría toda la verdad, pero después pensé que no era necesario explicarle algo que únicamente le causaría dolor y que, a pesar de los muchos esfuerzos que él pudiera hacer, jamás entendería. La vida me debía aquella tarde con Alejandro, era el pago justo a todas mis penas, a todos los rezos que le había hecho a Dios al suplicarle que me lo devolviera. Era mi regalo y únicamente Alejandro, Dios y yo podíamos entenderlo. Por lo tanto, me hice la promesa de no volver a hablar del tema con nadie y mucho menos contárselo a Ricardo. Como todas las noches desde el día que lo conocí, aquella noche me fui a la cama pensando en Alejandro. Por primera vez en mucho tiempo, aquel fue un pensamiento alegre.

»A la mañana siguiente, aparecí en la galería temprano tal y como habíamos quedado Aurora y yo para cumplir con nuestras obligaciones de trabajo. Esperé paciente, tratando de que nadie notara nada. Ella desde luego quería saber qué había pasado, pero ¿qué podía contarle? Que había sido infiel a mi marido, que no podía dejar de pensar que había una nueva esperanza para nosotros, que mi mundo se había puesto patas arriba y que no me importaba para nada, que lo único que quería era volver a estar a solas con él para

contarle todos esos pensamientos.

»Por un momento temí que Alejandro no pudiera controlarse en la galería, pero ante todo era un caballero. Jamás me hubiera dejado en evidencia en mi trabajo. El día fue duro. Cuando llegó, don Vicente acaparó su presencia con detalles sobre la exposición y las personalidades y los medios que iban a acudir aquella noche a elogiar su trabajo. Él, con su ridículo acento francés, se dejaba agasajar al tiempo que me miraba de reojo y con disimulo cada vez que, debido a mis obligaciones de organización, pasaba cerca de ellos. Finalmente no fue hasta media mañana cuando pude acercarme a él con disimulo. Observaba una de sus obras; era un desnudo. Don Vicente apenas nos había dejado acercarnos a los cuadros al alegar que éramos chicas pudorosas y de buenas familias y que, a pesar de la gran calidad de las obras, nuestros ojos podían verse ofendidos por el realismo. Ambas nos guardamos una sonrisa pícaro al oírle la expresión, sobre todo yo, que no solo había disfrutado de las primeras obras, sino que había sido modelo de una de ellas.

»—Sigues teniendo esa capacidad de captar el alma de las personas, que hace que tus retratos sean únicos —le dije.

»—Me encanta pintar paisajes. La verdad es que he viajado bastante últimamente y me fascina plasmar la impresionante belleza que puede recoger el ojo humano en algunos lugares, pero las personas, ser capaz de verles el alma, eso es como una droga para mí —confesó.

»—Tenemos que hablar. Lo que pasó anoche, yo...

»—No nos pongamos en evidencia aquí. No me gustaría que tuvieras problemas. He visto cómo te mira don Vicente y se nota que te tiene un cariño especial y debo deducir que también a tu marido —le costó pronunciar la palabra—. Esta noche nos podemos ver en el

hotel, si quieres o si puedes... No sé...

»—Sí, es lo mejor.

»—¿Sabes? De todos los desnudos que he pintado en mi vida hay uno por el que se pagarían cifras incalculables... —Sentí una punzada de celos.

»—Deberías haberlo traído. Habrá muy buenos compradores hoy —intenté que la voz fuera lo más natural posible.

»—No, es que ese no está a la venta. —Se acercó a mi oído y me susurró—. Ese lo guardo para mí. Mirar tus ojos es lo único que me ha dado fuerzas estos últimos años, aun a pesar de pensar que estabas muerta, te he querido y te quiero con la misma intensidad que te quise aquel verano y me da igual que estés casada. Ahora que te he recuperado no voy a perderte otra vez. Si no es sobre eso sobre lo que quieres hablar esta noche, no te molestes en venir.

»Se alejó de mí, lo que dejó a mi corazón vacilante.

»No os voy a negar que, en mis pensamientos sobre Alejandro, Ricardo se colaba siempre. La culpa comenzaba a pesarme, pues yo quería a Ricardo, estaba enamorada de él o, al menos, le tenía mucho cariño. Nuestra vida era tranquila, me hacía sentir segura y querida, me hacía feliz a su manera, me colmaba de mimos y de regalos, siempre tenía palabras amables, incluso cuando en momentos puntuales discutíamos, siempre me daba la sensación de discutir contra mí misma, ya que él raramente entraba en las confrontaciones, simplemente me daba la razón, aunque no la tuviera, y trataba de calmarme. Durante todos los años que estuvimos casados, siempre he pensado que le faltaba algo de sangre en la venas, la verdad.

»Con Alejandro, en cambio, tenía dudas. ¿Y si aquel verano simplemente fue un amor de verano? ¿Y si la realidad de la vida nos demostraba que en cuanto acabara la pasión y la rutina se instalara en nuestras vidas, todo se desmoronaba? Yo era un mar de dudas,

siempre que intentaba poner los sentimientos en una balanza era incapaz de inclinarla hacia un lado o hacia otro. El tiempo corría, la tarde pasaba y, aunque hablara con unas u otras personas, siempre volaba aquella encrucijada. No quería tirar mi vida por la borda, pero Alejandro... Todo hubiera sido tan diferente si no nos hubieran robado nuestras vidas años antes.

»Finalmente llegó la hora del cierre y todos nos felicitamos por lo bien que había ido el día. Los cuadros estaban teniendo una maravillosa acogida, se habían vendido algunos y hubo encargos de otros. Al día siguiente, todos los medios resaltarían el buen trabajo y la maravillosa obra de Alejandro, y don Vicente estaba exultante de felicidad. Nos propuso ir a cenar para celebrarlo, pero yo ya había tomado una decisión. No podía tirar mi vida por la borda. Ricardo no se lo merecía, yo no me lo merecía. En aquellos años había formado una familia y no solo por mi marido: don Vicente, doña Beatriz, Aurora, todos eran parte de mi familia. ¿Qué pensarían de mí? Aquello me pudo, así que decidí irme a casa, alegando un fuerte dolor de cabeza por el cansancio. A la mañana siguiente llamaría para insistir en que algo me había sentado mal y pasaría el resto de la semana en cama. Sería una faena para don Vicente, desde luego, pero seguro que no se opondría y menos si era por algún tema de salud. Con este plan en mi cabeza, me despedí de ellos. Al apretar la mano de Alejandro lo miré fijamente a los ojos para tratar de hacerle entender que aquella era nuestra despedida.

»Cuando cerré la puerta de casa, el mundo se me vino encima. La tensión del día anterior, la de ese mismo día al haber tenido a Alejandro cerca... aquello era demasiado. En mi interior algo me gritaba muy alto y yo no lo quería oír. Me senté en el suelo de la entrada con el abrigo aún puesto y noté como la primera lágrima comenzaba a correr por mi mejilla. Lloré y lloré en silencio durante

horas. No sabía por qué motivo, pero había tomado una decisión y, desde luego, era la más correcta. *Correcta*, entonces entendí cuál era el problema. Nuevamente era *correcta*, cumplía con lo que se suponía que se debía hacer. Otra vez tenía las manos atadas y volvía a ser la niña de aquel cuadro que solo ansiaba libertad. En ese momento, como si Alejandro hubiera escuchado mis pensamientos, sonó el teléfono. Corrí por el pasillo hasta llegar a él, pues sabía a la perfección qué voz oiría al otro lado.

»—Hace años que veo estrellas fugaces y siempre les he pedido el mismo deseo. Durante años pensé que era imposible y, aun así, lo pedía. Dime, Paula, ¿qué le pides tú a las estrellas?

»Y colgó. ¿Cómo era posible que lo supiera? ¿Cómo era posible que, después de tantos años, cada vez que yo veía una estrella fugaz inconscientemente pidiera lo mismo que aquella noche? Aunque sabía que era imposible que se cumpliera, siempre pedía una vida con él. La vida nos había robado la posibilidad de estar juntos y si no hacía algo por evitarlo esta vez, se repetiría la historia.

»Cuando llamé por segunda vez a la puerta del hotel, mis dudas habían desaparecido, no había nada en el mundo que me hiciera volver a perder a Alejandro. Él abrió la puerta. Aún llevaba los pantalones del traje y la camisa medio abotonada. El pelo rizado le caía por los ojos llorosos que se sorprendieron al verme.

»—Yo pensé que habías tomado una decisión, Paula... Aproveché que don Vicente había bebido más de la cuenta para pedirle tú teléfono, pero no pensé que vendrías. —Estaba sorprendido y se le trababan las palabras.

»—Había tomado una decisión —afirmé—. Una decisión errónea y, desde luego, la peor que pude tomar en mi vida. —Esbozó una sonrisa y tiró de mí para besarme.

»Aquella noche transcurrió de manera similar a la anterior, pues

nos amamos sin freno, pareció que queríamos recuperar los años perdidos, pero, finalmente cuando la noche estuvo más negra, comenzamos a hablar.

»—Estoy casada.

»—Lo sé. —Había un halo de tristeza en su mirada—. ¿Lo amas?

»—No tanto como te amo a ti. —Por fin había decantado la balanza—. No quiero hacerle daño, es un buen hombre, pero tampoco quiero desperdiciar esto. El destino nos ha dado una segunda oportunidad por algo, separarnos aquí... No puedo, no quiero seguir viviendo con él, besarlo... No puedo si sé que estás vivo y que aún me quieres.

»—Te quiero desde el primer día que te vi. Ni un solo momento en estos años he dejado de hacerlo. Mi vida ha sido melancólica y dedicada a la pintura. Sin ti, era lo único que me quedaba, lo único que podía hacer que no me hundiera en un pozo sin salida.

»—¿Y Margarite? —No quería preguntarlo, pero tampoco pude evitarlo. Odiaba a esa mujer con todas mis fuerzas y además había sido su mujer todo ese tiempo.

»—Margarita ha estado siempre ahí, ha luchado contra tu recuerdo y ha tratado de borrarlo al hacerme sentir culpable cada vez que miraba tu cuadro o que lloraba por ti. Después de lo que supe ayer, no pienso ni hablar con ella porque si la tengo delante, creo que no voy a responder de mis actos. Me marcharé contigo.

»—¿Mi cuadro?

»—No te preocupes, mi vida. Siempre lo llevo conmigo, es lo único de verdadero valor que poseo. —Se levantó y fue hasta el armario. Segundos después, volvió con un cilindro de casi un metro de longitud—. Da igual dónde vaya o lo que pese el equipaje que llevo. Siempre te llevo conmigo...

»Abrió el tubo y extrajo una tela. Estaba un poco amarillenta por

los años que habían pasado, pero al desenrollarla pude volver a verme a mí misma como aquella joven que había posado para él.

»—Pensé que se había quemado... —No podía apartar los ojos de aquella maravilla—. Cuando el alcalde encendió la mecha, pensé que se había perdido para siempre...

»Nos sentamos en la cama con la tela en una silla desde la que podíamos observarla y comenzamos a hablar. Yo no quería hacerle daño a Ricardo, pero tampoco podía seguir con él porque eso habría sido más doloroso para ambos. Alejandro por su parte tenía las ideas muy claras: nos iríamos lejos, pues la orden de detención había expirado, pero le preocupaba el tema de la documentación falsa, ya que no podíamos empezar una vida nueva y arriesgarnos a que nos ocasionara problemas. Además, no estaría bien visto por la sociedad barcelonesa, en la que yo me movía, que dejara a mi marido por Alejandro, así que me propuso emprender un viaje lejos de todo a Estados Unidos. Él había logrado contactos y, en los últimos años, había amasado una pequeña fortuna que se encargaría de sacar del banco antes de que Margarita se diera cuenta para dejarla tal y como la había encontrado él años antes: sola y en la ruina. Después decidimos que durante los cinco días que aún le quedaban a Alejandro en Barcelona actuaríamos con normalidad. Él atendería los medios, acudiría a reuniones con posibles mecenas de su obra y compradores y finalmente cuando Ricardo volviera de su viaje, yo hablaría con él. No quería engañarlo, le contaría que Alejandro había vuelto y que no podía vivir con él si amaba a otro hombre. Sabía que le dolería, pero era mejor que una mentira. Además, él siempre supo que Alejandro estaba en mi vida, por lo que no lo abandonaría por otro hombre, eso nunca lo hubiera hecho. Después Alejandro y yo nos reuniríamos en París y, desde ahí, viajaríamos hasta Estados Unidos, donde comenzaríamos una nueva vida como marido y mujer

sin que nadie nos pudiera mirar mal por ello.

—Si todo lo teníais todo pensado, ¿qué pasó? —Diana y Nacho habían permanecido en silencio y ensimismados con la narración de su madre.

—Pasó que el destino volvió a jugarnos una mala pasada, aunque esta vez fue lo más bonito que podía pasarme en la vida. Llevábamos casi tres días que jugábamos a los enamorados por Barcelona. Paseábamos en los ratos libres, comíamos juntos y dormíamos juntos cada noche. Era perfecto y por primera vez me di cuenta de que mi vida con él sería igual de perfecta. Una mañana Alejandro se fue temprano, tenía una reunión y yo me quedé para desayunar en la habitación del hotel. Al tercer trago de café sentí unas náuseas que no sabía de dónde habían salido. Corrí al baño y vomité sin parar. No entendía nada y, al cabo de unos minutos, la sensación se alivió. No quería comenzar enferma mi nueva vida así que me acerqué hasta el Hospital de San Pablo para que un médico me echara un vistazo, quizás algo me había sentado mal, quizás eran los nervios porque vuestro padre estaba a punto de volver o quizás, simplemente, había pillado un virus. No lo sabía, pero no me quería arriesgar. El médico me trató muy bien y finalmente me dio la noticia: estaba embarazada de al menos tres o cuatro semanas.

—Entonces, si ya estabas embarazada, cuando volvió Alejandro... Eso quiere decir... —A Diana no le salían las palabras y, en el fondo, se dio cuenta de que lo que sentía por encima de todo era felicidad.

—Es posible que aquellos días engañara a vuestro padre, es posible que en el fondo de mi corazón lo haya engañado toda la vida, pero jamás le hubiera engañado con algo así. Mírame bien, Diana. —Fijó sus ojos verdes en los de su hija—. Ricardo es tu padre, jamás os hubiera mentado en algo así.

—Pero entonces —interrumpió Nacho—. ¿No la llamaste Diana

por ese cuadro de Alejandro?

—Sí, la llamé Diana por ese cuadro, pero no porque él fuera su padre. ¿Habéis visto el cuadro? —Los dos jóvenes asintieron—. Ese cuadro fue el primero que vi de Alejandro y para mí no representa el amor por él, representa la libertad de esa joven que corre por el bosque. Representa la fuerza de ser mujer y de lo difícil que es serlo en ocasiones. Representa todo lo que yo quise ser desde que lo vi y lo que no pude, representa lo que quería para ti. Desde que supe que eras una niña, siempre quise que tuvieras lo que yo no tuve: la libertad de decidir sobre tú vida. Por eso te llamé *Diana*.

—Si tanto lo amabas, ¿por qué no te fuiste con él? —Diana miraba con tristeza a su madre. Sentía unas ganas enormes de protegerla, pues había tenido una vida muy dura. Nadie se merecía sufrir por amor de esa manera.

—Una cosa era que yo me alejara de vuestro padre, eso hubiera sido doloroso para él, pero lo que no podía hacer era alejarlo de su hijo. No me lo hubiera perdonado nunca.

»Acudí al hotel aquella tarde, destrozada. Alejandro estaba preocupado porque no me había localizado en todo el día. Yo lo único que quería era llorar. Era cierto que en un primer momento maldije aquel embarazo. Ricardo y yo llevábamos casi un año intentándolo sin éxito y justo en ese momento, allí estaba. No quería creérmelo, no podía ser. Me había pasado todo el día decidiendo qué hacer y nuevamente las cuerdas ataron mis muñecas.

»Al principio Alejandro no pudo entenderlo, luego montó en cólera y trató de convencerme para que cambiara de opinión, pues no era justo, nos acabábamos de encontrar y ¿otra vez debíamos alejarnos? Me propuso quedarse en Barcelona, me propuso ser mi amante. Lo llevaríamos con discreción, nadie lo sabría nunca. Pero no podía ser, yo no era así. Una cosa era ocultar mi amor por él en el

fondo de mi corazón y que doliera cada día, y otra era engañar y mentir. No, aquello no podía ser. Me propuso seguir con nuestro plan, alejarnos de todo. Con el tiempo, cuando los ánimos se hubieran calmado, volveríamos y le diríamos a Ricardo que tenía un hijo, pero aquello tampoco me pareció demasiado coherente. No podía alejar conscientemente a Ricardo de su hijo y él era mi marido, podía exigir sus derechos como tal y como padre ante la ley. Finalmente, y tras mucho hablar y llorar, nos dimos cuenta de que la única decisión posible era volver a separarnos.

—¡Oh, mamá! ¡Has debido sufrir tanto! —Diana, al final, no pudo evitar la tensión, rompió a llorar y abrazó a su madre—. Y yo he sido tan egoísta al traerte aquí... Debí suponer que si no habías vuelto en todos esos años, sería por algo. He cometido un error, te he destrozado la vida y he destrozado la mía...

—Ssshhhh... Diana, cariño —Paula miraba a Nacho, tratando de entender a qué se refería Diana—. Tú no has destrozado mi vida y mucho menos la tuya... ¿A qué te refieres?

—Yo... —Diana trataba de contener las lágrimas—. Te he traído aquí, te he acusado de cosas horribles. Cómo pude pensar eso... Yo te conozco, aunque no supiera nada de todo esto. Yo te conozco. Nunca harías nada malo o contra otra persona y mucho menos contra papá... y no pude verlo. Solo me guie por las habladurías y todo porque ni yo misma tengo claro lo que hacemos aquí. Hace días que engaño a Fernando con la excusa de que tú también habías engañado a papá, pero no tiene nada que ver. Lo tuyo con Alejandro, eso era auténtico... Yo... Yo... siento haberte puesto en esta situación. Lo siento tanto, mamá... —Diana volvió a llorar abrazada a su madre.

—Tú no has destrozado nada, mi niña. Al revés, necesitaba este empujón, necesitaba dejar que los fantasmas de mi pasado dejaran de ser fantasmas, necesitaba dejar de escudarme en vosotros y en

que no debía hacer ciertas cosas. —Trató de consolarla—. Tú me has dado esa fuerza con este viaje, me has hecho enfrentarme a mi pasado. No debes pedirme perdón, soy yo la que te tiene que dar las gracias, mi niña... Pero ¿por qué dices que has engañado a Fernando? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Desde que desapareciste, estoy como loca. Y no sé... Mario estaba ahí y todo era tan fácil... Todo era como cuando tenía dieciséis años, sin ataduras, sin complicaciones... Ahora Fernando está aquí y cuando se lo cuente, me odiará, no querrá casarse conmigo...

—¿Lo amas? —preguntó Paula.

—¿A Fernando? Sí, creo que sí. Creía que no, pero me acaba de besar y lo que he sentido. No tiene nada que ver con lo que siento cuando me besa Mario, y eso es lo peor... Ahora, no me va a perdonar.

—Perdóname tú a mí, cariño. Sabía que esto podía pasar y, en vez de quedarme contigo, me fui. No debí haberlo hecho.

—No es culpa tuya, todo esto es culpa mía y tengo que aceptar las consecuencias de mis actos. Hablaré con Fernando. La boda ya está cancelada, ¿qué más puede pasar? —Diana estaba abrumada por su culpa.

—Te voy a dar un consejo, cariño. Quizás nunca debería decir esto, pues ha sido una de las grandes penas de mi vida, pero si tu decisión es firme y estás enamorada de Fernando, evítale un sufrimiento innecesario. Nada de lo que digas, nada de lo que hagas el resto de tu vida podrá borrar la imagen que se haga Fernando de ti y probablemente sea una imagen equivocada porque los sentimientos no son blancos o negros, hay matices que hacen que nuestros actos tengan un sentido para nosotros que no tienen para otros. No te aliento a que lo engañes o que puedas repetirlo cada vez que te apetezca. Te digo que seas sincera con tus sentimientos y si en

realidad lo amas y estás dispuesta a pasar el resto de tu vida con él, entonces no estropees lo que él siente por ti por un error que ha tenido más matices que un simple engaño. Además, créeme, el sentimiento de culpa es suficiente castigo.

»Diana asintió. Su madre tenía razón. Su vida con Fernando no sería la misma si él se enteraba de lo que había pasado esos días y, aunque no fueran justificables sus actos, los acontecimientos la habían superado por completo. Por empezar, la desconfianza hacia su madre y luego por las dudas de la boda. En todo caso, aún debía lidiar con Mario y, aunque sabía que estaba enamorada de Fernando, la incertidumbre había surgido por algún motivo. Esperaba no flaquear cuando tuviera que despedirse de él.

—Creo que deberíamos salir, chicos —afirmó Paula—. Vuestros acompañantes deben morir de calor ahí afuera. Además, esta casa ya me ha devuelto todo lo que necesitaba para volver al mundo real.

—¿Qué viniste a buscar aquí, mamá? —preguntó Nacho.

—Valor —contestó Paula—. El valor de arriesgarme a ser feliz por una vez en mi vida, el valor de enfrentarme a lo que más me ha dolido, el valor de buscar el amor y el valor necesario para afrontarlo si él ya no me quiere...

—¿Te refieres a Alejandro? —Nacho miró de reojo a su hermana.

—Han pasado muchos años. No sé si él estará dispuesto a arriesgarse, otra vez, conmigo.

—Ehhh, mamá... —Diana se puso delante de su madre—... Es decir, quizás hayamos hecho algo de ruido al buscarte y bueno, no tenemos muy claro cómo, pero parece ser que Alejandro se ha enterado de algo... —Paula abrió la boca para decir algo, pero la voz no le salió del cuerpo. Diana siguió—. Llegará al pueblo esta noche

—¿Es broma, no? —Al final, Paula había conseguido hablar, aunque sus hijos comenzaban a ver cómo palidecía—. Pero ¿qué

habéis hecho? ¿Cómo va a llegar esta noche? No, no, estoy preparada.

Paula se dejó caer abatida en el sofá con la mirada perdida en ninguna parte. Habían pasado veintidós años desde la última vez que se habían visto, veintidós años preguntándose cada día qué sería de él, de su vida, de sus ilusiones o de sus desgracias. Sin descanso devoraba los diarios y revistas en busca de alguna noticia sobre alguna exposición suya, sobre algún premio que le hubieran otorgado, buscando fotos de su obra, de sus cuadros. Él había ayudado poco a esta obsesión, ya que, rara vez, concedía entrevistas o se dejaba ver en eventos. Su trabajo había sido próspero. Vivía en Nueva York y era propietario de una galería de arte en la que ayudaba a jóvenes talentos que, como él, un día habían tenido un sueño. A parte de estos escuetos datos, no sabía nada más sobre su vida, nada sobre sus relaciones. En ocasiones, Paula había pensado que su afán por esconderse y no dar datos era una represalia contra ella. Si él no podía saber de ella, ella no podría saber de él, ni siquiera por los medios de comunicación. Pero entonces todo eso estaba a punto de cambiar. Él llegaría y ella estaba preparada para cualquier cosa que surgiera de esa visita.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —Diana trataba de hacer reaccionar a su madre—. Si no quieres verlo, podemos pedirle a María que hable con él. Es decir, en realidad ni siquiera nos ha dicho para qué viene exactamente. Si no estás preparada...

—No te preocupes, hija. Creo que llevo preparada toda la vida. Vayamos a casa. Antes de seguir adelante con esta locura, debemos arreglar el tema de tu boda. —Paula parecía haber reaccionado—. Después, ya veremos qué pasa. Por cierto, mi vida, estás preciosa.

Paula saludó animadamente a su yerno, abrazó largamente a Aurora y pidió perdón repetidas veces a su hermano. Realmente no había querido montar aquel escándalo o remover el pasado de esa

manera. Pedro aceptó sus disculpas y, sin que su hermana se lo esperara, la abrazó con fuerza.

—Solo te perdonaré, si me prometes una cosa, hermana... —expresó—. No vuelvas a irte como te fuiste hace treinta años o hace unos días. Esta es tu casa y nosotros somos tu familia. Cualquier cosa que necesites, siempre nos tendrás.

Paula se sintió muy emocionada al escuchar a su hermano, pues su relación nunca había sido íntima ni cercana, pero sabía que esas palabras salían directamente de su corazón. El grupo retomó el camino de vuelta a la finca. Paula caminó junto a su hermano, interesados ambos por primera vez en cómo era la vida del otro. Nacho, por su parte, caminó cerca de Aurora para sonsacarle más información irrelevante de los años que había compartido con su madre. Para él, una nueva Paula había nacido ante sus ojos aquellos días, una mujer igual de buena y cariñosa, pero con muchos más matices que hacían que él la viera con una nueva fuerza mucho más intensa que la que había visto nunca en la vida. Su madre era una luchadora nata y, sin duda, un ejemplo a seguir para él. Finalmente, cerraban el grupo Diana y Fernando. Esta le relató nuevamente lo que había sucedido dentro de la casa y cómo la había consolado la revelación de que Ricardo era su padre. Realmente confesó que esa duda hacía días que la atormentaba. Fernando se mostró comprensivo y le hizo prometer que nunca más volvería a alejarse así de él ni a ocultarle ningún tipo de información importante, ya que ella era lo más importante en su vida. Diana aceptó el trato de Fernando, aunque sabía que aún no había terminado aquella historia y que, si no jugaba bien sus cartas, la boda y todo podía desmoronarse en un segundo.

Capítulo 19

*Eran días de irresponsable plenitud,
de felicidad imperceptible.*

La verdad del caso Savolta, Eduardo Mendoza.

Llegaron a La Paloma cansados y polvorientos. Adela había preparado una mesa enorme en el comedor donde una succulenta cena les esperaba. A pesar de la suciedad del camino, todos prefirieron sentarse en la mesa y disfrutarla. Aquella noche era una celebración y como tal querían disfrutarla juntos. El ambiente fue distendido, a pesar de que Diana mirara a su espalda cada vez que uno de los camareros entraba en el comedor y también a pesar de que se notara que Paula hacía un esfuerzo para mantener su mente en la conversación.

En un momento, antes de los postres, Diana pudo ver cómo varios camareros entraron un carro con tartaletas y flanes. Entre ellos vio a Mario con el gesto confundido y sombrío. La joven tiró del pantalón de su hermano y le hizo un gesto que este interpretó sin problemas.

—Si quisiera montar un espectáculo, no se habría puesto el uniforme de camero —susurró Nacho—. Debe de querer presionarte con su presencia.

Diana asintió sin quitar la vista del joven. Era cierto. Con su temperamento hubiera entrado dando gritos para reclamar lo que él debía creer que le pertenecía. Probablemente solo quería hacer fuerza para que Diana se sintiera tan mal como se sentía él. Perdida en sus divagaciones, no se dio cuenta de cómo Fernando se había

levantado para hacer un brindis.

—Quiero agradecer a mi futura familia política la hospitalidad y el apoyo que le habéis dado a Diana en estos días tan difíciles para ella y, sobre todo, agradecer a mi suegra por haber aparecido a tiempo para la boda —lo dijo con un tono jocosos y todos rieron—. También me gustaría agradecer a mi preciosa novia, por haber sido tan insistente a la hora de convencerme para celebrar aquí nuestra unión. Después de haber visto la belleza de esta tierra, no dudo que pueda haber un lugar más apropiado y qué mejor manera que agradecerlo que con un regalo.

Diana no salía de su asombro. No solo no estaba enfadado ni había desconfiado de ella, sino que le había traído un regalo. La chica miraba a Fernando y a Mario alternativamente a la espera de que uno no notara nada raro y que el otro fuera capaz de mantenerse en un segundo plano para que ella pudiera ser capaz de agradecer con normalidad el regalo y abrirlo sin que le temblaran las manos. Era una cajita pequeña con un precioso lazo azul.

—¡Dios mío! Pero, Fernando, esto es... —Una lágrima corrió por la mejilla de Diana—. ¿Cómo es posible?

—Los compré hace unos meses. Quería que tuvieras un recuerdo mío en este día y a la vez deseaba tener como recuerdo la mirada que tenías cuando los viste en aquella tienda. Siempre me arrepentí tanto de no haberlos comprado...

—¿Diana? ¿Hija? ¿Qué es eso tan especial? —preguntó Paula.

—Son unos pendientes de cristal de Murano que van perfectos con mi vestido de boda, mamá. —Diana lanzó a su madre una mirada cómplice. Fernando sabía leer sus pensamientos, sabía lo que la haría feliz en cada momento, sabía complacerla, hacerla reír y sorprenderla. Diana se volvió hacia Fernando y lo besó entre los aplausos de todos los que en ese momento estaban en el comedor.

Cuando Diana se volvió hacia los camareros, Mario ya no estaba.

La cena concluyó más o menos rápido. Mientras servían los postres, Paula se acercó a su hija y le susurró al oído.

—¿Has aclarado tus ideas o necesitas que hablemos?

—Tranquila, mamá. Todo esto ha sido una locura —aseguró Diana—. Lo he querido desde el día que lo conocí. Creo que los sentimientos me han sobrepasado.

Paula pudo ver en la mirada de su hija el sentimiento de culpa al que se había referido anteriormente. Cuando se ama a la persona, ocultar una verdad es aún más duro.

—¿Se sabe algo de Alejandro? —volvió a preguntar.

—No, he hablado con María cuando hemos llegado y aún no había llamado, tardará un par de horas —confirmó la joven.

—De acuerdo, hija. —Había nerviosismo en la mirada de Paula—. Creo que me voy a mi cuarto, necesito una ducha para levantar el ánimo.

—¿Estás bien? —continuó en un susurro.

—Mejor que nunca, creo.

Paula dejó el grifo del agua correr sobre su piel. La casa de Alejandro le había aportado muchas cosas en esos días, pero desde luego las comodidades no habían sido una de ellas. El agua estaba tibia y le erizaba la piel, lo que le permitía a su mente vagar por los últimos recovecos de su memoria. Alejandro estaba ahí, a menos de un par horas de ella. Por tercera vez en la vida, sus destinos se cruzaban. ¿Cumpliría él su promesa?

Barcelona, febrero de 1977

La enfermera entró con una sonrisa en la cara. Paula había acudido a la matrona porque intuía el motivo de sus náuseas. La joven enfermera había sujetado su mano mientras la matrona le hacía el reconocimiento y, por su expresión alegre, el resultado de la

prueba debía ser positivo, pensó Paula. Quizás demasiado positivo.

—Felicidades, señora Rivera. Está usted embarazada. —Sonrió a Paula—. El doctor Alarcón se va a poner muy contento. Le gustan tanto los niños...

—Disculpe. —Paula salió de un leve trance en el que había entrado—. Preferiría que fuera discreta con el asunto. Como usted ha comprobado, mi embarazo es muy reciente y me gustaría esperar un tiempo prudencial hasta comunicárselo a mi marido.

—Sí, claro, señora. —La mujer parecía compungida—. No se preocupe, no pensaba comentarlo con su marido.

Paula se sintió mal. Había sido demasiado tajante con la enfermera, pues ella de buena tinta sabía que las enfermeras debían respetar la confidencialidad con el paciente. Bajó de la camilla y se escondió tras el biombo de tela blanca para vestirse. Se sentía incómoda, la revisión de la matrona le había resultado desagradable y, lo peor de todo, era que tenía unas ganas tremendas de echarse a llorar. No podía estar embarazada. Era cierto que Ricardo y ella hacía tiempo que lo intentaban, pero sus encuentros eran aburridos y tampoco tan frecuentes como ella había supuesto que deberían ser para quedarse embarazada.

Cuando en un primer momento ambos se habían propuesto la idea, Ricardo sugirió que quizás sería buena idea que una matrona le hiciera una revisión y le aclarara algunas dudas. No en vano llevaban casados tres años y el bebé aún no había llegado, por lo tanto, quizás era mejor empezar con buen pie. Por lo que le había comentado la matrona, parecía ser que había pocos días fértiles al mes y por lo tanto podía llevarles un tiempo que el embarazo se produjera. La matrona le hizo un croquis a Paula con los días más fértiles y la apremió a saltárselo y a intentarlo todos los días posibles, ya que también era cuestión de suerte. Pues bien, debía haberles tocado la

lotería porque, en realidad, Paula nunca había controlado las fechas de sus menstruaciones y los encuentros habían sido bastante espaciados. Si bien, como había confirmado la matrona, era un embarazo muy reciente, apenas podía precisar si estaba de tres o seis semanas.

Paula salió del Hospital de San Pablo y comenzó a descender por la avenida de Gaudí. Había acudido al hospital en taxi, pero a la salida lo único que quería era caminar para despejarse. Alejandro la esperaría en el hotel y habían quedado allí esa tarde. Seguramente él ya hacía un rato que la esperaba. Faltaban dos días para su marcha. Esa mañana él se había encargado de comprar dos billetes de avión a París y había reservado una habitación en un buen hotel cerca del Louvre.

»—Te va a encantar, mi vida. Hay obras de todos los autores que te puedas imaginar. Se necesitan días para disfrutarlos todos. —Hacían planes de futuro mientras desayunaban—. Es el paraíso de cualquier amante del arte. No estaremos muchos días en Francia, solo lo justo para enfrentarme a Margarita y poder recoger mis obras y mi dinero. Luego nos marcharemos. Ya he hecho contactos con gente de Estados Unidos. La vida allí es de otra manera, te va a encantar...

Paula lo miraba extasiada e imaginaba su nueva vida. Ya se había acostumbrado a una ciudad grande y, por más que pensara, Nueva York tampoco podía ser mucho más grande que Barcelona. Además, si estaba con Alejandro, todo sería más fácil de llevar. A ella le preocupaba, sin embargo, la despedida de Ricardo y de don Vicente. A ambos les rompería el corazón en mil pedazos. No esperaba que Ricardo la comprendiera, pero al menos esperaba poder llevarse con ella el cariño de don Vicente. Nunca había sentido tanto respeto y afecto por nadie en su vida y lo último que deseaba era hacerle algún tipo de daño.

Ella aún no era consciente, pero todos sus planes habían tomado un punto de no retorno en el momento en que sintió aquellas náuseas matutinas. Muy en su interior, Paula tenía claro que su malestar no era por un virus. Ni siquiera le había hecho falta la visita a la matrona. Únicamente necesitaba la confirmación de lo que ella ya sabía y al caminar por la avenida Diagonal, en dirección al encuentro del amor de su vida, solo necesitaba el valor necesario para articular en palabras su decisión. El simple hecho de saber lo que iba a hacer, le dolía. Ya no tenía que preocuparse por el corazón de Ricardo o don Vicente, pues en ese entonces le preocupaba más el suyo propio. Conforme avanzaba y cruzaba las calles, entre los coches y el tráfico de aquella fría tarde de febrero, sintió que toda ella se hacía más pequeña y que el dolor la consumía otra vez.

Llegó al hotel hecha un mar de lágrimas. El frío le había dejado las mejillas señaladas y la nariz roja. Estaba despeinada por el aire y sentía un peso enorme sobre los hombros.

—Paula, mi vida, estaba preocupado. —Alejandro abrió la puerta presuroso, pero a la vez alegre de saber que ella estaba al otro lado—. Pero ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien, Paula? —La dejó entrar y la acompañó al sofá de la salita, donde unos días antes él se había desmayado.

—Tenemos que hablar —Paula trataba de aguantar la compostura y el tono firme de la voz, pero no hubo remedio, las lágrimas habían ganado la batalla y ya no las podía parar.

—¿Qué pasa? Habla, me preocupas. ¿Alguien te ha hecho algo? —preguntó el joven que se había arrodillado en el suelo delante de ella mientras le sujetaba las manos heladas y temblorosas.

—Yo... —Respiró hondo para coger las pocas fuerzas que aún le quedaban—. Estoy embarazada.

Alejandro parecía confundido, pues aquella no era una mala

noticia. Un bebé siempre es alegría, pero la expresión de Paula era muy distinta de la que debía ser la cara de una mujer feliz. Ellos serían felices con aquel bebé. Quizás era pronto, pero él siempre había querido niños y, aunque no fuera suyo, le daba igual. Lo único que le importaba era estar con Paula... Y entonces lo entendió todo.

—No, no, no... —Paula intentó sujetarlo a su lado, pero él se levantó y comenzó a andar muy agitado por la habitación—. ¡No! ¿Me oyes? ¡Te digo que no pienso aceptarlo! ¡Otra vez no!

—No podemos hacer nada... —Paula lloraba sin parar.

—Sí, podemos. Seguimos con nuestros planes, nos vamos y nunca nadie sabrá nada —sentenció él.

—No puedo, no puedo, Alejandro. Es su hijo.

—¿Y qué me importa? Lo cuidaré y lo trataré como si fuera mío. No le faltará nada ni a ti ni al bebé.

—No lo dudo, pero no tiene que ver con eso. Una cosa es que me vaya yo y otra es alejarlo de su hijo. No es justo, no puedo tener ese peso sobre mi conciencia, ¿no lo entiendes?

—¡No! ¡No lo entiendo! —Alejandro gritaba—. ¿Te he recuperado de la muerte para dejarte marchar otra vez? ¿Te crees que me voy a ir sabiendo que estás viva? ¡Qué me quieres!

—No podemos evitarlo, no podemos hacer nada. Alejandro, mírame. —Paula se levantó para sujetarlo y hacerlo entender—. Puedo irme yo, dejarlo y romperle el corazón, pero no puedo irme con su hijo. Aunque no haya nacido, es suyo. Legalmente no puedo y, moralmente, tampoco.

—Él no lo sabrá. —Parecía más calmado. En el fondo, sabía que Paula tenía razón.

—Pero nosotros sí y no es una losa con la que quiera empezar nuestra vida. No podríamos soportarlo y lo sabes. Tú tienes un corazón bueno y sabes que tampoco podrías apartar a un hijo de su

padre.

—De acuerdo, pues me quedaré —dijo resuelto—. Buscaré un lugar para vivir y estaré aquí. Nos veremos a escondidas. No me importa compartirme con tu marido, mientras pueda tenerte de alguna manera.

—¿Y vivir de mentiras? ¿De las migajas de tiempo que podamos robarle a nuestras vidas? No podríamos salir a pasear ni a comer. Siempre miraríamos por encima del hombro por si alguien nos ve, vigilaríamos que no se nos escape algún detalle, contaríamos los minutos para separarnos hasta la próxima vez. Sería un amor clandestino y triste...

—Al menos habría una próxima vez... —Estaba abatido. La furia inicial se consumía en la desesperación por la realidad que se le planteaba. Se alejó de Paula y se sentó en la cama del dormitorio—. No te quiero perder, otra vez no. Cuando estabas muerta, eso dolía mucho, pero no había más remedio que aguantarlo, no se puede luchar contra la muerte, pero saber que estás viva y que no puedo estar contigo... Eso va a ser insoportable.

—Lo sé.

La resignación se instaló en todos los rincones de esa habitación. El sol de la noche temprana había dejado la estancia apenas iluminada por un par de lámparas de compañía que estaban encendidas en la salita. Paula vio cómo Alejandro se enjugaba una lágrima. Desde que lo había vuelto a ver, sabía que alguien iba a sufrir en aquellos días, pero nunca pensó que fueran ellos nuevamente. Nunca pensó que el destino volvería a jugarles esa mala pasada. Él tenía razón, separarse sabiendo que el otro estaba vivo era aún más duro que cuando recibieron las cartas, incluso más duro que la primera vez que se separaron en el pueblo, pues en aquella ocasión había esperanza de encontrarse de nuevo, pero en ese momento ni la

muerte ni la esperanza podían ayudarlos a pasar el trago. Simplemente deberían vivir con la pena de haberle dado al otro la mitad de su propio corazón.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Alejandro.

—Aún tenemos casi dos días. Abrázame.

Ella fue hasta él y se dejó fundir en un abrazo. Durante los dos días siguientes, apenas dejaron de tocarse. Se recorrieron los cuerpos con la vista, con las manos y con los labios para grabarse en la memoria todos los detalles que el tiempo solía borrar con su paso. Memorizaron el olor del otro y el sonido de su voz, hablaron, rieron, se amaron a partes iguales y evitaron pensar en lo que les depararía el futuro. Disfrutaron únicamente de esos momentos de presente. Se esforzaron por permanecer despiertos el mayor tiempo posible. Los días se juntaron con las noches y, aunque lo intentaron con todas sus fuerzas, no pudieron parar el reloj.

El avión de Alejandro salía en apenas cinco horas y Ricardo llegaría esa misma noche a casa. El tiempo se había agotado y tocaba despedirse. Alejandro había conseguido hacer la maleta mientras Paula lo observaba sentada en el alféizar de la ventana. Miraba a Barcelona con odio por tener que quedarse allí al tiempo que él se iba. Desde que se habían despertado tras unas pocas horas de sueño reparador, la nube que habían tratado de mantener alejada se había instalado entre ellos.

—Lo siento mucho —musitó Paula cuando él hubo terminado de doblar la ropa.

—¿Por qué?

—Si no me hubiera quedado embarazada, esto no sería así. —Bajó la mirada. Las lágrimas comenzaban a escaparse, pero en algún momento de la euforia de los dos últimos días habían prometido que no iban a llorar.

—No es culpa tuya. Tú no podías saberlo. Si nos remontamos a las culpas, es culpa mía por haber dejado que Margarita manipulara todo a su antojo y por no haber descubierto su engaño... —Le besó la frente—. Esto no es culpa de nadie, mi amor.

—¿Cómo voy a vivir con otro? ¿Cómo lo voy a besar si sé que estás vivo?

—Eso es algo que tendrás que descubrir con el paso de los días. Los dos deberemos descubrir cómo vamos a ser capaces de vivir con esto, pero lo haremos, ¿me oyes? Aunque ahora no lo sientas así, cuando nazca tu hijo sentirás un amor por él que compensará todo lo demás. Aférrate a eso.

—No creo que pueda. Ahora mismo este bebé es la fuente de todas mis desdichas. —Paula comenzó a llorar.

—No llores, mi amor. Estás viva. Es todo lo que necesito saber para ser fuerte y te prometo que con el tiempo iré mejor y si no, te prometo otra cosa... —Paula lo miró con un halo de esperanza en la mirada—... Me mantendré alejado de ti, así debe ser, pero si en algún momento te arrepientes de esta decisión o crees que tu vida te hace desdichada, búscame y vendré a por ti.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Se fundieron en un beso. Alejandro miró el reloj de la pared de reojo e hizo un cálculo rápido: aún había tiempo de perderse en ella una vez más, posiblemente la última de su vida. Él sabía que ella lo tendría más fácil que, aunque en ese entonces no lo pudiera ver, ese bebé que llevaba en el vientre sería su alegría, su fuerza, y que a pesar de todo su marido la colmaría de amor y de detalles. Él, por el contrario, sabía que su única alegría sería su trabajo y ese solía ser un camino muy solitario. Por eso decidió disfrutar de ella aquella última vez, sin prisa, con todo el amor del que fue capaz. Convirtió la rabia,

que hacía dos días ocultaba, en una pasión desmedida y se esforzó por sentir cada roce de su piel.

—Mírame —le suplicó.

Hicieron el amor con los ojos abiertos, con los cinco sentidos puestos en el otro. Se besaron con pasión y disfrutaron de cada uno de los gestos de placer que en otras ocasiones se pierden por la falta de luz o por desviar la mirada. Miraba fijamente a esos ojos verdes imposibles de imitar con pinturas. Pensó que si se moría en ese mismo instante, la vida entera habría tenido sentido, pero no pasó. En cambio, sintió cómo ella se estremecía en cada movimiento de su cadera, cómo sus manos se crispaban alrededor de sus brazos, cómo sus gemidos dejaban escapar un grito de desesperación. Él mismo comenzó a sentir las primeras palpitations del placer. Trató de retenerlo un poco más, unos minutos más, pues, después de aquello, todo se desmoronaría. Ralentizó sus movimientos todo lo que pudo. La sintió, la abrazó, la miró a los ojos con la misma fuerza que ella lo miraba a él, pues sabía que entendía lo que hacía, pero al mismo tiempo sabía no era posible. Ambos habían llegado a un punto de no retorno. Paula arqueó la cadera con desesperación para facilitarle los últimos movimientos al mismo tiempo que se incorporaba para besarlo y, entre jadeos de placer, una lágrima se escapó del ojo de Alejandro y rodó hasta la mejilla de Paula. Se besaron mientras sus cuerpos se relajaban aún unidos y permanecieron así hasta que los dos dejaron de temblar.

Alejandro se sentó en la cama y comenzó a vestirse. Ella se acercó por detrás y le susurró.

—Voy a entrar en el baño. No puedo irme de aquí si huelo a ti. Te pido, por favor, que cuando salga te hayas ido... —Él hizo un gesto para girarse y reclamar, pero ella se lo impidió y siguió—: No es una despedida, es un *hasta pronto*. Puede que sean años, pero esto no es

una despedida. Si nos despedimos, comenzaré a llorar y no quiero que ese sea tu último recuerdo de mí. Prefiero que me recuerdes como me has visto hace un momento: totalmente entregada a ti.

Alejandro asintió. Le dolía no volver a besarla, pero quizás el sabor de ese último beso era menos amargo porque no había sabido que sería el último. Notó como ella se deslizaba sobre la cama hasta el suelo por el otro lado y escuchó sus pasos en el suelo hacia el baño, pero justo cuando iba a cerrar la puerta, él se volvió. La vio desnuda a contra luz, perfectamente dibujado el contorno de la cadera y del pecho, las piernas largas y el cabello rubio suelto por los hombros. Era tan preciosa como aquel día que la había pintado en su estudio. ¿Cuántos días pasarían para poder volver a estar con ella? ¿Cuántos días faltarían hasta la próxima vez? Paula cerró la puerta y a él se le encogió el corazón.

Paula se miró en el espejo y respiró hondo. Estaba a minutos de que su vida cerrara el paréntesis que había abierto varios años antes, en aquella misma tierra. Parecía lógico que el círculo se cerrara en aquel lugar. Paula se vistió con un vestido ligero gasa y llevaba los hombros al aire. Se cepilló el cabello rubio y largo, eligió cuidadosamente los pendientes y, por primera vez en veinticinco años, se quitó la alianza de bodas y la guardó cuidadosamente en su joyero. Diana llamó a la puerta.

—María ha llamado. Vienen hacia aquí. Tardarán unos diez minutos —Paula asintió—. ¿Estás bien?

—Nerviosa, solo eso.

—Es lógico.

—Mamá, tengo que pedirte un último regalo de bodas.

Paula miró a su hija extrañada.

—Dime, cariño.

—Pasé lo que pasé hoy, sé feliz. —Paula esbozó una gran sonrisa y

ambas se fundieron en un abrazo.

Bajaron las escaleras tomadas de la mano. En los soportales estaban Nacho, Aurora, Pedro y Fernando, que conversaban alegremente sentados en una mesa junto a la fuente central. Nuevamente había una familia en aquella casa y Paula podía sentirla como un hogar. Era extraño, pero parecía que las piezas de un gran puzzle comenzaban a encajar sin problemas. El portón delantero estaba entreabierto y todos pudieron ver el reflejo de unos faros colarse entre las puertas. Ya habían llegado. ¿Cómo sería? ¿Habría cambiado? ¿La miraría con el mismo amor que la última vez? ¿Se pararía el mundo como se paraba cuando estaban juntos? Paula notaba cómo le latía el corazón en el pecho y en las sienes. Se agarró a la silla que tenía más cerca por miedo a caerse si no conseguía relajarse un poco. Todos miraban hacia la puerta de entrada. «Quizás un reencuentro más íntimo hubiera sido más apropiado», pensó Paula, pero en seguida descartó el pensamiento. Por fin podía ver a Alejandro sin esconderse, sin sombras, sin mentiras; desde luego aquel era el ambiente adecuado. Una sombra cruzó la puerta. María entró primero. Paula le sonrió con cariño. Había envejecido bien y, a pesar de los años, aún era cómplice de todo aquello. Tras ella, por fin apareció una figura mucho más alta. Esbelto y con el pelo rizado, hábilmente domado por la gomina, dejaba escapar algún rizo rebelde sobre los ojos, lo que le daba a Alejandro un aire melancólico e interesante. Y, por fin, su sonrisa apareció cuando se dio cuenta de que era Paula la que lo miraba desde el grupo que había en el patio. Todos los observaban atentamente y vigilaban cada movimiento. Diana, que era la que estaba más cerca de su madre, pudo notar cómo al verlo su cuerpo dejó de temblar. Él consiguió cruzar el umbral y dar dos pasos hacia ella. Paula, que hacía años que esperaba ese momento, echó a correr hacia él y se lanzó a sus brazos mientras

se prometía a sí misma que nunca más se separaría de él.

—Has venido —le susurró ella mientras se miraban.

—Te lo prometí. —Alejandro le cogió la barbilla y la besó dulcemente mientras todos aplaudían—. Y esta vez, pase lo que pase, jamás me volveré a separar de ti.

Diana se escabulló por la puerta del comedor hacia la cocina. En ese momento nadie la echaría en falta, pues todos estaban pendientes de su madre y, después del recibimiento, ella sabía que la dejaba en buenas manos. Salió por el jardín de atrás. Esperaba encontrar a Mario cerca para no tener que ir a buscarlo a su habitación. Oyó al cachorro ladrar contento al mismo tiempo que una pelota caía a sus pies. El pequeño, que movía el rabo, corrió con desesperación a buscar su juguete para volver a llevarlo al punto de partida. Diana alzó la vista.

—Pensaba que ya no te vería, rubia —afirmó.

—No he podido escaparme hasta ahora... Ha sido un lío —confesó la joven mientras se acercaba—. Tenemos que hablar.

—No hace falta, ya sé lo que me vas a decir. He visto cómo lo mirabas ahí dentro durante la cena y cómo lo has besado. Por mucho que me duela, a mí no me miras así.

—Mario, yo... No quiero que pienses...

—No te preocupes, no te voy a montar ningún escándalo. —El joven bajó la mirada, ya no había hoyuelo en su cara—. En el fondo sabía que pasaría esto. No te preocupes, he sido consciente en todo momento de que al final llegaría el día de tu boda. —El chico era prudente y Diana se sentía realmente aliviada—. Vamos a dejarlo en el final de nuestra historia. Nos lo robaron hace algunos años y necesitábamos un broche final. Tú y yo pertenecemos a dos mundos distintos. Estaba claro que esto no nos iba a llevar a ningún sitio. Se ve buen tío, un poco mojigato, aunque eso tú ya lo sabes. —Diana

sonrió—. Sé feliz, rubia.

Mario le robó un último beso en la mejilla y se alejó hacia su habitación. Realmente ni en el mejor de los casos ella hubiera esperado una solución tan pacífica.

Diana volvió dentro. Fernando la buscaba con la mirada mientras su madre se acercaba a todos con Alejandro que le sujetaba la mano.

—Diana, cariño —llamó Paula—. Quiero que conozcas a alguien.

Epílogo

— Eres la novia más bonita del mundo —dijo Paula.

—No exageres, mamá.

Faltaba una hora para la boda y todos en La Paloma se movían de arriba abajo para tratar de tenerlo todo arreglado. Desde la ventana, Diana y Paula podían ver las mesas dispuestas en el jardín de atrás junto a la piscina y a los invitados que llegaban. Pedro les había asegurado un rato antes que el menú estaba controlado y que el cura llegaría sin problemas.

Diana no estaba nerviosa. Al final todo resultaba aún mejor de lo que ella había previsto. Había pasado una semana desde que Paula y Alejandro se habían reencontrado y tanto ella como Nacho estaban seguros de que nunca habían visto a su madre tan feliz. Tan solo sentía un pellizco en el corazón cuando se acordaba de su padre, pero en el fondo sabía que él estaría contento por ver a su familia feliz.

Unos nudillos sonaron en la puerta.

—Mamá, abre tú, no sea que a Fernando le hayan entrado los nervios y venga a asegurarse de que estoy aquí... —Ambas sonrieron y Paula abrió la puerta.

—Hola, mamá. —Nacho entró en la habitación y dio un beso en la mejilla de su madre—. Diana, Alejandro está aquí fuera y quiere darte un regalo.

Diana miró extrañada a su madre que le devolvió una sonrisa de complicidad.

—Claro, que pase.

Alejandro entró en la habitación. Llevaba un rollo de plástico de algo más de un metro de longitud.

—Verás, sé que habéis oído muchas cosas de mí en este tiempo y que no todas han sido buenas, pero aun así no me habéis juzgado. Eso dice mucho de vosotros como personas y cómo os han criado vuestros padres. Además, quiero agradecer que después de todo el lío que se formó aquí me hayáis acogido con tanta amabilidad. No sabéis lo feliz que me siento por poder formar parte de vuestra familia.

Diana y Nacho asintieron sonrientes. Resultó que Alejandro era un hombre muy interesante, además de muy agradable y que, desde primer momento, encajó sin problemas con la familia. Sencillamente después de todas sus averiguaciones parecía que lo conocían de toda la vida y sabían que él era la felicidad que su madre se merecía.

—Por eso —continuó Alejandro—, me gustaría regalarte en este día tan especial lo que siempre ha sido mi mayor tesoro. Es mi mejor obra y me gustaría que la tuvieras tú.

—Pero no puedo aceptarla —contestó Diana abrumada—. Una obra tuya debe valer mucho dinero... Yo..., es decir, gracias, pero...

—Estoy seguro de que vale mucho dinero —la cortó Alejandro—, pero no es valiosa por eso. Ábrela.

Diana cogió el tubo que le tendía Alejandro. Contrariada aún por el regalo, lo abrió y tiró de la tela amarillenta por las esquinas que había en su interior. Apartó el tubo y extendió la tela sobre la cama. Los dos hermanos exclamaron al unísono. Allí estaba Paula con quince años. Posaba realmente preciosa y completamente desnuda. La pintura era, sin duda, una maravilla. El trazo era preciso, la luz perfecta, pero sobre todo tal y como había dicho María, Paula parecía una diosa. Ambos hermanos eran incapaces de articular palabra,

únicamente miraban y admiraban el lienzo. Diana reparó por un momento en las muñecas de Paula y en la cuerda que las ataba. Y se dio cuenta de por qué Alejandro le hacía aquel regalo: su madre, por fin, era libre para amarlo.

Fin

Agradecimientos

Escribir *Noches sin luna* ha sido un proceso largo y bastante solitario, aunque en estas líneas quiero agradecer a dos personas por su colaboración. Mery Perelló, gracias por prestarme tus conocimientos sobre arte, por leerla y animarme a seguir.

A mi madre, por ser mi lector cero, por haberla leído una y otra vez, por haberme ayudado con la documentación y por aportarme su punto de vista. Por sus ánimos para que persiguiera mi sueño y por llevarme de la mano en todos los pasos de mi vida, incluido este. Gracias.

Si te ha gustado

Noches sin luna

te recomendamos comenzar a leer

Sin compromiso

de *Laimie Scott*



Capítulo 1

Gabriella miraba de manera fija y enigmática la pantalla de su portátil. Sus ojos apenas si eran visibles, ya que los mantenía entrecerrados. Asentía de manera lenta y se mordía el labio inferior sin variar su postura, hasta que emitió un gruñido y se recostó sobre su sillón de cuero. Pero en ningún momento apartó su atención de la pantalla o, mejor dicho, del contenido que aparecía en esta. Garabateó algo sobre un folio antes de llevarse el bolígrafo a su boca para mordisquearlo. Su concentración ni si quiera se vio interrumpida por el repiqueteo en la puerta abierta del despacho. Gabriella solía dejarla así para que sus visitas supieran si estaba o no, o bien, ocupada hablando por el teléfono o con alguna persona. De ese modo se ahorra tener que andar pidiendo a la gente que entrara, o incluso levantarse ella a abrir. No alzó la mirada en dirección hacia Silvia, su ayudante, monísima ella con su vestido veraniego de flores y sus sandalias de cuña a juego, acercándose a la mesa.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó contemplando a Gabriella, quien asintió emitiendo un nuevo sonido gutural que daba a entender a Silvia que podía atenderla. Eso sí, sin mirarla—. Venía a comentarte lo de la próxima feria del libro que se celebra en un par de días, aquí, en Bolonia.

—Sí, no soy ajena a las noticias que está generando. Dime, ¿de qué se trata?

—Es sobre si la editorial contará con algunos de sus más reconocidos escritores, bueno, escritoras en este caso.

Gabriella permaneció en silencio unos segundos. Fue entonces cuando se permitió hacer un leve movimiento con sus ojos hacia Silvia.

—Imagino que Melina y alguien más. Hablaré con ella más tarde. No te preocupes.

—Es por prepararlo todo. La organización ya nos ha asignado el stand en el que nos ubicaremos.

—¿Qué más?

—Por el gesto que pones y la manera de responderme, deduzco que no te hace mucha gracia asistir. Eso y que estás liada con vete tú a saber qué. —Silvia hizo un gesto con el mentón hacia el portátil de Gabriella y luego entornó la mirada hacia esta, quien resoplaba en ese preciso momento.

—No, no, al contrario. Creo que es una oportunidad muy buena para acercar a los lectores a sus autores y, de paso, intentar captar nuevos escritores.

—Sí, este año hay un gran revuelo por la presencia de Estefanía Lambertti.

—Ya, precisamente estaba leyendo sobre ella en la Red —le confesó señalando con el bolígrafo hacia la pantalla.

—Una chica joven que ha comenzado a colgar su historia por capítulos en una red social. Y que se ha convertido en una auténtica locura. No solo en cuanto a seguidores, sino a popularidad.

—Interesante.

—La gente joven la adora.

—Historias para adolescentes.

—Pero de amor, no lo olvides. Y créeme si te confieso que sabe cómo llegar a todos ellos con sus historias. —Había un toque de admiración hacia la escritora por parte de Silvia, pero también de saber de qué estaba hablando.

—Pareces bastante puesta en ella y en su novela —dedujo Gabriella entornando la mirada hacia Silvia—. ¿La has leído?

—Por supuesto.

—Vaya, no sabía que te gustara la novela romántica para chavales —le dijo con un toque de ironía y, hasta cierto punto, rechazo por este género.

—Me gusta la buena literatura en general. Y no hago ascos a ningún género; ni tan siquiera a la *New Adult*. Género del que la editorial no se ha hecho eco.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que incorporemos la novela romántica para chavales a nuestra editorial? —Gabriella formuló la pregunta con cierta incredulidad. No había concebido esa posibilidad porque pensaba que la novela romántica era para gente adulta. Y nunca se le había pasado por la cabeza publicar historias de amor para adolescentes con las hormonas por las nubes.

—Hay buenas historias en ese campo y conocidos autores.

—Lo sé, lo sé. Pero... no estoy convencida del todo sobre si sería una buena idea incorporar el género *New Adult* a nuestro catálogo. No creo que tenga mucha aceptación, la verdad. Esas historias de jovencitos que viven su primer amor en el instituto y que solo piensan en el sexo —resumió poniendo los ojos como platos.

—Para empezar te diré que no todas las historias tratan sobre adolescentes de esos a los que acabas de referirte. Algunas se centran en la universidad. Y no piensan solo en el sexo. Pero, ya puestas, ¿en qué pensabas tú cuando estabas en la facultad? Supongo que habría algún compañero o más de uno que te hiciera tilín, ¿no?

—¿Qué tiene que ver lo que yo hiciera en mis años de facultad con estas historias? —preguntó Gabriella tratando de apartar la atención de Silvia de su vida privada durante los años que pasó en la universidad.

—Pues que muchas historias son el fiel reflejo de esos años. Oye, ¿por qué no lees la novela de Estefanía y después valoras si en verdad merece la pena charlar con ella?

—No sé. Tengo mis dudas al respecto.

—Deberías leerla. Y formarte una idea rápida de ella y de sus posibles historias antes de que la feria del libro comience. Ah, y por cierto, si tú no te lanzas a por ella, tus competidores lo harán. Luego no me digas que no te lo advertí. —Silvia le guiñó un ojo y la apuntó con un dedo antes de marcharse.

Gabriella permaneció con la mirada perdida, meditando lo que su ayudante y buena amiga Silvia acababa de contarle en relación a Estefanía Lambertti. ¿Merecía la pena leer su novela? ¿Una historia de jóvenes en busca de su primer amor? ¿Su primera experiencia sexual? Gabriella resopló ante aquella perspectiva que se le planteaba. ¿Debería hacer caso a Silvia y leer la historia de esa chica que había saltado a la primera página de los suplementos literarios? Dejó a un lado la entrevista que había concedido a un blog y tecleó su nombre en un buscador. Gabriella se quedó asombrada de la cantidad de entradas que tenía. Se centró en buscar su novela, que parecía haberse convertido en un referente de la moda literaria para jóvenes. *Muchos besos y ningún te quiero*, el título le pareció original, aunque, teniendo en cuenta al público al que iba dirigido, era normal. Los jóvenes no terminaban por comprometerse a esas edades. Por ese motivo ella tenía sus reticencias a esta clase de novela. No habría un compromiso como en las novelas adultas. Aunque suponía que contaría con los ingredientes de la novela romántica tradicional y que al final chico y chica acabarían juntos.

Gabriella leyó la sinopsis y algunos de los cientos de comentarios que los lectores habían dejado a la autora. Pero Gabriella no iba a dejarse sorprender por eso. No. Ni tampoco por las palabras de Silvia. Ella tendría su propia opinión una vez que se hubiera leído la historia. Después de todo, ¿qué tenía que perder?

Giorgio tecleaba de manera distraída cuando su jefe lo llamó.

—Giorgio.

Este levantó la mirada del teclado justo cuando Giulio desaparecía en el interior del despacho después de haberle hecho un gesto con su mano para que lo siguiera. Cuando Giorgio entró, Giulio estaba sentado detrás de su mesa, revolviendo algunos papeles como si buscara alguno en concreto. Tras unos segundos le tendió uno en cuestión.

—Echa un vistazo.

Giorgio hizo lo que le pedía y se sentó con el folio en la mano. Se trataba de una noticia referente a la próxima feria del libro de Bolonia, que comenzaría en unos días. Pero el titular se hacía eco de una joven: Estefanía Lambertti.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Estefanía Lambertti estará presente en la feria del libro.

—Ya lo leo.

—Bien, quiero que consigas una reunión con ella para tratar ciertos aspectos literarios. Por cierto, ¿cómo es posible que, siendo un experto en encontrar a nuevos talentos dentro de la literatura, esta chica se te haya colado?

—Estefanía Lambertti escribe en las redes sociales —le dijo sin demasiado interés en ello.

—Exacto. Pero quiero que dé el salto al mundo editorial.

—¿Con nosotros? —preguntó un Giorgio algo escéptico mientras Giulio asentía convencido de esa posibilidad.

—Antes de que otras editoriales se nos adelanten, ¿comprendes?

—Sí, pero esta chica, por lo que leo aquí, escribe novela romántica para jóvenes.

—*New Adult* para ser más concretos.

—Ya, vale. ¿Quieres empezar a publicar novelas para

adolescentes? —La pregunta de Giorgio hizo ver a su editor y amigo que no las tenía todas consigo. Vamos, que no lo veía nada claro.

—¿Por qué no? Es un género en auge en los últimos años. Si echas un vistazo a los catálogos de otras editoriales, te darás cuenta de que todas tienen títulos relacionados con ese género.

—Pero no estamos seguros de que vayamos a tener éxito.

—Necesitamos abrir nuevas puertas. Buscar una escritora que contrarreste las ventas de Melina Ambrossio. Su última novela lleva ocho semanas entre los cinco más vendidos de novela romántica para adultos.

—Pues fíchala —le sugirió Giorgio con total naturalidad, encogiéndose de hombros.

—Ya, claro. Lo ves sencillo. Pues ya que lo sugieres, a lo mejor podrías quedar con ella y hacérselo saber. Melina no dejará tirada a su amiga y editora Gabriella Sorrenti —le aseguró agitando la mano en el aire delante de Giorgio, quien acababa de quedarse inmóvil—. ¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado callado y me miras de esa manera que parece que te haya insultado?

—¿Cómo has dicho que se llama la amiga de Melina?

—¿La editora? —preguntó Giulio mientras observaba a su amigo asentir con interés—. Gabriella.

—El apellido —le instó Giorgio con urgencia mientras chasqueaba los dedos.

—Sorrenti. ¿Por qué? ¿Te suena?

Giorgio permaneció en silencio unos segundos y después se recostó contra el respaldo del asiento con una sonrisa. ¿Era ella? ¿Se trataba de su compañera de la facultad?

—Creo conocerla. Sí, es posible que fuéramos compañeros en la universidad. En la misma clase —murmuró Giorgio recordándola como si la estuviera viendo en ese momento. Pero no solo los

recuerdos de ella físicamente los asaltaron, sino que también ciertos sentimientos que había tenido hacia ella y que nunca le confesó.

—Pues a lo mejor podrías quedar con ella y, de paso, pedirle que nos traspase a Melina —le sugirió entre risas.

—Hablas como un presidente de un club de fútbol.

—Y a Melina, ¿no la conocerás también?

—No demasiado. Era la mejor amiga de Gaby en la universidad. Desconocía que se dedicara a escribir.

—¿Gaby has dicho? —Giulio frunció el ceño al escuchar a Giorgio referirse a ella de esa manera.

—Sí, era cómo la llamábamos. Diminutivo de Gabriella. No sabía que después de todo hubiera montado una editorial. La hacía más en otro tipo de negocio —le confesó con gesto pensativo.

—¿No lo sabías? ¿Qué pasa, que no has mantenido el contacto con ella?

—No, he estado algo desconectado de mis amistades de la universidad. Y luego está el tiempo que he pasado en España trabajando. No, no he vuelto a verla desde hace algunos años.

—Bueno, da igual. Eso es cosa tuya. A mí lo que me interesa es la otra chica.

—Sí, ya lo has dejado claro.

—Quiero que contactes con ella y hagas tu trabajo. Hasta ahora no me has presentado nada.

—Es porque ningún escritor nuevo ha conseguido captar mi atención. Eso es todo —se disculpó Giorgio.

—Bien, pues ya puedes ponerte las pilas con esta joven. Por lo pronto, harías bien en leer su novela. Para que no vayas a hablar con ella y no tengas ni idea de lo que escribe.

—Hecho. No te preocupes. Me sumergiré en historia de adolescentes en busca de su primer amor y deseosos de escarceos

sexuales —le aseguró levantándose para marcharse.

—Menos coñas, Giorgio. Tómatelo en serio. Es tu trabajo descubrir nuevos talentos, de manera que ya puedes empezar con Estefanía.

—Ya, ¿y si después no funciona? Ya me entiendes, que no venda la cantidad de ejemplares que tienes previsto —le sugirió volviéndose hacia Giulio, a quien aquella opinión no le gustó lo más mínimo.

—Tú consigue que Estefanía Lamberti acceda a entregarnos su próximo manuscrito. Para eso te pago.

Giorgio sonrió, pero no dijo una sola palabra más. Su amigo tenía razón: le pagaba para encontrar nuevos talentos en el campo de la literatura, no para dar opiniones acerca de si esas historias se venderían. ¿Quería a esa nueva promesa de la novela romántica para chavales? Pues se la conseguiría.

Se dirigió a su mesa pensando no en la nueva promesa de la novela romántica para jóvenes, sino en Gabriella. ¿Dueña de una editorial? La verdad era que había perdido todo contacto con ella. Y aunque en ocasiones se le había venido a la mente por algún motivo, nunca le había dado por llamarla. Ni siquiera sabía que seguía en Bolonia. Esperaba poderla volver a ver durante la feria del libro que estaba a punto de comenzar. Pero por lo pronto tecleó su nombre en un buscador. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo por encontrar una fotografía suya, aunque fuera en la red y de algunos años. La primera opción le llevó a la página de la editorial. Hizo clic en el enlace y apareció el rostro de Gabriella casi tan atractiva como él la recordaba. Y se dijo que casi porque sin duda que ahora estaba imponente, con el pelo algo más corto que cuando estudiaban, pero su mirada y su tímida sonrisa le recordaron aquellos días. Giorgio sacudió la cabeza y resopló. ¿Qué pensaría ella de él cuando se encontraran? Porque él estaba convencido de que así sería. De eso se

iba a encargarse él. Pero antes tenía trabajo por hacer. De manera que buscó a Estefanía Lambertti y su obra *Demasiados besos y ningún te quiero*. Giorgio sonrió al leer el título. Original y fresco. Divertido. Le echó un vistazo a la sinopsis y frunció el ceño cuando descubrió que no se trataba de una historia de adolescentes, sino, más bien, de estudiantes de carrera universitaria. Bueno, a lo mejor no estaba tan mal como él creía. E incluso podría compararla con su propia experiencia.

Gabriella se pasó por el café de Marco, donde estaba segura de que encontraría a Melina. Necesitaba comentarle un par de cosas acerca de la feria del libro y, de paso, saber qué estaba escribiendo. Empujó la puerta del café, ahora más tranquilo que por las noches, y divisó a su amiga sentada en una mesa junto a su portátil. Marco servía en una de ellas mientras su hermana Claudia se movía detrás de la barra como pez en el agua.

—Hola —dijo al cruzarse con Marco.

—Si vienes buscándola, ahí la tienes —le dijo señalando a Melina—. ¿Qué quieres tomar?

—Imaginé que estaba aquí. Y no me he equivocado cuando la he visto al entrar en el café. Gracias de todas formas. Un capuchino me vendría bien. Hola, Claudia —la saludó levantando la mano hacia ella.

—Hey, Gaby, ¿cómo va todo?

—Bien, a ver qué me cuenta mi escritora favorita.

Melina apartó la mirada del portátil para ver a su amiga dirigirse a la mesa. Gabriella se quitó la chaqueta, apartó la silla y la dejó sobre esta junto al bolso.

—Dichosos los ojos —le lanzó a modo de presentación.

—¿Por qué lo dices? Sabes que paso mi tiempo escribiendo aquí,

en el café. Además, te he escuchado decírselo a Marco.

—Ya, bueno, en parte tienes razón. Lo que sucede es que estoy bastante liada con todo este asunto de la feria del libro, ya sabes.

—Sí, claro. Estoy más que puesta en ella.

—Me alegro porque vas a ser parte activa.

—Supongo. ¿Quieres que firme ejemplares?

—Por supuesto. No vas a escaparte ahora que tienes nueva historia en el mercado. ¿Puedo saber en qué andas metida? Aunque tan solo sea una idea aproximada, claro. No te voy a pedir una sinopsis detallada y, mucho menos, un borrador.

Melina frunció sus labios mientras observaba a Marco servirle el capuchino a Gabriella.

—Estaba considerando la posibilidad de escribir una historia *New Adult*. ¿Qué opinas?

—¿*New Adult*? Estás de coña, ¿no? —le preguntó mirándola de manera fija y sin saber si se estaba burlando de ella.

—Pues no. Lo digo en serio, tras ver que es un género en auge y que suelo leer con frecuencia.

—¿Quién, tú? ¿Lees novelas de adolescentes? —Gabriella se estaba quedando a cuadros con su amiga y escritora más valorada por la crítica.

—Sí, con frecuencia. Lo último que he leído ha sido *Demasiados besos y ningún te quiero*, de Estefanía Lambertti. La autora de moda entre el público lector más joven de novela romántica.

—Y no tanto —le aseguró Gabriella frunciendo sus labios—. ¿En serio que la has leído? —Gabriella puso los ojos como platos al escuchar a su amiga.

—Sí. Y es buena. Deberías ficharla para tu editorial. Es un consejo de amiga, que conste. No de escritora.

—Sí, se me ha pasado por al cabeza hacerlo.

—Estará por la feria según he leído en las redes sociales y en su blog.

—¿No me digas? ¿Has decidido ponerte al día en ese tema? —El tono jocoso de Gabriella provocó una falsa sonrisa en Melina. Todavía recordaba las puyas que le había lanzado por estar al tanto de lo que sus lectoras decían de ella cuando había decidido desaparecer del panorama literario.

—Sabes que estuve atravesando un mal momento y que lo dejé todo de lado.

—Ya, y ahora has regresado con renovadas fuerzas, ¿eh? — Gabriella movió sus cejas con celeridad arriba y abajo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué tengo que decirte que Marco es una pieza importante en mi vida? ¿Y tú qué? Sigues haciendo de las tuyas.

Gabriella puso los ojos en blanco y resopló.

—Ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de buscar a alguien. De manera que, como no caiga del cielo... —Gabriella contempló a Melina con los ojos como platos.

—En fin. Y de la feria, ¿qué querías comentarme?

—Un momento, ¿hablas en serio de la nueva historia? ¿Una trama para jóvenes?

Melina se limitó a asentir, convencida de que así sería.

—Quiero manejar diversos registros, situaciones, tramas... Ya sabes, no me cierro a la novela histórica o contemporánea para adultos.

—¿Y si te pegas el batacazo?

—¿Por qué? Tengo un nombre reconocido dentro del género romántico. ¿Por qué no habría de funcionar? —Melina se encogió de hombros sin entender a qué venía aquella sugerencia de su editora y amiga.

—Dices bien que tienes un nombre del panorama literario romántico, pero como escritora de romances históricos y contemporáneos. No para jovencitos. Es un cambio arriesgado. No como Estefanía Lambertti, quien se ha decantado desde el primer momento por ese género.

Melina se mordisqueó el labio en un gesto pensativo. Entrecerró los ojos y asintió.

—Haremos una cosa. Escribiré un borrador de una novela *New Adult*. Te la lees y se la entregas a Silvia, por ejemplo, para que nos de su opinión. Pero no le digas que la he escrito yo, ¿de acuerdo?

—Silvia también ha leído a Estefanía —la interrumpió Gabriella con un tono que parecía decepcionarla.

—En ese caso... —Melina esbozó una sonrisa.

—¿Y qué harás si no le gusta?

—Nada. Te entregaré una novela para adultos poco tiempo después y solucionado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ya la tienes más o menos pensada? ¿Te vas a enchufar a escribir sin parar o qué?

—Tú tranquila. Haremos eso.

—Como tú quieras. Tú eres la que te la juegas. Pero quiero otro manuscrito tuyo si la *New Adult* no nos convence —le dejó claro Gabriella mirándola de manera fija y hasta amenazante.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Confío en ti, ya lo sabes. Y antes de que se me olvide, que es para lo que he venido a verte, tienes que estar presente un par de días en la feria para relacionarte con tus lectoras.

—Sí, no hay problema. Además, sabes que me gusta interactuar con ellas. Disfruto escuchando sus consejos, sus preferencias y demás.

—En ese caso, ya te diré qué días son. Todavía estamos trabajando

en ello. Ahora te voy a dejar con tu historia para jóvenes —le recordó antes de apurar su capuchino, y Melina sonrió—. *Ciao*, Claudia.

—¿Te marchas ya?

—Sí, tengo que seguir programando lo de la feria del libro. ¿Cómo marcha todo?

—Como siempre, el trabajo no falta en el café, como puedes ver.

—Eso está bien. ¿Y tu chico?

—Oh, Giuliano está en el periódico. Supongo que lo veré después.

—Te dejo. *Ciao*, Marco.

—Pero ¿cómo? ¿Te marchas? —le preguntó, sorprendido por la rapidez con la que se había tomado el capuchino.

—Sí, ya he acordado con Melina lo de su nueva historia y lo de la feria del libro. Por cierto, ha convertido tu café en su oficina —le advirtió con un toque irónico.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo cruzando los brazos y mirándola ensimismado—. No es cuestión de echarla, ¿no crees?

—Nooooo, deja que escriba aquí si es donde encuentra su inspiración. Bueno, te dejo. *Ciao*.

—*Ciao*, Gabriella.

Marco se quedó contemplándola mientras abandonaba el café. A continuación, se dirigió hasta Melina.

—¿Poniéndote las pilas? —le preguntó haciendo un gesto hacia la puerta por la que acababa de marcharse Gabriella.

—Oh, no. No te creas. Tengo todo bajo control.

—¿Qué le ha parecido tu proyecto de novela para jóvenes? —Marco la contempló formando un arco con sus cejas.

—Ummm, tiene sus reservas. Cree que es mejor que me centre en la novela romántica para adultos. Ya sabes, lo que he venido haciendo hasta ahora.

—Es lógico. Ten en cuenta que tu fama como escritora de novela

romántica se debe a tus historias par adultos. Es un riesgo que cambien así porque sí.

—Oh, vamos. No es para tanto. No seas aguafiestas tú también. He acordado que, si no les gusta, volveré a la novela tradicional par adultos. No pasa nada. Además, me ha confesado que tiene intención de hablar con Estefanía Lambertti.

—La chica que ha saltado a la fama en las redes sociales con su novela por capítulos...

—Esa misma.

—Ya, pero entiende que esa tal Estefanía ha comenzado su andadura en la novela romántica definiendo su género: *New Adult*. Pero tú, en cambio...

—Eres igualito que Gabriella. La verdad, tal vez deberíais haberos conocido y haber formado una pareja —le lanzó con un deje burlón y de fastidio.

—Eso hubiera sido imposible porque los polos iguales se repelen. Y tú y yo nos atraemos porque somos completamente opuestos —le recordó sonriendo de manera enigmática—. A mí no me gustaba la novela romántica. Y tú eres escritora de dicho género. Dime si no existe una oposición mayor a esta, y en cambio, estamos juntos.

Melina lo vio regresar al trabajo con un guiño. Marco tenía toda la razón. Eran completamente diferentes en cuanto a gustos, pero ello no quitaba que se hubieran sentido atraídos desde el primer momento. Tal vez debería sucederle algo así a Gabriella.

Cristina Rodríguez nació en 1985. Ha repartido su vida entre Andalucía donde se crio y Cataluña donde ha pasado la mayoría de su vida adulta y donde estudió periodismo. Entusiasta de la literatura en todas sus facetas además de la escritura también tiene interés en la edición literaria y la crítica a través de su blog donde publica su opinión sobre cada libro que cae en sus manos. Tras muchos años escondida tras innumerables páginas Cristina ha decidido pasar al ataque y publica *Noches sin luna*.

Instagram @crys_rg

Blog: <http://savingmemories-blog.blogspot.com.es/>

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Cristina Rodríguez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-08-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial